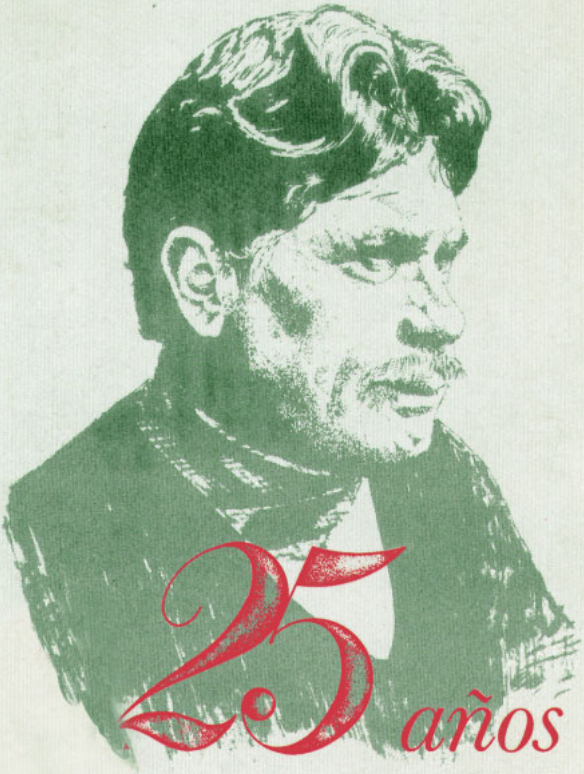
POLI DÉLANO



25 años y algo más

Alfa CONTEMPORANEA
COLECCION DE LITERATURA CHILENA

POLI DÉLANO

25 años y algo más (cuentos)

Alfa CONTEMPORANEA
COLECCION DE LITERATURA CHILENA

© Importadora Alfa Ltda.

Inscripción Nº 63588

Edita Importadora Alfa Ltda.
Av. Italia 1898
Teléfono 496428 Santiago.

1ª Edición: Noviembre 1985

Imprime: Importadora Alfa Ltda.

PROLOGO

POLI DELANO, una demarcación territorial

"Los temas de conversación no son tan numerosos como para que pueda despreciarse semejante oportunidad de acrecentar el propio almacenaje".
Aldous Huxley, "¿Y por qué no quedarse en casa?".

De hecho, no hay muchos temas en literatura, y casi todos, como las ciudades del mundo, se hallan descubiertos por rapsodas o por esa entidad plural que conocemos con el nombre de Homero, y narrados en la forma más perfecta que es dable imaginar. El resto de ellos puede hallarse en las tragedias griegas y en las comedias de la antigüedad. ¿Vale la pena escribir, en lugar de convertirse en un lector, eternizado en la postura del escriba sentado egipcio? Al parecer, la respuesta es sí, y, sin desconcierto, debería agregarse que uno espera que en algunos libros (como en la pantalla de "La rosa púrpura del Cairo", de Woody Allen, en una avanzada de la poesía y los mitos) los personajes salgan de esas páginas, en donde se sentía Katherine Mansfield "como un insecto encerrado en un libro", y se pongan a contarnos sus experiencias y nosotros le agradezcamos retribuyéndoles con las nuestras, sin equívocos ni atenuaciones.

¿Se puede justificar un escritor, alegando que no tiene tiempo para dedicarlo plenamente a la literatura, en vez de

emplazársele para que cumpla, como Dostoiewski, cuando le acicateaba la miseria, tras haber derrochado su dinero en Baden-Baden, o se lamentaba por el engaño a los ojos que le había hecho su primera esposa, o por el maldito dinero que no le enviaba su editor, en tanto se encorvaba, en Florencia, sobre el manuscrito –un folletín–, que era "El Príncipe Idiota", o como Henry Miller, cuando sableaba que era un contento a la pobre Anais Nin, estrujándole hasta el último dólar, con el fin de terminar los cientos de libros que le zumbaban en la cabeza?

Por otra parte, no es lícito, ni para el lector ni para quienes escriben, alegar, en prueba de su pereza, que los soportes fallan, que su cultura cojea, que su formación es más bien confusa. Al fin y al cabo, el doctor Johnson, que no tenía pelos en la lengua, pero sí muy cerca, y hasta en la sopa o dentro de ella, a Boswell, confesó que le acosaba el pecado de la lectura inconexa, y que leía cualquier libro que tuviera a mano, pero nunca –o casi nunca– hasta el final. ¿Hay más excusas?

En el cuento y en la novela, tanto el escritor como el lector desechan elementos. El primero, porque sabe, si es un escritor consciente, que hay algunas cosas que pesan demasiado en la balanza, desequilibrando su historia, o poniendo francamente a la altura del unto a uno de sus héroes. El segundo, sin más, porque no se halla dispuesto, a menos de que se tengan recién los veinte años, a devorar con apetito de boa lo que se le ponga a la vista. Y saltará páginas, porque se describe, o porque se detalla, o porque el discurso de un personaje le resulta vasto como el infierno, o porque oir el canto de un pájaro que dure más allá de una línea constituye un negocio sucio, una propensión al parloteo.

Sin duda, no es aceptable que un escritor nos aburra alegando que le faltó tiempo para completar detalles o ponerse a pulir un capítulo o a desmochar el discurso de un narrador. "Chejov –escribió Katherine Mansfield– se equi-

vocó al pensar que si hubiese tenido más tiempo habría escrito de un modo más completo, que habría descrito mejor la lluvia y el doctor mientras toma el té con la comadrona. La verdad es que en una novela sólo se puede poner un cierto número de cosas; siempre hay que sacrificar lo demás. Uno tiene que callar lo que sabe y que desea tanto utilizar. ¿Por qué? No lo sé, pero así es. Resulta siempre como una especie de carrera, para decir tanto cuanto uno puede antes de que desaparezca" ("Diario", 17 de enero de 1922).

Poli Délano ha dicho que "la vida está llena de historias", y él se puso en guardia, desde muy joven, para tomarlas al vuelo, sin que le pase como a otros lo de llenar líneas entre punto y punto. Desde sus historias juveniles, el punto de arranque de sus invenciones va buscando, sin pretenderlo quizás, conexiones con otras historias, por una especie de filiación de propósitos, más que por apariciones y reapariciones de hombres y mujeres, como ocurriera en la literatura de Balzac, de Faulkner, de García Márquez, de William Kennedy, de Juan Carlos Onetti. Entre aquel muchacho que decide tomar el bus que lleva a Cartagena, en una de sus más antiguas historias, y el otro, ya adulto, que decide sentir la ternura encubierta que envía el Wurlitzer, en forma de un bolero, en un juego de luces, en la ternura primaria de comer ostiones en un lugar de México, en tanto aparece un jorobado, unos gringos lentos y torpes; o en esa noche de Walpurgis en la que un hombre, que es y parece un tiburón, propone un largo ejercicio barroco que tiene toda la purgatividad de una tragedia; o en encerrarse a hacer el amor con una muchacha en un departamento de aquel amigo santiaguino, hay un desapego por el "verismo de superficie" de que hablara Pavese. En el emplearse a fondo, hay una condición de ese narrador que disfruta de la ordenación de un mundo que le es querido, no por cómodo o por fácil, o por gozoso.

Ha dicho que ve el mundo y la vida en "términos de his-

torias". Y se obliga a precisar –como lo hiciera antes para contestar una encuesta de *Liberation;* "no sólo escribo cuando estoy sentado frente a un cuaderno y una pluma. Escribo *todo* el condenado tiempo: cuando converso con alguien, cuando viajo en el autobús, cuando miro a una muchacha caderear calle arriba, cuando escucho a Piazzola, siempre. Escribir es prácticamente una forma de vida. Y puede llegar a serlo de otra manera. Desde hace más de diez años, cuando perdí mi cátedra universitaria y salí del país, me he ganado la vida escribiendo. De todo: artículos, guiones, textos publicitarios, libros para otras personas (escritor-fantasma), hasta crucigramas. Pero *escribiendo.* Lo digo con cierto orgullo... Y bueno, ¿por qué escribe usted? Por supuesto que ahora, con los años, también entiendo que hay una parte de la pregunta que no es posible o fácil responder. Puede que se trate de alguna deficiencia interna, de alguna quebrazón invisible que nos hace buscar una respuesta cuya búsqueda se transforma en creación tal vez debido a que ni siquiera se sabe cuál es la interrogante... Por último, creo que escribir, con el tiempo, se ha ido convirtiendo en la mejor manera de pensar, de sacar alguna mínima reflexión acerca de este creciente caos misterioso que es vivir. Y eso es también una razón".

En los cuentos de Poli Délano, echaba de menos Antonio Skarmeta –hace algunos años– algo que él denominaba una "capacidad alusiva"[1], lo cual hoy resulta una de sus claves significativas, el elemento detonante de los relatos, sin el peso retórico que cercene el espacio interior de lo que narra. Por otra parte, no hay que desmovilizarse, evitando el tono personal, por miedo a lo que de modo simplista suele concebirse como "retórica". Hemingway dijo una vez –sin negar del todo las virtudes movilizadoras del procedimiento o 'la manera'– que aquella era algo así como "las chispas azules de la dínamo". Es un modo constante de hacer guantes con la sombra, evitando el baile de San Vito en el rincón, mien-

tras se aguarda oir la campana. Por ello, al ver muy a menudo cómo sus relatos se unen temáticamente, y hay ramificaciones de los asuntos, y el bar o la playa, la calle o la habitación, el espacio físico y la meditación acerca del tango o el bolero parecieran convertirse en una especie de latiguillo, es bueno rechazar la idea de que la retórica está haciéndonos volver sobre lo ya visto: ocurre que las "chispas azules" del viejo matador de leones, está ayudando a mover un cuento, iluminando el contorno.

Alguna vez, con mucho de confianza en los pálpitos de cátedra y en los delirios exgéticos, escribimos, en el ánimo de un escriba adicto a las profecías, que Délano necesitaba "densificar más los conflictos personales que las referencias", atendiendo "a los centros nerviosos, a las múltiples redecillas subterráneas, a los abismos y cimas que ordenan el ser personal"[2], sin eludir coincidencia con Yerko Moretic en torno a saludar un hallazgo temprano, muy eficaz, de sus textos: la concreción de los detalles significativos.

En doce años, la obra del escritor se ha amplificado poderosamente, permitiendo a sus personajes un análisis sin autocomplacencias de sus reservas individuales. Si bien, al igual que antes, éstos siguen experimentando un goce mayúsculo al poner a prueba el caudal de sus energías, sus explosiones vitales, sus enlaces con un mundo que se proyectó como un duradero estado de ánimo de la adolescencia, en procura de la beatitud de los sentidos, el orden adulto ha arrancado de aquél, sin dejar atrás –en un mundo de malos sueños– en un desarrollo integral que se ha pautado con las normas de rigor del exilio, el cual no sólo afecta a un escritor, sino a sus criaturas. La fortaleza que entrega el dolor, el peso de la sabiduría venida a raudales por la necesidad de tomar decisiones, se van a unir estrechamente al pasado mediante esos parpadeos que hace el presente a las viejas historias en las que el individuo valida sus privilegios inocentemente, porque aún la perversión no ha lanzado sus re-

des para tratar de cazarlo en el campo de centeno.

El exilio acrecienta el juego ilusorio de las nostalgias y es un modo político de re-ver la inocencia, de aferrarse "a un dulce recuerdo" que ya no es sino eso. Al ir desechando las escorias de un mundo "in-concluso", el artista evita exculparse y sabe manejar el filtro en que sacude sus historias. Délano supo experimentar un acrecentamiento de su mundo personal y lo volcó en la experiencia de sus héroes, evitando que éstos se solacen en sus conflictos. A la vieja noción hemingwayana de un culto por el coraje o, si se quiere, de la exploración del mundo como una partícula del yo que se pulveriza enviando fragmentos a todas las velocidades imaginables, de un Eros multiplicador que se inserta, mediante los conflictos entre el arraigo y el desarraigo y la invocación a los dioses, en la línea demarcatoria del reino de Tanathos. Los héroes, ahora, comienzan a ceder, a ver las limitaciones del tiempo que ha de venir, el sentido de la "duración"; a percibir las señas, en suma, del orden de Tanathos.

Los "pujos primitivos de un viejo mundo que les ha desollado" —como dijéramos hace más de quince años, con respecto a sus jóvenes héroes[3] – han pedecido resplandores dolorosos de esa religiosidad que otorga la pérdida de la ligazón con lo propio, con el mundo originario, con el ámbito primordial en el cual nacieron y se proyectaron con el fin de llegar a ser. Ya en libros suyos, muy hermosos por cierto, como "Piano-bar de solitarios" o "El verano del murciélago", Poli Délano tendía a explorar las mareas de ese septiembre negro que viviéramos con lo que sólo un eufemismo castrense da en llamar "el pronunciamiento militar", en lugar de decir las cosas por su nombre. Los héroes de estos cuentos deciden tomar partido por la vida, rescatándose del naufragio cotidiano, que es una forma solapada de la caricia de la tangente en el mentón, con el guante que se pasa y repasa para pulirlo hasta la muerte: los vemos dudar, caer, perseguir vagas sombras, manejarse disciplinadamente

bordeando el escepticismo, pero hay algo que los retiene, a veces un alimento terrestre, una comparación de lugares, el reencuentro de los juegos de rostros y de máscaras, la petrificación de los proyectos artificiosos o una autocrítica zumbona (que se da muy gloriosamente en "Como buen chileno"). Y por ello, viven sin escudarse, negándose a cenar las migajas del Poder, ése que atrae con la aceleración de los "espacios negros".

Es curiosa la capacidad de vaticinio que el escritor tiene. En la placidez relativa de fines de la década del sesenta, cuando pedimos a Poli Délano, algunas explicaciones que habrían de servir a sus lectores para merodear en la significación de su mundo, nos respondió con expresiones que parecieran escritas hoy, con toda una obra nueva –y una experiencia política feroz– por delante: "La literatura es una herramienta de las muchas que trabajan incansablemente y de muchas formas por cambiar la sociedad. Muchos libros han influido en mí para definir mejor las ideas, para redondear un concepto del mundo; me han hecho distinto; porque me han aclarado realidades y me han llevado a pensar, a sacar conclusiones, a *ver*. Han destruido mitos en los cuales creíamos. Creo que lograr esos efectos en algún lector es de las más altas metas que un escritor pueda fijarse"[4].

De la *lingua franca* del realismo extrajo Délano una noción de los actos simples más perfectos (beber, vagabundear, hacer el amor, acallar las voces del coro trágico, perfeccionar un modo de vida, viajar, eludir la perversión reflexiva que encubre la simulación). Tal vez por eso, Hemingway (que en los últimos años parece exhibir más sus trucos, sobre todo cuando habla de la literatura y va catapultando como modelos aquellos –y el hallazgo es de Norma Mailer– qué él es capaz de superar en su salsa, como es el caso de los relatos de Stephen Crane o el espléndido "Huckleberry Finn", de Mark Twain), en su excelente línea del Gran Simulador, va siendo desplazado en las preferencias de Poli

Délano, por Charles Bukowski, una especie de mezcla de O. Henry con Jean Genet, que aporta una fuerza violenta y cálida al idioma, negándose a perderse en los vericuetos de un mundo cristalizado, eligiendo desplazarse en la ciudad como si se tratase de un safari a la manigua o al caos.

No sé por qué, en medio de sus historias de ambiente mexicano, he recordado una observación del exultante hombre primordial de la cultura que fue el conde de Keyserling, cuando decía, mirando a América, y particularmente a México, que el hombre es permanentemente "un animal sensitivo"[5], en busca de hallar consonancia en una naturaleza abisal, que ni tiene el orden del jardín europeo ni la placidez del Paraíso Terrenal, antes de la Caída. México pareciera ser un caos en permanente transformación o casi el desorden de los sentidos. Expliquemos.

Los personajes de algunas historias de Poli Délano parecen experimentar lo real como una forma del ensueño romántico y del mito, haciendo que los sentidos "verifiquen", lo cual, sin duda, es una forma de acercamiento animal a la realidad, tan legítimo como otros. ¿Qué racionalidad puede existir en un mundo que asiste al disparadero de la muerte, en cada minuto?

El hombre en México, tal vez por la legitimación de un espíritu vindicador de los lazos de las tribus ante la vindicta de un mundo que se volvió español y cristiano a la fuerza, expresa sus afectos de un modo físico, y no es extraño que del corazón de una botella haga señas el genio iracundo que siente la obstrucción oclusiva del tapón colonizador. Por eso, la amistad de los héroes de las historias que habrán de leer apenas podamos callar, comienzan con un brindis –siempre habrá de ser, Dios mediante, el penúltimo– y termina con un abrazo ritual o con un mundo de pesadilla, como el que experimenta el cónsul de "Bajo el volcán", del gran Malcom Lowry, o en aquella terribilidad colectiva que va a "recaer" sobre el mundo en más de una novela de Bru-

no Traven. El tú a tú de Poli Délano con la realidad es una forma de continuidad en la lucha por la vida, en un modelo de salvación darwinista que no excluye la conciencia de los modelos de la utopía política.

Por eso, cuando se expande el bolero, o un tango refunfuña en torno a un constante "qué-hacer", y una criatura se aferra al Wurlitzer, en tanto centellea con sus mejores líneas el paisaje, la noche, una mujer, la voz de un fantasma del viejo pasado, el regocijo por la compañía y por la amistad, que parecería a un puritano casi una patología, una noción deletérea o la articulación del mal moral, se convierte en la hazaña épica del estar vivo, un instante más, navegado en este Mar de los Sargazos o en la ciudad-ónfalo. De las vacilantes conversaciones cuando el alcohol envía sus ráfagas de la mitología laberíntica, surge lo oculto, lo "latente" y proyecta el mundo de esta gente solitaria que, a su vez, se proyecta en él, buscándose a sí misma en los otros.

Son las fuerzas de ese "animal sensitivo" las que buscan lo que va surgiendo en un mundo que se halla a mitad de camino entre lo "crudo" y lo "a medio cocer". En el mar de Cortés, en una Cuernavaca que es la precisión de toda realidad mítica, en el universo inexplicablemente extraño de Oaxaca, en la liturgia de la inverosimilitud cósmica que es Ciudad de México, o en esos lugares en donde aún merodean los fantasma, como Guanajuato, o los pueblos en donde los revolucionarios que apoyaban a Plutarco Elías Calles o los "cristeros" se ponían a beber muertes, sin dilación , un sinnúmero de personajes puesto a vivir por Délano tratan de definirse por sus actos, aceptando hacerse cargo de una doble herencia yacente, la que se trae desde el país origen, en el momento del exilio, y la que se acoge como nueva, apropiándose su contexto, el el cual es preciso redefinir y ubicar a los trashumantes que se han venido en la cabeza o en el morral.

Nos detenemos, una vez más y ligero, en el asunto de la música conocida como "popular". ¿Por qué abundan tantas las referencias, en esa fragua en donde se forjan los espacios comunicables? ¿Hay, acaso, un guiño al lector memorioso? ¿Se trata de fijar hitos, con el fin de renovar en el lector las potencias de la alusión, el juego que se ha compartido? Vemos algo mucho más profundo: no fue uno de esos juegos de mano habituales lo que pretendió realizar Guillermo Cabrera Infante cuando quiso ver en las canciones populares una forma de "sabiduría" heredada, un sucedáneo del orden que llegara, por vía española, del refranero, cuyo evangelista mayor fue Sancho Panza. Esa clave nos parece el modo de legitimar la referencia constante, en estos cuentos, del bolero o del tango. "Muchas veces –dijo Cabrera Infante– encontré gente en Cuba que respondía a las más diversas situaciones cantando canciones cuya letra venía áptamente al caso o criticaba el momento con una salida irónica o absurda. La canción había ocupado el lugar de los manidos refranes o de los pretenciosos proverbios latinos o sus igualmente petulantes imitaciones españolas o nativas"[6].

En esta "obra en crecimiento" constante que es la de Poli Délano, hay ya una demarcación, una forma territorial, que se veía nacer desde las primeras historias. El ha sabido buscar que la suerte, la que buscaron hombres tan disímiles como Tolstoy o Dostoiewski, como Faulkner o Virginia Woolf, lo favorezca con los temas. Es lo que ocurrió cuando alguien habló al autor de "La Guerra y la Paz", de cómo era el Napoleón que viera en Rusia, o cuando un error de perspectiva (creer que los "septembristas", esos nobles que aspiraban a descartar el zarismo para gobernar ellos, querían fundar una "república de los intelectuales") lleva a Dostoiewski a Siberia, o cuando Stendhal, luego de odiar a Grenoble, encuentra a Milán, que se convierte para él "en el más bello lugar de la tierra", y da con la batalla de Waterloo, fabricada por Wellington, ese vasto inglés que nació con ases en la mano.

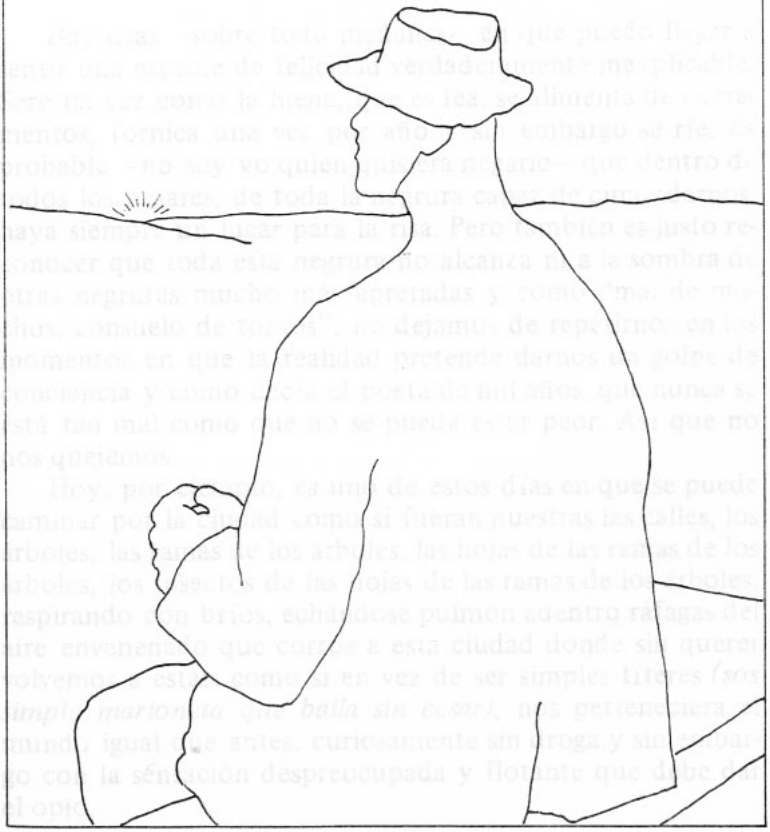
Es una proposición inenarrablemente dolorosa, pero lo cierto es que en el exilio halló Délano consonancia en el dolor, fuerza para retirar las manos que le oprimían el gaznate, bajo la forma del desengaño o de las suciedades de la Vieja Mortalidad, vadeando, como uno de esos animales extraños que encantaban a Hemingway, el gran río del mito de la consolación, del llamado de la vida, de las celebraciones rituales, apoyándose en el fuego enceguecedor de esas "chispas azules" que evita a un escritor extenuarse vaciándose en estereotipos. El gran Konrad Lorenz explicó que "hay que conocer siempre el caballo que se monta" y saber cuándo éste va a espantarse. Si a ello se agrega que no se llega a ninguna parte en algún caballo célebre, pero muerto, tendremos a un escritor lleno de vida, el que comienzan a leer, en una figuración que le ha de permitir brindar estos toros, que arremeten en busca de la primera sangre de la jornada.

Alfonso Calderón
–octubre de 1985–.

1 "Pelea a catorce vueltas". En *Ercilla* Nº 1793, 29 de octubre de 1969.
2 "Poli Délano: asedio a un modo concreto". En "Los mejores cuentos de Poli Délano" (Editorial Zig-Zag, Santiago, 1969).
3 *Id. Ibid.*
4 "Los mejores cuentos de Poli Délano".
5 "Meditaciones sudamericanas".
6 "Formas de poesía popular". En *O* (Seix Barral, Barcelona, 1975, p. 130).

primera parte

Recordando con Ira



COMO LA HIENA

Hay días –sobre todo mañanas– en que puedo llegar a sentir una especie de felicidad verdaderamente inexplicable. Seré tal vez como la hiena, que es fea, se alimenta de excrementos, fornica una vez por año y sin embargo se ríe. Es probable –no soy yo quien quisiera negarlo– que dentro de todos los pesares, de toda la negrura capaz de circundarnos, haya siempre un lugar para la risa. Pero también es justo reconocer que toda esta negrura no alcanza ni a la sombra de otras negruras mucho más apretadas y como "mal de muchos, consuelo de tontos", no dejamos de repetirnos en los momentos en que la realidad pretende darnos un golpe de conciencia y como decía el poeta de mil años, que nunca se está tan mal como que no se pueda estar peor. Así que no nos quejemos.

Hoy, por ejemplo, es uno de estos días en que se puede caminar por la ciudad como si fueran nuestras las calles, los árboles, las ramas de los árboles, las hojas de las ramas de los árboles, los insectos de las hojas de las ramas de los árboles, respirando con bríos, echándose pulmón adentro ráfagas del aire envenenado que corroe a esta ciudad donde sin querer volvemos a estar; como si en vez de ser simples títeres *(sos simple marioneta que baila sin cesar),* nos perteneciera el mundo igual que antes, curiosamente sin droga y sin embargo con la sensación despreocupada y flotante que debe dar el opio.

Salí temprano y con rumbo distinto del de cada mañana. Quizás fue ya esto mismo un motivo precipitante: nada de oficina, porque reconozcámoslo: el que les habla es un burócrata, nada de cuentos, ni de buenos días señor, ni de sudar el día entero el culo en una silla de asqueroso plástico, ni de mirar muerto de envidia las "dentífricas" sonrisas que las secretarias lanzan a sus jefes, ni de escuchar a Carlitos, el mozo, diciéndome "¿café, ingeniero?" cuando sabe muy bien que no soy ingeniero, que apenas soy un pobre pendejo insignificante. El segundo motivo quizás fue el bosque, el canto de los pájaros, algunas parejas amándose ya desde temprano, una brisa ligera y acariciante que en nada se parecía al zoácate de sol que entre diez y once me hostiliza diariamente a través del ventanal sin persianas de espaldas a mi escritorio, un pasto limpio y todavía humedecido por el aguacero de la noche, y el caminar sin apuro, así como vagando, igual que en los mejores tiempos, abierto a todo, casi casi como si no estuviéramos viviendo "ahora" y, además, casi como si no estuviera enfermo. Porque tendrán que saber: estoy enfermo.

Al otro lado del bosque, tres o cuatro cuadras por una avenida bastante chic (popoff, como suelen llamarlas aquí) y estaba ya en el consulado. Me atendieron rápido, con eficiencia, cordialmente –como hacen los suecos–, aunque sin muchas esperanzas, porque lógicamente ya mi pasaporte sueco –para extranjeros, no vayan a pensar que soy nórdico– había vencido y puesto que mis papeles aún no se arreglaban en Gobernación, esta persona quedaba reducida al estado casi limpio de paria. Que mi caso iría a consulta, dijeron, y que volviera en diez días.

No eran todavía las once cuando salí, casi risueñamente dispuesto a capear esta mañana de oficina. El resto de la mañana, diríamos mejor. Eché a caminar dominado por ese mismo incomprensible estado casi eufórico, gozando intensamente cada detalle del mundo, porque hoy el mundo era

mío, el rey era yo, y si bien no zumbaban por mí alegres las abejas,[1] ahí tenía de pronto, frente a frente, la amplia puerta de una marisquería que otra vez me castigaba con el recuerdo estéril de las almejas de mi tierra, de los dulzores regados de limón de "ese mar que tranquilo nos baña",[2] cuyo esplendor futuro ya no se vislumbra en la cercanía.

No puedo decir que tuve vacilaciones: entré sin chistar, dispuesto a tirar por la borda el dinero de los remedios. No es que los mariscos fuesen muy caros, pero tampoco lo que guardaban mis bolsillos sumaba demasiado. Como resulta natural, a esa hora era yo el primer, y hasta ese momento único, cliente del día. Vi el mesón y vi las mesas y decidí comportarme como un señor, es decir, me senté a una mesa. Primero se me acercó la vieja. Qué tenía. Como era temprano lo único que podía ofrecerme era una orden de ostiones a la ostra (en su concha, como se dice aquí). Con mucho limón y dos cervezas frías. Luego entonces llegó la joven, gordita y rozagante, de mechón blanco a lo Tongolele, risueña como mi alma, a poner la mesa.

—¿Cuánto vale el disco? —pregunté.

—Un peso, señor.

—¿Tendrán uno que dice algo de sé perder y volver o algo así?

—Ahorita veo, señor.

Y a lo gran señor, sin siquiera levantarme a la Wurlitzer, estaba al minuto escuchando esa canción que había cantado un ciego en la micro (camiones en este lado del mundo) con guitarra y todo y que también había sorprendido a mis oídos una noche que vagaba entre mariachis por la Plaza Garibaldi, esperando furtivamente el imposible de encontrar a algún conocido con quien tomar una copa de tequila, porque solo nunca me ha motivado tomar. *Y volver volver vol-*

1 Alusión a un poema infantil.
2 Alusión a la letra del Himno Nacional de Chile.

ver, a tus brazos otra vez, después un verso que no registré bien, pero *lalará - lará - lará yo sé perder, yo sé perder, quiero volver volver volver.* Algo en esta canción me conmovía: la urgencia, el tono apurado e imperioso con que decían *quiero volver volver volver.* Porque yo también quería volver. No a los brazos de una mujer, sino a los de una larga tierra que abrazan desde la cordillera al océano y desde el desierto hasta los témpanos antárticos.

Cuando el disco terminó casi se me salían las lágrimas, pero apechugué firme y cuando la Tongolele se acercó para preguntarme si se me ofrecía otra canción, le dije, así como gran conocedor, que buscara algo de Angélica María y ojalá, le dije, tuvieran esa de "¿en qué quedó nuestro amor?". Me dijo que sí estaba y partió decidida hacia la máquina. Pero no quiero engañar a nadie: la primera canción, ya lo advertí, fue un carril, la había escuchado en una micro durante uno de esos recorridos Insurgentes Sur que demoran bien su hora; la segunda la ponían de característica en una teleserie sobre una muchacha italiana que iba a casarse y que durante tres o cuatro días de violenta gripe me tocó seguir desde la cama, allá en Santiago y donde volví entonces, después de mucho, a recibir la imagen de esta ciudad, del Angel de la Independencia sobrevolando la Reforma, de Diana apuntando su flecha desde los árboles de Chapultepec, de algunos de los gigantescos edificios de la zona en que trabajo, en fin. Volví, digo, porque de niño yo también había conocido México, la ciudad entonces provinciana, y el país por norte y sur, desde las pampas a la selva y desde el Golfo hasta el Pacífico, con montes y valles verdes y ondulantes, con alacranes y serpientes, con ópalos y amatistas.

Antes de que Angélica María terminara su canto, en que no se supo exactamente qué pasaba, me sirvieron un hermoso y redondo plato de ostiones. Me desconcertó que fueran de aspecto tan iguales a las ostras, aunque más grandes, más

grandes aún que esas hermosas ostras de exportación con que una vez tuve la suerte de empacharme en Angelmó, sacadas de la pila a plena vista en un "almud", justamente con Horacio, un hueso que hoy se me atraviesa en la garganta, me perfora el ánimo, desde que leí en un "Mercurio" que cumpliendo su deber, el joven militar le había hecho fuego mientras intentaba huir durante el allanamiento a su modesta casa de Rancagua.

Y justo cuando le echaba unas gotas de limón al primer ostión de mi pendeja vida, se acercó la vieja desde la caja y me dijo:

—¿Y usted de dónde es, argentino?

—Chileno —le dije.

—Ah, pues qué bonito hablan todos los chilenos.

Y en ese momento entró también al restorán el segundo cliente de la mañana, un tipo alto y rubio, deslavado, que se me antojó sueco debido a que el Consulado estaba cerca.

No es que yo quisiera ser sociable, ni siquiera que tuviese deseos de paliar mi soledad, pero se dieron las cosas de tal manera, con la dueña frente a mi mesa, el sueco saludándola, yo sin poder todavía engullirme el primer ostión, ella diciéndole que yo era de Chile, él euforizando el hecho de que conocía Valparaíso como la palma de su mano, que finalmente quedamos sentados frente a frente, yo aguantándome por cortesía, él esperando un plato igual al mío y otras dos cervezas, mientras yo no habría tenido qué otro disco encargarle a Tongolele, primero porque no conocía, segundo porque mi falta de imaginación me había llevado, en lo que a aspiraciones musicales se refiere, apenas hasta el tango, género que quise suponer relativamente lejos de esa máquina de colores chillones, aunque reconozco que me equivoqué.

Siempre me ha parecido curioso el problema de las máscaras. Para las secretarias de mi oficina yo era un sujeto del

que lo ignoraban todo, un empleado puntual que durante las ocho horas de jornada parecía trabajar con tesón. Para Tongolele sería quizás un señor correctamente vestido, de cuello y corbata, con un buen maletín de cuero negro, que sabía muy a ciencia cierta y sin vacilaciones lo que deseaba escuchar. Para la vieja lo que seguro predominaba, como símbolo de distinción, era un acento del que si bien podía sentirme orgulloso, era inocente por completo. Para el sueco, me pregunté, ¿qué iría a ser para el sueco? En todo caso lo que sabía muy bien era lo que soy en sí: una hiena en la selva no apuntando a saber de qué mierda se ríe, cuál puede ser la causa de su momentánea felicidad.

—Oiga —me dijo el sueco, con un acento perfectamente mexicano que me sorprendió—, yo veo en sus ojos que podemos ser buenos amigos. Sabe, yo nunca me equivoco.

Quise haberle preguntado de dónde era y qué edad tenía, pues lo último no lograba figurármelo. Sin embargo —bueno, ya he dicho que para mí se trataba de un día raro— lo único que me salió fue preguntarle si le gustaba mucho el tango, tal vez porque intuía la amenaza potencial de un nuevo acercamiento de Tongolele.

—¿El tango? ¿Usted me pregunta si me gusta el tango? Escuche.

Y comenzó muy bajo, sin teatralidad, a cantar con un ritmo y una entonación que se me antojaron perfectos, ese de *qué bien se baila sobre la tierra firme.* Y lo miré y era Manuel, no era el sueco sino Manuel, y no estábamos ahí tampoco, sino que íbamos con el "pelao" Medellín caminando por las calles del puerto, después de haber tomado entre mucha bulla, tres botellas de vino y de haber perdido hasta la última chaucha en el Casino de Viña, donde ninguno de los tres había estado antes, borrachos, descuerados y muy felices, los tres por la Avenida Brasil cantando casi a toda voz *muchacha vamos, no quiero que estés triste, la noche es larga, no sé por qué llorás,* claro que hace de esto

muchos años, pero el sueco era Manuel, con sus ojos saltones, su risa mefistofélica, otro de los huesos que se me atraviesan desde que me escribieron que justo al nacer su tercer hijo –una niña esta vez– lo habían largado de su cátedra por "marxista" y que andaba vendiendo mermeladas y juegos de agujas en las micros de Santiago.

El sueco terminó el tango y me miró como esperando que yo lo empatara con otro. Pero yo soy de esos desgraciados que nunca han podido dar bien una nota, ni menos memorizar los versos, salvo de la Canción Nacional, que de chico me enseñaron en el colegio, de modo que quise sacármelas olímpicamente y le lancé casi como una bofetada la pregunta:

–¿Qué hace usted?

–¿Yo? Soy sepulturero –me dijo el sueco–. Trabajo en el Panteón Francés, ¿lo conoce?

Respondí que no.

–Debiera pasar un día por ahí, es un lugar muy bonito.

Puede pensarse que los cementerios difícilmente tengan algo de bonito, pero se me vinieron como un chorro a la memoria aquellas tardes en que con paso convaleciente anduve deambulando por los recovecos del sector viejo del Cementerio General, en Santiago, situado justo frente al pabellón de hospital donde durante más de dos meses estuve aprisionado en una cama. Si bien antes nunca reflexioné... ahora al recordarlo desde lejos y con la perspectiva del tiempo, tuve la certeza de que era un hermoso lugar, una pequeña ciudad de mausoleos que semejaban casas, castillos, palacios, torres de Rapuncel, todo en miniatura, como confabulando el mejor sitio para que se desarrollara el argumento de un cuento de hadas, lugar de grandes y viejos árboles, de intensas sombras y ángulos de sol aquí y allá, de flores secas y marchitas –de olor a flores y a sulfuros–, de lúgubres jóvenes acaso en busca de quietud, de mujeres de terco negro y velos transparentes, de gatos subrepticios, y de un podero-

so perfume que ahora, entre la cerveza y los ostiones, trato inútilmente de rememorar. Y tuve a la vez deseos urgentes, casi enfermos, de conocer el Panteón Francés, la certeza ineludible de que iría.

—Los panteones son lugares muy bonitos —siguió el sueco—. Lugares de mucha vida.

—¿De mucha vida? —Su tono, su entusiasmo, una especie de urgencia que se deslizaba sin disimulo en sus palabras, iban estimulando, dándole infulas a la contradictoria alegría de que me había apoderado esta mañana.

—Por supuesto, sí, ¡de mucha vida!

Y entonces me miró a los ojos y, bueno, parece que nos dimos un "almazo" y algo se me hizo nítido, porque también yo una vez había tenido la sensación de que el amor podía ser mucho más poderoso que la muerte. Y entonces me lo dijo, muy escuetamente, sin que le titubeara por un segundo la voz, sin que un proyecto de lágrima interceptara sus pupilas dilatadas, me contó simplemente que a Sibila la habían enterrado ahí y que él no pudo cejar hasta que le dieron el puesto.

Turbado y como buen burócrata, miré la hora. A la jornada de la tarde sí que no podía faltar, además de que nada lo justificaba.

—Y todos los días hablo con ella —dijo el sueco—. Le cuento las pequeñas cosas, o bien río, lloro, aúllo...

"Luego existes", pensé recordando que un par de domingos antes, vagando por el Bosque de Chapultepec había escuchado al pasar las palabras que un recitador decía a su público, frente a la Casa del Lago, y era eso, no lo había olvidado: *lloro, aúllo, blasfemo, luego existo.* De modo, me dije, que este condenado sueco *existe*, y me pregunté si acaso yo, que no lloraba, no aullaba, no blasfemaba tampoco, existía; si acaso eso, lo que a mí me pasaba, era existir. Y entonces tuve una idea genial, muy al margen de los deberes del presente.

—Oiga —le dije con una casi risa a flor de boca y una alegría navegando en la saliva—, comamos más ostiones.

—¡Con otra dos cervezas! —dijo el sueco.

—Pero no se ofenda por lo que voy a decirle: no me hable de Sibila. No me cuente nada. Un día pasaré a visitarlo al Panteón Francés y podré conocerla. Ahora comamos, tomemos, cante otro tango.

Y cuando Tongolele llegaba a nuestra mesa con su libreta de pedidos, una pareja rubio-canosa (él de pantalón corto que exponía al mundo las verdosas venas de sus piernas, y ella con un gran sombrero de paja que no lograba sombrearle las arrugas) ocupó la mesa contigua, amenazando trizar la luminosa atmósfera que nos venía adormeciendo de toda realidad inmediata que no fuera el sabor de los ostiones o el fluir fresco de la cerveza a través de la garganta. Después de atendernos, Tongolele les pasó la carta.

—¿Tienei agua frishka? —preguntó la señora.

Tenían que ser norteamericanos, pensé, la imagen inconfundible de esos turistas que se mueven de un continente a otro buscando el agua de la vida, que de seguro les ha sido negada por los dioses. Eran aquí, en este rinconcito de México, tan típicos como los había visto en Suecia, sin complejos, arremetiéndolas con el idioma hasta donde les alcanzara el talento, haciendo sentir ese sordo y odioso abran paso, que aquí estoy yo, ¡mi país ser muy importantei!

Miré al sueco. Estábamos comiendo juntos, era una realidad. Sin embargo, media hora antes yo no lo conocía. Y en este mismo momento en que la gringa decrépita me dirigía una sonrisa, no sabía siquiera su nombre, qué importaba. Si era sueco, lo más seguro es que se llamara Johanson, de manera que no se lo pregunté tampoco.

—Oiga, Johanson —le dije—, ¿usted qué anduvo haciendo por Valparaíso?

La verdad es que a pesar de los ostiones, me estaba poniendo chueco: no me importaba lo que Johanson hubiera

andado haciendo en Valparaíso, lo que me importaba, supe, no se lo iba a preguntar, no quería escuchárselo, pero no era lo de Valparaíso. Era lo de Sibila. Cómo, dónde y por qué la había conocido. Cómo, dónde y por qué había muerto ella.

–¿Usted tiene canarios, Johanson? –le pregunté.

–¿Cómo lo supo?

–Porque hace bastantes años, en un bar de Santiago conocí a un poeta. Era un alcohólico y, además, un solitario. Tenía que tomarse una botella de pisco entre las seis y las nueve de la mañana para poder trabajar y pasar el día en buenas condiciones más o menos hasta las cuatro. Y solitario porque todos lo habían dejado: su mujer, sus hijos, los pocos amigos que tuvo, hasta el perro de la casa. Entonces, Johanson, el tipo recorría los bares buscando a quién leerle sus poemas, o uno que otro cuento que también solía escribir. "No tengo a nadie, pero tengo mi poesía", decía con los ojos iluminados. Yo no pude negarme y durante el almuerzo (me acuerdo muy bien que pedí porotos con plateada) le escuché la lectura muy cuidadosa, muy modulada, pero de mucha tensión interior, de uno de esos cuentos. Fíjese que ella se llamaba Sibila y él Virgil...

–Qué curioso.

–Eran un matrimonio sin hijos...

–Qué curioso.

–Pero que tenía una parejita de canarios en los que descargaban no sé si toda su ternura o toda su frustración.

–Qué curioso.

–Y el cuento casi me da un nocaut cuando termina; fíjese, Johanson, la cerveza debe estárseme subiendo a la cabeza más de la cuenta, porque justamente Virgil y Sibila, Sibila y Virgil, no eran el matrimonio sino los canarios, como que el cuento justo termina cuando los dos viejitos comienzan a bailar una ronda alrededor de la jaula cantando (acaso con voz trémula y estridente): "Virgil y Sibila, Si-

bila y Virgil, son dos niños buenos que nunca se van a morir, Virgil y Sibila, Virgil y Sibila, Sibila y Virgil".

—Qué curioso.

—¿Por qué dice a cada rato "qué curioso", Johanson? Parece tonto ya.

Tongolele seguía tratando de explicarle a la gringa larga y seca (que le corre la manteca) que fresca si era, pero electropura no, de modo que haría mejor en beber Tehuacán, mineral gasificada. La gringa, sin cara de entender mucho, terminó pidiendo una cerveza.

—Es que yo me llamo Virgil —dijo Johanson—. Y tengo una pareja de canarios. Antes de morir, Sibila me rogó que los cuidara como si fuesen nuestros hijos, y ¿sabe? Los he cuidado como si fueran nuestros hijos. Y siempre a Sibila le cuento cómo están, qué hacen, lo que cantan, porque sí que son cantarines.

—*Speak English?* —preguntó la gringa hacia la mesa nuestra.

Personalmente me hice el tonto. De hablar inglés, lo hablo un poco, pero ahí si que no iba a caer. En cambio, Virgil Johanson cedió y les dijo lo que deseaban: saber en qué consistían las "enchiladas suizas", las quesadillas, el arroz con mole, y si acaso el coctel de ostiones (oyster cocktail en inglés) sería lo suficientemente fresco. Al cabo de un rato, el gringo, sin tener ya nada más que preguntar, se dirigió verbalmente a nuestra mesa.

—La ciudad ha cambiado mucho —aseguró con gran originalidad—. *Very, very much.* Yo estuve hace veinte años y era otra ciudad, de veras que lo era.

Sí, no. Qué sorpresa. Por supuesto no le iba a decir que yo había estado hacía treinta y que desde entonces había cambiado mucho, mucho más, porque entonces yo tenía diez años y eso sí que era una buena razón.

Tongolele, en una rápida pasada, se detiene en nuestra mesa y me dice:

—Señor, voy a ponerle otra vez la canción que le gusta.

El gringo pregunta "kei dihou?". *What did she say?*, repite al ver que su pregunta cayó en el vacío. Pensé decirle en serio que se fuera "¡a la puta calle!", como decía el nene Juan cuando cumplió dos años, que nos dejara tranquilos, que en la puta calle se pusiera a freír puñetas si le daba la gana, pero que nos dejara tranquilos, que Virgil Johanson y yo teníamos que hablar. Sin embargo no me bajó el amor, ¿amor sería?, y me pregunté si acaso este par de turistas imbéciles cargaban también su cuota de culpa en la tragedia que castigaba a mi país por un pecado que sí lograba comprender, y de pronto, como si se hiciera la luz, supe lo que luego habría de decirles. Pero antes, Johanson me habló de las langostas de Tehuantepec, del ceviche de caracol gigante, de los callos de hacha, y escuchó con cierta pasión mis elogios del erizo verde, las almejas de Talcahuano, los picorocos al vapor, todo el oro, el marfil, la caoba que nos da aquel mar hoy envenenado, y bebimos más cervezas y nos reímos bastante, y él tampoco iría a trabajar, aunque Sibila pudiera extrañarse, ella tenía que comprender: un par de tragos de vez en cuando no son un pecado tan grande. Son apenas un pecadito. O a lo mejor hasta una virtud. *Y volver volver volver, a tus brazos otra vez...* porque un buen almuerzo con un buen amigo suele tener para las tripas de cualquiera mucho más trascendencia que todas las máquinas que descortezan árboles y cuyas piezas muy bien detalladas se diagraman con nombres proliferantes, verdad Sueco, que las oficinas se vayan a la mierda en bote y que mueran las cuchillas del rotor y la transmisión angular y las putas llaves de manguera y los cabrones engranajes de tornillo sinfin, y en cambio que vivan los ostiones en su concha, las cervezas, las sardinas a la mantequilla, las barracudas y los viajes a Yucatán o a Chiloé, arriba todas las islas algo lejanas llenas de mucho marisco, de fragantes y jugosas almejas que se retuercen a la gota de limón, de infortunadas langostas elegi-

das por un dedo implacable antes de llenar el buche ansioso, ah, Sueco, que vivan la pesca y el marisqueo y que muera la caza, vivan los vagabundos de verdad y mueran los jipis ociosos, viva el whisky con hielo al atardecer y muera el cabrón del hígado, vivan los jorobados y mueran los turistas yanquis, viva el buen pueblo de todas partes y mueran los burgueses comemierdas, viva un buen rato de conversación eufórica, mueran las antesalas, vivan los zafados como nosotros, mueran los tontos graves, viva la risa a carcajadas, muera la mueca sonriente de la boca para afuera, ¡viva la vida, Johanson, y muera la muerte!

Y cuando ya les iba a lanzar la pregunta a los gringos, entró el jorobado.

—Mire, Johanson. ¡Mírelos!

En los rostros de ambos se manifestaban distintos matices del desagrado. Ella parecía sentir horror; a él lo que le molestaba era el orgullo: cómo podía tolerarse la entrada de semejante ser en un lugar donde *él*, él y su dulce *darling* querían disfrutar de un buen almuerzo. *Disgusting!* Asqueroso, nauseabundo.

El jorobado era un mendigo. Vestía una especie de camisón que le llegaba a las rodillas, cubierto de grasa, impregnado de mugre; desde una soga que le rodeaba la cintura, colgaban tres pares de zapatos viejos y un bolsito de algodón. Cabellos largos e hirsutos, sebosos y polvorientos, barba negra, ojos negros y potentes, una dentadura refulgente de blanca. Y la joroba, una joroba magnífica, pareja, simétrica, de rara perfección. Tuve inmediatos deseos de sobársela, porque trae buena suerte y eso es algo que yo necesitaba con relativa urgencia. Dio un par de saltitos, como jugando al luche, y llegó estirando la mano hasta la mesa de los gringos. Ella nos miró en busca de simpatía, de compasión, pidiéndonos que solidarizáramos con ellos, un poco de ternura para los pobres, ¡lo que les estaba pasando! El

gringo dio primero una mirada en busca de Tongolele o alguien que tuviese autoridad y audacia para expulsar de ahí a ese zarrapastroso aborto de la naturaleza, pero luego, al insistir el jorobado mediante un formidable gruñido gutural, llevó la mano a su bolsillo, dispuesto a sacarla con un billete salvador.

—Mire, Johanson. ¡Mire eso!

Casi a la par con nuestros ostiones y nuestra cerveza, llegó un garzón de chaqueta blanca, tomó al pordiosero del antebrazo y le dijo alguna insolencia empujándolo hacia la puerta. El jorobado lanzó su vista a nuestra mesa y nuestras miradas hicieron circuito. En la suya no moraba el miedo, ni la ira. Era como si desde siempre hubiera tenido la certeza de que no merecía otra cosa, de que el maltrato y el castigo eran las primeras sentencias registradas en su destino. Algo en esa mirada parecía la proyección de un estado beatífico, de una moral a toda prueba, de cierta crueldad, de una residencia del alma en lugares que se sitúan más allá del bien y del mal. Sentí además un escalofrío recorriéndome la espalda, porque en esa mirada estaba también grabada la intuición de que yo era su igual, de que a mí me correspondía pasarle la mano, tirarle la cuerda salvadora. Cuando me levanté, su expresión toda se hizo una gran sonrisa abierta y agradecida, como si de antemano supiera exactamente para qué me había levantado.

—¡No! —le dije al mozo, sujetándole el brazo—. Es mi invitado. Se llama Nicodemo y viene a juntarse con nosotros. Dígale a la señorita que traiga otras dos cervezas y más ostiones.

—Como diga el señor —respondió el mozo.

No sé por qué se me vino a la cabeza el nombre Nicodemo. Un tipo como ése ni siquiera podía tener nombre (otra de sus gracias), pero si algún nombre le calzaba, era el de Nicodemo, nombre de seres maltratados por la naturaleza y la humanidad, de parias nocturnos cuyas risotadas macabras

suelen escucharse a la sombra de sórdidos eriazos. Nombre inventado genialmente para señalar el desamparo.

Miré a la pareja de gringos al pasar de regreso a la mesa. Ya no volverían a dirigirnos la palabra, ni siquiera osarían dirigirnos una última mirada antes de partir a comentar las horrendas cosas que ocurren aquí, ¡qué clase de país era éste! Entonces, mirándolos yo, se los dije, sin elevar la voz pero apretando los dientes, les dije: ¡asesinos!

El jorobado se sentó. Le ofrecí una de mis cervezas mientras llegaba el nuevo pedido. Acabó de un trago el vaso espumeante y volvió a llenarlo, alternando su mirada recelosa entre la mía y la del sueco. Luego, de cada concha fue sorbiendo a todo ruido la blanda carne del ostión, siempre mirándonos, pero sin hablar. ¿Qué podía hablarse? Una risotada llegó con elocuencia. Y entonces por primera vez me sentí muy en confianza y quise contarles a los dos algunas cosas, pero mi voz se quedó atascada en el horror y me vi frente a ellos modulando palabras sin sonido; sólo que en los ojos de ambos encontré entendimiento y compañía, aunque no pudieron ellos escuchar los gemidos, el miedo, el dolor aullante que quería hablar por mí, esas noches del estadio, esas ráfagas rápidas, el olor a carne quemada, la conciencia de la muerte próxima, Sueco, Nicodemo, no me oyen, pero yo les estoy hablando. Un tipo flaco y rubio, casi angelical, de unos veintiocho años se me acercó en el camarín para decirme "no creo que yo salga de aquí, compañero; si usted sale, trate de hablar con mi mujer. Dígale que sea fuerte que guarde bien a los niños" y hacerme memorizar las señas. Una de esas noches frescas y claras de septiembre lo llamaron junto con otros cinco del camarín y ya no volví a verlo. Después de esas listas se escuchaban ráfagas, ¿entiende, Johanson? Siempre ráfagas. Un día me interrogaron. El golpetazo se siente como si a uno le arrancaran la dentadura. Te recoges entero, Nicodemo, te contraes como un molusco, sientes que se te acabó para siempre el aire y luego te

vienen náuseas y el ahogo va creciendo y te aprietas el pecho con desesparación, y después quedas temblando, muy sensible, con la moral hecha un guiñapo. Pero no recibí tantos golpes ni tampoco las otras torturas que me siguen poniendo carne de gallina. Un par de culatazos y una costilla rota fueron mi castigo. Y la electricidad, claro. No era nada. Después, Nicodemo, cuando se convencieron de que probablemnte yo no era el guardián de un arsenal, nos hicieron subir a un camión y nos amarraron al suelo. Por encima nuestro caminaban los soldados haciendo chistes y durante el trayecto uno de ellos hasta se permitió orinar encima de nuestras cabezas. Nos llevaron a las afueras de la ciudad y en un descampado nos quitaron las ataduras. Eramos unos veinte. "Aquí se bajan", dijo uno de los soldaditos, "se bajan y corren". Caí boca abajo entre las ásperas ramas de un murral y escuché los disparos. Después rugió el motor y el camión se fue alejando. Comenzaba a oscurecer y pensé que las murras serían mi morada de esa noche. Salir al camino era la muerte segura después del toque de queda. Tampoco me atreví a llamar a nadie. No sabía quiénes habían caído y quiénes estarían guareciéndose de la muerte como yo, bajo un techo de espinas mucho más cordial que el de los gimientes camarines del estadio. Lástima, Johanson, que no puedan oírme. Busqué, a pesar del temor, a la mujer del tipo rubio del estadio. Cuando llegué a su casa, una anciana me dijo que ahí no vivía, que no tenía idea de dónde viviría ni de cómo verla, pero que si deseaba dejarle un recado por si acaso... Le dije que posiblemente al esposo lo habían fusilado, y entonces la viejita cayó de rodillas y rompió a llorar. Fue en ese momento que decidí partir; me impregné de vergüenza, de asco, de miedo, y casi sin pensarlo, sin saberlo, como si una fuerza ajena a mí me inyectara energías, llegué hasta la Embajada sueca y pedí asilo. El jorobado terminó su segunda cerveza, me miró y, sin decir una palabra, se levantó de la mesa, eruc-

tó y se alejó a saltitos, con sus tres pares de zapatos golpeándole los muslos y las nalgas. Hubiera querido sobarle la joroba.

Johanson permaneció contemplándome entre atolondrado y atónito. Mis ojos siguieron a Nicodemo hasta que desapareció su imagen.

—¿Oyó alguna vez hablar de Kirlian? —me preguntó el sueco.

No, no había oído, pero sí, lo escuchaba, ya, uno de esos genios que por una jugada del azar suelen provocar enormes cambios en la historia del hombre. ¿Newton y la manzana? Bueno, algo semejante. ¿Y éste? Este había inventado, o descubierto, la fotografía de descargas luminosas, ¿me daba cuenta? No, la verdad, no mucha, ¿descargas luminosas? Sí, sí, todo cuerpo vivo emite radiaciones, ¿comprendía? Incluso la definición de la muerte cambiaría cuando se perfeccionaran los procedimientos de Kirlian, porque ajá, ¿qué me parecía que cortándole a una hoja de árbol los bordes con tijera, y electrofotografiándola, pudiera aparecer la imagen de la hoja entera, con su parte cortada inclusive? ¿Podía entenderlo? Pues si quería saber por qué me estaba diciendo eso ahora, me lo iba a explicar. Me estaba diciendo eso ahora porque algunos experimentos habían demostrado que en las fotos de las descargas luminosas que emitieron las yemas de los dedos de diversas personas, se había observado que los campos de energía de estas personas, igual que los imanes, se atraen o se repelen, ¿entendía, entendía bien? Por eso al darse la mano, dos personas se gustan a veces instintivamente, ¿no era increíble? Sí, y lo mismo quizás pudiera ocurrir con los ojos, convenciérame.

—Oiga, Johanson —le dije—. Terminemos con esto. A mí ya casi no me interesan más que las pequeñas cosas de la vida. Hubiera querido contarle de su país, de Estocolmo en invierno, de los lagos nevados, las embarcaciones por todas partes invernando gélidas, el sol de algunas mañanas y

los reflejos verdes de los tejados, la tristeza conmovedora de Strandvagen cuando comienza a oscurecer, las luces iluminando desde las tres de la tarde esas callejuelas medievales de Gamla Stan, decirle muchas, muchas cosas de su patria, que de seguro hará tiempo que usted no ve. Pero tampoco me interesa, entiéndame. Me interesa la significación que pueda tener una mañana de sol, la trascendencia de un plato de ostiones, o el recuerdo persistente de una mujer muerta; quizás la música y las palabras de alguna canción que de repetida llega a perforar la conciencia; el trayecto de una mariposa, Johanson, palmotear la espalda de un jorobado para que nos llegue un poco, un poquito de suerte, como la que he tenido hoy de comer tantos ostiones, de beber tanta cerveza, ¿cuántas llevamos, Johanson?, y de conocerlo a usted. Ahora ya estoy un poco hinchado, tal vez no pueda moverme con mucha agilidad, pero hagamos un empeño, levántese usted también, el día está terminando y ya cantó el cisne, vamos, lléveme a conocer el Panteón Francés, una risa más de la hiena, quizás no sea una mala ocasión para saludar a Sibila.

EL MAR

Acabo de recibir una carta de Rogelio –desde un punto del globo bastante lejano– en que el pobre desdichado me cuenta que está en el cuarto de su hotel escribiendo a sólo 15 metros del mar. Cuando se refiere al mar dice algo muy bonito. Dice: "...con la ventana abierta, escuchando ese rugido tan familiar y querido, aunque sea de un mar cabrón, gris de color, que no huele a nada y que ni siquiera es capaz de parir un par de almejas". Y esto, desde luego, se debe a que no cualquier mar es como algunas zonas de ese tramo largo del Pacífico que baña nuestro país entero de norte a sur y donde solíamos en otras épocas pasar muchas horas, días, semanas y hasta meses. Años no. Porque de algún modo u otro Santiago estaba siempre de por medio, y era ahí donde había que asistir al colegio, a la universidad, a la oficina o adonde fuera. Pero lo que quiero decir es que si enfilábamos rumbo en dirección oeste desde cualquier punto de la ciudad –o del país, incluso, diría, aún sin ignorar que en el norte el desierto es cosa seria de cruzar– no se nos iba más de su hora y media para llegar hasta las verdes aguas del océano, esas aguas frías, casi hostiles a la piel del afuerino, pero donde las almejas y las cholgas y las ostras agarraban un yodo insuperable. A veces, de muchachos (cuando podíamos dormir embutidos en un saco de campaña bajo el cielo y sobre la arena o aún sobre las piedras) nuestro principal interés era bañarnos, nadar, abordar o hacerles el quite, por

ejemplo, a esas olas gigantes que azotaban la Playa Chica en las mañanas de viento; desde luego que buscar también algunas niñas de buen cuerpo y sonrisa generosa a quienes poder asombrar con nuestras destrezas acuáticas para luego, por las tardes, después del clásico paseo a lo largo de La Terraza, robarles un par de besos fáciles. Más adelante, unos cuantos años, quiero decir, el baño no era ya nuestra principal causa para viajar constantemente al mar. Podía ser la pesca tranquila desde los roqueríos, el descanso de la rutina en que envuelven las ciudades, el cambio de ambiente, relajante para los nervios ajetreados, el deseo de comerse en grupo un buen plato de erizos al matico, de machas a la parmesana, o un insuperable filete de congrio. Todavía algunos años después quizás fuéramos más que nada a pensar, a contemplar ese ritmo tranquilo de las olas durante horas en que el pasado podía enseñarnos algunas cosas importantes, otras fundamentales. Mirando hipnotizados esa masa de agua cambiante. Recuerdo siempre una frase que mi amigo Manuel –también con él nos escribimos desde lejos– puso en una de sus novelas. Decía: "Fundaría un país a la orilla de tus ojos, cambiantes como el mar". Creo que no he leído nunca una declaración de amor más efectiva, más dinámica. Manuel también tuvo que salir después de la tragedia de septiembre y anda por ahí perdido en otros continentes... Y éramos siempre un buen grupo de marinos de agua dulce que de algún modo, juntos, habíamos aprendido a sacarle a la vida una que otra cosa positiva –la risa, por ejemplo– y a saber que nuestras costas podían ser un factor primordial en ese descubrimiento. A Antonio, para citar un caso, si le gustaba la Playa Chica era por todo lo contrario. Típico y de buen tono resultaba decir: "Cartagena en invierno es precioso, magnífico, de primera, pero en verano no se puede aguantar, tanta gente, tan atestado (tanto 'roto' para los más siúticos), ni andar se puede". Antonio, en cambio, con su vitalidad de bestia nueva, y sin complejos de su incipiente

panza, dijo, entre niños que tiraban arena a los ojos, entre pelotazos y fotógrafos, entre panes de huevo y las canciones del loco "Mejillones" por un peso, entre niñas de todos los colores y viejos de todas las edades, entre quitasoles y tarzanes bronceados que levantaban pesas, dijo: "esto es lo que me gusta a mí. Me carga el hueveo de la playa solitaria". Sin embargo, también es cierto que a cinco kilómetros de ahí estaba justo el lugar para la cita clandestina, para que el señor Equis, casado con la señora Zeta (de Cartagena) se encontrara con la señora Jota, casada con el señor Eme (veraneando en Las Cruces) *¿No te acuerdas, Rosana, cómo nos dejábamos ir por las pendientes suaves de las dunas, cerca de los conchales primitivos, cómo nos besábamos, cómo tú me pasabas las manos por mi melena de vago impenitente, cómo yo de pronto me quedaba helado sólo de contemplar la hermosura de tu cuello, esa curva suave, larga, que no puede tener metáforas, y nos desnudábamos tan sueltos de cuerpo, total, ahí quién? Ibamos de a poco llegando hasta el mar y entre yo mirándote y tú mirándome todo era puro asombro, como si nunca nos hubiéramos visto antes, como si fuera una primera vez, primera y única vez desesperada, porque en ese momento quizás lo importante, lo primordial, era que el tiempo, las malditas horas, se venía encima muy rápido, casi como si ya se estuviera acabando todo, como si fuéramos a morir y el último adiós –la copa del estribo– reventara en ese encuentro solitario, tan secreto, tan angustioso, porque después de todo ¡en eso! la libertad sí que no era nuestra. Y sonaba la campana como en los colegios cuando el recreo termina y otra vez a clases, ya, adiós amor, reina preciosa, adiós cabro de los cielos, sí, mañana no, pero el martes, el martes sí como sea, contra viento y tempestades, te dejarías quitar la polera roja, el blullín ajustado, para que mis pobres ojos de mortal silvestre otra vez se abrieran enormes ante el abismo de tu figura delgada y curvulenta apenas cubierta por un calzón blanco y un sos-*

tén que tampoco engañaban a nadie. Sobre la arena sentada japonesamente hasta que mis manos violentas y también solidarias, pero sobre todo violentas, te arrancaran a tirones aquello y quedaras convertida en una Eva de veras maravillosa para la que cualquier pobre Adán fuera apenas un vello del empeine. Sí te acuerdas de cómo entonces mis manos te retorcían al recorrerte, de tu sonrisa que no podías ver pero que yo sí calibraba muriéndome de tanto deseo mientras entre risas y mariposas íbamos rodando al agua, a meternos en esa sal donde hacer el amor flotando era tarea de titanes, de un par de bárbaros titanes para los que ese momento de amor pudiera ser la única razón de vivir, pero Rosanita, no te aflijas ante el recuerdo de la violencia –no la de los celos–, la del mar, que es el gran regulador, porque "las tardecitas de Buenos Aires tienen ese qué se yo", *recuerda, detenidos ahí entre semáforos y melones, llenos de gentes alrededor que también sabían que estaban* "piantaos piantaos" *y antes de apretar el botón de la radio del auto, te dije: "quiero regalarte un tango".*

–¿Cuál?

–Piantao.

Y te dije "aquí lo tienes, con 'valsecito bailador' *y todo", y entonces aprieto el botón y suena la radio como un mago de cuentos orientales justo diciendo "vení, volá, vení" y ahí, queriéndonos entre angustias automovilísticas, cordilleranas, o incluso hasta de la onda aviadora, no creas Rosana que no, nunca vayas a creer que no, la vida tiene sus puntos y comas y de veras pienso que un amigo que tengo está justo en el medio de la razón cuando dice que de todas las cosas, lo primero es el mar;* sí, largas playas solitarias con amplios dunales donde ningún acto secreto podía ser descubierto desde la tierra. Todo eso: el baño, el amor, los mariscos, la meditación, todo eso era el mar. Por eso la carta de Rogelio me ha puesto en onda pensativa, nostálgica, acaso sabia frente a tantos hechos. "Sabia" puede parecer pedan-

te. Pero la verdad, han pasado no sólo algunos años, sino también bastantes cosas. ¿Baeza, dónde está? Durante un tiempo –marino nato– sólo pudo oír el mar sin verlo porque los verdugos le vendaron la vista cuatro meses enteros en la isla Quiriquina, donde olas y resaca se escuchaban de cerca. ¿Dónde está ahora? ¡En Tanzania! Todos, todos están en países raros, transplantados, adaptándose a nuevos climas. Casi siempre lejos del mar. Ernesto en Noruega, cerca de las legendarias Lofoten, un poco más próximo a las olas que los demás. Y Saurio, ocultándose de los fríos de Vancouver en una sala de hospital donde su voz cansada no tiene posibilidades de ejercicio; mirado desde el otro lado de un vidrio por su tierna Negra y por los niños asombrados y dolidos. Lejos del mar. Y el "Mono", poetizando el socialismo sin erizos ni ceviche ni boleros de la vieja guardia. Lejos del mar. ¿Será posible que las furias de Satán hayan arremetido contra todos a la vez? ¿Que la muerte entre torturas de Enrique y Víctor, que el cáncer ya sin vuelta de doña Olga, la sordera de Baeza, la neurosis de Rogelio y el suicidio de Jorgito sean producto también de la circunstancia histórica? ¿Pero por qué entonces a mí no me ha pasado nada? Quién sabe si en el mar se encuentre la razón. Al comienzo, lo miraba durante largos ratos al llegar del trabajo. Sí, el mar. Me sentaba a mi escritorio, apagaba las luces (menos la lamparita roja) y lo miraba hipnotizado, igual que en otros tiempos allá lejos, apoyado sobre la baranda del buque, de pie contra el viento en los roqueríos de abajo, o desde el ojo de buey de mi camarote, sobrevolado por gaviotas en espera de cardumen para lanzarse piqueros que parecían flechazos inequívocos, las casitas de Las Cruces apiñadas al otro lado de la extensa bahía que nacía ahí mismo y dibujaba la media luna. Me sentaba digo, a mi escritorio y lo tomaba entre mis manos. Veía su agua mecerse suavemente, ondular como al paso de una brisa ligera, avanzar la ola inofensiva con su ritmo inconmovible hasta chocar con-

tra la pared transparente de esa cajita mágica y luego devolverse en un pequeño remolino. Después, un movimiento de mano y las aguas se agitaban y se levantaba violenta la espuma y las olas crecían, se hacían gigantescas, azotaban y yo ahí, en mi escritorio viéndolo todo, temeroso de que siguiera la tormenta. Pero eso de los largos ratos después del trabajo, era sólo al comienzo. Más tarde fue creciendo el tiempo y empecé a faltar a la oficina. Me levantaba por la mañana y trataba de no pasar frente al estudio para evitar la tentación, pero de pronto, antes de salir, me engañaba a mí mismo, echaba de menos cualquier cosa para tener el pretexto de entrar y entonces abría sigilosamente la puerta, lleno de un temor muy hondo. Allí estaba, sobre la mesa escritorio bermellón. Ahí empezaba una vez más a deleitar todos mis sentidos, porque aunque esas olas encerradas no rugían, yo las escuchaba y escuchaba también la fuerza del viento y me iba quedando, olvidado ya del reloj, lejos de la oficina, lejos de todo, cerca sólo del mar. Así fue como empezaron mis ausencias del trabajo, gradualmente, hasta ahora en que me trajeron aquí, en que ya no salgo de esta habitación blanca donde vivo solo con el mar. Me ha crecido la barba y se me han agrandado los ojos. No suena ya más el teléfono y a veces, cuando me comparo con los otros, los lejanos y los que nunca ya veré, me aferro a la idea de que es por eso que me salvo. Que es el mar que tengo encerrado entre cuatro paredes de acrílico la razón de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que a mí no me pase nada, de que.

LA MISMA ESQUINA DEL MUNDO

Este cuento es para Nadia Golowasch

UNO

Cuando la mujer rubia de ojos claros tipo nórdica volvió a cruzar la calle desde el teléfono público al paradero de autobús, el hombre de aspecto agobiado que al pasar había querido perforarle la mirada y luego la siguió unos pasos, todavía estaba ahí. Entre los límites de la esquina, iba y venía nervioso y a la vez despreocupado, más o menos como si muchas burbujas calientes se agitaran en el espacio de su cráneo, y más o menos también como si nada pudieran contra él los apremios del tiempo. La lluvia –esos chubascones intensos y rápidos de las tardes de verano– se hacía tenue y en el comienzo del anochecer los altos neones multicolores de Insurgentes Sur intentaban reflejarse sobre el pavimento mojado. El hombre detuvo sus pasos junto a la mujer rubia de ojos claros. Un autobús hizo chirriar los frenos y sus pasajeros desertores empezaron a descolgarse amontonados. La mujer rubia, inquieta, pestañeante, se dirigió por fin al hombre.

–¿Me servirá éste para ir a la ciudad universitaria?

El hombre lanzó la vista hacia la fachada del bus.

–No –le dijo–. Dobla antes.

–¿Me podría decir cuál es el que tengo que tomar?

El hombre frunció el ceño.

–Uno que vaya por Copilco –dijo luego con cierta indecisión.

El bus arrancaba llevando su nueva carga y martirizando

a la pequeña multitud de la esquina con la espesa y asfixiante humareda de su vómito y con ese despiadado rugido del escape libre.

—No eres mexicana, ¿verdad? —preguntó el hombre mirándola.

—Soy uruguaya.

—Yo soy chileno —dijo él como en un saludo de colegas—. ¿Llevas mucho aquí?

—Apenas cuatro días, ¿tú?

—Ya casi un año... ¿Te viniste por...?

—Sí —dijo la mujer bajando la vista.

—Oye, tengo un auto a media cuadra y si quieres te llevo hasta la universidad. Olemos a sur, sabes.

—Bueno —dijo ella sin vacilar.

—"Aventón" se dice aquí.

La mujer sonrió. Se alejaron de la esquina.

DOS

No sé, la verdad, qué bicho me picó para decirle al tipo que sí cuando se ofreció a llevarme, ya que no es nada común que yo acepte invitaciones de buenas a primeras, pero se me ocurre que quizás fueron sus ojos. Ni siquiera las veces que en Montevideo los choferes declaraban la huelga —hace ya tiempo— y no había manera de llegar al trabajo, acababa por decidirme a hacer dedo y, si no recuerdo mal, hasta sentía un poco de rabia cuando desde algún auto (siempre iban hombres solos) una bocina me ofrecía "gentilmente" sus servicios y por supuesto ni me tomaba la molestia de mirarlos. Quizás si le acepté —pensaba más tarde— fue porque, además de sus ojos, el tipo dijo eso de que olíamos a sur, yo qué sé, me gustó mucho oler a sur, me perforó la frase como atacan los recuerdos lacerantes, sabor a tango de esos lados, *sur, paredón y después,* los meses de paria en Buenos Aires, sur también de callejones lejanos y de faroles,

por eso, porque éramos apenas dos sureños de muy abajo a los que el azar ponía juntos en una esquina como de milonga para que actuaran, para que se movieran y se dijeran cosas, igualito que en una obra de teatro. Eso ni más ni menos es lo que me decía aquella misma tarde un poco después, cuando en las cercanías de la ciudad universitaria el tipo, un loco al que se le metió en la cabeza que me conocía desde siempre, que me había seguido en todas las edades, qué sé yo, un loco suelto, me invitó a tomar un café y también le dije que sí, igual que antes, casi sin chistar, mientras ya comenzábamos a entendernos, pensando que después de todo si estábamos aquí, en un país lindo y cálido pero en una ciudad donde todavía las calles no eran nuestras, se debía exactamente a la misma razón.

No voy a negar que desde el primer momento el tipo me pareció interesante, seguro, bien plantado, a pesar de una especie de desconcierto perdido que parecía inundarle a ratos la mirada. Tampoco voy a negar que como hombre estaba en general bastante bien. Pero insisto en que no es mi estilo, en que sigo siendo de las que no les dan los ojos a un desconocido y admito sin vacilaciones que en esa ocasión torcí la ruta puritana en que mi madre rusa me endilgó desde chiquita. Así me lo decía interrogante mientras frente a frente tomábamos con bastante silencio nuestros capuchinos, mirándonos de cuando en cuando a los ojos. Sus ojos, para aclarar, no es que fueran lindos: eran potentes y luminosos, desconcertantes, pese a que fíjense que hace ya tiempo dejé atrás los quince años, pero es que, a ver, cómo expresarlo, hay tantas cosas que a veces una sabe sin saber siquiera que las sabe, no soy de lo más clara, parece. Quiero decir, con ese café que tomamos en la ciudad universitaria la verdad es que no acabó nuestra relación, a eso iba, porque al despedirnos nos dimos los teléfonos y una de aquellas tardes muy aburridas en que yo arreglaba las pocas pilchas que al partir me cupieron en la valija, ahí en casa de los

compañeros donde definitivamente tendría que vivir hasta que me llegara un trabajo y pudiera mantenerme sola, el tipo –ya debiera decirle Bernardo– me llamó invitándome a salir. Y para ser sincera, hasta donde mi mundo desmoronado me podía permitir cierta alegría, me alegré.

Estuvimos en un restorancito de barrio popular y bullicioso, y tanto Bernardo como los otros dos sujetos con que nos encontramos ahí galopaban a ritmo de locura, más o menos tres tequilas antes de que yo terminara una sola sangría débil de alcohol, de modo que muy sobria y metiendo poca basa en la conversación, me dediqué lo que se puede decir entusiasta a escuchar divertidas y locas narraciones sobre islas, perros, delfines, narraciones que se quebraban de pronto para dejarles paso a otros temas y volver al rato a flote con la nueva corrida de copas si es que a alguien le duraba todavía esa cuerda. Pero digo esto porque cuando el gordo de barba, una especie de bestia vital de mucha risa, contó lo que le había pasado una noche en Estambul, se desató una de esas discusiones que van por otro camino y que terminan por abrirle a una la mollera para entender mejor las cosas.

El local funcionaba a media luz y a pesar de que yo ahí podía haber pasado como un simple pollo en corral ajeno, me sentía plenamente a gusto entre esos tipos –digamos mejor "nuevos amigos"– que me trataban como si me hubieran conocido desde otros mundos. Para no entrar en detalles, el asunto era así: al gordo le habían ocurrido cosas extraordinarias durante una noche que pasó en Estambul. Por supuesto que lo contó divertidísimo y nos reímos lo que se dice a mandíbula batiente aunque no pienso repetir la historia porque no es eso lo que interesa. Luego Bernardo, que era el que más se reía con la sarta de peripecias, contó también las cosas igualmente extraordinarias que años antes le habían sucedido a él una tarde en que vagaba por el puerto de Bombay. Parecían, claro, historias inven-

tadas y fantasiosas, pero como a la vez eran verosímiles, por qué dudar, si mirando bien a los tipos una quedaría bien segura de que a ese par cualquier cantidad de locuras podía pasarles. Fue entonces cuando el gordo dijo lo que me interesa contar. Primero –perdón– el colombiano, con mucha pena, con la cara caída y los ojos nostálgicos, se preguntó por qué a él nunca le pasaban cosas así. Y ahí el gordo le contesta con mucha seguridad que si a uno le pasan cosas es porque se las busca, de algún modo se las anda buscando, va predispuesto sin saberlo. En ese momento se calentaron los ánimos y se agitó el debate, pero ya con la suma de los tragos se había vuelto muy caótico, mucho grito, mucha interrupción, mucha incoherencia, y yo no lo seguía, no por pereza mental ni por desinterés, sino fundamentalmente porque me empezó a dar vueltas en la cabeza la frasecita esa de que las cosas uno se las buscaba. Después de todo en Montevideo yo tenía un novio macanudo –compañero, digamos mejor– por quién debía hacer cuanto fuera posible para conseguirle rápido la visa antes de que los tiras lo "desaparecieran". Tal vez, quise decirme entonces, se trataba de que estando tan recién llegada me sentía muy sola, a pesar de los amigos uruguayos que llevaban algo más de tiempo por estos lados, a pesar también del cariño de la única familia mexicana que hasta el momento había tratado, y también a pesar de que con estos tipos –estos amigos– algo vivía en mí, algo me daba fuerzas. Quizás fuera verdad lo de estar sola, una chica regalona mal acostumbrada siempre al mimo y la caricia. Pero desde luego no era todo, para qué echarse tierra a los ojos. La verdad se escondía agazapada detrás de la mirada de Bernardo, que me conocía desde siempre, que me estaba gustando una barbaridad, y que desde mi llegada era prácticamente lo único que lograba evitar que en cualquier momento, como a tontas y a locas, andando por la calle, acostada ya en la noche sin sueño, o en el lugar y a la hora que fueran, se me arrancaran solas y poten-

tes las lágrimas al recordar todo lo que había pasado, los compañeros muertos, los compañeros presos, y todo lo que quizás por cuánto tiempo estaba dejando atrás...

–Oye, tengo un auto a media cuadra y si quieres te llevo hasta la universidad. Olemos a sur, sabes.

–Bueno –dije yo, sin vacilar.

TRES

Güerita querida de ojos celestes y sonrisa de ángel: el otro día, caminando por el Paseo de la Reforma me detuve frente a una vitrina que me dio la clave a través de un poderoso flujo de luz que partía desde el título de un libro. *Cartas no mandadas,* decía sobre una tapa rústica que me trajo entonces, en el mismo momento de fijarle la vista, la gran idea, que me encendió la mollera, según decimos allá, que me hizo tomar pluma y papel. Cómo empezar a decirte la rareza de las cosas que vienen sucediéndome desde que recibí tu primera carta. Cómo violar tanto código y pasar por alto los dictados implacables de la conciencia (¿cumpliste ya los dieciséis?), cómo saltar el tiempo y el espacio venciendo todas las barreras que te cercan. Pero ahí, en el título de ese libro estaba muy parada la idea con las piernas abiertas y los puños contra la cintura; la presente esquela no has de verla nunca; no entrará jamás por la boca de un buzón y quizás ni un sobre llege a tener, las cosas son así. Será sólo un mínimo desahogo de este amigo casi hasta ahora mismo atormentado no sólo por el recuerdo sino también por el olvido, por el recuerdo de todo y el olvido de todo, por la ausencia permanente de tus ojos y tu risa diáfana. Digo "casi hasta ahora mismo" debido a que las cosas tomaron otro curso durante una de mis tardes de vagancia (sé que te gusta esta palabra) cuando desde una esquina tus ojos celestes me llamaron. No digas nada, ya sé que no comprendes, que quizás te va a doler, que nunca entenderás. Pero de to-

das formas, para que se filtre la luz en estas palabras, resultará mejor comenzar desde mucho antes, verdad; acaso desde los tiempos en que siendo una niña saltabas a la cuerda entre los almendros florecidos de tu patio, desde la era de los domingos marineros en que las carnes terrestres escaseaban pero que entre casa y casa (la tuya y la mía de la misma cuadra) podían viajar bandejas de ceviche, cholgas frescas, budines de sierra, desde las tardes convalescientes en que la pantalla intrusa de un televisor nos iba haciendo vivir las peripecias de una hermosa muchacha italiana que venía a casarse –digo que *venía* porque es aquí donde venía, aquí donde estoy, y quiero contarte que ni un día dejo de pasar por el Angel o por las aceras de esas torres inmensas que ella miraba boquiabierta–, a casarse venía con el viejo pastelero don Vittorio, pero que en el camino se tropezaba con dos brazos más fuertes para hacerla caer y dar tumbos y un par de ojos potentes capaces de derretirla como mantequilla y de obligarla a cambiar el rumbo de sus aflicciones; desde las noches de chiquillería en que terminando una botella de tinto yo las escuchaba inventar en pandilla siniestras canciones sobre vampiros que vagaban solos por el cementerio chupando sangre; es decir, también ese tiempo en que para casi todos los habitantes de nuestra geografía extravagante se abrían amplias las alamedas que conducían hacia aquella tierra prometida en que como afirman los viejos partisanos franceses *les gens au creux des lits font des reves.* Ya sé que no son muchos los días del calendario que dividen el tiempo entre la partida sin adioses y esta carta que te escribo con la cabeza blanqueando para que nunca llegue a destino. Sin embargo, sí es verdad que ha pasado agua bajo los puentes del Mapocho, agua roja algunas tardes, desde entonces, agua ensangrentada y rabiosa.

A veces estoy bien y a veces estoy mal. Desde luego no me quejo: hay algunos que sólo están mal siempre; otros que nunca volverán a estar bien –todo lo dicta la hondura

de la marca– y también hay los que ni siquiera *están*, al menos con los pies plantados sobre la tierra, los que partieron antes metiéndonos la daga, el flaco aquel de los pasos aéreos y los viejos boleros de la década cuarenta, recuerdas, el que lo daba siempre todo por los demás, el médico de la otra cuadra que no logró aplicar sus golpes de karate cuando las delaciones de la fiambrera decretaron su muerte, el gordo Teobaldo, de la bomba de bencina, que siempre te miraba con una sonrisa tierna y perdida, como las de Chaplín, y tantos tantos otros, más allá de las fronteras del barrio. Sabrás naturalmente por mis cartas que es bien rara la condición del exilio. Parece que se extrañaran las cosas con mucho mayor intensidad que en otros viajes: el color de las tardes santiaguinas cuando al cruzar una calle miras disimuladamente al oeste y te golpea la violencia del sol deformándose en su choque contra el horizonte, la temperatura de cada mañana luminosa, el cañonazo del cerro a medio día, las callecitas del barrio, el almacén de don Memo donde hasta entonces quedaban botellas de vino viejo a precios rebajados, los vecinos que se cruzan a diario en tu paso hacia Irarrázaval, hasta la misma sonrisa de hiena de los "momios" de la esquina y el ladrido de los perros de toda la manzana, el aleteo de las palmeras del patio de mi casa golpeando los postigos, el olor a cazuela de los domingos, el aplastante saludo matinal de la cordillera con sus tonos púrpuras y rosas, con sus pliegos de viejo paquidermo, el estornudo alérgico bajo la invisible nevazón de polvillo de los plátanos orientales, todo, todo cobra nuevas dimensiones desde lejos. Pierdes el centro, sabes, has dejado de tener un lugar donde afirmarte.

Sí, desde entonces hasta tu primera carta también fueron las cosas diferentes. Tiempo interminable de locura y penurias de la mente enferma, de violento desarraigo y de plantas que van creciendo en tu ventana sin que se percaten las ropas y los objetos que aún dentro de tu maleta

aguardan el regreso. Tiempo de una güerita que se ha hecho adolescente sin mis ojos vigilantes y asombrados.

Fue entonces, después de nuestras cartas iniciales, del momento preciso del tiempo en que te determinas a extrañarme con dolor y a quererme más, que yo decidí encontrarte, encontrarte de todas maneras, contra huracanes y mareas encontrarte, porque supe de pronto que no sólo estabas allá, en una callecita de Santiago arropada en tu cama tosiendo de resfrío, aprendiendo a manejar el auto del pololo, sirviéndole una taza de café a tu padre cuando desmoronado llega del trabajo, esperando en la esquina la Ñuñoa-Vivaceta o comprando un helado de frutilla cerca del Liceo, llorando enloquecida por el reciente asesinato de tus primos rebeldes, mordiéndote las manos para no gritarles a tus vecinos de lado y lado la verdad de lo que son, sonriendo tus ojos celestes en la micro a un joven que te liga, sino –supe– que también era seguro que andabas por estos parajes de inagotable selva urbana vagando por el Zócalo, metiéndote dentro de los parques, asombrada de todo el desconocido mundo de Valeria en que me buscas sin siquiera sospecharlo, ignorando que yo pueda existir sobre la tierra. Por eso entonces te pedí las fotos: todas las que pudieras, todas todas, para ir reconstruyéndote día a día desde niña, hasta la última foto y hasta las próximas, mes a mes, porque tenía que grabarme a fuego lento tu retrato en el alma, llegar a ser capaz de distinguirte entre las multitudes, de sentir desde lejos tu presencia. Y empecé a mirarte a todas horas, detalle a detalle, facción por facción, y entre una foto y otra fui moviendo tu sonrisa, pestañeándote los ojos, agitando tu cabello al viento de las tardes de verano, dejando que la lluvia mojara tus mejillas, te fui haciendo correr en cámara lenta, desplazarte por los aires, trepar árboles –y mes a mes me mandabas una nueva–, estudiándote fui con toda la potencia de mis sueños, hasta que un día de repente supe, dije ¡ahora!, se hizo la luz y supe no sólo ya la

foto, es decir cómo eras en un solo momento del tiempo, sino cómo eras siempre, cómo serías, cómo habías sido, cómo llegarías a ser en cualquier etapa de tus años. Entonces comencé a buscarte. Por calles y plazas anduve tras tu huella, aplané todos los barrios con mi suela mísera, me trepé cantando en todos los tranvías, vigilé la salida de aeropuertos y estaciones, fui recorriendo fila a fila los estadios, sobrevolé campos y desiertos, nadé en todas las playas sabiendo que existías también en este lado del planeta. Hasta que una tarde, güerita de los ojos celestes, finalmente dí contigo, te vi después de la lluvia marchar hasta el teléfono de la esquina y me paré a esperarte. Estabas linda como siempre, luminosa y magnífica, tal vez unos diez años más mujer, y balanceabas el paraguas en cada uno de tus pasos. Te vi mirar los autobuses sin saber sobre cuál tenías que viajar. Me detuve, pues, al lado tuyo y esperé tranquilamente a que me hicieras la pregunta. Te contesté que no (desde luego era mentira), que ése doblaba antes, que esperaras el Copilco. Pero el hecho fantástico, lo que verdaderamente importa es que la magia ya había dado su varillazo: estábamos nada menos que tú y yo, güerita, juntos en la misma esquina del mundo comunicándonos, mirando desde las tablas con ternura al inocente público que se deshace en aplausos tras la apertura del telón.

—No eres mexicana, ¿verdad? —pregunté mirándote iluminado.

Me devolviste la mirada a los ojos, quizás desconcertada.

—Soy uruguaya.

—Yo soy chileno —te dije, sabiendo en el fondo que tú también lo eras, que daba igual—. ¿Llevas mucho aquí?

—Apenas cuatro días, ¿tú?

—Ya casi un año... ¿Te viniste por...?

—Sí —dijiste bajando la vista.

Entonces dije que tenía el auto a media cuadra, que te llevaba a la universidad. Que olíamos a sur.

–Bueno –contestaste sin vacilar.

–"Aventón" se dice aquí.

Sonreíste, güerita, como los ángeles, y nos alejamos de la esquina.

MARIONETAS

A la íntima amiga de la señora Dolly.
Y por supuesto también a la señora Dolly.

Parece que hiciera mucho más, Pero apenas ha pasado un año. Un año justo. Poca cosa, podrá decirse. Porque entre una víspera del 1º de enero y la víspera siguiente transcurre exactamente eso: doce meses, suponiendo que la única medida del tiempo fuera el calendario; convengamos: hay años cortos y hay años largos. Por eso es que parece que hiciera mucho más.

Hace justo un calendario entero, todo Estocolmo estaba cubierto por una espesa y muy limpia capa de nieve que al sol de las mañanas parecía juguetear, contar un chiste, hacer piruetas arrancando hasta del desdichado una sonrisa, pero que después de mediodía, en esa rápida carrera hacia la noche que alrededor de las tres ya estaba consumada, era capaz de concentrar toda la lúgubre sordidez de las tinieblas, de confundirse en una sola imagen con la tristeza del hemisferio entero. El hemisferio sur, quiero decir. Y eso, a pesar de las multicolores lucecitas que intentaban alegrar la tarde y de los ánimos siempre pataleantes de la mayor fiesta del año.

Más o menos a las tres, acabando de almorzar, don Fedor y yo nos pusimos a matar el tiempo jugando al Casino, mientras Beatriz y la señora Laura miraban las imágenes sin sonido de un televisor descompuesto. Iba justo a bajar la persiana para evitar que la noche se nos metiera en la cocina y nos buscara el alma, cuando vi que

estaba comenzando a nevar en grandes copos y me dejé vencer por una sorda depresión que hizo que don Fedor me revolcara duro en el primer partido. En lugar de concentrarme en las cartas, le di la mano al miedo, a un miedo distinto, un miedo áspero de que llegara la medianoche, de que estuviéramos ya donde Pepe, de que repicaran las doce campanadas y empezaran los abrazos paralizando la sangre al sentir el puncetazo de aquellos que no podríamos dar. A unos porque estaban muertos. A otros porque estaban lejos. De modo que cada vez que me correspondía jugar, cometía un error que mi adversario iba capitalizando para su puntaje.

Casi todo los días Beatriz y yo caíamos a comer al departamento que le habían prestado a don Fedor mientras se arreglaba lo del viaje. No nos unía sólo el haber nacido en las mismas tierras vegetales de Valdivia y el estar en un país tan lejano bajo el mismo signo de infortunio, sino también precisamente lo del viaje, la angustia de la espera de esas visas que tercamente se negaban a llegar y que nos permitirían emprenderlas rumbo a regiones de más sol y colores más violentos. A él por razones de salud. A mí por otras razones. Llevábamos ya algo de dos meses soportando con ira ese tedio estéril que nos impedía hacer otra cosa que esperar: el vuelo era todos los martes. Cuando ya la tarde de los sábados nos azotaba la certeza de que las visas no habían llegado a ninguna de las direcciones, perdíamos oscuramente las esperanzas de partir el martes siguiente. Ya no sería hasta el otro. Pero como el otro tampoco era, la baraja generosamente ayudaba a que las horas se hicieran más cortas, ya que por esas largas noches bajo cero jamás nos asomábamos al frío, un frío intenso, puntiagudo, que lo perforaba todo, y al cual no estaban acostumbradas nuestras miserables carnes. Digo jamás exceptuando la salida a esperar el autobús de las diez y cinco que nos dejaba a Beatriz y a mí a un par de cuadras del departamen-

to donde una señora de buena voluntad y aficionada al tango nos había facilitado una pieza que podríamos usar hasta que retornara el barco de su marido. En las mañanas, claro, siempre salíamos. Nos íbamos a caminar por Strandvägen, donde toda clase de embarcaciones soportaban la rudeza del invierno cubiertas de nieve y hielo. O recorríamos una por una las vivas, coloridas, comerciales y cálidas cuadras de Drötningatan, las reas de ropa, las colecciones de bromas, las especies orientales, metiéndonos cada cierto trecho a alguna tienda si el frío nos daba muy duro. Hurguetéabamos entre cualquier cantidad de cosas, preguntábamos precios en mal inglés. Beatriz se probaba una chaqueta de cuero, y cuando ya el calorcito de la calefacción nos navegaba por la sangre, salíamos de nuevo al invierno y seguíamos caminando hasta el final de la calle, cruzábamos ese canal lleno de patos desconcertados, vagábamos un poco por las callejas medievales de Gamla Stan, la "ciudad vieja", y tomábamos finalmente el autobús que nos llevaba a casa de don Fedor, en el barrio sur, cerca del asilo para ancianos y de la iglesia sobre la loma, Santa Catherina, cerca también de la poética y humilde callecita de los artistas y de la casi deshabitada compra-venta donde una semana antes habíamos adquirido entre todos, por menos de dos coronas, algunas chucherías que poder regalarnos la noche de Navidad, mientras en otras partes ocurrían otras cosas.

Después de rigurosas revisiones del lugar para que nada malo fuera a ocurrir, cuando muy sonriente llegó el general Bolilla a la población Barrancas para ofrecer su discurso de Navidad (1973) y llevar a cabo la entrega de juguetes a los hijos de los trabajadores, su sonrisa de pronto se detuvo: en un amplio y pajizo campo árido se concentraban cientos de niños serios o atemorizados, pero silenciosos sí. Por sobre sus cabezas, entre dos postes de madera, en letras disparejas e insolente-

mente rojas que resaltaban del fondo de un blanquecino lienzo de tocuyo, que a su vez contrastaba con el cielo muy azul de ese verano, se leía: "General Bolilla: no queremos jueguetes: ¡Devuélvanos a nuestros padres!".

Todo tan alegre en la mañana, tan triste por la noche. Porque nunca eran iguales los dos viajes en el bus. En el de mediodía hasta podíamos hacernos bromas con Beatriz. "Es un aspecto de la ciudad", le decía yo mientras íbamos cruzando algunos de los puentes y se nos presentaba un paisaje formidable, instándola a que mirara. Nos reíamos con cierto raquitismo. Otras veces le decía con la típica circunspección de un viejo inglés de película:

— ¡Tú no miras la ciudad!

— ¡Oh, síiii! —respondía ella con la tenacidad persuasiva de una vieja inglesa de película—: *¡Tú* no miras la ciudad!— Y hasta podíamos darnos un beso.

En cambio de noche recorríamos el mismo trayecto, pero sin hablar, sin dirigirnos una mirada, cada uno muy solo, correteado por sus propios fantasmas, por la marca que día a día nos inyectaba palidez y agonía y que sabíamos, estábamos seguros, no nos iba a permitir la paz hasta el momento del retorno.

Así que la nevazón me deprimió y pensé en mandar todo a la mierda, año nuevo y todo, y partir a enterrarme en mis sábanas, aturdirme con un poco de alcohol y escuchar bien hasta el sueño, bien hasta el alba, la colección de Gardel que había en el departamento. Sobre todo *Marionetas,* escucharlo una y otra vez. Pero Beatriz tenía puesta cierta ilusión en la fiesta y preferí no defraudarla.

Más vino, Carlos, hombre, vamos, venga ese ánimo, me decía Pepe. En realidad estábamos todos un poco apagados. Eramos ocho los que nos entreteníamos comiendo galletas duras con mantequilla y arenque molido y tomando un

Rioja Alta que Pepe había conseguido barato. Ocho que como una buena parte de la humanidad esperábamos la medianoche para agredirnos sentimentalmente con los abrazos: Pepe y Perla, su mujer, valencianos exiliados mucho tiempo atrás y ya casi totalmente asimilados al modo de vida sueco, aunque añorantes siempre de su tierra y despotricadores y tercos como cualquiera de sus paisanos; Rafael, un periodista uruguayo que tampoco podía regresar a su país, y el poeta. Pero de los siete, los más enmierdados por el exilio éramos don Fedor y yo, digamos, las dos parejas, y también el más jodido de los países era nuestra larga y angosta faja, enlutada de norte a sur por tanta muerte, asolada por el crimen de la gorra verde, por la punzante bala de uniforme, deshaciéndose en sangre que fluye como un torrente hacia las regiones blancas de la Antártida. A ratos la mirada de don Fedor se perdía lejos y yo adivinaba que estaría viendo agitarse las olas de la caleta bajo su casa marina, o salir prendido a su anzuelo del nueve un tomoyo resbaloso y jaspeado, de ancha boca y mirada hosca ante ese nuevo mundo que lo agrede, ante el cambio forzado de la vida, o caminando con la señora Laura por la extensa terraza que serpentea bordeando el mar entre las dos playas, la Chica y la Grande, a la hora en que se pone el sol y llegan don Quijote, el Rucio mechas de clavo y René Garfias, al dominó vespertino y al par de botellitas de tinto que deberán pagar los perdedores en el Morocco, a todo aire y a toda sal; o mirando desde la ventana de su escritorio cómo se alejan los pescadores, cada bote una lucecita tenue en la noche, internándose mar adentro, en las regiones del congrio generoso y difícil. La señora Laura no. A ella no se le perdía la mirada, porque siempre estaba haciendo algo, no se daba tiempo para dejar que el recuerdo la agrediera; ella de seguro lloraba por la noche, cuando nadie pudiera oírla nombrar a sus hijos presos, cuando a nadie pudiese dolerle también su dolor; recorda-

ría fijo las mañanas de compra, las conversaciones en el almacén, donde solía concentrarse toda la lucha ideológica del barrio, el billete a Goyito para otra copa en el bar de la esquina, el paso por casa del maestro Martínez, el tejido para sus nietos por la tarde tranquila y quizás echaría también unas lágrimas por Rolando el pescador, Luis el arquitecto, Rosita la maestra y los demás amigos y amigas del pueblo que habían dado con sus pobres huesos en el campo de torturas donde ellos también estarían ahora si no les hubiera tocado la suerte de salir, y hasta se preguntaría también si acaso de veras este viaje sin retorno visible no era una muerte. O por lo menos una prisión. Y Beatriz, quizás como yo, con sus ásperas imágenes clavadas en el alma, como si se nos hubiera adherido para siempre un infierno.

Aterrada todavía por las balaceras y las explosiones de las dos últimas noches, por las amenazas de exterminio que televisión y radio lanzaban sobre ellos, por la tristísima noticia de que el Presidente había muerto, Beatriz descorrió apenas la cortina de su habitación en el segundo piso de la casa, cuando se escucharon los síntomas del despliegue y sonó el timbre de una manera violenta: una corrida de seis militares cerraba el paso hacia la derecha y otra corrida de seis militares cerraba el paso hacia la izquierda. En la puerta del patio el padre entregó sus documentos al oficial y ambos sostuvieron una conversación que Beatriz hubiese querido escuchar. Luego Sultán, olfateando la hostilidad del ambiente, comenzó a ladrar. Una bala más significó poco para el oficial y a Beatriz se le hizo un nudo el corazón.

—¡Entren!— gritó el oficial hacia fuera— ¡Ahora lo niegan todo estos carajos! ¡Ahora resulta que son todos unos mansos corderitos! ¡Ni un rincón sin registrar!

Con la cabeza erguida, el padre se dirigió hacia la puerta de entrada. A medio camino se detuvo, se volvió y gritó a todo pulmón:

–¡Cobardes! ¡Traidores!

Al sentir la ráfaga, Beatriz no pudo contenerse. Bajó volando las escaleras y salió al patio justo en el momento en que arrastraban el cuerpo del padre hacia el camión.

–¿Por qué lo hicieron?– gritó llorando a toda lágrima.

Uno de los soldados le detuvo la carrera con un culatazo en los pechos, mientras el oficial se encargaba de cerrar el diálogo:

–¡Cállate, puta, si no quieres que a ti también te apliquemos la ley fuga!

–Vamos, hombre, Carlos, Beatriz, ¡saluz y ánimo, que ya va a comenzar el nuevo año, que por cierto será mejor que el año que se marcha!

Y levantando automáticamente el vaso nos echamos otro trago, sin que los ojos de mi conciencia puedan despegar la vista de los mismos rostros que se repiten.

Apenas se levantó el toque de queda, fue la rolliza señora de la fiambrería, la sobrinísima de aquel honorable diputado Diez, que tan triste recuerdo dejara en los tiempos de la Cámara, quien emprendió voluntariamente y sin presiones, con la frente alta y el corazón bien puesto, la delación de los "marxistas" de su barrio. Primero telefoneó a buena parte de su clientela para pedirles nombres, direcciones y cualquier dato útil de los militantes o aún los simpatizantes de la U.P. residentes en el sector (podían ser peligrosos, muy peligrosos, aseguraba). Luego corrió acezante hasta los militares más cercanos y les entregó dos hojas de cuaderno mientras asentía una y otra vez con la cabeza.

No mostraron ninguna compasión sus ojos a la mañana siguiente, cuando frente a su negocio, después del allanamiento de la casa amarilla, fusilaron en la misma puerta al joven que le compraba siempre dulce de membrillo y queso mantecoso.

Fue Pepe a cambiar el disco de Flamenco y una voz conocida nos vino a latiguear también el recuerdo, dándole gracias a la vida por dichas y pesares y enseñándonos algo muy hondo, otra buena lección que debíamos aprender.

–¡Que bárbaro!– dijo el uruguayo Rafael, cuando con su guitarra y la voz todavía fresca Violeta termina diciendo que el canto de todos es su propio canto–. Esta mujer fue un monstruo de talento. ¡Que familia del carajo, con Angel y Chabela, y hasta el propio Nicanor! Después de todo, que el cabrón le esté haciendo cariños a la dictadura no lo convierte automáticamente en mal poeta.

–Aunque sea un canallita– metió baza el poeta– alguna vez salió a recorrer las solitarias calles de su aldea, acompañado por el buen crepúsculo que era el único amigo que le quedaba.

–Ahora ya ni ese le debe quedar– dijo Pepe.

–Sí– dijo la señora Laura, que hablaba poco–. Todavía le queda un buen amigo por encontrar: adivinen.

–¿Será el olvido?

–¿Será el hielo?

–¿Será el crepúsculo?

–Frío, frío.

–¿Un buen amigo?

–Ya sé...

–Tiene que ser el crepúsculo

–Adivinen, adivinen.

–Crepúsculo, "nica".

–Picamor en la aldea solitaria, dígalo, no nos pida adivinanzas.

–Picamor, Nicanor.

–Picamar, ni-cagar.

Y entre todos comenzamos a jugar con las palabras, hasta que el trabalenguas nos quedó más o menos bien, como para mandárselo de saludo de año nuevo.

La esposa de Pepe ha puesto las botellas de champán sobre la mesa y ha colocado siete paquetitos de celofán que nos hacen mirarla con curiosidad, en busca de una rápida explicación. Es simple y español: doce uvas por cabeza; una para cada campanada. Tragarlas rápido. Y por la voz del locutor, aunque sueco no entendemos, se va advirtiendo que ahora sí, que ya el miserable de 1973, el año hijo de puta, se está yendo derechito a la espesa mierda que lo espera, que se va juntando su fin a la primera punta de 1974 con toda esa nieve cayendo en copos grandes allá afuera y aquí todos calentitos, el uruguayo, el poeta, los españoles y nosotros, a puro vino y ¡ya! Bombos y platillos, la primera campanada y la primera uva directamente a la boca desde la mesa, sin manos intermediarias, y llegan las doce a cañonazos mientras el cable del periódico *General, Bolilla, no queremos juguetes: devuélvanos a nuestros padres* nos martillea un escalofrío y mientras también entre abrazos llorosos el ánimo no nos llega desde ningún punto cardinal, no quiere traernos un pedazo de sonrisa para aplacar la nieve y despejar la mierda que nos corre por las venas, y el uruguayo también está de luto, y los españoles, desde un poco más lejos, solidarizan como hermanos mayores que con el dedo gastándose cada año han llegado a saber que Franco no muere tan fácilmente y que los hombres se sobreponen a todo, y siguen las canciones y uno que otro brindis por tiempos mejores, por una pronta derrota de los criminales, hasta que se va haciendo preciso recordar que a la una y media pasa el último tren a la ciudad y ahí vamos los seis calle abajo hacia el andén. Guerreamos un poco con bolas de nieve. Don Fedor y la señora Laura no; caminan

serios, dignos, sin comprometerse en carreras o escondidas tras los automóviles que parecen montículos blancos; de más edad. Y también con menos alcohol.

Al bajar del metro –era ya el último y nunca estuvo tan lleno– toda clase de gentes circulaban por los andenes de la estación y por sus laberintos de acceso a la noche. Rubios adolescentes de cabellera larga y naciente bigote, botella en mano pateaban las máquinas tragamonedas con exceso de ira y lanzaban gritos guturales. Un hombre con los ojos hinchados gesticulaba como implorándole a una formidable negra de botas hasta la rodilla. Dos lindas muchachas, de mejillas sonrosadas (suecas en todo el sentido de la palabra), caminaban abrazadas y sonrientes, coquetas a quien les dedicara una mirada. Un largo túnel y todos saliendo como apretado rebaño. A un lado primero un hombre tocando acordeón, de mirada muy triste, y no tener una moneda que echarle a su gorro, porque a los músicos siempre sí, y a los borrachos también siempre una moneda para el último trago de una noche que por lo general se niega a terminar, como se niega ésta a terminar, a pesar del metro; y al otro lado, más allá, un conjunto de tres morenos cantando en español también con la boina en actitud de súplica, barbas hirsutas, pelo sucio, desentonando un poco una canción de los Quilas *tun-tún quién es, abre la muralla, tun-tún quién es, cierra la muralla,* y Beatriz y yo nos detuvimos automáticamente, pero no pudimos permanecer, porque la avalancha nos empujaba hacia la *escalator* que ahora sí nos ascendería hasta el mismo imperio de la nieve, el blanco de la noche negra donde encontraremos apoyada en el farol de luz a Greta, flaca y arrugada, tratando de hacer coincidir la llama del encendedor con la punta del cigarrillo que más o menos le cuelga de los labios resecos y sin adorno. No sé por qué me mira. O nos mira. Pero me detengo y, cogiéndole su propio encendedor le soluciono el problema a su mano

temblorosa, quizás de frío, quizás de alcohol que falte. Me dice algo en sueco. *Sorry*, le digo, *no swedish*, y entonces en un inglés vacilante de lengua me dice que se llama Greta y nosotros quiénes somos, qué bonito que marchemos de la mano, debemos ser dichosos, se ve en nuestra mirada franca.

Después de los infelices y dolientes días del Estadio, en que tuvo que tragarse cada noche la fetidez a sudor y mugre de algún furioso soldadito, a Beatriz la trasladaron a la correccional a esperar juicio, pues según don Rafael, su denunciante, no sólo se contaba entre las más fanáticas y agresivas izquierdistas del barrio, sino que en dos ocasiones, cuando lo del abastecimiento, sólo entregó pollos y aceite a los vecinos que militaban en la U.P.

Al correr de las semanas fue arrugándose en el patio de la cárcel el ceño de Beatriz, mientras sentía minuto a minuto crecer su vientre. Miraba hacia la nada, se acababan los ruidos, el corazón parecía dar un salto y luego detenerse, cuando con rabia y dolor se sorprendía diciéndose en silencio: "Y pensar que tendré que matarlo".

Aunque no, piensa que también sufrimos sin derecho, por qué, por qué, si estamos juntos y no solos como ella, buscando inútilmente por las calles una mirada tierna, un solo gesto de calor que ahora nosotros le estamos dando mientras la borreguería, dice, pasa indiferente, riendo tristes, sobrios o borrachos, sin que nieve o frío los alteren, pero yo no, le digo, nosotros estamos helándonos, no somos de temperaturas tan bajas, adiós, ¡feliz año! Sí, nos mira, muy linda pareja, deberían ser muy felices.

Una tarde él la encontró muy triste apoyada contra el muro del patio, casi el punto donde lanzaron por

encima del muro el cadáver desfigurado de la Magali. Hasta entonces casi nunca habían hablado, pero él, de alguna manera, entre la multitud de hombres, mujeres y niños que atestaban la embajada, le había puesto los ojos encima. Se acercó con las manos en los bolsillos y la cabeza mirando al suelo, caminando lento.

–Te quiero– le dijo.

A ella se le extraviaron los ojos (como si la frase estuviera recordándole algo). No respondió, pero una sonrisa lejana despejó de nubes su expresión toda. El le tomó la mano y agachó un poco la cabeza como en gesto de besársela, aunque no lo hizo.

Sí, así nos mira Greta en el hielo de la noche, una pareja espléndida.

Beatriz había salido al patio pensando que hoy sí, después primero de todo ese tiempo de horror, y ahora en estas tres semanas que se parecían a muchos años, él la buscaría, más bien él la encontraría, porque de algún modo, siempre la buscaba. La vió venir y supo, como en uno de esos sueños buenos que más que soñarse apenas se imaginan, que era como la continuación de algo, o la continuación de todo. ¿La confirmación de qué? Cuando escuchó que él decía "te quiero", le pareció vislumbrar entre velos un mundo perdido, un mundo tan lejano que a duras penas podía parecer real, porque en el intertanto, entre aquello y esto, era como si algo hubiera ocurrido, algún canario tal vez había dejado de cantar. Sin embargo, le flacura del hombre, su palidez, sus manos en los bolsillos, como si nunca, le sacaron de alguna zona de su baldío un momento de ternura. Por eso sonrió.

Nos damos un abrazo y nos deseamos otro *happy new year*, pero luego Greta camina a nuestro lado como

si fuéramos la única tabla de salvación. Total, insto a Beatriz, nuestra anfitriona no duerme en casa esta noche, qué más da que la llevemos a la gringa y le demos un trago del ginebra que tengo guardado para el final de la noche, cuando Carlitos cante y recante y vuelva a cantar como que el tiempo sobra sus *Marionetas* y así, caminando y entrando y subiendo los cuatro pisos en el ascensor todavía adornado de estrellitas brillantes y lucecitas de color, estamos en el departamento sacándonos los gorros, los abrigos y las botas de goma, y por primera vez veo que Greta sonríe y siento que su sonrisa es linda y entonces sí le digo que quiero contarle, que justamente lo que quiero es contarle, que felices no, no podemos, pero un poquito apenas sí, que no llevamos mucho tiempo juntos, pero que después del aborto nos conocimos en la misma guarida, y aunque una especie de amor entre pálido e imprescindible apuntaba hacia una brechita de felicidad, las sombras de la bestia eran demasiado pesadas para no verlas, las imágenes perseguían como lobos hambrientos y ahí en la embajada no descansaban los oídos del bombardeo día y noche de los crímenes del monstruo de cuatro cabezas y sus guardianes verdes.

Por las noches Luisito, quizá el más joven de los asilados, no podía dormir. Cuando intentaba cerrar los ojos se le atravesaba un camión del que saltaban muchos soldados fusil en mano acordonando la casa de enfrente, la que se ve desde el cuarto en que otros compañeros lo tienen oculto. "Después vendrán aquí", piensa, empuñando la pistola 38 que guarda bajo el cinturón y repasando en su mente los pasos que debe dar si comienza el allanamiento. El camión se aleja hacia la esquina y algunos militares entran en la casa derribando la puerta del patio mientras otros pocos hacen guardia afuera, con los fusiles apuntando hacia las ventanas del segundo piso.

Las gentes de la cuadra se asoman a las puertas de sus casas sin atreverse a ir más cerca del lugar de turno.

De pronto los militares que se hallaban dentro salen llevando a empujones y culatazos a un hombre de edad madura. Detrás de ellos corre una mujer más o menos joven gritando y tomando de las mangas al conscripto de la retaguardia. Este le da un codazo. Desde el suelo la mujer grita "criminales" y les arroja algún objeto. El soldado se vuelve, le apunta y dispara, mientras ya al hombre lo están subiendo al camión. Detrás de la mujer que se desangra, venía un niño de pantalón corto llorando y dando gritos. El soldado le apunta y por segunda vez hace fuego, demostrando su perfecta puntería. En pocos minutos el camión parte y, salvo dos cadáveres en la cuadra, la tranquilidad retorna a los hogares.

Entonces Luisito no podía dormir y comenzaba a contar la historia y de tanto y tanto no dormir se le fueron poniendo blanco los ojos vacíos, y de tanto contar lo que había ocurrido a su padre, a su madre y a su hermano menor, se le fijaron los más grotescos tics en la cara.

Greta nos decía que era el año nuevo que empezaba, que los años nuevos siempre traían algo distinto. Por ejemplo esperanzas. Pero yo ya no la escuchaba. Ni siquiera agradecía su sonrisa. Sólo quería que me perforara el alma Carlitos el rey, el viejo amigo, contándome sobre el encanto suave que tenía aquella casa en la humilde belleza de su patio colonial, donde si hasta le parecía verla (a la nena) con su pollerita corta y sus bucles despeinados empinada sobre el banco, y contemplando absorta aquellos títeres al otro lado del muro que hablaban inglés, ruso y francés, mirando cómo se paraban doña Rosa y don Pánfilo Ligero por la magia de aquel titiritero de voz aguardentosa

llamado Menedín y refregándonos (Carlitos) en las narices el paso de los años felices de la infancia y castigándonos con la triste verdad de que la nenita se fue de su casa así como también los títeres vecinos, y diciéndonos que los oídos de ella supieron escuchar piropos y promesas hasta finalmente convertirla, también, en simple marioneta que baila sin cesar y ahí el latigazo de las imágenes, los compases de un viejo tango que se mete al tiempo en el bolsillo y a medida que lo vamos oyendo más y más, también a la nenita la vemos sonreír sobre el muro ante la maravilla, entre asustada y eufórica, y la vemos con dos pechos muy redondos y líneas sobre los ojos desparramada sobre el escenario y sin sonrisa, del que pronto, automática, ante la voz de Menedín, se levanta para dirigirse al público primero en inglés, luego en ruso y finalmente en francés con una sonrisa falsa y ponerse entonces a dar vueltas sobre sí misma girando y girando sin cesar, mientras Greta, que nada puede comprender, mira con asombro cómo las lágrimas escapan sin control desde mis cuencas cansadas nublando en mis pupilas la visión de la nenita empinada sobre el banco y mientras Beatriz echa más ginebra, mucho más ginebra en mi vaso, y entre ginebra y Carlitos se va asomando de a poco la mañana del primer día de ese nuevo año que ahora, en este momento, acaba de morir, justo a las doce, cuando don Fedor, Beatriz, la señora Laura, yo, en pleno trópico, y muchos otros en diversos puntos del globo, estamos sintiendo que cada año que nos aleje de aquel once en que vimos el espectáculo más grande del mundo,

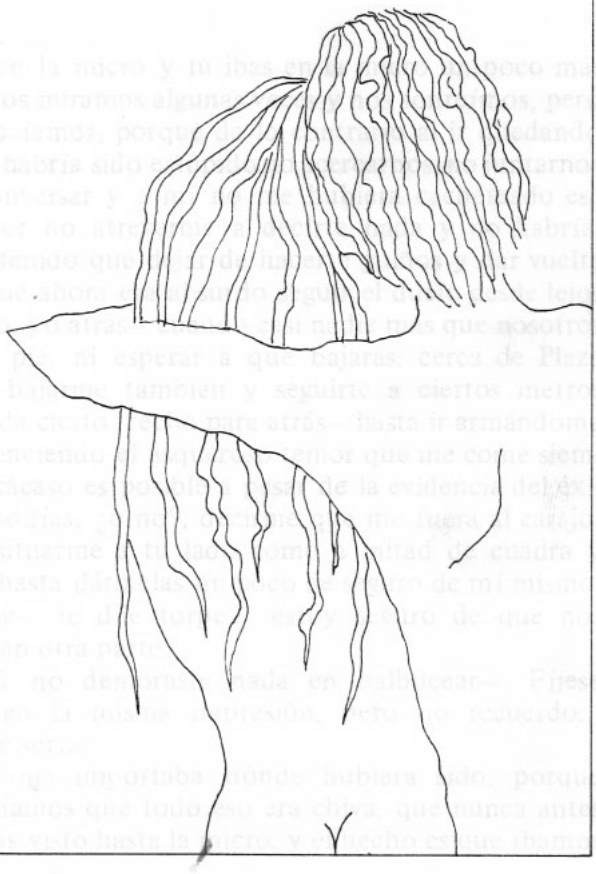
Entre rugidos de leones, música marcial, malabarismos impresionantes, baile de caballos, saltos de trapecio, increíbles prestidigitaciones y graciosos tonies, surgió potente la voz del señor Corales, hombre de lentes oscuros y boca de bulldog:

—Señoras y señoooreees; respetable públicoooo; ¡queremos reconstruir este país!.

que cada año y que cada día que pase de todas maneras, inevitablemente, nos irá acercando hacia el regreso o si no, por lo menos, hacia la muerte.

segunda parte

Volver a los Diecisiete



ESTRIBO AMARGO

Yo iba en la micro y tú ibas en la micro un poco más adelante y nos miramos algunas veces y nos sonreímos, pero no nos conocíamos, porque de lo contrario al ir quedando medio vacía habría sido estúpido no acercarnos, no juntarnos más para conversar y a mí no me hubiera cacheteado esa vergüenza por no atreverme a decirte nada y no habría, como tuve, tenido que dejar de hacerte guiños y dar vuelta la cara porque ahora era absurdo seguir el duelo desde lejos –tú al centro, yo atrás– cuando casi nadie más que nosotros quedaba de pie, ni esperar a que bajaras, cerca de Plaza Brasil, para bajarme también y seguirte a ciertos metros –mirabas cada cierto trecho para atrás– hasta ir armándome de coraje, venciendo el asqueroso temor que me come siempre que el fracaso es posible a pesar de la evidencia del éxito, porque podías, ¿o no?, decirme que me fuera al carajo, mocoso, y situarme a tu lado como a mitad de cuadra y sacar voz y hasta dármelas un poco de seguro de mí mismo.

–Perdone– te dije torpe–. estoy seguro de que nos hemos visto en otra parte.

–Sí– tú no demoraste nada en balbucear–. Fíjese que yo tengo la misma impresión, pero no recuerdo...

–¿Dónde sería?

Pero ya no importaba dónde hubiera sido, porque tú y yo sabíamos que todo eso era chiva, que nunca antes nos habíamos visto hasta la micro, y el hecho es que íbamos

caminando juntos de frente al sol declinante –dirección Quinta Normal– a esa hora en que atardece tan rosado en los extremos de todas las calles que apuntan hacia el mar, íbamos caminando, conversando, y yo había perdido mi terror y era, entonces, de nuevo, como en la mirco, al primer guiño, el jovencito de la película que empezábamos a filmar, muy inflado y satisfecho, respirando a todo pulmón, cuando llegamos al fin de la caminata y me dijiste "aquí vivo" y yo no supe muy bien qué decirte, aún sabiendo que tenía que hacerlo, porque además tú esperabas que te dijera algo. Miré tu casa, una casa típica de Catedral: puerta doble y con vidrio a la vereda, una larga escala recta hasta el alto segundo piso, vieja, con ineludible facha de pensión, aunque se adivinase por cierto en ella un pasado mucho más glorioso. Luego te miré a ti y tú esperabas, tus ojos centellaban deseos de que todo no fuera a morir ahí. Pensé decirte que siguiéramos caminando un rato más, pero la hora era la hora y yo no tenía plata en el bolsillo como para invitarte a tomar once en alguno de los boliches de la plaza.

–¿Qué vas a hacer a la noche? –te dije finalmente.

–Nada especial. –Listo. Me dejabas tomar la batuta, pero sin perder el control que te daban los años de ventaja. Estaba listo. Ahora ya nadie se podía correr y el asunto marchaba sobre rieles.

–Juntémonos...

–Bueno...

–¿A las ocho y media?

–Bueno...

–¿En la esquina de Los Gobelinos?

–Bueno...

Cada vez que decías "bueno", me dabas una miradita irónica, pero lo fantástico es que cada vez que decías bueno, decías bueno y eso era lo que contaba. Se me ocurre que

cuando nos despedimos, sabías mejor que yo cómo iban a ser las cosas.

—Yo que soy el dueño, no tiro ni la mitad, mientras que el perla...

—Cuestión de suerte.

—Cómo se las arregla el hombre, ah.

—La percha.

—¡La percha! No tiene facha ni para vender plumeros el huevón. ¡La percha! Las patas, diría yo. A ver, ¿quiere tirar gallito el Siete Machos?

—¿Hay trago?

—Una botella de pisco y un poco de gin, ¿quieres...?

—No, no. Preguntaba.

—Ah, ya. Fuera de ensuciarme las sábanas, me vas a tomar el trago. Bueno, si no tienes plata, usa el trago. Hay queso también. Y dos discos nuevos. Y algunas revistas de señoras, para que se entretenga ella si no se te para.

—¿A qué hora piensas volver?

—A las once. Mañana hay clases temprano. ¿No vas a ir?

—No sé. Dame hasta las doce, gallo. No es llegar y meterse en la cama al tiro. Acuérdate que es primera vez.

—Once y media. Tú acuérdate de que hay clases temprano.

—Bueno, once y media, pero como siempre, tocas el timbre dos veces antes de meter la llave.

—Te aconsejo que no estés aquí cuando llegue. Voy a comer donde los Wood y eso ya es bastante sacrificio, si piensas que tendré que hacer sobremesa hasta las once...

—Jode un poco a la Silvia, no es nada de mala.

—No va a la pelea.

—A la vieja, entonces...

—No estaría mal, la verdad. Un día la voy a traer con cualquier pretexto.

—Pero no te la tires en mis sábanas.

–No jodas más. Déjame estudiar. Desde las nueve el departamento es tuyo. Ahora lárgate, o te quedas tranquilo.

Eran las ocho treinta, las ocho cuarenta, las ocho cincuenta y empecé a impacientarme primero y después a desesperarme porque por ninguna de las cuatro calles te divisaba apareciendo y no es que me importara demasiado, en el fondo no me importaba un pito, o un rábano, o una breva, o una hueva, o una mierda, o un cuesco, sino que a veces –y ésta era una– cuando uno se hace el ánimo, sobre todo si has tenido que hacer preparativos, dejar una cama con las sábanas limpias, el pisco listo, los vasos en la mesita, si has tenido que comprar papitas fritas y una lata de aceitunas, y jodes a tu compañero de curso, a tu amigo, para que se joda de veras y tampoco pueda preparar la prueba, pero sin la compensación que te propones tener, has tenido que faltar a reunión de base porque después de todo –y de alguna forma estás también reprochándotelo– estas cosas vienen con ángel, vienen y si no las agarras también con ángel, se van simplemente y después, cuando quieres, un palmo de narices, te dan, un portazo en el ojo, una cachetada que te deja ardiendo las orejas y, entonces, al volver a mirar el reloj te entra esa comenzón desazonadora de como si se estuviera acabando el mundo, de como si el único camino limpio que te quedara fuese irte lisa y llanamente a la cresta, ya que entonces. Y la vista se multiplica y hasta logras mirar más lejos y distinguir entre dos viejas pintiparadas con dos sombrerudos caballeros que les cuelgan de los brazos, adelantándose, un vestido amarillo que cuando llega resulta que es de lana y que te queda como si un hada lo hubiese hecho a varillazos mágicos para tu figura.

Y estamos juntos en la esquina y quiero disimular en mis palabras toda huella de ese nervio angustioso que me pasa una escofina debajo de la piel, porque tengo que ser muy ducho, muy de mundo.

—¿Me atrasé mucho? —preguntas con cara de perdón. Pero ya viéndote allí qué me importaba, si todo lo que me importaba era que estabas justamente allí, frente a este puma, esperando que yo dijera algo, que indicara una dirección, que invitara.

—No— te dije. Y luego, con pocas ganas de mirarte, pero mirándote, porque si no, cómo, te pregunté qué querías hacer, ir al cine a ver *Picnic*, que estaba de moda, o ir a "mi" departamento, te dije, a bailar un rato y tomar un trago y tú no pesaste las dos cosas sino que sabías muy bien a lo que ibas y partimos caminando en dirección al Parque, a Santo Domingo 580, para ser exacto.

Allí corrió todo sobre ruedas. Tomamos un pisco-*sour* que no tardé mucho en preparar, porque ya estaba preparado y después otro, con unas papitas, y unas aceitunas, y después otro. Los dos estábamos algo así como felices, como eufóricos, a pesar de que no nos conocíamos y eso quita libertad, pero como felices nada más que de vivir, como cuando se encuentra un momento que largamente se ha esperado. Y otro más, y luego de pronto bailábamos apegados y hacía calor aunque era primavera y era noche, hacía calor y el vestido amarillo de lana se te pegaba al cuerpo cuando empecé a palparte, primero con delicadeza, después con esa furia que enciende exclamaciones a las que tú también respondías con otras exclamaciones encendidas, y en un baile prolongado fuimos conociéndonos mucho —intuyéndonos mucho— con ese conocimiento que sólo da la piel, fuimos cayendo poco a poco a la cama y te saqué con destreza el vestido de lana amarilla y entre tangos, entre boleros, entre uno que otro rock, estábamos ya bien desnudos anudándonos sobre la colcha y yo te besaba de arriba a abajo, pasando por todas, por cada una de tus partes fragantes como flores recién abiertas, tus senos, tu vientre suave, tu sexo dulce y ácido que hubiera querido coronar, revestir de perlas, cubrir de nácar, incrustar de es-

meraldas, sorberlo, tus piernas, tus tobillos, las uñas de tus pies, y tú eras terriblemente libre y la expresión de goce era muy pura, sin angustias, sin remordimientos, hasta que, torpe esa primera vez, fui terminando de poseerte y quedamos, con los cuerpos resbalosos de sudor, algo exhaustos, relajados, pero muy dentro el uno del otro, hasta que nuevamente vinieron las palabras y entre flores y flores, me asestaste el mandoble que me pilló sin guardia, que me volteó, ineludible, al preguntarme si nos veríamos mañana, y decir yo que no sabía aún, y decir tú que ojalá que sí, y que pasado también, porque el viernes llegaba tu novio de Buenos Aires y sería más difícil después, a menos que la hora... mandoble sin guardia porque ya te amaba yo, te estaba amando con furia, frenético, y no hubiera querido la existencia de ningún mierda de novio, y que me volteó, también ineludible, porque era preciso, pensé, era preciso el desparpajo en alta dosis para esos petardos sonoros, para acordarse del novio a poto pelado y nombrarlo y ¿sonreír ante su recuerdo? desnuda sobre una cama en la que ha hecho delirar el placer; y entre flores y flores, también, me invitaste a la ducha y yo te dejé ir y cuando un poco después te seguí y me metí bajo la lluvia tibia, dijiste, "quién te invitó a tí", y yo dije "tú" y me hinqué y con el agua chorreándome entero te hice otra vez delirar a besos, a lengüetazos, a mordiscos.

—¡Hasta cuándo vas a seguir despotricando contra todo! Toma, tomemos "el estribo" y partamos de una vez, que vamos a llegar tarde, mierda.

—Pero ya sabes.

—No, no. Terminemos con eso. Lo que te dije es la última palabra.

—Pero, maricón...

—No me vas a hacer cambiar.

—Los amiguitos que se gasta uno.

—Decisión indeclinable.

—Para amigos así, mejor enterrarse.

—¡Que tengo que ver yo con tus polvos! Te lo has llevado tirando todo el mes, todos los días, a las horas más raras. Ya no puedo llegar a mi propio departamento; tres veces por semana tengo que andar haciendo tiempo como imbécil antes de venir a acostarme, y cuando voy a prepararme desayuno, encuentro las tazas sucias, el azucarero vacío, ¡ándate a la cresta! ¡Hasta cuándo!

—Y dices que soy yo el que despotrica...

—Bueno, tú alegas porque no te presto el departamento. Yo alego porque no puedo seguir viviendo así, con todo patas arriba, en una casa de putas semejante.

—Una semana más.

—Una semana más, una semana más. Déjame que me ría. ¡De aquí te tienen pescado, de la jeta! Están haciendo lo quieren contigo y no te das ni cuenta. Si el amor es tanto, ¿por qué no manda a su novio de una vez a la cresta?...

—¡Ya, córtala! Te estoy pidiendo el departamento, y no consejos.

—¿Sabes por qué? Porque es argentino y es diplomático, y en cambio tú no eres más que un pobre y triste huevón que así como vas, pierdes el año, y que además hacen lo quieren contigo.

—Bueno, ya ¿sí o no? Para qué seguir...

—Sí, ya. Pero una sola vez más, para que se peguen el del estribo, para que se despidan y te puedas dar el lujo de decirle una cuantas cosas. Mañana, si quieres, te lo dejo toda la noche.

Bueno, llegaste como siempre un poco tarde, con ese retardo que primero me intranquilizaba y después me empezaba a desesperar; llegaste con otro vestido delgado de lana, no amarillo, que te trajeron de Buenos Aires, por la mierda, ¡de Buenos Aires!, y me preguntaste, como

siempre, si hacía rato que te esperaba y yo, respirando de nuevo, te dije que no y estaba tan nervioso y angustiado que ni te di el abrazo quebrante y crujidor con que te aguardaba y que me exigías siempre, porque después de todo *era* la del estribo, y mañana ya no más, no sólo porque tenía que dejar el departamento, te dije, sino porque tú misma –me lo habías dicho esa misma mañana– ibas por última vez, ya que no podíamos seguir desquiciándonos así, dijiste, tú no haciendo nada de lo que debías hacer, rehuyendo un poco, o mucho, al argentino con quien después de todo estabas por casarte y quien te decía últimamente, lleno de extrañeza, que si ya no lo querías, que qué te pasaba, y yo, faltando a clases, perdiendo el año porque los parques en la mañana, el cerro por las tardes, la cama por las noches, importándome un bledo todo, atormentándome un poco al pensar que qué sería de la revolución si todos los revolucionarios fueran como yo, te dije, pensando que esa voluntad que siempre había creído firme, se desmigajaba como un pan de hace tres días por tus piernas blancas y almibaradas, tus pechos fragantes que alguna vez iban a estar perfumados de leche de otros hijos, pensando que ese ser indestructible que era yo, podía ser destruido, aniquilado por una mujercita con quien una tarde en la micro nos guiñamos inocentemente los ojos y, entonces, dijiste, no podía ser, no tenía sentido y lo mejor era, pues, la cordura, la razón, ¡Dios mío, la razón!, y yo me preguntaba si acaso tú te habrías preguntado por qué te pedía tus fotos de colegio, en malla de ballet, en shorts de gimnasia, a los siete, a los diez, a los doce, a los quince, a todos los años, y por si no hubieras llegado a preguntártelo quise decirte lleno de ternura que yo las miraba, que te miraba en todas las edades porque te amaba desde siempre, y que de seguro te seguiría amando, desde la piel, desde la sangre, aún cuando tuviéramos sesenta y cuatro años, pero callé, callé y no dije nada, porque des-

pués de todo *tú* desertabas, *tú* me tirabas de un puntapié al tacho y dejabas que me comieran los buitres, y supe esa misma mañana que no habría persuasión, que ésta sí que era de verdad la del estribo y, métale pisco, huif ay ay ay, y entonces, como no pensaba rabajarme, ni pedirte, ni rogarte, no pensaba permitirme un solo llanto, ni un solo gesto de dolor, ni una palabra de lamento, no te di el abrazo quemante con que te aguardaba, sino que te hice pasar sin tocarte siquiera y nos sentamos y yo estuve con el habla adentro un rato largo y tú, entre parlanchina y descifrante, hiciste tiempo preparando un trago y después de servirlo sacaste de la cartera un paquetito y me lo diste mirándome a los ojos con tristeza y yo te dije entonces, pero con la voz muy firme a pesar de la angustia, "¿de verás nunca más?" y tú me diste un beso leve, de esos que no me gustan, rápidos, tantalizantes, y me dijiste "ábrelo" y yo lo hice, nervioso, y sobre la pared del hermoso encendedor de plata grabadas finamente, estaban las palabras "adiós y gracias, gracias" y supe que el adiós era porque te ibas, y que el gracias, gracias, era porque yo te había hecho, como nunca nadie, sentirte mujer y sentirte amada desde los huesos y desde la piel, y me vino la rabia, porque lo hallé muy absurdo, pero después de todo, ya cuánto me lo habías dicho, los dados estaban tirados, yo era un mocoso sin futuro visible todavía, él, un diplomático argentino, con viajes, con países, con tanta, tanta vida; absurdo, sin embargo, porque la vida entonces qué, ah, ¡entonces qué! Y no pude ser ni tierno en la cama, sólo hosco primero, brusco después, y bestia al final, cuando te dije que eras una puta, una puta de buen precio y que te fueras, que te pusieras la ropa, tus calzones de puta, tu sostén de puta, tu estúpido vestido de lana de otro color, traído de Argentina, y te mandaras cambiar de una maldita vez, y que si me topabas en la calle, no osaras saludarme, porque el asco me haría dar vuelta la cara y vomitar; y tú quisiste acariciarme, sedar mi ataque, y en-

tonces te lancé el bofetón y desnuda, hecha un ovillo, lloraste en el sofá, y no te consolé y seguiste llorando, como esperando que los ángeles me devolvieran la gracia, hasta que la ira me hizo también llorar y te grité de nuevo que te fueras, antes de tener que echarte a empujones; y cuando saliste ni siquiera te miré y habrás pensado quién sabe qué cosas, pero querrías que te contara que esa noche me la sufrí entera, me la lloré de punta a cabo, que fue la única noche de mi vida en que si hubiera tenido un revólver a la mano lo habría posado contra mi sien y habría hecho presión sobre el gatillo,porque lo que acababa de perder para siempre era apenas tanto amor, tanta vida, tanto amor, y lo que venía después no era sino un hoyo negro, pero lo que te voy a decir es otra cosa: pese a la noche,todo el pisco del barrio me hizo dormir hasta el otro día que ¡por la mierda! era otro día.

TAN SOLO UN FIN DE SEMANA

¿Y hasta cuándo tendré que permanecer atrapado entre estas cuatro estrechas paredes de tabla que son como un oscuro calabozo, pero sin barrotes de fierro en la ventanilla sino con un espeso vidrio abierto en círculo a la altura de la boca y en semicírculo más abajo para recibir y pasar, en lugar de ser como los que llegan por afuera y me piden y yo les doy y me pagan, y poder hacer como ellos: pedir, recibir y pagar, para luego subir, tomar asiento y partir, mirando el sol o las nubes a través de los ventanales ahumados de arriba o el pasto, los sauces, los álamos, los caballos y las vacas por la ventanilla, hasta ir divisando –y notar cada vez más cerca el zigzaguear cuesta abajo–, desde la cima de un cerro amarillento, el mar, como petrificado desde lejos, nervioso después?

–¿Quedan en la de tres y media?

–Sí, señor, ¿cuántos quiere?

–Déme dos, al lado de la sombra y bien adelante.

Jaime revisa el cuaderno, dibuja dos cruces en dos pequeños casilleros, luego timbra la fecha sobre dos boletos, les escribe algo con lápiz azul y los arranca del talonario.

–El once y el doce– dice al entregarlos–; sombra hasta Melipilla; después sol. –Recibe el dinero y da vuelto.

–Un pasaje para la que va a salir.

–Auxiliares no más quedan.

En ese momento, rompiendo la cola para pasar de un

lado a otro, divisa al tipo elegante que compró dos en la mañana. Trae arrastrando de la mano una rubia más espectacular que bonita, quizás si hasta fea, pero como sea, a la costa –se dice–, van a la costa. Irán a bañarse por la tarde y en la noche se acostarán juntos en algún hotel con vista al mar. ¡Cartagena colorida como una estampa de Año Nuevo! Cartagena de atardeceres naranja desde esa terraza que bordea el mar a lo largo de un kilómetro, culebreando, como las costaneras de películas francesas o italianas que transcurren en el sur –la *Côte d'azur*, Niza, Cannes, "Cierta Sonrisa"– y que son como drogas. Cartagena con esa larga Playa Grande hasta Las Cruces, con dunas y pequeños charcos como lagos habitados por cisnes de cuello negro, venidos quién sabe de dónde. Y en las dunas las parejas por la tarde y por la noche, y en la playa las parejas y en la terraza y en los cafés y en los hoteles y en las camas las parejas... La rubia lleva pantalones a rayas negras y rosadas, una blusa suelta, sin mangas, y sombrero amarillo de rafia; una línea verdiazul le prolonga los ojos oblicuamente. Pantalones a rayas y sombrero. Piensa en la otra, la que viaja todos los *week-ends*, y la ve también de pantalones a rayas y sombrero; corre a pies descalzos por la orilla de las olas hacia San Sebastián, huyendo juguetonamente de él, que la sigue ganando distancia hasta darle alcance y tumbarla sobre la arena húmeda, rodando ambos hasta chocar con una ola que les revienta encima y los baña enteros, exigiéndoles correr más, hacia las dunas, y perderse tras sus lomajes suaves para desnudar sus cuerpos y secarlos en revuelcos sobre la arena finísima y entibiada por largas horas de sol, de ese mismo sol que se esconde ya al otro lado de la lejana horizontal, bañando vastas regiones de naranja y de sangre... Bailar en la noche al ritmo de una quieta orquesta de cuerdas, recorriendo a paso de tango la pista plateada de alguna terraza...

–¿Se puede viajar con perro?

–Está prohibido, pero si es chico, yo creo que... –Jaime se levanta un tanto y se asoma hasta ver un pekinés marrón, con exuberante cola aplumerada.

–Es chiquito.

–¿Cuántos pasajes?

–Uno, para la primera que salga.

Y momentáneamente ha terminado la cola. Jaime aprovecha para fumar un cigarrillo tranquilo, sin tener que sujetarlo todo el tiempo con los labios, soportando molesto el humo que se escurre por las narices ahogándolo y haciéndolo toser. Da la primera chupada y no puede evitar una mueca de disgusto. Veinte años y una vida monótona, limitada a fumar mal tabaco, seco y pajoso, a no ir jamás –o casi jamás– a la costa, y a consumir la mayoría de las horas buenas enjaulado en esta casucha calurosa en verano, fría en invierno... Con un pañuelo se limpia el sudor de la cara y el cuello. El olor de sus axilas le penetra el olfato. Una ducha... Ducharse en agua tibia y remachar luego el baño cerrando la llave "C" para que sólo llueva fría, helada, y levantar la cara y abrir la boca para beber goterones. O ponerse el *short* "Catalina" y plantar la carrera y, de cabeza, a desafiar las rodantes cadenas de espuma blanca, sintiendo el impacto de ese mar calador de huesos, de la corriente fría de Humboldt que determina el clima y el sabor de las frutas de Chile. El colegio... Algo le ha dejado, pero ahora...

(–Hasta las siete no queda nada, señor. –Y el hombre se aleja decepcionado. Luego volverá.)

...Ahora, atrapado en esa cárcel de madera, vendiendo diariamente cientos de boletos que sirven para hacer lo que él más quiere hacer, vendiendo desde la mañana hasta la noche, desde la lucidez mental que nace con las primeras horas, hasta el aturdimiento, sin compensaciones, sudando a chorros y bebiendo de tarde en tarde una cerveza, cuando sale a orinar a la fuente de soda a media cuadra, porque no

tienen excusado. Y los frutos de todo ese trabajo, los mínimos frutos, ¿para qué? Para que también Juancho y Sebastián, sus dos hermanos menores, terminen el liceo, y eso también ¿para qué? Para irse después de sexto a encerrar durante el resto de sus vidas en alguna casucha de madera. Y ese Juancho: llegar a la casa el otro domingo con una niña tan linda que no lo mira a él, sino a *él,* porque no se va a andar fijando una reina en un mocoso espinilludo... Y ahora el cabro, de vacaciones, sin exámenes para marzo, feliz de la vida, revolviéndola a diestra y siniestra... Mientras que él, claro, no puede insinuar siquiera que le den sus vacaciones en verano –que es cuando deben ser las vacaciones–, por todo el recargo de trabajo que se produce, sino que tiene que resignarse a salir más hacia el invierno, cuando casi no se puede ir a ninguna parte, y si se va, a Cartagena, por ejemplo, se encuentra el lugar vacío, solitario, medio muerto, donde sólo es posible ver una que otra muchacha bonita los domingos, en misa de once. ¡Vacaciones ahora! Es mucho pedir, mucho soñar. ¿Para qué? –le dirían–, ¿para qué vacaciones en enero, mes de calor, mes de balnearios llenos, mes, en cambio de quietud santiaguina?... Y si tan sólo un fin de semana...

La cola se ha vuelto a formar frente a la ventanilla. Cuatro o cinco personas se queman bajo el sol ardiente. Y ahí, entre ellas, está la muchacha de todos los *weekends.* Sensación violenta al notar su presencia. Tan sencilla, tan como "quitadita de bulla"; nada tiene que ver con esos pantalones a rayas y ese sombrero que le había puesto en su imaginación y que no son para su tipo, sino más para jóvenes alocadas y "coléricas". Y otra vez, como todos los sábados, ella se va a la costa, a casa de familiares, tal vez, o de amigos, a Cartagena, a ese maravilloso pueblo como el de algunas películas. Y es sábado, tarde de sábado, y si tan sólo un fin de semana... Ir los dos en un bote de goma por la orilla, remando con las manos, frente a frente, y desem-

barcar luego en aquella caleta más lejana, escondida entre roqueríos, y amarse al sol entre rincones marinos sobre piedras calientes. Y el agua fría. Y el día de aire y sal y la tarde cansada y la noche de largo ir y venir por esa terraza maciza salpicada de olas en los ratos de alta marea embravecida y un aperitivo en una mesa al aire libre y la lotería: dos chocolates el "terno" y los dos para ella, un tarro de duraznos al jugo el "cuarto" para el desayuno de ambos en la misma pieza de hotel, dos botellas de champaña la "lota" para apresurar la noche y apresurar el amor...

–Dos para San Antonio, en el "super pullman" de nueve.

–Treinta y cuatro y treinta y cinco. Sólo quedan en la última fila.

... Y si tan sólo un fin de semana...

–Buenas tardes– dice ella.

–Buenas tardes, señorita– responde Jaime sin atreverse a quitar la vista de los cuadernos– ¿Cómo le va?

–Muy bien, gracias... ¿A qué hora parte el próximo?

–En diez minutos más, señorita, pero creo que no quedan pasajes.

En diez minutos más, y si él quiere, ella podrá irse. Con sólo darle uno de los pasajes que alguien ha reservado por teléfono, aunque él mismo reciba después los insultos. ¿Y cómo no, si es tan bonita y le gusta tanto, tanto?

–Voy a revisar– agrega, sumiéndose en el estudio de las localidades, indeciso aún.

–¿Cómo no le va a quedar aunque sea uno?... Por favor, sea buenito.

Ahí están. Un señor López los ha reservado. Ahí está su nombre escrito sobre los dos casilleros de los asientos: el quince y el diciséis.

Si tan sólo un fin de semana, y es sábado y mañana domingo, y ¿qué podría decirle si lo hace, si es obediente con la idea que se le está metiendo en la cabeza: "Señorita

(el bus iría partiendo y ellos lado a lado) hace tiempo que pienso mucho en usted" Y ella, con toda seguridad, le contaría que le pasa exactamente lo mismo y quién es y qué hace y dónde va y yo iré con usted a donde vaya y lo pasaremos muy bien y a lo mejor mañana temprano comemos almejas (tomar el tren de siete a San Antonio, sólo diez minutos, y llevar limones para despacharse uno o dos kilos de almejas en los kioscos frente al puerto y luego cruzar hasta el bar que hace esquina en Centenario para tomarse un trago de blanco, si es que está abierto, y arrendar después un bote a remos para ir a visitar el *Marco Polo* o el *Reina del Pacífico,* todo blanco, o cualquier otro barco anclado en la bahía, y comprarle a ella algún perfume francés o un collar de fantasía, de los que guardan los marineros para esas ocasiones, y más tarde volver a Cartagena, o ir primero a dar un paseo por las Rocas de Santo Domingo y tantas cosas y tantos lugares por allá, si tan sólo un fin de semana...) y en la tarde, antes que se haga noche, regresamos juntos a Santiago...

—Le voy a dar el quince, que no lo han venido a retirar.

Y la sonrisa de agradecimiento es como un enorme sí que él capta y que por nada del mundo dejará escabullirse.

Con la vista sigue a la muchacha, que se aleja hacia el bus. Sólo me queda el dieciséis, se dice. Venderlo ahora, si total faltan cinco minutos y no lo han venido a retirar. Y el dieciséis es ése, ése precisamente, junto a ella, y esos dos asientos los han reservado por teléfono, y ¿por qué dárselo a cualquiera el dieciséis? Al bus le queda poquito para salir. Ya están los pasajeros arriba y el chofer se dispone a subir. Pronto se oirá rugir el motor y queda un asiento que tal vez no se ocupe y allá viene un hombre corriendo y corre porque quiere tomar ese bus y pedirá, rogará, que le vendan un pasaje y queda el dieciséis y debe dárselo y el hombre que corre ha llegado a la ventanilla y Jaime marca una cruz en el casillero correspondiente, pone

el timbre con la fecha sobre el boleto, escribe "16" y lo arranca. Y si tuviera un fin de semana, tan sólo un fin de semana.

Y no permaneceré encerrado entre estas cuatro estrechas paredes de tabla que son como un oscuro calabozo...

–Lo lamento, señor, no quedan pasajes– dice bruscamente. Y sale con decisión de la garita, la chaqueta al brazo y el boleto en la mano, hacia el bus que zarpa, a ocupar el asiento junto al quince, hasta Cartagena, ese fin de semana.

LAS ARAÑAS

Como cuando desde la cama sin poder levantarte porque los huesos, porque la fiebre, por la amarillenta pared que te da de frente –cerca de la foto donde a tu lado en otros tiempos está colgando la primera iguana que cazaste– ves bajar negrísima y simétrica una araña, y entrecerrando entonces los ojos, ya que no puedes levantarte para aplastarla, destruirla totalmente, reducirla al asqueroso jugo que las infla, viajas otra vez, como si fuera una obsesión, otra vez más, a los verdores lujuriantes de aquel trópico veracruzano después del carnaval y donde también una araña, otra araña, donde has llegado muy joven, muy pleno de vitalidad y pensando que tienen que pasarte muchas cosas, muchas cosas, para tener qué contarles un día a tus nietos, como antes también tu abuelo te contaba, mientras ahora piensas, viendo bajar esa araña, que si hubieras tenido hijos, si hubieras tenido aunque fuera un hijo, podrías también, pronto, tener esos nietos, uno solo, un nieto rubiecito, de cabellos rizados –como tú fuiste– a quien contarle que estabas esa noche en Veracruz bajo los cocoteros, plateado el mar de luna y rugiente de absurdas olas, cuando la araña. Porque mientras yaces –la fiebre, los huesos– viéndola descender desde la cama asquerosa, agigantándose su sombra en el desteñido papel del muro, quisieras tener la fuerza, el ánimo, para levantarte y aplastarla de un solo golpe certero. Amiguito rubio, le dirías, otra cosa es con guitarra. Cuando

se ha tenido el pecho entero, los brazos, las piernas, reducidos a pus por los malditos jejenes, cuando antes de salir de la carpa en la mañana se ha sentido el aguijonazo asesino del alacrán al meter el pie en la bota y se ha tenido que aguantar veinte días delirantes también de cama, calores, fríos, sequedades, así medio como entre la vida y la muerte, porque los antibióticos, nietecito, no existían; cuando frente a la cama de tu hotelucho en Querétaro al despertar está quieta sobre la puerta la tarántula que te ha hecho vela y de afuera llegan los compases de *estoy bajo de una palmera, en la noche playera, suspirando por tí* mientras te levantas sigiloso y caminas haciéndote el tonto hasta que asestas certeramente el zapatazo y se te enfría ya el sudor; cuando has visto morir entre delirios a un indio porque internándose lago adentro en su bote pescador lo pica en el brazo ese modesto zancudo de patas largas que produce la fiebre palúdica; cuando hasta las inocentes escolopendras están llenas de ponzoña, entonces, jovencito, rubio, no le puede andar uno con risitas a ningún bicho, ni tenerles compasión, aunque muchas veces tengan que pagar justos por pecadores, porque en el trópico es ver al bicho y matarlo reflejamente. Cuestión de supervivencia.

Contarle también –ya más crecido, el cabello más oscuro y más liso– que una noche te has ido a la playa, has tirado al suelo de la plaza tu máscara, entre chayas, entre serpentinas y matracas enloquecedoras y cornetas, entre papagayos, entre los olores húmedos de las glicinas que van cubriendo enteras las viejas casas, de las buganvillas, del ron, del sudor masivo y ondulante del carnaval, entre griteríos y ebrios cantos y cuchillos, la has tirado al suelo, tu máscara de Tribilín, y has cortado para la playa a seguir tomando ron echado flojamente en la arena bajo la palmera curvada, con el Mexicano, y él te dice que la van a hacer grandes, manito, en lo del gobernador, y tú le preguntas más detalles y son dos, son dos las hijas del viejo,

bien morenitas y bien culonas y buenas, que se dice, para la cosa. Iremos después, más tarde, cuando hayamos terminado esta botellita y los ruidos del carnaval mengüen un poco y los zopilotes estén durmiendo y con un leve guitarreo las haremos salir al balcón y de ahí ya será fácil en un santiamén estar de nuevo bajo las alas briseadas de estas palmeras con las dos chamacas negritas y más dulces que este ron, carajo, y qué carnaval ni qué mil cuernos, y qué carajo. Y decirle entonces al amiguito, al nieto, que entre pase y pase de la botella la ves agazapada y enorme en un claro que forma el rayo de luna y te estremeces inquieto y luego te levantas de un brinco y sientes viva la comezón del miedo y te vas acercando con la botella que piensas reventar en añicos contra el monumental arácnido, cuando a medida que te acercas, ella sale corriendo de lado, enorme como una mano machetera, la jaiva hipócrita, muy igual a las que en tu país llaman "moras", y te largas en una carcajada todo el temor que tenías retenido y toma tú la botella, Mexicano, yo me voy a bañar y eufórico de que no hubiera sido araña, te empelotas cantando a toda voz *tengo el as, tengo el dos, tengo el tres* para echarte una zambullida tonificante, total, no es muy tarde y habrá que esperar todavía un par de horas para lo del gobernador.

Y contarle que México era México. Con sus arañas y todo, con sus moscos y todo, pero México; que tú también eras tú, lleno desde la médula hasta la punta de los pelos, desde más abajo de los pies hasta más arriba de la cabeza, de ansias hirivientes, de anhelo por sacarle a la vida chispas, de hacer fuego a roce con la vida, de estallar en una gran hoguera.

Y asegurarle que lo de las hijas del gobernador fue apenas un chiste y que la mujer era otra, era Magdalena; la hija del posadero en Guanajuato, que te llevó una tarde al sótano ése a ver las momias y después se fueron caminando, caminando, hasta la laguna del pelícano blanco y se

querían como el diablo y casi no se hablaban de puro mirarse y todas la mañanas llegaba ella a tu cuarto con el desayuno y te despertaba suavemente, lanzándote a la cabeza, a la cara, a los brazos, unas piedrecillas con sabor a dulce, porque abrías los ojos y encontrabas los suyos refulgentes de amor, y la veías entera con la bandeja de nuevo en las manos, riendo, y al dejarla sobre la mesita de noche te daba un beso rápido y tú le decías que dónde me vas a llevar hoy, y ella que momento, joven, vamos a ver si mi jefe me da permiso, y después siempre le daba, porque allá, rubiecito, jefe es el padre, y salían hasta que pudieran y era ella, Magdalena, la mujer, y no la hija del gobernador, pero qué diablos, chiquillo, cuando se hacen huevadas hay que pagar las consecuencias, porque en esos días tuve que viajar a Veracruz y allá me tocó el carnaval y qué diablos, cuanto te tomas una botella de ron y después te tiras a una hijita de familia en su propia cama porque a la playa para qué, si aquí no más, dice, y la familia es la del gobernador y muy católica y te ponen, entonces, el caño de un revólver al pecho y te obligan a casarte porque si no..., y tú aceptas mansito para no pasar de lacho a carne de lombriz como el Mexicano, que plantó la carrera y pum, carajo, ahí no mas quedó, a unos metros, y entonces cuando el cura bajo la mirada amenazante de toda la gobernación te está preguntando si sí, piensas en Magdalena, ella era la mujer, nada más que tardes de caminata, momias en hileras, pelícanos blanquísimos, y tienes que ser muy hombre para que las lágrimas no se desborden sino que queden ahí no más, debajo del párpado.

Y decirle que, en fin, tampoco se pasa mal los primeros meses en esa gran casa de putas del viejo con bigote porfiriano donde se come tanta barbacoa en los enormes patios frutales, tanta perdiz, tanto ciervo, tanta fruta también en bandeja por las mañanas en la terraza de los guacamayos, donde se toma tanto vino, tanto pulque, tanto ron, donde

se ríe tanto en el día con los cuentos y percances del patriarca, y en la noche con las calenturas hilarantes de tu legítima esposa, pero jurarle que Magdalena, que en verdad Magdalena, que únicamente Magdalena con su primor delicado, su trenza larga, sus ojitos amarilleantes, su sonrisa cada mañana, jurarle y rejurarle que sólo Magdalena, como que cuando hubiste comido y chupado bastante, no aguantaste y las emprendes a la negra una noche a Guanajuato, pero ella ya, como dicen los mexicanos, ni modo, nada contigo, chileno ingrato, y te jodiste no más, porque tú, pero Magdita escúchame, y ella, no señor, ni modo, y tú que sí y ella que no y definitivamente que no y tú te ibas a la cresta, pensaste, porque para embarrarla ya no habrías de parar nunca.

Y contarle entonces que aquella noche en la playa de Veracruz, pero que no, que ahora mismo no puedes despegar los ojos, nieto lindo, de esa araña negra pared abajo junto a la foto de la primera iguana que cazaste, y tú entonces, ahora, desde la cama –aunque los huesos, ¡aunque la fiebre!– y porque así lo aprendiste: ver un bicho y matarlo y sobre todo las arañas, desde la cama entrecierras otra vez los ojos, pero no viajas de nuevo inevitablemente a los años de locura donde también otras arañas –la estriada, la con la estrella blanca en el jardín, la horrible–, sino que te haces un solo nudo, te haces una sola nube, una sola madeja y te levantas arduamente –porque las arañas, nietecito– y no sabes cuánto tardas en llegar a la pared por donde ella desciende segura de sí misma –nietecito sin nombre– y te echas un poco atrás y cuando ya viene a la altura de tu hombro, empuñas, jalas el brazo y lanzas a todo meter el golpe siempre certero. Y cuando alguien entre, Mexicano, verá una araña hecha papilla salpicada en la pared, y verá un atado de carne y hueso –poca carne, mucho hueso– desparramado por el piso, porque ya en ese momento estaré tan muerto como tú.

UPPERCUT

I

Había tiempo y calma, ya que nadie aparecía en el anochecer invernal por los extremos de la calle oscura. Entonces, después de asestarle la última patada y de arrimarlo al muro del edificio en construcción, precisamente para dejarlo más a la vista, de modo que no tardaran en hallarlo, se limpió las manos con el pañuelo, sacudió su abrigo y le fijó la vista.

–Te lo dije, Toni– murmuró – no me lo vas a negar. ¿Cuántas veces te lo dije? Si hasta me había cansado de repetírtelo: "Un día de éstos..." Pero tú no escuchabas. Creías que por estar en el *ring* y yo no, tenías todos los derechos; que como eras campeón había que aguantarte todo: que te enojaras por una inocente broma, que dijeras cosas humillantes, hasta que hirieras a sangre fría los sentimientos... Pero una cosa es el box y otra la pelea. Muy distintas, Toni. Sobre el *ring* podrías haberme hecho papilla (por algo eras el campeón); pero a mano limpia, no; ya viste: yo también puedo aplicar un *uppercut*... Y te jugué limpio, no puedes negarlo. Me porté a lo amigo, como siempre. Lástima, lástima, porque es posible que ya no vuelvas a boxear. "Un día de éstos, Toni, un día de éstos..." Tú no me creías. ¡Pero yo te lo dije!

Antes de entrar en la habitación donde se hallaba él, la abordó un hombre en el pasillo. Pluma y libreta en mano.

No supo en ese instante reconocer al periodista o al detective, pero respondió sin vacilaciones, con seguridad.

–¿Lila Pardo?

–Sí.

–¿Domicilio?

–Mac-Iver 273.

–¿Dónde se encontraba usted cuando...?

–En el Zepelín, esperándolo.

–¿Cuándo lo vió por última vez?

–A la hora de almuerzo.

–¿Le conocía enemigos?

–Nadie.

–¿Y no se le ocurre quién...?

–No. No tengo la menor idea.

(–Insiste en que lo asaltaron dos desconocidos –oyó comentar a alguien que salía de la habitación en compañía del médico–. Pero esa historia huele rara.)

–...¿Es eso todo? Quisiera entrar...

–Una última pregunta, señorita Pardo: ¿qué relación existe entre usted y Toni López?

–Soy su novia.

–¿Desde cuándo lo conoce?

II

¿Desde cuándo? Si ya casi he perdido la cuenta. A ver..., dos, tres, cuatro, cinco..., sí, casi cinco años. Claro, fue el año de la gran revuelta. La del 2 de abril, ¿se acuerda?, cuando mataron a esa niña una noche, cerca de Miraflores, y al día siguiente se armó la mocha. Yo acababa de salirme del liceo o, para decirlo mejor, mi papá acababa de sacarme, y estaba sirviendo en el Sin Rival, un bar-restaurante de la Avenida Matta. El venía llegando. Venía de paso, por algunas peleas. Pero me conoció una noche...

Y se quedó.

—¿Cómo se llama este capullo? —dijo de una manera que me dió risa: como muy forzada, como si no le saliera de adentro—. ¡Ja, Lila, si hasta nombre tiene de flor!

El Sin Rival estaba siempre lleno de borrachos y frescos, de esos que dicen cosas y que tocan, que invitan al tiro, por si les resulta, y que aparte de lanzarle a una su manotón, no saben otra cosa que jugar al cacho o al dominó, metiéndole firme al tinto o al blanco. Pero a él lo calé desde esa primera noche. Me di cuenta de que era distinto y esperé que volviera.

Y me fue bien. Dejó pasar tres noches y volvió, y entonces esperé que me hiciera alguna invitación, pero ahí me fue mal, porque después de una caña de vino y un churrasco, y de mirarme harto rato, llegó y partió sin despedirse. Así comenzó a darse sus vueltas por el bar y a veces conversábamos algo; hasta que después de un mes me di cuenta de que se había quedado.

Y me alegré.

Por esos mismos días me hice hincha del box. El me daba entradas para sus peleas y a las obras solíamos ir juntos. El Toni me gustaba porque era buenmozo y porque peleaba bien —no sé si usted se acuerda de ese *match* en que noqueó al mexicano Guzmán en el primer *round;* fue histórico y se puede decir que desde ese momento comenzó a subir—; y también porque tenía buen cuerpo: delgado, musculoso, y la elasticidad de un gato.

De ropa era picantón, aunque eso le duró muy poco, ya que cuando decidió quedarse, echó su suerte para muchas cosas, y tiró bien los dados. A los seis meses ya tenía como tres o cuatro ternos a la moda; uno de ellos —el azul cruzado—, mandado hacer; los otros, de media confección; un buen abrigo y varios pares de zapatos, incluyendo unos "gamuzines" perla; plata para el bolsillo y más soltura, mucha más soltura. Me hice hincha del box, como le digo,

y no me le despegaba al Toni, porque me estaba acostumbrando a quererlo.

Y creo que él también me quería.

Ibamos bastante al cine. Esto lo volvía loco, más todavía que el box, creo yo. "Tengo que ponerme al día, mijita; cuántas películas buenas no me he perdido por allá"... Parece que en su tierra no es cosa de todos los días. Quería ver de cuanto hubiera: del Oeste, musicales, mexicanas y, más que nada, de Cantinflas, al que sólo conocía por lo que se hablaba en el Norte. Era como un niño con un juguete nuevo (así le decía Rodolfo cada vez que el Toni encontraba algo con que entusiasmarse)... Siempre pensé que se le parecía un poco. A Cantinflas, quiero decir. Especialmente en el *ring*, cuando hacía –hace– esos bailecitos; pero ya no le salen tan divertidos, porque está más pesado...

Y para qué hablar de al año. Era dueño y señor. O se creía. Pero por donde iba se le respetaba, y ese respeto se lo merecía, porque se lo había ganado. Sus triunfos –uno tras otro, recordará usted– se lo ganaron. Y también sus maneras. Una noche –claro que esto fue después, casi en la época de la pelea con el Toro– fuimos a comer al Night and Day con el Rodolfo y la Nora. El Rodolfo ha sido siempre el mejor amigo del Toni y, por lo tanto, la Nora, mi mejor amiga, aunque tengo que reconocer que a veces no me gustan nada las miraditas que le da al Toni... No es del box, pero le gusta. Trabaja en el gimnasio donde primero se entrenó el Toni y se gana también algunos pesos haciendo apuestas de esas a ganador seguro. Nosotros mismos le pasamos el dato. Yo claro, ya no estaba en el Sin Rival, porque a él nunca le gustó que trabajara ahí y siempre insistía en que me saliera, pero si no se podía, qué hacerle, hasta que se pudo y me arrendó un departamento de un ambiente aquí en Mac-Iver, y me asignó una mesada. Nos sentamos por el fondo, cerca de la orquesta, debido a que no había mesas, y, mientras nos servíamos el aperitivo, un tipo me sacó a bailar. Yo miré al Toni y

él me hizo un gesto que (a pesar de todo) no había perdido: cerró los ojos y movió lentamente la cabeza hacia abajo, algo así como diciendo "Claro que sí, qué tiene de malo, diviértete", como aprobando.

Pero al tercer baile el tipo se puso cargante, deslenguado y suelto de manos –hasta me besó la oreja–, por lo cual me paré en seco y si no le lancé un bofetón a la cara fue de cobarde, pero lo empujé con fuerzas y algo debo de haberle dicho, porque en menos que canta un gallo el Toni se le había plantado al frente, diciéndole "Usted sabrá, amigo: sale o lo saco" (no sé si recuerda que los detalles de ese lío aparecieron en los diarios); "Yo creo que será mejor que me saque", dijo el otro, y se armó una rosca que terminó con el tipo en la Asistencia y nosotros en la comisaría. Rodolfo se las arregló para sacarnos rápido... Son tan amigos, sabe. Parecen dos niños chicos cuando tienen algo de que reírse. Pueden estar horas y horas déle que déle con lo mismo, como una vez que la agarraron con lo del loro que decía "zalempri"... Bueno, el hecho es que así era el Toni. Le pegó al tipo por insolente y porque si él se había ganado su respeto, estaba seguro de que debía hacérselo mantener.

Como quien dice, ya por entonces no permitía que nadie se plantara en su camino...

Sí, pues; yo servía en el Sin Rival cuando lo conocí. El venía por poco a Santiago, pero el destino quiso que se quedara. De esto hará, como digo, unos cinco años.

III

–Enfermera... Ahora que salió el médico, dígame la verdad...

–Duérmase, joven; no se agite. Lo que usted necesita es descansar. Trate de dormir.

Dormir. Como si fuera tan fácil. A *dormir, a dormir,* le decía Rodolfo cada vez que se hallaba cerca un encuen-

tro. Siempre a la hora, a la buena hora, como una mamá. Así lo cuidaba y lo manejaba, atento a que no comiera mucho, a que no fumara un cigarrillo, a que no bebiera un trago más de la cuenta, a que descansara lo suficiente, a que durmiera. Dormir, dormir. Como una buena mamá. Rodolfo: especie de ángel guardián, amigo de fibra noble como los del Norte, y firme y fiel. Hermano encontrado por azar durante aquellos primeros días; porque sucede que hay veces en que dos personas, así como de verse pueden saber que jamás se van a entender, de verse saben que podrían ser inseparables, nada más que de verse la primera vez, antes de hablarse. Así había sido con Rodolfo. ¿Por qué, entonces...? Dormir. Dormir y soñar. Eso, un sueño; todo no ha sido más que un largo, largo sueño, ¿verdad, campeón?, un sueño hermoso de cinco años con un final malo, como de pesadilla, asqueroso y temible, pero fin, fin de sueño, y viene el despertar, el despertar una mañana de sol y polvo muy temprano bajo ese cielo tan azul, tan puro, y ese ondulante panorama amarillo y seco, lejos de todo, pero suyo, pampa y salitre donce nació y vivió, despertar en el sucucho y *¡el desayuno, mamá!*, y luego al polvo, jodiéndose la vida por menos de la mitad de lo que le ofrecían en Santiago para comenzar *–Toni López: vena de campeón–*, sólo porque se quedara peleando *–nortino López pega fuerte–*, porque tenía carrera; se lo dijeron. Y acertaron. ¿Volverse al polvo? Eran demasiado la fascinación de las calles repletas de automóviles, las veredas de gente y vitrinas, las noches iluminadas, los cines, los cafés, las mujeres –esa de labios gruesos, dientes grandes, sonrisa grande y corazón grande que adivinó en el bar de Avenida Matta– y el embrujo. Fascinación y embrujo. Mundo nuevo para el cual no bastan cuatro semanas. Y la oferta *–con uppercut noquea Toni López–*, la oferta que se resume en aceptación y sueño. Sueño largo, Final de pesadilla. Y despertar, despertar.... Dormir. *Lo único que*

necesita usted es descansar. Trate de dormir. Lo único, pero no puedo mover los brazos ni el cuello ni la pierna derecha, que me duele como diablos. Ligerito volverán los tiras para ver si canto. Ni tonto. A ése me lo voy a tener que arreglar yo. Yo solito. *Solito el puma. ¿No es cierto, Toni, que le vas a sacar la cresta al inspector de Antofagasta que se está metiendo con la Lucía? Solito el puma.* ¿La cresta? ¡Cresta y media le saqué al del puerto por metido! *Puchas que tenís buen puño, cabro: podías entrar al club de box de la oficina...* Descanse, joven, descanse, trate de dormir.

Si trato, si trato, estoy tratando, pero no puedo. Ni aunque cierre los ojos y cuente loros pasando por el aro. *Zalempri, za-lem-pri...* Loro maricón en la gran pieza de la dueña, con tu zalempri para arriba y tu zalempri para abajo, con la música de *Valencia; Zalempri, tus mujeres de ojos negros,* quería cantar cada vez que te oía, al subir las escaleras y pasar frente a la gran pieza.

–¿Y por qué dirá "zalempri", señora?

–Ajajá. La Yolita, usted sabe, la mayorcita. Le iba mal en canto, pues, don Toni, en el colegio. Yo tenía que enseñarle y repasarle las canciones. Y había una que decía: "Canta, canta, canta el zorzal, en primavera, sobre la higuera, canta, canta, canta el zorzal". *Y la Yolita ya se la sabía, pero siempre desafinaba al llegar a la palabra "en", después de "zorzal" y antes de "primavera". Bajaba medio tono, fíjese. Entonces, para enseñarle, descompuse en sílabas y dejé "zal", "en" y "pri" para que repitiera y repitiera, zalempri, zalempri, hasta dar bien la entonación. Ajajá, Imagínese usted lo que le habrá costado, cuando hasta el "Giusseppe" se lo aprendió. Es que es un loro muy inteligentazo, pues, don Toni.*

–Pero aprendió la Yolita, ah...

¡Pensión de mierda! No me pude acostumbrar; así como Rodolfo no podía desacostumbrarse a ella. El goza con el tonto del loro. No quiso irse conmigo cuando

arrendé el departamento. No hubo caso. ¡Jetón!

Duérmase, joven. Si alguien me hablara, Si tan sólo alguien me hablara, después seguramente podría dormir.

IV

Era un cabro simpático. Provinciano, medio perdido.

Por eso lo ayudé.

Andaba como un niño solo en medio del gentío. Como un pajarón. De todo se asombraba; por todo abría la boca y miraba con ojos muy grandes. Pero no sabía hacer las cosas. No tenía la menor idea. Por una pieza inmunda le sacaban un ojo de la cara, hasta que me lo llevé a la pensión; se lanzaba siempre derecho a donde le cobraban más por cualquier porquería. Como cachorro. No conocía la ciudad.

Pero yo se la enseñé.

Yo le enseñé a vivir aquí. Por lo menos a empezar, Claro que después de poco tiempo, él se las arreglaba de lo más bien en sus cosas y nadie le pasaba gato por liebre.

Y así nos hicimos amigos. Al principio, porque él me necesitaba y yo quise ayudarlo. Más tarde, porque nos agarramos cariño y nos habíamos acostumbrado a andar juntos en todo. En todo, digo. Almorzábamos y comíamos siempre juntos. Los cuatro. El, yo y las dos chiquillas: la Nora y la Lila. Lo pasábamos bien. Eramos –somos– como una familia...

Cuando arrendó el departamento me insistió en que me fuera con él, en que tenía un dormitorio para mí. Peleamos porque no escuchó mis razones y se negó a comprenderme; las cuales eran justas, verá usted.

Yo soy hombre de pocos amigos. Se puede decir que el más grande, mi único amigo verdadero, ha sido el Toni. Pero él no –aunque tampoco dudo que pueda ser yo el amigo a quien más estima–, él tiene además, otros círculos, compinches y colegas de su oficio (el Pelluco Sánchez, el

Estribo Latorre), con los cuales yo no cuajo, por más que el Toni le ha puesto empeño, porque a decir verdad ha tratado hasta lo imposible de que yo sea amigo también de cada uno de *sus* amigos. No le gusta nada que yo esté ausente de sus actividades, ¿comprende? Pero hay gente con la que uno no cuaja de sólo verla. Y el Toni tiene sus reuniones, hace sus pichangas, sus fiestas. Yo siempre voy, claro, pero llego y me retiro a la hora que se me da la gana. Lo cual no podría hacer si viviera ahí. Por eso –y también por otras razones– no acepté...

Sí, era un cabro simpático. Jovial; alegre de carácter; chancero. Al poco tiempo de estar aquí se conocía al dedillo el difícil arte del piropo. Pasaba una niña buenona y le decía una sarta de linduras. Y a veces le resultaba. Le ligaba una y partía: "Chao, viejo. Si no llego a comer, dile a la Lila que tenía compromiso". Y partía sin más ni más.

Cuántas veces hubo de quedarse la Lila esperando, con los crespos hechos, pensando –o haciéndose la que pensaba– que el Toni tenía compromiso, sin abrir la boca más que para llevarse el tenedor, como niña muda.

Claro que esa costumbre después se le fue quitando, ya que las condiciones también cambiaron, y son ésas las que determinan la conducta del hombre. Ya no fue necesario, debido a que las mujeres se lo peleaban. Estuviera o no la Lila, le corrían ojo descaradamente. Y guiños por aquí, guiños por acá. Se le ofrecían. Pero él, cuando estaba con la Lila, ¡ni bola!, porque siempre fue noble y supo respetarla.

En cuanto a ahora, no sé... Creo que ha cambiado con respecto a la Lila –una mujer que lo ha seguido, que ha sido tan rebuena con él, tan leal–, porque un día, hace poco, me dijo que se estaba cabreando de ella y que tenía ganas de botarla, que qué me parecía. Sucede que ya le van molestando los pesos que le cuesta. Pero ella nunca le pidió

nada. Nunca. El mismo quiso acostumbrarla a vivir a la rica.

Sí. Quizás los triunfos, las entrevistas, su foto en los diarios a cada rato, la propaganda, se le subieron a la cabeza. Eso es perjudicial para cualquier cristiano. El Toni perdió algo de ese encanto ingenuo, podríamos llamarlo, que se trajo del Norte. Claro que también los años... Pero quizás lo perdió demasiado temprano. El humor, quiero decir. Ese humor especial que tenía, esa manera liviana de tomar las cosas. Me di cuenta –o empecé a darme– una tarde que fuimos al estadio a ver un partido entre el Colo y el Audax. Nosotros éramos –somos– colocolinos, pero en la fila de abajo había uno de los otros que gritaba por diez. "¡Aprende a jugar", le gritó a todo pulmón al *wing* izquierdo del Colo Colo, que había hecho *foul*. Y el Toni se quemó. "¿Y por qué no bajas tú a la cancha, tal por cual, a ver cómo lo haces?", le dijo. Pero el otro no era ningún tímido: "¡Porque no soy futbolista, desgraciado!" Y el Toni, sin más ni más, por ese detalle, lo paró y ahí mismo, en medio del gentío, le plantó tres o cuatro bofetadas.

En otra ocasión –eso sí que bastante después– le pegó a un cabro en pleno centro porque, sin querer, le había pisado un zapato que acababa de hacerse lustrar. Esperábamos taxi en la esquina de Ahumada con Huérfanos. El Toni es cuidadoso y le gusta andar trayendo siempre una apariencia impecable. En esas condiciones cualquiera se ofusca si le pisan un zapato que parece espejo. Eso yo lo entiendo. ¿Pero es para tanto? No: esa violencia no es del caso...

Y no se trata en absoluto de que todos los días ocurrieran cosas así. Fundamentalmente el Toni es un cabro simpático, agradable, ¿comprende? Sólo a veces... Lástima que tenga los humos subidos. Eso es perjudicial para cualquier cristiano.

Por lo menos para el Toni no ha sido bueno, porque lo ha hecho pescarse un tono prepotentón –y hace un par de años que se lo vengo notando y, en cierto modo, combatiendo– que le puede sacar a cualquiera los choros del canasto. "Cuidado" es una palabra que introdujo en su conversación y se habituó a repetir. Si ya no se le podía tocar al perla –"cuidado" y una miradita de que-no-estoy-de-buenas–, ni hacer una broma, ni reprochar nada, porque "cuidado", no dejar de darle gusto en todo, porque "cuidado". Y era bien quemante ese tonito de amenaza, como que a mí me los sacó. Y se lo dije.

Estábamos comiendo en su departamento. Las chiquillas habían comprado locos con mayonesa y dos pollos dorados.

–Te noto preocupado, Toni– le dije.

–¡Déjame y no te metas en lo que no te importa!

–¡Ja– me reí con Lila– Qué me dices: ya no se puede ni hablar con el lindo.

–¡Córtala, Rodolfo!– me interrumpió tajante– No jodas más, que no ando muy de buenas.

–Mira, Toni– dije con serenidad y determinación–, a mí nadie me habla así. Acuérdate de que soy tu amigo y no tu empleado –me fui exaltando de a poco–. ¡Ya me tienes hasta aquí con tus tonitos! Y no tengo por qué aguantártelos, ¡así que el que la va a cortar eres tú!

Me miró desconcertado, achicando los ojos y arrugando la frente, como sin comprender, sin caberle en la cabeza que yo –que nadie– pudiera hablarle así.

–Cuidado– me dijo.

Y acabó de colmarme. Golpeé la mesa con el puño y grité:

–¡Andate a la cresta, Toni! ¡Yo no te tengo miedo, así que no me digas "cuidado"! ¡Pero tú sí ten cuidado, porque si me andas buscando, me vas a encontrar! No te imagines que te voy a hacer el quite. ¡Cuando quieras y donde quieras! –concluí. Y hablaba en serio.

El Toni no dijo nada. Me miró con mucha lástima por lo que yo me estaba buscando. El era el campeón...

Y sí que lo era en buena ley. Porque pocos han peleado tan bien como Toni López.

Cuando llegó no sabía boxear. Le faltaba *ring*. Pero era una potencialidad: pegaba fuerte y, aunque no manejaba con soltura las dos manos, usaba la izquierda con cierta maestría. Tenía buen juego de piernas y era seco para el "apercat" que después perfeccionó –*Toni López, alias Uppercut*– y supo explotar; era rajado. Le faltaría box, pero le sobraban bravura y tenacidad.

Y era simpático, por añadidura. Se conquistó al público en sus primeras peleas. En las profesionales, quiero decir; no en las del campeonato *amateur*. Y se lo ganó con su simpatía, con sus bailecitos cantinflescos –graciosos pero mauleros– en el *ring*, con el truco de rascarse la oreja, con toda su imitación de un toni de circo. Y porque pegaba fuerte.

Sí, es bastante lamentable que el éxito rápido lo haya echado a perder. Humanamente, quiero decir. ¿Cuándo antes me hubiera hecho una cochinada a mí, su mejor amigo? En el fondo –estoy seguro– es por eso que se veía preocupado y que se irritaba fácilmente conmigo: porque andaba en trajines...

(No gallito, esto no lo puedes decir; no es de hombre. Por ti mismo. Son cosas que se callan. Que andaba en trajines con la Nora. La cabra, a lo mejor sin darse cuenta, lo tenía embotado y por eso él quería deshacerse de la Lila, para luego jugarte la cochinada en forma, pero eso tú no lo aguantas, primero, porque a la Nora la quieres y, segundo, por hombre... Y tuviste que hacerlo: no te quedaba otra. Pero a la limpia. Tuviste que decirle cuando pasaban frente al edificio en construcción –tenías pensado hasta el lugar– que la dejaras tranquila, que no se metiera con ella, que no fuera maricón, porque lo iba a pasar mal. Pero

él, con su manera, sus modales de campeón, te advirtió que sacaras las narices de lo suyo, que te quitaras de su camino y "cuidado". Ahí frente al edificio en construcción. Y lo hiciste porque no pudiste controlarte y, además, porque tenías que defenderte. Por eso diste el primer golpe con tanta fuerza y no cejaste hasta vencer. Pero a la limpia. Y no puedes desearle que se joda, porque después de todo lo quieres, pero sí que aprenda una lección que le venía haciendo falta –tú se lo habías dicho: "Un día de éstos..."–: que él no es el único hombre que pisa la tierra; que hay otros, y que tú eres uno).

...Sí; últimamente no se estaba portando bien. Es una lástima; imagínese que no pueda volver a boxear; una verdadera lástima que no haya tenido la fuerza para combatir los humos del éxito.

V

–Es probable– le respondió el médico, visible sólo como una sombra en la penumbra de la habitación– que no pueda volver a boxear. No seguro. Probable. La radiografía del brazo izquierdo muestra lesión del hueso. Pero, en fin, no se preocupe. Duerma. Duerma ahora, que en la tarde seguramente le lloverán visitas.

¡El carajo! Parece que me jodió de veras...

Y cerrando los ojos, muy inmóvil, trató de concentrarse en ciertos recuerdos, de visualizar la imagen de aquel comienzo.

Era una noche de cielo despejado, sin nubes, como suelen ser las noches en el desierto, en las arideces de esa pampa amarillenta donde no existe el verdor; de cielo sin nubes y preñado de estrellas. Y fría.

A las diez ya está lleno el galpón en cuyo centro se ha acomodado el *ring* y el público espera impaciente los tres encuentros de los finalistas. Uno por peso. Sólo hay

plumas, livianos y medios. Los tres vencedores viajarán a Santiago –enarbolando el estandarte pugilístico de la pampa– al campeonato nacional de box *amateur*.

Toni López, peso medio de la Oficina María Elena, trepa invicto al cuadrilátero. Ha derrotado al representante de Vergara, al de Pedro de Valdivia y a los otros. Esta noche se medirá con Valenzuela, de Chuquicamata, hueso duro que acaba de subir entre saludos del público.

–¡Pórtate bien, Toni!– le grita alguien de su zona.

Y suena la campanilla.

Desde uno de los bancos en torno al *ring* se agita el corazón de Lucía. Sus manos oscuras se entrelazan sudorosas. Y su cuerpo bien forrado –es fría la noche norteña– involuntariamente se levanta del asiento.

–Sosiégate, niña– le dice desde el puesto contiguo una anciana de tez mate, que tal vez no esté menos nerviosa, pero cuyo autodominio parece más ejercitado, en una región donde es tan necesario como el pan, porque sin él no se puede permanecer–. No des tanto salto.

El contendor Valenzuela debe ser difícil, se dirán los espectadores del lugar, porque en el tercer *round* ven a López aplicar el truco que le ha valido el apodo de Toni (su verdadero nombre es Alejandro Manuel) y que los de otras oficinas no conocen aún, porque él nunca lo usa con rivales inferiores.

Toni López que, en el estricto sentido de la palabra, ha sabido bailar por toda la lona, se detiene en seco y baja la guardia. Valenzuela, frente a él, lo imita desconcertado. Toni entonces, sonriente, con la mano derecha se rasca la oreja –risotadas de su público–, mientras utiliza la izquierda en un *uppercut* –gancho ascendente en la quijada– que da por suelo con el otro.

–¡Buena, Toni! ¡Buena con el "apercat"!

Pero no es *knock-out*.

Valenzuela se levanta cuando el árbitro cuenta seis.

Sin embargo, ya no es el mismo. Está ofuscado. Sus ojos encendidos disparan furor. Y cuando alguno de los que se baten se ofusca, va muerto. Todos lo saben; hasta el propio Valenzuela que, aunque quisiera, no lo puede evitar. Muerto, porque sólo le interesará lanzar el golpe, caiga donde caiga; y con los golpes ciegos terminan la energía, el equilibrio y, por lo tanto, lo que es peor, toda la posibilidad de vencer.

Por eso, cuando finaliza el *match* los de María Elena toman a Toni López en andas desde el *ring,* aplaudiéndolo y vitoreándolo.

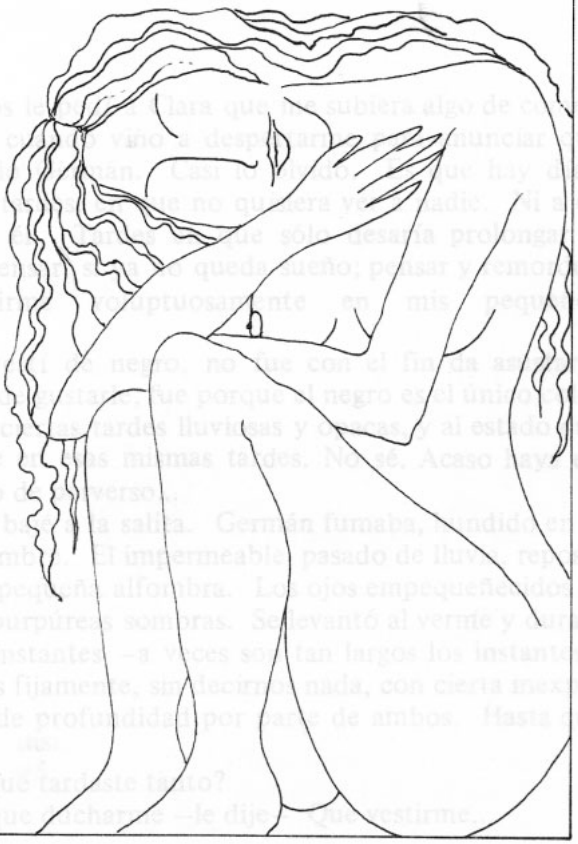
–¡Viva el campeón! ¡Viva el campeón de la pampa!

Y mientras la más vieja de aquellas dos mujeres aplaude emocionada –quizás le asomen lágrimas–, la más joven, igualmente de pie, muerde su pañuelo floreado y fija los ojos acuosos en el espacio. El Toni, piensa, su Toni, al sur, a la capital. Y acaso no presiente nada bueno. Sólo teme. Aunque esa misma tarde, paseando tomados de la mano por uno de los caminos polvorientos, frente a un sol declinante, él le ha dicho:

–Oye, Lucía: si gano esta noche, si me toca la suerte de ir a Santiago, ¿qué quieres que te traiga?

tercera parte

Las Flores del Huerto



LAS LLUVIAS

Martes 22

A las dos le pedí a Clara que me subiera algo de comer. Se lo pedí cuando vino a despertarme para anunciar que había llegado Germán. Casi lo olvido. Es que hay días, sobre todo tardes, en que no quisiera ver a nadie. Ni a él. O menos a él. Tardes en que sólo desaría prolongar el sueño. O pensar, si ya no queda sueño; pensar y remorderme, debatirme voluptuosamente en mis pequeños pecados.

Si me vestí de negro, no fue con el fin da asustar a Germán, ni de gustarle; fue porque el negro es el único color adecuado a ciertas tardes lluviosas y opacas, y al estado que me envuelve en esas mismas tardes. No sé. Acaso haya en el negro algo de perverso...

Cuando bajé a la salita. Germán fumaba, hundido en el sillón de mimbre. El impermeable, pasado de lluvia, reposaba sobre la pequeña alfombra. Los ojos empequeñecidos se sumían en purpúreas sombras. Se levantó al verme y durante algunos instantes –a veces son tan largos los instantes– nos miramos fijamente, sin decirnos nada, con cierta inexplicable ansia de profundidad por parte de ambos. Hasta que preguntó:

–¿Por qué tardaste tanto?

–Tuve que ducharme –le dije– Que vestirme...

–Te acostaste tarde anoche.

–Sí.

Permanecíamos de pie frente el uno al otro, él haciendo girar su sombrero en una mano. La lluvia golpeaba los vitrales de la pequeña ventana gótica. Estaba molesto, de veras molesto. Pero yo no podía remediarlo. Casi ni me importaba siquiera.

–¿Vamos a salir?– preguntó.

Aunque jamás había pensado verdaderamente en salir con él esta tarde, me desconcertó su tono imperativo.

–No, no puedo... Tengo que acompañar a mi mamá donde la abuela.

Germán achicó los ojos en una sonrisa un tanto irónica y asintió levemente, mirándome fijo. No me había creído ni una palabra. Y con razón.

–Parece que no me crees.

–Te ves linda toda de negro– dijo sin variar el tonillo sarcástico de sus ojos–. Suéter, falda, medias y zapatos. Sí, te creo. Por supuesto que te creo.

La situación me parecía ya intolerablemente larga. ¿A qué seguir? ¿Qué hablarse?

–Bien– dije–. No te quito más tiempo...

Pensé en decirle que viniera a la noche, pero preferí dejarlo para cuando llamara por teléfono. Yo sabía que un poco más tarde, dos horas, o algo así, habría de marcar mi número. Es algo que no logra dejar de hacer.

Por la ventana de mi dormitorio lo vi alejarse calle afuera hacia la avenida, con las manos dentro de los bolsillos y el paso rápido, como si el aguacero lo apremiara. Apreté el timbre para que Clara me subiera el almuerzo y cerré los ojos al tenderme sobre la cama. *Te ves linda toda de negro...* Algo –tuve la impresión–, algo se ocultaba tras esa frase amable. Venciendo el desgano, me levanté y fui hasta el espejo de la cómoda. Noté que mis ojos brillaron al mirarme. Sonreí por primera vez en el día. Sí, era

verdad: me veía linda toda de negro... Pero yo *siempre* me veo linda.

¡Y qué lluvia, Dios santo, qué lluvia que golpeaba los vidrios y estremecía todo!

Después de una semivigilia que duró casi dos horas, tomé el té con mi mamá, en su habitación. Al entrar tuve algo así como un presentimiento... sombrío, digamos. Pensaba decirle que venían amigos en la noche, para que ella y los mocosos pidieran la comida más temprano (les sigo llamando "mocosos" a Silvia y Rodrigo), pero preferí no hacerlo todavía. El reloj de la cómoda dio las cinco con su musiquita cristalina tan familiar, tan vieja desde la niñez en la casa de Linares...

La lluvia seguía repiqueteando tenazmente sobre los vidrios sin augurios de cesar. En Linares también llovía. Pero era distinto. O tal vez lo distinto fuéramos nosotros. Aguaceros ametrallando el tejado de zinc mientras estudiaba mi lección de piano; o mientras la institutriz inglesa nos daba clases de buenas maneras, de moral. Le digo la "institutriz" porque nunca he podido llamarla por su nombre; no me nace. No me nace sino el deseo de olvidarla para siempre, de no volver jamás a soñar con ella. Pero es imposible: la odio demasiado; odio todas y cada una de sus enseñanzas; sus revelaciones siniestras, sus presagios, todo, todo lo que nos inculcó a Cristóbal y a mí.

—Se ve que aprovechas tus vacaciones... —Mi madre me observaba con minuciosa curiosidad.

—Sí, mamá.

¿Qué más agregar? Si alguna pregunta se escondía tras esas palabras, preferí ignorarla.

—Y que te llueven los pretendientes.

—No tanto, no creas. Son amigos. Lo que me llueve es lluvia.

–Bebes demasiado.

–Lo necesario para estar a tono.

No es la manera de mi madre. Nunca va directamente al grano. Siempre se deja caer de a poco, en un ataque lento, sutil. Pero le gusta llegar al fondo de las cosas. Y es difícil engañarla.

Sonrió comprensiva.

–Ten cuidado, hija.

A veces me da pena ver cómo va envejeciendo dentro de su soledad tan especial. No sale. Jamás recibe a nadie. Y nosotros no bastamos, lo sé. ¿Dónde, entonces, y cuándo, encuentra el aliciente para seguir viviendo?

–¿De qué voy a tener cuidado?

–Tú sabes. De ti misma.

Sí, lo sé, Pero no sé por qué lo dice. Quizás por las visiones aquel verano que fuimos a la casa de campo de la abuela, en Ovalle.

Pensamientos y recuerdos que dan miedo. Los ojos. ¡Los ojos de la institutriz!

Cristóbal entró silenciosmente en la habitación. Venía levantándose y en su rostro sobraba una barba de dos días. Me gusta verlo así.

¿Por qué no salí con Germán? Lo único que yo necesito es salir de esta casa, salir, estar lejos de ella y lo más posible, irme alguna vez, irme...

–Buenas tardes, mamá –dijo Cristóbal–. Hola, Claudia.

Nos dio un beso y se acomodó frente a nosotras, en torno a la mesita de té.

–¡Que lata de lluvia! Ya no se puede ni salir aquí.

Sí, no se puede. O no se quiere. A Cristóbal y a mí no nos gusta salir cuando llueve.

Es curioso que en algunas cosas nos parezcamos tanto y en otras seamos tan diferentes. Ahora que está de vuelta con nosotras, me pregunto cómo durante el tiempo que anduvo viajando no lo extrañé, no advertí casi su ausencia.

—¿Por qué me miras así? —le pregunté.

—Tú has cambiado.

—¿Sí? ¿En qué?

Mi madre, sorbiendo delicadamente el té, en su taza exclusiva, la de porcelana blanca con el jeroglífico azul de la felicidad, paseaba su vista por nuestros rostros, del suyo al mío, del mío al de él, con cierta mezcla de curiosidad y asombro.

—Hace quince días que llegué y no hay noche que no me lleve una sorpresa contigo.

No respondí. Supe a dónde iba —mis amigos, el trago y bla bla— y preferí callar, no dar pie. Por suerte también en ese momento entró Clara para avisar que me llamaban por teléfono.

Era Germán.

Miércoles 23

Dormí toda la mañana. Y en la tarde, para pasar el tiempo, comencé una acuarela que me fue imposible proseguir después de la visita de mi madre. El imbécil de Cristóbal tuvo que contarle, ayer. Algo me olía yo. Tengo un olfato único.

Por suerte, después de la escena —no debiera llamarla así, ya que mi mamá nunca pierde la calma y yo sé escucharla con paciencia, aunque quizás *sí* fuera una escena, por la tensión oculta en ambas— he tenido tiempo de recuperarme y ya no quedarán huellas cuando llegue Germán. No sé cómo reaccionaré ante Germán. Cómo reaccionará él ante mí. A veces se producen situaciones que no corresponden plenamente a la realidad diaria, que no tienen por qué repetirse; y la relación que entre ambos se establezca hoy no tiene por qué ser la misma, ni parecerse siquiera a la que surgió bajo las condiciones específicas que anoche crearon,

entre otras cosas, las dos botellas de whisky, la presencia de Carlos y Betty y la coquetería muy especial que despliega mi hermana ante todos aquellos que suelen venir por mí a esta casa.

Un poco de trago y la relación del mundo cambia. Germán y yo nos aislamos del resto; sin salir de la sala, sin escondernos; simplemente sentándonos solos en el sillón florentino de la esquina del piano; o bailando siempre juntos; o comiendo el uno al lado del otro sin prestar atención a las cosas que se decían, a las extravagancias de Carlos, a lo que traían los platos.

Así nos mantuvimos. Hablándonos como dos enamorados, él de mí, yo de él, como si no se levantaran barreras, como posesionados de la libertad más absoluta.

Es lindo que suceda a veces. Pero todo pasa y lo más poderoso sigue siendo siempre la realidad...

Después de comida, música de jazz y baile. Había subido a mi pieza a cambiarme zapatos y, al bajar, encontré todo en marcha. Silvia, de negro también –siempre me imita–, había entrado y apoderádose de Germán. Bailaba contoneándose con una gracia incomparable. Tiene frescura y lozanía. Y despliegue.

Ahora no me importaría. Pero ayer era ayer. Anoche. Por lo tanto, cuando terminó el disco caminé hasta donde se habían detenido y tomé del brazo a Germán.

–Baila conmigo– dije.

Silvia se asió con firmeza al otro brazo, replicando:

–No. Déjanos. Estamos discutiendo algo muy interesante.

–Bueno, bailemos los tres –dijo Germán, iniciando algunos pasos que cayeron en el vacío.

Finalmente Silvia vio perdida la pelea y lo soltó, asegurando que después tendrían que continuar esa discusión.

No volví a separarme de él.

–Es bonita tu hermana– me dijo mientras bailábamos.

–Sí. Pero yo soy mejor.

–Más o menos.

–No. ¡Mejor!

–Sí –me susurró al oído–, eres mejor, y yo te quiero. Yo también lo amaba en ese instante.

–Eres encantador– le dije.

Me besó y fue una agradable sensación, agradable como pocas veces pueden sentirse.

–¿Por qué tendrás que ser casado? –seguí diciendo.

El guardó silencio. Otro beso.

La institutriz que nos educó me decía siempre que yo nunca sería feliz. Que nunca ninguna mujer de mi familia se casaría con el hombre a quien amara; que así había ocurrido con mi madre, con mi abuela, y que seguiría igual conmigo y con mis hijas. Que había una maldición sobre nosotras. Que, desesperadas, nos casaríamos con el primer hombre que nos saliera al paso y que, entonces, tendríamos los hijos que no debiéramos haber tenido; que nosotros éramos ese tipo de hijos, y que los nuestros serían iguales...

–Patrañas. Estupideces de una mujer loca– dijo Germán cuando se lo conté.

Pero es que no. Es que hasta ahora todo parece cumplirse, y yo *sé* que no puedo amar con libertad. Patrañas, volvió a decir Germán. Y cuando terminó el disco, fuimos a tomar un trago.

Cristóbal seguía en el comedor con su amigo. Me crispan un poco los dos. Más bien es el amigo, ese tal Tino, quien me crispa. Y él lo sabe, lo percibe, porque siempre tiene hacia mí una actitud recelosa. A Cristóbal, sin embargo, se lo perdono. A él siempre se lo he perdonado todo.

Al verlos allí juntos, lancé una risotada y me abracé a Germán.

–¡Me carga ese maricón!– le dije en voz no muy baja–. El amigo de mi hermano.

El rió y me hizo un gesto indicándome que callara. Yo

lo besé aparatosamente y, de reojo, noté que Cristóbal dibujaba una mueca de disgusto. Me alegré. Bebimos.

–¿Has visto estas reproducciones de Kandinsky?– preguntó Cristóbal a Germán. Y mientras Germán se acercó a ellos, salí a la sala con la botella.

– ¡Paren el baile: todos whisky!

Todos eran sólo seis. Carlos y Betty, los mejores amigos, los más firmes; Silvia y Gastón, un mocosuelo que no deja de pasar un día sin venir a verla, que no se cansa de mirarla como un estúpido, con cara de lechón degollado. Se me ocurre que a ella le carga. Pero se guarda muy bien de manifestarlo. Un satélite es siempre un satélite. Gira y gira... Y los dos restantes, Sebastián y Alejandrina, una pareja encantadora, nueva en el grupo. No sé por qué no vinieron el Toño, Rodrigo Varas y Carmen. Sobre todo Carmen.

Se detuvo la música y se brindó por cualquier cosa. Silvia me miró con desenfado y entró luego al comedor. Por el vidrio de la puerta vi que se acercaba muy sonriente a Germán.

Pusimos de nuevo el disco y dejé a Betty sin pareja. Carlos es como un ángel para bailar.

–¿Qué hago para conquistar a Germán?– le pregunté.

–Acuéstate con él.

–¿Tú crees?

Después ya no sentí más el tiempo. Habíamos apagado las luces y seguíamos bailando embriagados, echándonos largos ratos sobre el sofá y volviendo luego a bailar. Después de cada baile, Carlos, como de costumbre, se tendía de espaldas en el suelo y –ojos cerrados, manos bajo la nuca– murmuraba sonidos indescriptibles que terminaban en una palabra nítidamente pronunciada: amén. Cristóbal y su amigo no estaban.

Así más o menos hasta las tres, hora en que todos, menos Silvia y Gastón, de la categoría "mocosos", partimos

en dos autos a casa de Betty, a comer algo y beber un poco.

A pesar de la lluvia, manejé como siempre: a toda marcha. A mi lado iba Germán. Atrás, Cristóbal y su amigo, hablando en voz baja. Conspirando, como siempre. Conspirando contra mí... Cerca de la Plaza Italia tuve que entrar contra el tránsito por una calle para acortar camino.

–Señorita, va contra el tránsito– me dijo el carabinero que nos hizo parar, casi frente al Baquedano.

–Sí, si sé– le dije, y partí con pique. No debería ni haberme detenido.

Al llegar a casa de Betty, Germán bajó del coche y Cristóbal aprovechó la ocasión.

–Nos vamos inmediatamente –dijo–. Si quieres te quedas, pero no te figures que no voy a decir en la casa la puta que eres.

Germán me esperaba mojándose frente a la puerta.

– ¡Me quedo y dí lo que se te antoje!

Pero me fui sin Germán.

Dejamos a Tino en su casa y seguimos a la nuestra a marcha lenta, sin hablar, Cristóbal dormitando tiernamente sobre mi hombro.

Germán debe de estar por llegar y no sé qué nos vamos a decir. Hoy es distinto. Otro día. Otra tarde de la misma lluvia, del mismo tedio. Dormitar y pensar. Debatirse entre sombras. Pensar, pensar. Garabatear estas palabras. Y arder de ira, de saber que Cristóbal, ¡Cristóbal!, ha sido capaz de decirle cosas a mi madre. Que mis amigos son unos degenerados, que soy una borracha y no sé qué más, que me gusta un hombre casado...

Acaba de entrar Clara para avisarme que llegó Germán. Le he mandado decir que no estoy en casa, que tuve que salir y que no llegaré hasta la noche.

Y a las nueve y media o diez, cuando llame por teléfono,

le haré decir que no vine a comer. Ya no sabré de él hasta mañana. Y pueda ser que mañana haya cesado esta maldita lluvia, que va pareciendo eterna.

Jueves 24

No había tenido ánimos ni para tomar este cuaderno. Aunque nunca las peleas con mi mamá han alcanzado la violencia, son agobiantes, llenas de una tensión interna que seguramente ocasiona más daño que los gritos y las palabras feas. Es terrible cuando las cosas no se dicen y sabemos, sin embargo, que están ahí, agazapadas con hipocresía.

Hemos tenido ya dos encuentros a raíz de la deliberada indiscreción de Cristóbal. Debí hablarle de Germán, asegurarle que no me había acostado con él y que no pensaba hacerlo, jurarle que Cristóbal exageraba en lo que se refiere a la "degeneración" de mis amigos, que sólo bebían un poco, más por diversión que por vicio, que jamás me había dopado y no sé qué otras tonterías. No me ha creído ni la mitad. Y lo que finalmente puedo deducir de sus palabras es que mi relación con Germán no parece preocuparla tanto como todo lo otro. Si bien es casado, debe pensar, no es al menos un degenerado como Carlos, o como Carmen. Sobre todo como Carmen. Y quizás su intuición no corra lejos de la verdad. En realidad, Germán es distinto. Tiene algo que dar, algo más profundo que el ingenio, que la alegría de un instante, que el vicio. Algo, tal vez, como un poco de sol, de luz, de aire puro.

Anoche no llamó, ni hoy ha llamado en todo el día. Son las seis y estoy cansada y aburrida; nerviosa y preocupada. Saldré a dar una vuelta en el auto, hacia la cordillera. Tal vez de regreso pase a buscar a alguna gente para traer a comer. La noche es demasiado larga.

Viernes 25

Sigue la lluvia. Cae y cae sin cesar, como un diluvio. He visto los titulares de un periódico. Temporal en la costa, barcos hundidos, carreteras cortadas por los árboles que arrastra la inundación; cientos de familias damnificadas en diversas poblaciones, etc. Sólo calamidades.

No hay orden alguno en la naturaleza, sino caos. Caos absoluto. Nunca nada se distribuye bien, con inteligencia, sin locura. Ni la lluvia ni los climas. Ni las cualidades del hombre. (Hoy estoy filósofa.)

Sigue cayendo, pero ya pasará. Se irán las nubes a enterrar con su gris y vendrá el sol... Alguno de los que vinieron anoche, no recuerdo quién, dijo con cierto estúpido tono de sabiduría que él, tal vez el más enconado enemigo de la lluvia, encontraba consuelo y aceptación porque conocía esa ley, tan verificada ya por la experiencia humana, de que nada es eterno, porque sabía que a la noche sucede el día, al invierno la primavera, a la lluvia el sol, y tenía, por lo tanto, la convicción de que esta lluvia particular habría de llegar a término para dar paso a días más cordiales con la vida. Grandes ideas. Creerá que descubrió la pólvora. "A mal tiempo, buena cara" es otra manera de decirlo. Más simple.

Carlos y Betty estaban peleados y durante la comida se hostilizaron mutuamente. Fue bastante gracioso. Todos le echaron fuego a la discusión que, finalmente, desembocó en una general carcajada y en la decisión de ir a comprar más trago.

Buscaba mi impermeable en el vestíbulo cuando llegó Cristóbal con su famoso Tino, ambos silbando. Tuvimos un encuentro breve y violento.

—Otra vez con tu gentuza— dijo—. ¿Que no puedes pasar una noche sin emborracharte, sin tu colección de depravados? Esto ya no parece casa. ¡Parece un burdel!

—¡Y tú qué sabes de burdeles— le grité —. ¡Si andas todo el tiempo con ese marica!

Tino se alejó discretamente.

—Yo respeto la casa de mi madre, señorita, sépalo. Y sus insultos es mejor que se los trague.

Cuando me dijo "señorita" me di cuenta de que también había estado tomando.

—Son un par de maricones —les dije—. Eso es lo que son. —Y me dio ataque de risa ver la cara circunspecta de ambos, Cristóbal pálido frente a mí y Tino en un rincón mirándome horrorizado.

Sólo en ese momento noté que nuestra escena había sido presenciada por un testigo mudo desde la sombra, junto a la puerta. Al verlo me alegré. Y comprendí que lo había extrañado, que me había hecho falta.

Fui con él a comprar el trago. En el auto casi ni hablamos. Me besó como furioso —no acaban de convencerme esos estallidos de frenesí— y en la avenida nos separamos. Tenía que hacer, dijo, y sólo había venido por verme un minuto.

Lamenté de verdad que tuviera que irse —o que quisiera irse—, pero ahora van a ser las seis y en este mismo instante debe venir en camino, o estar por llegar, según fue el acuerdo cuando me telefoneó a mediodía. Y se quedará a comer. El solo.

Sin embargo, no quisiera verlo. En palabras más exactas, no quisiera que él me viese. He pasado largo rato frente al espejo y debo reconocer que mi aspecto es deplorable. ¿Cómo puedo resultar atractiva para nadie con esta palidez, estas ojeras que se tragan mi cara, este mareo que todo el día me viene persiguiendo?

Amanecí enferma. He pasado parte del día vomitando y el resto comiendo pepinos en vinagre. No pude almorzar, pero me dio el capricho —o la necesidad— de comer pepinillos y tomar cerveza muy helada. Clara mandó al

niño a comprar y me di el gusto. Pero el dolor de cabeza persiste. Y no he podido tomar aspirinas sin vomitarlas de inmediato. Por eso, en semejantes condiciones, es preferible no ver a nadie. No dejarse ver por nadie, vuelvo a rectificar.

Dicen que el alcoholismo no es hereditario. Sin embargo, a veces me pregunto si esta marcada tendencia al trago no será un grato legado de mi padre... Absurdo, en realidad, pues según mamá mi padre comenzó a beber cuando ya todos habíamos nacido. La imagen que conservo de él más nítidamente es la de un borracho. Un hermoso borracho, alto, lleno de risa y bondad, gallardo y vacilante al andar, siempre con un leve, pero leve, dejo de amargura. A menudo pienso en él y me pregunto si será feliz con la institutriz inglesa en la tierra donde se halle, más feliz al menos de lo que puedo imaginar haya sido con mi madre, o si la felicidad les está definitivamente vedada desde generaciones a los que llevan su nombre sobre la tierra.

El hecho es que, teniendo una botella por delante, bebo sin medida, esté donde esté, o con quién. ¿Es eso lo que molesta a Cristóbal? ¿O será Germán?

Acaba de entrar Clara. Germán me espera abajo, en la salita.

Sábado 26

Hoy he despertado temprano. La lluvia va disminuyendo, pero nunca falta algo por lo cual deprimirse, algo como la lluvia. Como los tonos opacos.

Ayer me demoré un poco en vestirme y en tratar de mejorar mi aspecto. Cuando bajé a la salita, Germán conversaba animadamente con Silvia.

Ella se veía radiante. Llevaba un impermeable rojo-fuerte que nunca le había visto. Ceñido al cuerpo. Corto, como la falda.

—¿Y tú que haces aquí, vas a salir? —le pregunté.
—No, simpática. Vengo llegando.

Sólo en ese momento reparé en que ya no llovía.

—... Yo te podría preguntar qué haces *tú* aquí —siguió—. Debieras estar en cama. ¿No te has mirado al espejo?

Tuve que contenerme para no darle un bofetón.

—¡Ya, ya, córrete, mocosa! —le dije—. Ya sabes que en esta casa los niños comen antes, así es que anda a lavarte las manos.

Germán, a todas luces, se sintió mal y quiso atenuar la tensión.

—Las dos parecen un par de mocosas insoportables —dijo—. Dense un beso y vamos a tomar un trago. Yo las invito.

—Gracias, Germán —respondió Silvia—. Vayan ustedes. A mí me quedas debiendo la invitación. —Y nos dejó solos.

Eso bastó para echarme a perder lo que de tarde iba quedando. Ya no pude ser natural. Se me ocultó el "yo". *¿No te has mirado al espejo?* Me siguieron pesando las palabras de Silvia. Y no pude forzarme a ser simpática.

Casi con desgano fui siguiendo a Germán en su relato de diversos asuntos del día. Su trabajo; el viaje al Norte de su mujer, con los niños; la lluvia tan perjudicial que por fin estaba terminando...

Pero no terminó. Fue sólo una tregua. Ha vuelto ahora y sigue, sigue con mucho viento. Como en Linares cuando niños y el papá a caballo y la institutriz enseñándonos moral a Cristóbal y a mí.

Germán hablaba reposadamente y yo me estaba cansando de oírlo. Fue un alivio sentir el timbre. Algo iba a romper esa monotonía. Era el amigo de Cristóbal.

—Hola— me dijo sin cordialidad, asomando medio cuerpo a la salita—. ¿Está Cris?

Me revienta la sangre que le diga Cris.

—No, no está— respondí.

—Bah, qué raro. Si me dijo que lo pasara a buscar como a las siete...

—Pero no está.

—Lo voy a esperar un rato...

—Claro, espéralo si quieres, pero pierdes tu tiempo. Va a llegar tarde.

Finalmente decidió marcharse, pidiéndome que por favor le dijera a Cristóbal, apenas llegara, que él había venido y que le telefoneara de inmediato.

Recobré un poco de ánimo. Alegría que producen esos pequeños pecados.

Germán propuso que bailáramos. Nos besamos. Me dijo cosas bonitas, de esas que siempre me han hecho reír. O me han dado asco. Bebimos martini seco en vaso grande y comimos pepinillos con aceitunas.

Comenzaba a menguar mi dolor de cabeza. Y sentía que Germán me estaba gustando cada vez más.

—¿Por qué tendrás que ser casado? —dije, besándole la oreja.

El no dijo nada.

Por primera vez pensé que debía, imperiosamente, casarme, casarme cuanto antes. Fue una idea rápida y única, como una intuición a través de una imagen: yo casada para salvarme. Y el temor, siempre el temor. Los dos hombres que me han tenido no me tuvieron. Y acaso siempre sea igual. Se cumple la profecía de la institutriz. Amores imposibles para las mujeres de mi familia. Si supiera cuán imposibles en el caso mío, hasta dónde imposibles. Si sospechara que el hecho de que Germán sea casado es la menor, la más insignificante de las barreras, cómo le reirían sus ojillos celestes. Casarme —nunca faltaría con quién— para escapar de qué y caer en qué peor.

—Carlos me dijo que para conquistarte debía acostarme contigo.

Tampoco respondió nada. Me apretó un poquito más.

Bailábamos *the man I love* y canté algunos versos: *some day he'll come along...* Pero nunca vendrá. Yo sé que nunca vendrá. Al terminar el disco volví a llenar los vasos...

Acaba de entrar mi mamá, pero al verme escribiendo se retiró en silencio. Ella me empujó, hace años, a llevar un diario. Piensa que me hace bien, que me exorciza, porque en el fondo siempre debe de haberme creído insana. No loca, quizás, pero sí alucinada. Siempre, desde aquella noche de Ovalle, en casa de la abuela. Y, sin embargo, yo sigo estando segura de que a la luz de la vela los vi amarse en un rincón, mirándome como asustados. Mi padre y la institutriz, mucho después de irse, de fugarse juntos... Cuando me duermo recordando inevitablemente aquellos hechos, suelo tener pesadillas muy parecidas la una a la otra. Siempre con ella. Sueños horribles que me hacen despertar sumida en angustia, escuchando ahí, al lado mío, el retintín cristalino de su risilla, creciendo a risa, agigantándose a carcajada. ¿Cómo pudo elegirla mi padre?...

Bailábamos entre besos cuando Clara nos anunció la comida. Sería imposible describir la expresión con que me miró Germán cuando vio, entrando al comedor, a mi hermano Cristóbal sentado ya a la mesa.

Se saludaron, nos sentamos y comenzó una silenciosa reunión de tres.

—¿No me llamaron por teléfono? —me preguntó Cristóbal.

—No. No que yo sepa. Y si te hubieran llamado lo sabría, porque estuve abajo.

—Qué raro. El Tino quedó de estar aquí como a las siete. ¿Estás segura de que no vino ni llamó?

—Segurísima.

Germán me miró con horror, muy a lo hondo. Yo le sostuve la mirada. Hay cosas que sé por qué las hago y nadie me viene a sancionar con miradas reprobatorias.

Luego hubo dos o tres cambios de ideas sobre diversos

asuntos: Rodin, una película, la lluvia. No se habló más durante la comida.

Poco antes del postre, Clara me avisó un llamado telefónico.

Era Alejandrina, para contarme una larga historia que apenas entendí. Pensé decirle que viniera, pero me retuve. La pobrecita estaba triste. Y yo no era la persona que más le podía servir en ese momento.

Cuando volví a entrar al comedor, Germán y Cristóbal dejaron bruscamente de hablar. Ambos me miraron. Germán se puso rojo. Cristóbal es demasiado cínico para eso.

Como es de rutina, el café en el salón, luego un cigarrillo y después el bajativo. No había más que bitter. Un trago que me carga.

Germán me propuso salir en auto. Su mirada, su tono, me hicieron pensar que no habría más encanto durante la noche.

No me equivoqué.

Se había puesto muy serio y quiso que le explicara la razón de mi comportamiento frente a Cristóbal. Cosas que no tolero. Permanecí muda y, después de algunos minutos de silencio difícilmente contenido, Germán sentenció:

—Entonces voy a tener que creer que es verdad lo que dice tu hermano.

—Cree lo que quieras.

Pero el pez muere por la boca: la curiosidad mata las más sanas intenciones de mantenerse firme y, contra todos mis deseos, al cabo de un rato le pregunté:

—¿Y se puede saber *qué* te dijo ese tal por cual?

—Que eras una intrigante. Eso.

Algo quiso callar. Cristóbal le dijo más. Hasta que me lo busqué.

—Es cosa de los que no son bien hombres el hablar mal de las mujeres —dije.

– ¿De las que son *bien* mujeres? –preguntó él.

Había transgredido el límite de la prudencia. Detuve el coche y le ordené que se bajara. Por la manera como me miró, pensé que iba a estrangularme; pero tal vez ni se le haya pasado por la mente. Bajó, cerrando con un portazo, y echó a caminar por la avenida. Ni una sola vez dio vuelta la cabeza.

Bueno, ya es casi hora de almorzar. Bajaré a ver si hay algún aperitivo.

¡Me siento feliz!

Casi ni recuerdo cuándo fue la última vez que sentí el deseo de acostarme temprano. Seguro que hace bastantes meses. O años. Pero hoy lo he sentido como una necesidad que me propuse satisfacer. Sin embargo, no he podido dormir. No he podido dormir por razones distintas.

Por eso escribo.

Dicen que los seres humanos poseen dentro de sí miles de contradicciones tan extremas (otra vez estoy filósofa), tan opuestas como pueden serlo el negro y el blanco, o el bien y el mal: que a la vez de amar pueden también odiar... o mejor acaso, despreciar, ya que el odio y el amor no forman un buen par de antónimos, pues (copia de algo anotado en este mismo diario) "ambos, en su máximo desarrollo, involucran un alto grado de intimidad y conocimiento del corazón; ambos hacen que un individuo, para el alimento de sus afectos y su vida espiritual, dependa de otro: ambos dejan al apasionado amante, o al que odia no con menos pasión, abandonado y desolado cuando se pierde al sujeto", según aquel mágico libro empastado en cuero que la institutriz inglesa, entre muchos otros, dejó olvidado en el que fuera su dormitorio... Que sufren y son felices y que ambas cosas les gustan por igual; en fin, tanto se dice... Que la vida es un enterno contrapunto en el que esos contrastes se hallan en permanente juego.

Que a la alegría ha de suceder el dolor, como al día la noche. Hoy se sufre, mañana se goza. Ahora somos generosos, una hora después somos egoístas. Con alquien nos portamos bien, con otros nos portamos mal. De pronto *queremos* desesperadamente hacer algo, algo que nos sea necesario, fundamental, o que sea nada más que un deseo –hasta un capricho–, y nos detiene un extraño sentido que de niños se nos ha inculcado para falsearnos, para que nunca podamos volver a ser auténticos, un sentido que se contrapone siempre a nuestra íntima naturaleza y que aunque noble, o puro, o necesario, es el más grande obstáculo en el fluir espontáneo de la vida: el deber, quiero decir; ese sentido indefinible y absurdo que nos determina a no hacer lo que quisiéramos, o a hacer lo que nunca hubiéramos querido.

Así me explico. Todo mi ser está frenético.

La discusión con Cristóbal, al llegar, apenas me rozó la piel sin afectarme. Un cambio indiferente de palabras. Cosas que nunca se habían dicho, que hubiesen lacerado en otros días, en tardes anteriores. Y sin embargo no me rozan.

Soy feliz. *Contengo multitudes.* Cristóbal leía siempre a Whitman. A mí también me gusta. Contengo multitudes y entre esas multitudes está, he descubierto, una mujer. ¡Contengo una mujer!

Pensé que mis relaciones con Germán se habían trizado anoche; que aquello había sido el punto final de la historia.

Pero hoy interrumpió mi siesta.

Semidormida bajé al teléfono y lo escuché hablar muy seco, muy imperativo. Me dictó una dirección y me ordenó que fuera allí lo antes posible, ojalá de inmediato.

Yo nunca habría vuelto si además de mando no hubiese habido en su tono solicitud.

Y es curioso; una vez allá –era su casa– se empezó a anudar una relación distinta entre Germán y yo. Nueva,

como si antes de ese momento no nos hubiéramos encontrado jamás.

A lo mejor jamás nos habíamos encontrado.

Todo ocurrió como debía: un ascenso natural de la temperatura. Nada de fuerza. Nada sino bailar sobre ese piso aniquilado por el barrro, seguir bailando (¡mucho calor!) y seguir aún bailando hasta ir, abrazados, derrumbándonos nudosamente sobre la cama.

Nunca lo había sentido.

Pero esta vez lo sentí. Esta vez sentí lo fantástico. Lo que es un hombre.

Sensaciones muy raras, ahora. Locura. He visto siempre la vida a través de un velo que hoy empezó a descorrerse. Es imposible reproducir todo lo sentido, lo por primera vez vivido. Ojalá pudiera grabarlo, fijarlo para siempre (ese goce terrible y después esa ternura del cuerpo), hacer de él un Dios a quien rendirle culto, y leerlo como una oración cada noche, como un rezo devoto y apasionado.

No me entiendo. No me entiendo nada. Pero soy feliz.

Ha cesado el repiqueteo sobre la ventana. ¡A lo mejor hasta el tiempo se alegrará mañana con mi felicidad! ¡Mañana a las once! En el puente. Puntual. Tendré que decirle a mi mamá que no cuente conmigo para su viaje al centro. Que se busque otro chofer. Seguirá rabiando el pobre Cristóbal, cuando lo saquen temprano de la cama. El mal humor le da por oleadas. Ya se le quitará.

Hoy, cuando llegué, empezó a gesticular como un insecto y a gritar insultos. Dirigidos a mí, desde luego.

No lograron, ni mucho menos, reventarme la sangre. Reí.

—¡Me has hecho pasar un disgusto enorme y más encima te ríes, desgraciada, degenerada! ¡Por qué no me dijiste que había venido! ¡Tú crees que te voy a aguantar que me pongas mal con mis amistades!

Sin perder la calma, o acaso sin calma pero también sin violencia, le respondí:

—¡Me dan asco tus amistades!

Mentira. No me dan asco. En general me gustan. Siempre me han gustado. Salvo el tal Tino, que me revuelve el estómago. O quizás ya no... Quizás ya no.

—¡No te metas con mis amistades! ¡Más asco debieran darte esos mugrientos que traes!

Fue un lancetazo al aire.

—Qué repugnante, tener un hermano así —dije—. Te pido disculpas y podemos aprovechar para decirnos buenas noches. Lo menos que tengamos que ver el uno con el otro, será mejor. Entre nosotros terminó todo.

Saltó la víbora que se esconde en él.

—¿Qué todo, ah, qué todo? Si entre tú y yo jamás hubo nada. Nada sino una relación de niños para defendernos de Miss Catherine...

Es verdad. Y mucho mejor que haya sido él quien lo dijo.

Me acosté y no pude dormir. No pude, y acaso no pueda, cerrar los ojos. Pero esta noche no he tenido miedo de acostarme.

Domingo 27

En toda la tarde no he salido de mi pieza. Los tres ceniceros están llenos de colilllas. Le diré a Clara que los vacie. No he salido porque no he querido. Esa es la razón.

Fumar y fumar frente a la ventana. *A la alegría ha de suceder el dolor.* Un dolor quizás más dulce, pero siempre dolor.

A las diez y media se fueron al centro mi mamá y Cristóbal. Quince minutos después partí caminando hasta el puente. Llegué a la hora.

No llovía ya. El cielo descubría trazos azules entre el nuberío. Me entretuve mirando las aguas turbias del Mapocho. Un automóvil, que no se detuvo en la esquina, salpicó de barro mi impermeable claro. Qué más daba. Dos o tres veces atravesé el río, alerta siempre a su llegada.

Pero Germán no llegó.

Cuando partí de regreso, media hora más tarde, comenzaban a caer las primeras gotas de la mañana. De esa lluvia que creía muerta ya, pero que persistía cansadamente. Después del cielo claro, la lluvia gris. Fumar y fumar frente a la ventana, con la esperanza de verlo aparecer de pronto, doblando la avenida.

Así toda la tarde, un poco sola. Tal vez termine llamando a algunos amigos.

ADIOS , ZACARIAS DIAZ

"–Dicen que son tristes las depedidas.
–Dile al que te lo dijo que se despida"

Para mí no fue ninguna cosa rara que no volvieras, porque ya sabía de lo que le pasó a mi hermana Inés, que no siempre las estrellas están con una. Tú sabes que yo te quise mucho, mucho, más que al mismo cielo, pero la verdad es que después de lo que me hiciste ya no supe si quererte más.

Ahora todo pasó y ya no me importa y quién sabe sea no más que para mí misma que te escribo esta carta, quién sabe ni la recibas nunca porque las cosas entre nosotros se terminaron para siempre, para siempre. No vayas a pensar, Zacarías Díaz, que estoy llorando. He llorado, sí, pero eso ya pasó; y a veces no dormía en las noches de tanto pensar en ti y de pena porque partías sin siquiera decirme adiós, así no más, como un chaplín, como un cobarde. Mucho he oído decir que todos los hombres son iguales, que la quieren a una para acostarse y que después se corren como sea. Yo no lo puedo asegurar porque tú fuiste el primero y porque no tengo ninguna experiencia para pensar que hay muchos así, como tú...

¿Por qué, entonces, me dijiste que me querías tanto y que lo hacíamos porque cuando terminaras el servicio nos íbamos a casar? A lo mejor no te imaginas que de todas maneras, aunque de antes hubiera sabido que te irías de aquí para no vernos nunca más, aunque hubiera estado segura de que todo iba a tener que terminar así después

de un tiempo, yo me habría entregado igual a ti, con el mismo cariño y con el mismo amor, porque yo sí te quise de verdad, Zacarías...

Si vieras cómo al principio deseaba que llegara el sábado en la tarde cuando tú salías y nos íbamos a ese bolichito a tomar una malta porque tú tenías sed y estabas cansado, y luego me llevabas a los faldeos del cerro. Y cómo deseaba después todos los días, cuando ya te daban permiso en las tardes, que llegara la noche, que la señora, terminada la comida, me dijera que una vez limpios los platos podía salir hasta las diez, para ir a juntarme contigo y estar entre tus brazos, que son tan fuertes y tan de hombre, hasta que las diez hubieran pasado qué rato sin que me importara, porque ya casi nada me importaba más que estar contigo.

Me decías siempre que en cinco meses, que en cuatro, que en tres, apenas terminaras el servicio y te sacaras el uniforme – ¡tan bien que te sentaba!– me llevarías al Sur, a tu pueblo, y allí nos casaríamos. ¿Te acuerdas?... Tu mamá tiene en medias con otro una parcelita de tierra y ahí nos íbamos a hacer el rancho y tú cortarías leña y yo criaría gallinas para tener huevos frescos y un chanchito para venderlo antes de la Pascua, y en las noches tú tocarías la guitarra y cantaríamos canciones y llegaríamos a tener muchos guachos (les llamabas), que haríamos fuertes para trabajar la tierra. A mí también me gusta el campo, porque ahí me crié, y si vieras cómo no hallaba las horas de que llegara todo eso que tú me decías... Ahora ya no pienso más, ya no me importa. Ni aunque regresaras podría volver a quererte, por lo menos nunca como te quise, porque no te has portado bien. ¿Qué te habría costado decirme que ya no me quieres más, que no vamos a poder hacer todo lo que habíamos soñado, que te ibas? Si lo hubieras hecho, yo te querría siempre, sin olvidarte nunca, porque entonces sí habrías sido bien hombre.

Cuando la Irene me contó que partías, porque así se lo

dio a saber tu amigo el Toño, que anda con ella, me dijo que yo era muy joven y que encontraría muchos hombres y que algunos serían mejores que tú, que total era preferible que me plantaras ahora y no después, cuando estuviera lejos, sin saber qué hacer, a dónde ir, y a lo mejor hasta con críos.

¿Te acuerdas que después de esa noche, un sábado de primavera, cuando las flores ya se habían abierto, en septiembre, que en lugar de irnos al cerro me llevaste a un hotel porque querías estar conmigo como Dios manda, en una cama, como lo haríamos después de casarnos, te acuerdas que ese mes no me enfermé y que me dijiste que a veces pasaba eso, pero que no quería decir nada, que no me asustara? Al otro mes tampoco me enfermé y fui a hablar con la Irene y ella me dijo que lo más seguro era que estaba esperando. Yo no te conté porque quería saberlo de fijo para darte la sorpresa y que fuera verdad y que tú no te pusieras triste si después no era cierto. Este mes tampoco me enfermé y ahora sí sé que estoy esperando crío y hasta se me está hinchando la guata. La señora me dijo que fuera buscándome trabajo, que en tres meses ya no me quería porque la otra empleada que tuvo le dio muchos dolores de cabeza con la guagua y que don Fernando, el patrón, estaba mal de los nervios y no podía aguantar los griteríos ni los desórdenes.

Yo no sé qué voy a hacer ni a dónde voy a ir, porque las cosas son difíciles cuando se está sola, tan sola como yo. No creas que te digo esto para que me tengas lástima ni para que pienses que hiciste mal. Te digo que ni aunque me rogaras volvería contigo. Ahora sí ya estoy segura de que te voy a mandar esta carta. Alguien te la pasará por la ventanilla cuando vaya a partir el tren –te vas mañana a las siete, ¿cierto?–, cuando te vayas para siempre. Vas a pasar por nuestro cerro y quizás te acuerdes de mí y pienses en todo lo que te quise; vas a leer la carta y a lo mejor un día hasta me echarás de menos... Y si alguna vez mi niño pregunta por

su padre, le diré que era muy bueno, porque no has sido hombre, pero conmigo fuiste bueno...

Eso es todo, no sé qué más decirte. Te deseo suerte y que toda tu vida el Señor te acompañe y que seas siempre feliz en tu ranchito, tu cielo... Bueno, ya se me hace tarde y me despido. Adiós, Zacarías Díaz, adiós, adiós...

¿TE DORMISTE?

Juan Pablo llegó a casa cerca de la medianoche. No se cuidó de evitar los ruidos porque la pieza de la niña quedaba lejos y porque sabía que Silvia no estaría durmiendo. Semirrecostada sobre los almohadones de espuma, tejería o leería alguna de sus novelas a la luz de la lamparilla. Lo miraría cuando él entrara. O a lo mejor no lo miraba, a lo mejor le lanzaba la pregunta sin mirarlo, sin quitar la vista de su maldito tejido o del libro. A lo mejor también, como otras veces, sí lo miraba (sonreír no, forzarse sí que no podía), pero sin decirle nada, con el posible propósito de dejar pasar, o de esperar que él mismo confesara, tomara la iniciativa, prolongando arduamente su silencio –casi nunca empezaba él– hasta que se hubiese metido en la cama listo para dormir. Entonces ella apagaría la luz, agitaría un poco su lecho en busca de comodidad y cuando ya él estuviese a punto de traspasar la frontera del sueño, atacaría:

–¿Te dormiste?

–No –diría él con la boca pegada a la almohada–; pero me gustaría bastante poder dormirme, así es que si tienes algo que decir, salta luego.

–Podrías ser un poco más cordial cuando llegas.

–Y tú un poco más cordial cuando llego.

–Eso me lo podrías decir si fuera yo la que llega y tú el que se queda aquí, esperando siempre.

–No sales porque no quieres.

–Bueno, así será. No vamos a discutir. ¿Cómo te fue en la tarde?

Así, con una de estas preguntas, se daría un poco de tregua, dejando que Juan Pablo calmara su tono.

–Más o menos bien.

El le contaría algunas cosas que había hecho, sazonando levemente su relato con detalles insignificantes. No, no había tenido tiempo de ver lo del préstamo, pero sí se había entrevistado con el corredor por el asunto del arriendo, y se había tomado un par de tragos con un ex compañero de curso. Y en algún punto se detendría, cansado ya, para disponerse nuevamente a dormir. Silvia, entonces, se replegaría, mantendría el silencio durante algunos minutos (más por indecisión que por guerra) y luego, cuando él estuviera otra vez a punto de dormirse, ante el temor de no concluir, de no cerrar bien el día, volvería a preguntar:

–¿Te dormiste?

El se incorporaría bruscamente, enfurecido.

–¡Hasta cuándo vas a joder!

–¿Y se puede saber por qué llegaste a esta hora?

–Buenas noches.

–¿Por qué no me contestas?... ¿No te atreves?

–¡Buenas noches!

Y luego ella despotricaría como una máquina de palabras contra la prepotencia de los hombres, le diría que maldito lo que le importaba si él tenía una amante o no, pero que lamentaba fuese tan cobarde como para no atreverse a confesarlo. El permanecería impasible, inmutable a esas palabras, a las ofensas o a los improperios. "Dejar pasar". Hasta que al cabo Silvia, iracunda por la indiferencia, por la falta de respuesta a su ataque, incapaz de contenerse por más tiempo, comenzaría a abofetearlo en la cara, a pegarle en la cabeza con el puño cerrado, a rasguñarle el pecho y los brazos, convertida en un nudo de llanto y gritos. El permanecería inmutable siempre hasta donde su paciencia o su aguante

físico alcanzaran y, luego, de un solo manotón en la boca la mandaría lejos. Ella, desde el suelo, lo miraría con profunda tristeza, sollozando, limpiando con el brazo la sangre de su boca. Y él se acercaría engañado. Esta vez, rasguños y mordiscos en las piernas, como una bestezuela. Y él la dejaría laxa, boca abajo, de dos o tres patadas. Viéndola doblegada ya, volvería a la cama y apagaría la luz. Pero ya no podría dormir, por más que lo intentara, ya sólo podría sumirse en una angustia muda y tranquila hasta que ella más tarde se levantara sigilosa y caminara hasta el baño. Allí permanecería mucho rato. Y él, a pesar de todo, la iría a buscar. Le pediría desde afuera que abriera la puerta, y como ella no contestase, comenzaría a echarla abajo. Entonces ella descorrería el cerrojo y volvería a tomar la posición frente al espejo, el rostro rojo de llanto, los ojos muy lejos, muy extraviados, y una hoja de afeitar en la mano derecha.

—Vamos...

Y aceptaría dócilmente. Se dejaría llevar abrazada de regreso hasta la habitación, se dejaría secar las lágrimas, acariciar el cabello y luego, acostada ya, pediría perdón sinceramente, diría que no pudo evitarlo, que lo siente, y se refugiaría en sus brazos llenándolo de caricias, de besos muy tiernos. Le pediría que ese fin de semana la llevase a la costa o a la montaña, o que a la noche siguiente salieran a comer juntos. Luego, hablar de cómo arreglarían la casa, de los muebles que comprarían cuando se les entregara el préstamo, y seguir hablando de cosas placenteras, abrazados, muy juntos, hasta que poco a poco irían terminando por hacerse el amor.

Por eso Juan Pablo no se cuidó de no hacer ruido. Dejó su maletín sobre la mesa y se dirigió directamente a la cocina. Después de comer un poco de quesillo y unas hojas de lechuga, cerró el refrigerador sin temor del estrépito, como quien dice de un portazo. Al llegar a su dormitorio, Silvia leía recostada sobre los almohadones. Ni siquiera levantó la

vista al decir "hola", pero lo saludó, a pesar de todo, y eso ya era algo.

El se acostó con la cabeza puesta en los múltiples acontecimientos del día (el mal humor de la tarde, la pelea en el pasillo, las frases lanzadas como dardos, sólo para herir), pero estaba agobiado y el sueño de a poco lo fue venciendo, venciendo hasta que lo ahuyentó la pregunta seca y cortante:

—¿Te dormiste?

PERO LA VIDA

Por la ventana entrecerrada le llegan los compases del organillero, el viejo que se detiene a veces en la esquinita del callejón. Hay algo especial en la melodía, algo dulce y tierno, algo con un profundo sabor a infancia, algo que quisiera apresar, definir, retener... Pero no lo logra. Existe la distancia de un abismo, existe el tiempo, tal vez, además, exista eso que llaman destino. También en la ciudad donde nació había un organillero que se paraba frente a su casa cerca del río con olor a aceite de muelles por el que surcaban remolcadores y chalanas pescadoras, con su caja de música y que repartía cancioneros y unas pelotitas rojas y moradas de papel con un elástico que después de un rato reventaban y regaban aserrín... Desde los interiores de su casa junto al río escuchaba los primeros compases y salía corriendo. Allí estaba Alicia, llegaba René, se juntaban todos los niños de la cuadra y contemplaban extasiados al viejo moreno, de cara arrugada y abrigo casi hasta los pies, haciendo girar la manivela. Cuando terminaba se echaba el cajón al hombro, sujetándoselo con las correas de cuero. Luego partía y todos lo seguían hasta la otra esquina, desde donde lo veían alejarse junto a las casas de madera entre el murmullo del viento. ¿Qué estará haciendo su madre en la vieja casa? Quisiera ir, recorrer todas las calles de su niñez, desentrañar los misterios del río sucio, caminar por los pavimentos de piedra bajo la lluvia, detenerse frente al portón, hacerlo crujir al entrar,

cruzar el patio frío, lleno de astillas, y llegar a la habitación donde la vieja plancha, abrazarla y llorar con ella por los años que se han ido. Pero la vida...

Termina la música, se escuchan gritos de niños y le parece ver alejarse al viejo seguido de su séquito descalzo. Con él se va algo muy íntimo, pero queda su cabeza nublada de recuerdos. Se levanta de la cama, va hasta el ropero y saca una caja de madera como un cofre, oscura, con chapa de metal que parece plata. Sobre la colcha empieza a vaciar evocaciones. Ahí está la foto de todos. A la izquierda el padre con sus gruesos bigotes, su mirada cariñosa y severa, la corbata a rayas que se ponía para ir a misa los domingos, la misma que llevaba con el traje azul la tarde de Navidad, cuando la esperó sentado en el comedor hasta que ella quiso escurrirse sigilosamente para que no la sintieran. Las dos de la mañana. Eulogio la había dejado en la puerta. ¡Qué paseo! ¡Qué noche!..." ¡Raquel!" Se pone roja, un escalofrío la recorre. No pasará nada, pero lo que ha hecho...Cierra los ojos y los aprieta muy fuerte, como para cambiar de estado, como para borrar a Eulogio de su mente, como para trasladarse de la casa de la fiesta a la propia. De pronto los vuelve a abrir y está frente a su padre, que saca del chaleco su reloj, aprieta un botoncito para abrir la tapa, la cierra, produciendo un ruido metálico, seco, y lo coloca sobre la mesa, "¿Papá?"... "¡Acércate!" Vacilante, da dos pasos. En los ojos de su padre lee que ya lo sabe todo. "Dame un beso". "No, papá". "¡Dame un beso!... ¡Has estado bebiendo!..."No, no, sólo unas copitas, en la fiesta; ya no soy una niña, papá". "¿Has estado con ese señor?" "¿Con Eulogio?" "¡Sí, con Eulogio! ¡No te hagas la lesa, no sé cuántas veces te he dicho que no quiero que salgas con hombres mayores!" "El es serio, papá". "Claro, sí claro, todos son serios, pero ahí tienes a tu prima Gaby esperando un crío. ¿Quieres que te pase lo mismo?" "No, papá, Eulogio quiere casarse conmigo". "¡No te casarás con nadie que no sea claro para sus cosas y correcto,

y joven además!" "Lo quiero..." "¡No te casarás!" Junto al padre está Joaquín, delgado, sonriente, antes de casarse, veintitrés o veinticuatro años bien llevados. Le sientan mal el traje y la corbata. Cuánto mejor se ve con la casaca de cuero y la boina, como cuando maneja el camión. Apoya las dos manos sobre los hombros de su madre, sentada en el banco largo, sabia sonrisa, enlazados sus brazos con el de María Eugenia a la derecha y con el de ella, Raquel, al otro lado, bajo su padre. María Eugenia tiene una mirada triste. Hermana, yo nunca quise, yo nunca supe... Y ella, ella misma, con toda esa gracia juvenil de los dieciocho, con esa seguridad pasmosa, superior, haciéndole un sugestivo guiño al fotógrafo, joven oscuro de bocamangas negras, tras el lente de la vieja cámara. Ahí el grupo, ahí todos, en la sala de estar, la tarde otoñal de las bodas de plata de los viejos...

Un anillo, una argolla dorada. Lo aprieta en su mano. Tras el exterior reluciente dice *"Eulogio Alvarez P. 27-IX-52"*. Caminan cerca de la estación en primavera. El le asegura que lo dejará todo por ella, su casa, sus familiares, todo, todo por irse con ella. El padre ha dado la última negativa. No hay nada que hacer. Tendrán que marcharse, escapar, marcharse lejos, a Santiago, a la capital, para poder construir su vida tranquilos. Eulogio la lleva del brazo; de su mano se desprende un calor tierno. La madurez, sus cuarenta años, le dan una seguridad infinita. Lo quiere por sobre todas las cosas. No importa que sea veinte años mayor. No le importan las decisiones familiares, ni los consejos de María Eugenia, ni las miradas suplicantes de Fernando, el príncipe azul, joven y apuesto, de su hermana. Más allá del amor no puede haber nada sino el amor. Ella ha soñado siempre, desde pequeña, con amar apasionadamente, y siempre, al imaginarse, al ver en sus sueños al ser que espera, ha aparecido un hombre maduro, sereno y cariñoso, decidido y seguro... Eulogio. Han dejado atrás la estación y están cerca de la Impregnadora. Ya quedan pocas casas. Se echan sobre el césped a besarse

como niños. Ella se irá con él, hará lo que él diga, lo seguirá donde vaya. Eulogio saca de su bolsillo un estuchito negro de terciopelo y aparecen las dos argollas. Tomándole suavemente la mano, pone una en su dedo y le dice que dentro de cuatro días partirán, que se casarán en Santiago el veintisiete.

Se pone el anillo, mira su mano y, luego de sacárselo, lo deja encima de la fotografía familiar. Uno a uno va sacando del cofre sus tesoros, su vida. Sin darse cuenta está llorando. Ella quisiera...Quisiera tanto... Un pañuelo rojo-naranja con sus labios estampados en el centro y un vago perfume que se resiste a morir. Va caminando con Eulogio por el centro de Santiago, por ese mundo reluciente de tantas cosas nuevas. Hace dos días que han llegado. Alojan en el Hotel El Angelito, de la calle Santo Domingo. Es un lugar pequeño y oscuro, pero tal vez acogedor. Después que Eulogio arregle unos papeles se casarán y buscarán casa. Caminan por el centro. Ella busca el pañuelo dentro de su bolso, pero no lo encuentra. Eulogio la toma del brazo y la obliga a entrar en una tienda. Se acerca una joven rubia y muy pintada. Eulogio dice: "Un pañuelo". La señorita le trae cien y él elige uno rojo-naranja. Pero ella no lo usa. Al llegar al cuarto, en un momento de soledad vacia en él un poco de esencia y lo besa con sus labios morados. Ahí están todavía la marca y la fragancia, invulnerables al paso de los días, semanas, meses, años...Años... Cinco años. Cómo quisiera. Pero la vida... Van pasando por sus manos los objetos, los recuerdos, los regalos, pequeñas acciones relacionadas con el cariño. Ahí está el llavero de hueso que le regaló el estudiante; ni siquiera supo su nombre; lo vio una vez, sólo una vez, nunca más; mejor no haberlo visto, mejor no recordarlo, porque el recuerdo, porque el llavero de hueso la hacen llorar. Llorar...De nada sirven las lágrimas ni las añoranzas. Para vivir hace falta frialdad; para vivir hay que ser como Eulogio, como ella no es. El pequeño llavero...Poco después que Eulogio desapare-

ció. ¿Dónde se iría? ¿Cómo, si la amaba tanto? La amaba tanto...Frialdad, dureza, para vivir...Echa desordenadamente en el cofre toda su vida, lo cierra de un golpe y lo relega a la oscuridad bajo la cama. Vuelve a tenderse. Ya no se escucha el lamento del organillo ni el grito de los niños. Ladra un perro y retumba el taconear de los zapatos en la acera. Ha pasado la tarde. Del velador toma los cigarrillos y fuma. Pensar, ¿a dónde lleva? ¿Acaso pensando se puede resolver algún problema? Estaba sola en Santiago, una ciudad desconocida, un mundo indiferente. ¿Qué hacer? Pensar y pensar; ¿y qué? ¿Esto?...Una joven sola, sin otro don que su juventud, su inexperiencia. ¿Volver? ¡No! Pensar. Pensar. Pero para comer hay que hacer algo más que pensar y para vivir hay que comer y no pensar...Entonces, ahora, ¿por qué piensa y piensa y piensa? ¿Qué pretende, a dónde quiere llegar?

Doña Marta se acerca con sus noventa kilos, entreabre la puerta y carraspea como para despertarla de su ensueño.

–Raquel...Raquelita, un cliente en el salón; se lo ha llevado toda la tarde durmiendo, no duerma tanto, que es malo.

–Al tiro, señora Marta.

Enciende la luz, estira su falda, peina lentamente sus cabellos y se pone un poco de color sobre los labios. Sale y se dirige al salón. Un hombre se levanta del sofá.

–Buenas tardes –dice.

–Buenas tardes... ¿Se sirve un poco de ponche?

–Claro, un jarrito.

Doña Marta pone el gramófono y empiezan a emerger evocadores compases tropicales. Luego, arrastrando sus pies cansadamente por el encerado, desaparece. El señor enciende una lamparita de mesa y apaga la luz del techo.

–Así es mejor.

Sí, piensa Raquel, Raquelita; así es mejor, mucho mejor. ¿Quién será? No es viejo, viste más o menos bien. Puede ser

un empleado. No parece que tenga mucho dinero; las bastillas de sus pantalones están algo gastadas. No usa argolla, pero eso no quiere decir que no sea casado. ¿Podrá ser? En todos estos años ha esperado siempre. Porque tiene que haber hombres honrados, capaces de querer y de sentir. Tiene que haber hombres como aquel estudiante que le regaló un llaverito de hueso. Ha esperado siempre, pero el hombre no ha llegado nunca. ¿Podría ser éste? Y si no es, ¿ seguir esperando?... Se pasará la vida durmiendo cada mañana cuando sale el sol y cantan los pájaros. No; es mejor, mucho mejor, despertar con el día. En el día está la vida, en el día su madre plancha, Joaquín maneja el camión. En el día está el mundo, están los hombres con su verdadera cara...

Doña Marta llega con el ponche. Sale. Otra vez, otra vez será lo mismo, lo mismo, igual que siempre.

–Sírvase.

–Gracias.

–Salud.

–Salud...

–Bailemos.

El hombre la aprieta, posa la mano izquierda sobre su pecho, desliza la derecha más abajo de la cintura. Al dar los pasos le entreabre las piernas con la suya. La besa en la oreja.No le dice nada. El disco termina y vuelven a sentarse. Beben un poco de ponche y finalmente el hombre se levanta y le dice: "¿Vamos?" Caminan hasta la habitación. Nuevamente le parece a Raquel, Raquelita, escuchar el organillo. Sólo le parece. Nuevamente ve su casa cerca del río cubierto de aceite y surcado por remolcadores y chalanas pescadoras. La mirada cariñosa y severa de su padre. " ¡No te casas!" El portón y el patio frío, la pieza donde la madre plancha. El hombre se quita la chaqueta. Las calles de piedras y las caminatas descalza bajo la lluvia. El hombre ha desanudado la corbata y se desabotona la camisa. Nunca quiso, nunca quiso volver debido al temor y la vergüenza. Han pasado cinco

años. ¿A qué temerle, de qué avergonzarse? No es culpa de ella; hay algo que no marcha bien, lo sabe, está segura de que es así. El hombre hace una flexión de brazos.

–Ya pues, mijita –le dice.

–Espéreme un momentito –le responde Raquel, Raquelita. (El hombre se ha metido entre las sábanas.) Ella sale de la habitación. Pensar... Siempre pensó, siempre pensó. Pero la vida. Siempre pensó, pero la vida... Pero la vida está allá afuera, lejos de aquí. Raquel respira profundo, abre las dos hojas de la puerta y sale al aire, a la noche. Raquel, Raquelita, la vida está fuera, lejos de aquí. Sonríe y mira más arriba de los tejados que se alinean a lo largo del destartalado callejón. Su corazón late con fuerzas, con demasiadas fuerzas. No puede reprimir el impulso de echar a correr hacia la esquina, más allá, lejos de aquí, tras el organillero.

LLORO LA MILONGA

Era tan mentirosa, que hasta a mi diario le mentía, pensando que alguna vez alguien pudiera encontrarlo, que fuera leído en la familia, que aún usted, tío Claudio, se enterara de que a este pajarito nunca le ocurría nada interesante, nada que valiera la pena contarse, de que era sólo una niñita fome y sin historia; por eso escribía cada idea que se me venía a la cabeza con la mayor soltura, como la zafada más grande. Algunas cosas sí, desde luego, eran ciertas, como por ejemplo todo eso de los orgasmos. Sin embargo, lo del profesor era mentira: él nunca me hizo ninguna insinuación, tío Claudio, él era siempre intachable, serio, espléndido. Todo lo que si acaso me hubiera muerto en esos años tú y los demás habrían leído –aunque si tan sólo tú, ya bastaba, porque el Diario llegó un momento en que fue para ti, fue mi pobre, mi único camino de comunicación contigo, por eso ahora, oh, Dios santo, quiero contarte– no pasaba de ser una serie de exabruptos de esa imaginación entre desbordante y perversa que me caracterizaba, porque el señor Equis, el profesor jefe del curso, sólo me llamó para decirme durante un recreo algo que al comienzo no supe bien adonde iba, *la falda corta le queda estupenda, Nenita,* hasta ahí la cosa sonaba a declaración y yo lancé una sonrisa "super" como siguiendo el juego, como dando a entender de antemano que sí, *pero, dígame, ¿qué calzones usa usted?.* Me dieron deseos de preguntarle si quería verlos, de decirle que a la tarde se

los podía mostrar, pero se quedaron los deseos atajados ahí dentro no más, ya que por fuera me corté –roja o verde debo de haberme puesto– y después de algo así como no atreverme a contestar, le dije, seguro que con tropiezos más o menos serios de lengua, que eran de *nylon* y entonces él comenzó con el sermoneo y repitió casi textuales las ideas de la directora sobre eso de que las salas de clase eran muy heladas y el Ministerio aún no proporcionaba las estufas y por ende resultaba indispensable y obligatorio usar calzones de lana ya que –y ahora hablaba él por su propia boca– los enfriamientos continuos dejaban pésimos saldos para el futuro, vaginas delicadas, por ejemplo, enfermedades de los riñones, de los conductos urinarios, y de repente mientras decía estas cosas me atreví a mirarle esos ojos siempre tan transparentes que tenía y se me ocurrió que quizás estuviera enamorado de mí y le miré también las sienes encaneciendo, diciéndome si no sería gil (puro tango, tío Claudio), preguntándome por qué en vez de tomar conmigo esa actitud protectora como de papá, no agarraba al toro por los cuernos, no apuntaba directo al grano y de un zoácate me proponía que saliéramos, que nos encontráramos fuera del colegio, que nos acostáramos, porque sus ojos otra vez –igual que durante esas clases que parecía hacer para mí sola– me partieron el cuero, me cosquillearon el espinazo y para qué, me dije, toda la macana cuando ahora las cosas se estilaban más simples que eso, sin tantos subterfugios, aunque cómo también negar que él pertenecía –seguro– a otro mundo, a una época que ya nunca quizás lograra entendernos, incapaz de penetrar en las razones que –por ejemplo– hacían que M.C. se lo llevara todo el día corriendo a matarse en su *Vespa* y por la tarde bailando *rock* dele que suene y desinteresándose de cuanto mundo hubiera a su alrededor (igual tío Claudio que ahora yo no entiendo que una mocosa de trece fume y fume marihuana) y entonces, por primera vez sosteniéndole fijo y firme el disparo de los ojos, supe certeramente que entre él y

yo jamás podría haber nada, que de veras le interesaba que usara calzones de lana y hasta que si le hubiese dicho coquetonamente, cuando me hizo la pregunta, que si deseaba verlos, mirándome quizás con tristeza y asombro y sin sermonearme, me habría hablado de la vida y entre muchas linduras (lo digo sin sarcasmo) me habría rechazado. De manera que si hubieras leído que una tarde él y yo nos juntamos y caminando por el parque le paré todos sus lances, pero que a la segunda invitación fui cediendo, querido Diario, *y cuando me preguntó si alguna vez lo había hecho, le dije que sí, pero sólo una, con el primo Roberto, las últimas vacaciones*, habrías pensado que yo me las traía, o que era la gran puta, o qué sé yo, porque tú también, aunque no mucho, estabas en esa etapa en que los años comienzan a dar duro y entonces la imagen que de mí hubiera persistido en grabársete podría haber cuajado tan falsa como la moneda de plomo con que Chaplín le paga la cuenta a Trompifay, si es que prima la importancia de los hechos en la vida de una por sobre la de los deseos, pues la verdad, no me acosté con el "soñado" profesor, tío, ni me acosté con el pánfilo primo Roberto en las vacaciones, ni tampoco, y esto usted lo sabe mejor que yo, tampoco me acosté con usted, aunque cómo lo hubiese deseado, cómo me temblaba la piel y se calentaba mi sangre y dentro de mí danzaban todas las hadas del mundo cuando usted venía a casa y me hacía algún cariño, o me besaba la frente sin pasión, o me decía –nada más que eso– que caramba qué linda me estaba poniendo, o me guiñaba un ojo y yo iba corriendo al baño, al espejo, a ver si de veras me estaba poniendo tan linda.

Por eso cuando te viniste aquella vez, cuando llegaste por la noche con una maleta y los ojos rojos y la tristeza habitando en cada parte de ti, me sentí, a pesar de todo, feliz, te iba a tener, iba a poder mirarte cada mañana, me darías cada noche un beso, hallándome lista siempre para tus cariños y esperando que porque mi amor

era tan grande –no cabía en todo el barrio– el tuyo no tendría más remedio que volcarse alguna vez en mí. Y empezó algo así como una etapa nueva de mi vida y justo a la segunda noche, la noche de la mañana en que pasé frente a tu pieza y te sorprendí llorando, leí lo que llevaba escrito en mi Diario durante el año y me sentí tan poca cosa, tan minúscula, que empecé desde entonces a inventar historias, a fabricar hechos que jamás ocurrieron, para que si alguna vez caía en tus manos y le echabas adelante con la lectura, no fueses a pensar que yo era una pobre niñita estúpida, y también por eso me preocupé, tío, de que no se fuera a reflejar ni la más mínima noción de lo que tú venías siendo para mí desde aquella tarde en que tu voz por primera vez hirió mis sentidos con su dulzura, te acuerdas, cuando recién llegabas de Europa, casado con la tía Tania, una rubia rosada, y recia, y el gordito chico en los brazos; de lo tanto que llenabas todas mis horas, todas las medidas de mi fantasía; me cuidé hasta de nombrarte un poco más de la cuenta, porque al principio me habría muerto de vergüenza si de pronto hubiera observado en tu mirada una brizna de sospecha. Así es como fui tejiendo una fantástica aventura con mi profesor, capaz por si sola de erizarle los pelos a cualquiera, y creo que asumiendo el papel de esas ficciones hasta llegué a provocarlo. Pero no todo era mentira: lo de los organismos era cierto...

Porque también mentí en el Diario al no contar –cuando avanzaba septiembre hacia la primavera madura de los almendros– que tuve de veras una historia, al mentir diciendo que con Milo las cosas sólo fueron así, superficiales, desde la tarde en que me había sentado en la última fila del Rialto durante una "popular" de tres películas. Estaba con la Chofi y su pololo y me sentía pésimo violineando de lo lindo mientras ellos se daban besos y se acariciaban por debajo de los suéteres, y estábamos por la mitad de *La ninfa constante* cuando sentí dos manos abiertas posarse suaves y firmes sobre mis hombros y la impresión fue grande, como que no

me atreví a mirar para atrás a ver quién era el hombre que me había elegido. Digo elegido porque se suponía que si una niña se sentaba sola en la fila de atrás era porque debía andar a la caza de besos, de un poco de ternura quizás y, más que nada, de una puerta abriéndose para dar paso libre a todo el torrente de inquietud, y entrada a los llamados dulces frutos del amor, si pensamos, bueno, por eso dije "elegido", que a mi derecha había tres o cuatro chiquillas más tan solas como lo estaba yo, esperando la ocasión para darle a la película calabazas. Sin embargo, a pesar de las manos en mis hombros, *esa* película la vi, no pude dejar de verla, ni siquiera de quitarle los ojos y darme vuelta para descubrir quien era mi joven, que ya me acariciaba los hombros y el cuello bajo la melena con todos sus dedos. Yo sabía que pronto los haría descender, que de a poco irían reptando por la lana voluptuosa de mi chaleca hasta alcanzar las orillas de mis pechos; y sabía también que lo iba a dejar, que no le pondría obstáculos, para que pronto –mientras en la película el tío Boyer seducía a la sobrina Fontaine– estuvieran allí libres, como en una casa hospitalaria, deleitándose y deleitándome, y hasta sabía que entonces yo misma –mis propias manos– las tomaría para fijarlas, para palpar también los dedos y para imaginar por ellos, por su forma, por su largo, por su grosor, cómo sería ese príncipe azul al que todavía no osaba mirar. Entonces es curioso cómo sin desenfado al profesor mi pluma lo llevó a sórdidos hoteles que de seguro ni siquiera conocía, y lo convirtió en un fogoso amante, diestro y algo depravado, hasta un poco cruel, cómo mi pulso vacilante lo hizo sostener conmigo atrevidos diálogos, mientras que ahora, en los últimos días de septiembre, mi mano se asustaba sobre las hojas del cuaderno y de esta historia, que habría hecho innecesarias mis invenciones, sólo se atrevía a recorrer las orillas de lo más trivial, a decir que a Milo lo había conocido en el cine y que era simpático, aunque feo, y que su pie izquierdo rengueaba, y que me invitó una tarde a tomar té a

su casa, y que después se me había declarado, pero que yo no estaba segura de si sí o si no, ocultando toda, toda la verdad de nuestra relación, menos lo de los orgasmos. Porque eso si que era cierto, tío, ya no lo sabrás, oh, venenosa muerte, eso sí que lo ofrendo a tu memoria como el más puro homenaje de amor –cuánto hubiera querido tener unos años más, apenas dos o tres, cuánto hubiera querido que por tus ojos se hubiese asomado un poco el diablo, y que aquella noche que entré en tu pieza porque la luz estaba encendida no hubieras estado así, con la desesperación agarrotándote las manos, los ojos enrojecidos, tu cabellera griseante salpicando mechas para todos lados y la botella de pisco casi vacía sobre el velador.

De modo que cuando casi al final de la película –entre todo el lío de locos– el asiento junto al mío se desocupó, mi príncipe vino a sentarse y pude verle la cara sin ángel y enseguida le ofrecí mis labios sólo porque la película había terminado y sin intermedio se reflejaba sobre la pantalla el título de otra que no vi, porque me estaba convirtiendo en protagonista de los hechos, asediada por una alegre risita interna cosquilleante que me venía de sólo pensar, tío, que ahora sí, que ahora sí que podría contarle verdades a mi Diario, contarle también algunas otras cosas nuevas, como que el Concierto número dos de Rachmaninof me gustaba tanto, que estaba descubriendo el mundo, encontrando el gusto de la vida sólo porque tú existías, porque tú eras y eso nadie podía impedirlo, porque podías irte para siempre a Londres, levantar tu casa a orillas del Cáucaso, convertirte en navegante solitario, perderte en los verdes imperios del Amazonas, emprender la búsqueda de los continentes perdidos, trepar el Jolmo Lungma, o cualquier cosa, pero siempre eras, porque habías nacido, porque pisabas el planeta con dos pies, porque yo te había conocido y ya nunca más podrías desaparecer, nunca más desaparecerías, ni siquiera, ni tampoco, ni menos, cuando empezaste a bajar las escaleras

a toda marcha directo hacia el sótano, ni cuando empezaste a llegar borracho por las noches y yo te escuchaba dar tumbos entre los muros del pasillo no atreviéndome al principio a verte, a que me vieras viéndote así, cuando a mí ya se me habían quedado atrás las bicicletas y las idas a la plaza, y más adelante haciéndome mujer, sacando fuerzas de no sé dónde para ayudarte, para impedir que los papás se despertaran y pudieran tener acceso a la condición que empezaba a entristecer definitivamente tu persona; ni siquiera cuando después de aquella tristísima conversación en la mesa una noche, mientras tú andabas en lo tuyo, el papá dictaminó que el santo varón iba a tener que irse, que tu conducta no podía tolerarse más, que éramos, en fin, una familia respetable; ni siquiera después de las veces en que te ayudé a acostarte, a meterte dentro de la cama con las tripas recogiéndoseme; nunca, nunca; ni siquiera después de todo eso.

De modo que le ofrecí al príncipe azul los labios y antes del final de la película partimos caminando bajo las arboledas majestuosas de Pedro de Valdivia y mientras él buscaba delicadamente las pequeñas trampas, los subterfugios para lograr sus horribles propósitos, yo ya estaba totalmente decidida a seguirlo adonde me quisiera llevar y todo nada más que porque *La Ninfa* se me había dejado caer como una lluvia fuerte y la luz encendida me golpeó de pronto cantándome a las claras y con el tono alto, que estaba estúpidamente condenada a no tenerte nunca, sólo que tenía tan hinchadas de amor las venas, y ese atardecer que fue la primera vez no importó. Lloré, más por tí que por nada, y entre la gran confusión –el cojo fue tierno– no supe llegar. Pero no importó. Fueron las segundas, las terceras, las otras veces, cuando me di cuenta en definitiva de que si no eras tú, jamás se abriría esa puerta, que nunca sería capaz con otro hombre de caminar por las nubes, de flotar rumbo al cielo, ¿comprendes? ¿Comprendes entonces que lo de los orgasmos era cierto?

Y ni siquiera cuando ya dabas tumbo y el corazón parecías estrujártelo todas las noches con aguardiente y durante el día andabas como sonámbulo, el rostro congestionado, la lengua lenta y entorpecida, los reflejos débiles y un par de cuevas moradas debajo de los ojos, y hasta tonto de palabras, ni siquiera, porque sólo pretendí que mi corazón se mantuviese firme, que las fibras sensibles no fallaran cuando me gritaras bestialidades, tener la capacidad maravillosa de seguir amándote, de que no se me dejara caer como invitada de piedra la desilusión, porque la noche en que al llegar y querer yo ayudarte a subir –cuando ya el papá, tu propio hermano, te había dado el ultimátum y tenías que irte, que buscar, que irte, aunque no supieras dónde– me lanzaste el bofetón, la sufrí, la lloré de punta a cabo hasta que cantaron los gallos y tanto por la cachetada *caminito amigo* como por las eléctricas palabras *clavel del aire* que descargaste cuando resignada te ayudé de todas maneras a meterte en la cama, oh dulce inválido, tierno inútil, amoroso paria de la vida que no volverás a oírme, cuando era mío el placer de tocarte, de servirte, cuando habría sido tu eterna y total esclava si sólo me hubieses derramado un poco, un poquito de amor *mi noche triste* o si me lo hubieras pedido con un gancho de meñique, en vez de contarme cómo ella ya no te amaba y a tí te costaba vivir, y describirme, entre incomprensibles llantos y eructos violentos con mucha acidez de cebolla, de vino, de cecinas fuertes, aquella horrible escena en que tuvo agallas para decírtelo, para meterte la bala sin prejuicios (*dime que sí y la noche pampera abrirá y los rayos de luna pondrán luz de amor en tus ojos*, eran los tangos de los hermosos domingos cuando después del almuerzo largo pedías la guitarra), en que las garras de la fiera perforaron tu alma para siempre, entiendes: ni siquiera con nada, porque bueno, "te tenía debajo de la piel, te tenía profundo en el corazón", tío, te tengo, porque tampoco cuando supe que desde el sótano habías cavado una cueva y que estabas llegando, llegando, a esos

fondos más bajos, a los recovecos más ocultos de la oscuridad y que ya nunca, tío Claudio, nunca podrías salir, porque habías dado los primeros pasos de ese camino irreversible (*sin palabras esta música va a herirte*, aquella vez que se cumplían veinte años de la muerte de Gardel, el Morocho del Abasto, como le decías, imitando la pronunciación de los ché, y que te sacaste los zapatos y la garganta homenajeándolo con tu poderosa voz, con la gracia que premiaba todos tus actos), ese camino sólo de ida, de bajada, *one way*, como las espigas que al chupar se van metiendo lengua adentro, paladar adentro sin echar nunca pie atrás; ni siquiera cuando un jueves a las 2 de la tarde entré con la avalancha a la sala común de El Salvador después de la noche que empeñaste la chaqueta en un bar y te dormiste luego sobre un escaño del Forestal y te pilló la helada y fue una suerte que te hubieran llevado al hospital y no a la morgue, y sentada a los pies de tu cama, rodeada de otros enfermos desconocidos, con un dolor que me perforaba hasta los huesos, te miré la barba crecida, los ojos oscurecidos y la piel amarillenta, y recordé aquel día en que bajaste del avión con tu flamante mujer y yo era una mocosa, y la noche que llegaste a la casa con tu maleta y tu tristeza a cuestas, y la tarde de aquel domingo que se cumplían veinte años de la muerte del Zorzal, y a través de mí misma ví los cambios en ti y entonces (¿por qué me mirabas casi como pidiéndome que me fuera?) no pude decirte que tenía dinero, que estaba consiguiendo más para que te trasladaras al pensionado y poder visitarte a diario y contarte cosas y pedirte que me recitaras algunos de esos poemas que nunca llegaste a publicar –*lloró la milonga su antigua pasión*–, contarte, por ejemplo, que estaba pololeando, que la cosa iba en serio y callar lo que a mi Diario sí le decía: que no funcionaban los orgasmos, que la puerta no se abría, que debías mejorarte, rehacer tu vida, romper tajante con ese pasado tenebroso y maldito, desterrar de tu sangre a esa mujer que posiblemente nunca te quiso, nunca

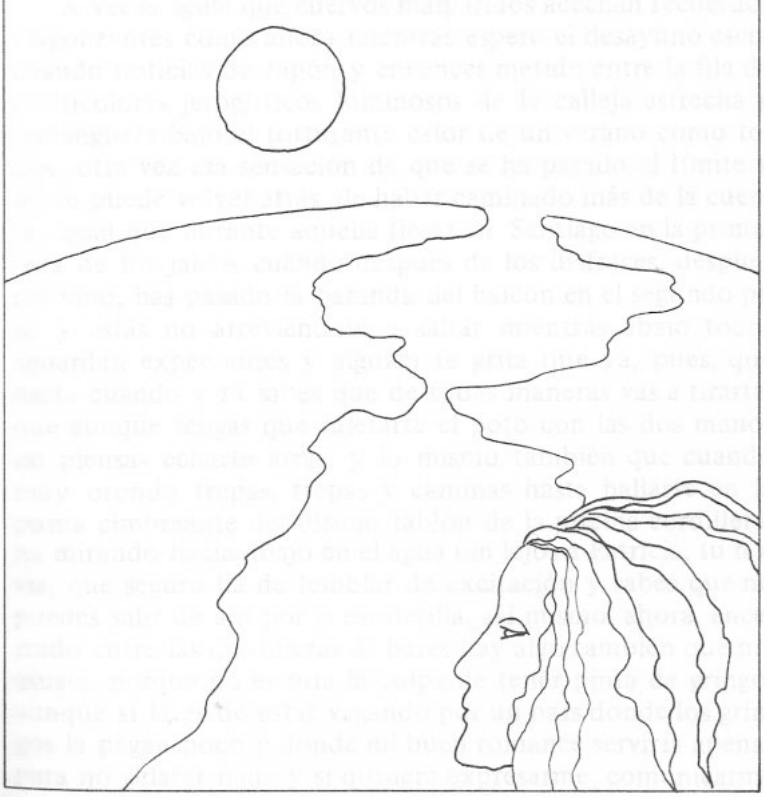
logró conocer sino lo más externo de tu piel, que jamás pudo ver hacia el fondo de tus ojos, tío Claudio, y que se empecinó hasta lo último en penarte como un fantasma *–pero no hay nadie y ella no viene–* y ni siquiera, tampoco, cuando en la familia ya se había perdido tu rastro y una mañana desde la micro bajando por la Costanera te divisé al otro lado del río y le grité al chofer que parara como si me estuviese muriendo y corrí, corrí loca hasta el puente desde el que te encontraría de frente. Sólo cuando estábamos a media cuadra de distancia advertí que cuando te agachabas era para escarbar en los basureros de los edificios de Santa María. Dejabas el saco en el suelo y te entregabas sin mucha pasión a la búsqueda y yo ya estaba a tu lado casi y no sé de dónde me vino el coraje para detenerme y enfrentar tu mirada, pero gracias al señor, tío Claudio, gracias al cielo y a todas las estrellas, que pude hacerlo porque fue ¿recuerdas? la última vez que nos vimos. Me miraste como extrañado, como desde lejos, hasta que la memoria de seguro hizo fraguarse las imágenes y entonces sonreíste y tus ojos se iluminaron, tenían una rara iridiscencia, tío, porque quizás también me amabas, quizás sin saberlo me habías amado siempre, y desde tus rancios andrajos, tu barba sucia, tu nueva vejez que no te conocía, lanzaron ángeles tus ojos y muy en silencio comenzaste a llorar y me alargaste tus manos y no nos dijimos nada, pero en tu sonrisa –y es lo único que siempre me conformará– se vislumbraba la dicha de los iluminados, y después de un rato –no pude hablar, no cuajaron las palabras, no funcionó la voz– me soltaron tus manos y seguiste tu ca mino en silencio, con el saco al hombro, Mapocho arriba, hacia donde ya no volveríamos a encontrarnos. Y ni siquiera, tampoco, cuando tuve que ir a la morgue para identificar tus restos, que no eran restos, porque estabas tan entero, tan digno, tan jovial en ese nuevo estado, tío Claudio, no había dolor en tu rostro, ¿por qué no había dolor? ¿cómo habías descubierto esa paz? Oh, Dios santo, ni siquiera entonces, en

ese momento de mi condena, de la certidumbre de una infelicidad que me haría para siempre suya.

Hoy, fíjate, es también (igual que aquella feliz tarde de domingo) veinticuatro de junio y se cumplen treinta y cinco años de la muerte de Carlitos. He pasado la tarde escuchándolo de programa en programa y escribiéndote esta carta un poco llena también de tango, dolorosa, amarga, la primera que te escribo para decirte una vez más –nunca leíste mi Diario– que aún ahora, con un marido bueno y dos cachorros, esa puerta no se abre, que es igual que con el cojo, que surges siempre tú, que tus imágenes me tupen la mente y te veo a ti, te siento a ti, pero cuando ya parece que se fuera a abrir, que se estuviera abriendo, entre risas, entre mariposas, viene el portazo en las narices y el nudo en la garganta y luego, muy sobre todo, la ira, que ya nunca se abrirá la puerta, y que el único que tuvo alguna vez la llave fuiste tú.

cuarta parte

Vagando por Otros Mundos



COMO BUEN CHILENO

A veces, igual que cuervos malparidos acechan recuerdos vergonzantes como ahora mientras espero el desayuno escuchando noticias de Japón y entonces metido entre la fila de multicolores jeroglíficos luminosos de la calleja estrecha y bullanguera bajo el torturante calor de un verano como todos, otra vez esa sensación de que se ha pasado el límite y no se puede volver atrás, de haber caminado más de la cuenta, igual que durante aquella fiesta en Santiago en la primavera de los jaleos cuando después de los disfraces, después del vino, has pasado la baranda del balcón en el segundo piso y estás no atreviéndote a saltar mientras abajo todos aguardan expectantes y alguien te grita que ya, pues, que hasta cuándo y tú sabes que de todas maneras vas a tirarte, que aunque tengas que sujetarte el poto con las dos manos no piensas echarte atrás, y lo mismo también que cuando muy orondo trepas, trepas y caminas hasta hallarte en la punta cimbreante del último tablón de la piscina cordillerana mirando hacia abajo en el agua tan lejos a Patricia, tu novia, que seguro ha de temblar de excitación y sabes que no puedes salir de ahí por la escalerilla, así mismo, ahora, encerrado entre las dos hileras de bares hay algo también que me asusta, porque no es mía la culpa de tener pinta de gringo, aunque sí la es de estar vagando por un país donde los gringos la pegan poco y donde mi buen romance serviría apenas para no aclarar nada y si quisiera expresarme, comunicarme

con los hipotéticos agresores, tendría que echar lengua del inglés empeorando quizás las cosas, algo que a la vez me inquieta y me irrita porque qué carajos tengo yo que ver con que el señor presidente don Dwight Eisenhower, Ike, como le llaman, esté empeñado como mula en venir y los japoneses para impedírselo formen todas las tardes sus gigantescas culebras callejeras recordando Nagasaki enardecidos hasta la hostilidad con cualquier gringo que vaya pasando y para qué putas tendré facha de gringo, pero cuando la iridiscencia de uno de los rótulos me muestra debajo de los jeroglíficos escarlatas las palabras *Latín Música Bar,* tales como aquí las transcribo, siento el relajamiento de quien encuentra parte de su casa y, lo mismo que al dar el salto hacia el agua esmeralda con los ojos bien cerrados, abro la puerta, me asomo, y lo primero que oigo es a los Tabajaras cantando esa samba como del 51 de *tal vez caminando la vida nos vuelva a juntar* y me sacude rápido el recuerdo nervioso de Patricia y me digo que tal vez caminando la vida nos vuelva a juntar, pero siempre que yo deje de caminar por estos países de las antípodas y retorne con mi mochila al hombro a caminar por Santiago, por Ñuñoa, por Avenida Suecia, que de seguro ella todavía está allí, sin moverse de su calle sombreada por viejos plátanos orientales, pero total, eso puede ser más adelante también, para qué nos va a volver a juntar tan luego y, después de todo, para qué caminando también, porque ella fue la que no quiso seguirme y yo, no me digan nada, dele y dele vuelta, como buen chileno, y aquí estamos entrando a un bar que en este instante llena los últimos poros de su atmósfera con las guitarras y las voces nostálgicas de ese par de indios que hace añitos pasaron de moda.

—Un *high-ball*— le digó a la dulce cara de almendra que me atiende. Ella me habla algo en japonés. Pongo cara de idiota y le explicó:*scotch and water and ice*. Ella muy sonriente me dice con la mano que no entiende ni jota, que es-

pere, y en seguida se retira. El bar es occidental de corte. Un mesón y pequeñas mesas dispuestas por toda la sala dividida en dos niveles de piso. Las paredes están tapizadas con afiches de México, Perú, Guatemala, y con fotografías de palmeras cubanas, de bigotudos rostros morenos, de hermosos ojos negros (grandes y brillantes como los de Patricia), de canoas mariposeantes en el lago Pátzcuaro, y después de *Caminando* no siguen los Tabajaras punceteando la memoria, pero viene desde el tocadiscos otro dardo y cierro los ojos para olvidar el contorno y es casi como si estuviera en Chile, en el mismo Santiago, en la pensión de Riquelme preparando un examen, o tocando la armónica, o tirándome a la dueña, cuando escucho después de tanto tiempo, en este bar surgido de una droga, la voz maricona, aterciopelada y dulcemente cursi de Lucho Gatica pidiéndole al reloj que detenga su camino. Cara de Almendra vuelve con un joven más joven que yo. El me saluda con una reverencia y en un inglés bastante mediocre me pregunta si hablo el español. ¡A mí! ¡En un bar de una calleja perdida en una ciudad que ya ni siquiera es la capital!

—Sí...

—La señorita quiere saber qué va a tomar.

—Un *High-ball.*

Cuando él le explica, Cara de Almendra me mira asintiendo y luego vuelve a retirarse.

—¿Usted ha estado en América, es hijo del dueño? —le pregunto. Me dice que no—, ¿Dónde aprendió español? ¿Por qué no se sienta?—. Se sienta, dice que no habla muy bien, que es estudiante de español en la Universidad de Nara.

—Venga a nuestra mesa —dice—. Mi amigo habla mejor que yo.

Entonces como buen chileno pienso entre exclamativos que ya las paré, que son un par de cazaturistas lanzando el cebo con el anzuelo listo para agarrar, dispuestos a dar golpes de sable hasta estrujarme el último dólar, a tomar y di-

vertirse a costa mía y capaces hasta de asaltarme sin tapujos cuando ya me vean dando vueltas como un trompo perdiendo la fuerza al terminar la noche mientras ande como un idiota buscando el hotelucho de la estación donde he tomado una pieza. Pero también como buen chileno acepto y diciéndome, "ojo, gallito, despacio por las piedras", sigo a mi nuevo compañero hasta una mesa medio metro más abajo, donde un tipo bastante corpulento para japonés se levanta a saludarme y luego me hace las preguntas de rutina en un español más fluído que el de su amigo, mientras viene llegando Cara de Almendra con mi trago y reparo en que los dos compinches están a pura cerveza y les invito a un Scotch diciéndome con frialdad que será la única atención que les prodigue y que no podré permitirme ni un pequeño mareo, porque mi dinero lo llevo en el bolsillo de la campera de algodón prendido con un alfiler de gancho y los vivos nunca ignoran esas tretas y bueno, ya veremos, y el sudor nos sale a todos a raudales por la frente y el cuello y las axilas y hacemos el primer brindis justo cuando Pedro Vargas se manda *Adiós Mariquita linda.*

Y ya más o menos por el cuarto *High-ball*, también como buen chileno, sabes que estás llegando a la raya porque la lengua se pone un poco torpe y vas sabiendo que la raya está cerca, pero que no cejarás antes de pasarla, que esta noche seguirás tomando hasta que las velas no ardan con ese par de tipazos formidables y risueños y cantarines que cuando tú has querido pagar la primera vuelta –tu única–, te han dicho "nones", porque eres el huésped chileno y están felices de tenerte y todo corre por cuenta de ellos sin discusión y, claro, como buen chileno que eres también, calculas que si ellos pagan todo ahora es de seguro porque estarán pensando que después podrán bolsearte una semana entera, pero se van a joder, los vas a cagar de adentro, porque, primero, no vas a estar más que dos días y, segundo, no dejarás

que te encaminen al hotel ni les darás tus señas, de modo que, pero la cabeza ya te está echando burbujas y palmoteas a Junichiro, el grueso, y le preguntas si acaso cree en brujas o si no, que cómo mierda se explica que un chileno solo, después de una punta de días sin hablar con nadie, se mete a un bar de Kyoto, en una porquería de calle, y encuentra a dos tipos que hablan su propio idioma, uno que estudia el teatro de Lope y el otro que ya egresó titulándose con una tesis sobre los estados económicos de tu propio país y que habla de cobre, de salitre, de papas, y del norte y el sur, y que sabe una montonera de cosas que tú ignoras, como buen chileno, y que toma como tú y conoce hasta algunas de tus canciones y cuando tras mucho Gatica y Vargas y Los Panchos y mucho whisky, somos casi los únicos clientes en el local, te dice ahora vamos donde yo sé y gritonea una frase en japonés y en rápida sucesión llega la cuenta, paga sin que tú alegues y están ya de pie y tú miras a la camarera y la enfocas más o menos y le pones suavemente la palma de tu mano sobre la mejilla y le dices "adiós, carita de almendra" mientras ella sonríe como si quedara muy feliz, y el más joven, Ikuo, te hace un guiño y te anuncia que ahora van donde hay muchachas y entonces piensas que ahora sí, que ahora sí que viene la cosa y palpas en tu bolsillo el rollo de billetes prendido con el alfiler de gancho, pero adelante, mierda, que como buen chileno vas a la pelea, porque venga lo que venga, con uno siempre cuentan.

—Tú me enseñas una canción de tu país: yo te enseño una canción de mi país.

Y las caritas de almendras, todas idénticas salvo la sin kimono, fascinadas con este tipo que viene de mundos que ni siquiera de oídas les han llegado, a no ser por uno que otro terremoto, al que le sonríen y colman de atenciones y buenos tratos y que como chileno de primera, ya los tiene —a Junichuro y a Ikuo— en fila repitiendo frase por frase y ano-

tando en servilletas de papel *Qué grande que viene el río* mientras una y otra cerveza van pasando y entre ensayo y ensayo este pechito ya se ha estado conversando a la tirada a occidental y hasta se han otorgado como a la disimulada un par de cariñitos y en un inglés bien chapuceado ella le ha dicho que mejor mañana y él *"tonight we go together"* y ella le ha insistido, entre unos suaves besuqueos, en que mañana, bueno y también qué grande se va a la mar, ¿ah, mierda, esa no la conocían por mucho que se las vengan a dar aquí? y pasan, pasan las botellas y cuando soy yo el que repite frase a frase y anota en su libreta una vieja canción de cuna *odonga ichín chuté, aga naite kurioka* que tiene poco de cuna en las palabras y menos –a mi oído degenerado por los Presleys– en la música *Si yo muero en campaña ¿quién me llora?* y como soy afinadito, las notas las voy dando, para gran complacencia de las japonesitas y en especial de Kochio-san, que así le dicen a mi dulce amada, o enamorada, o enamoramada, y como no es difícil pronuciar el japonés, le voy dando y dando *oranu matsuyama* hasta aprenderla *semigá nakú o en el monte la cigarra te llora*, aprenderla bien y cuando después de otra cerveza nos levantamos y las piernas las tengo medio enmohecidas de la posición budesca sobre el *tatami* en torno a la mesita, y tomándonos los tres por los hombros la cantamos de un viaje, la cosa es el despiporre y cuando después de nuevo los tres el "Río, río", a poco que no me largo a llorar y a enseñarles paso a paso la canción nacional con sus campos de flores bordados y todo, y sin que se me haya permitido aportar un solo *yen* al pago de la cuenta vamos partiendo y Kochio-san me vuelve a decir que no, pero me requetejura que en la mañana entrará en mi pieza y me ventilará con su abanico hasta que despierte y yo le pregunto a fuerza de guiños si acaso cuando despierte va a estar desnudita y me jura y me rejura que sí y las diez cuadras oscuras que luego caminamos hasta la estación se me hacen pesadillas grises y negras y sigámosle metiendo al can-

to y al sudor, que es un verano como todos y el calor no afloja ni cuando los gallos, como ahora, se lanzan sus primeras alharaqueadas y frente al hotelucho mis amigos sonríen y yo palpo el rollito de billetes por fuera de la tela y ahí estamos para despedirnos de una noche el descueve.

–Este hotel no muy bueno– me dice Junichiro.

Le lanzo un gesto como de que a quién le importa que sea bueno o no el hotel, que qué más da. La noche empieza a levantarse.

–Mañana vendré –dice Ikuo.– Y si te parece, puedes ir a mi casa. Tenemos otra cama.

Le digo que sí, que desde luego y me promete también llevarme a conocer todo lo mejor de Kyoto, los templos, los barrios, y el grandulón Junichiro me dijo que como por el día trabaja, sólo después de las seis se podrá encontrar con nosotros y, total, decidí quedarme mis dos días y tres más y tiramos el programa entero para la semana y finalmente nos despedimos y les dije una y otra vez *sayonara* y me fui a acostar, pensando que a la mañana siguiente iría Kochio-san a echarme aire con su abanico, y recordé que en toda la noche no había gastado ni un solo cobre y entonces me cayó la chaucha: seguro que era ésa la táctica: la primera vez, pagarlo ellos todo; después, métale sable con el turista. Mañana, pues, empezaba la cosa, pero conmigo no, me dije, a mí no me iban a venir a meter goles tan jauja, porque como buen chileno, a vivo no me la gana nadie.

Y así, después de todo, fui capaz de desconfiar casi hasta lo último de dos tipos que cuando un rollito de dólares tenía que aguantarme muchas vueltas antes del regreso, no me dejaron pagar ni el boleto del tranvía y que al despedirme después de una semana en el andén me deslizaron en el bolsillo un sobre con unos cuantos yenes y unas letras tiernas y solidarias que como chileno de los mejores nunca contesté.

VODKA

A Eduardo Moubarak.

Con una separación de bastantes años, fueron en total dos mañanas las que Pedro y yo despertamos juntos en distintas camas del mismo cuarto, sorprendidos y durante un rato largo, más o menos ignorantes de qué vueltas de la vida nos habrían llevado hasta ahí.

La primera fue como por los finales de los cincuenta en un bosque de Isla Negra, un ranchito a pocos kilómetros de la casa del Vate, donde habíamos pasado la tarde entre caracoles, mascarones de proa y botellas de todas la épocas. La segunda fue mucho después, como que a Pedro las canas le teñían ya la barba y como que comenzaba a echar esos degenerados kilos irreversibles; fue además en plena U.P., cuando tuvimos que salir de viaje, y ocurrió en un pequeño departamento de las afueritas de Moscú, la misma mañana en que pasamos esa rabia por el tipo del arenque ahumado justo cuando ya nos íbamos después de un suculento desayuno de cervezas, salchichón y pepinillos en vinagre.

Yo había conocido a Tania en casa de un pintor algo deschavetado al que le gustaba mucho que sus invitados acabaran por caer exhaustos de licor. Estaba cerca del río y de las cúpulas esas doradas que en el primer despertar del día recordaban aquellos tiempos de niño en que los cuentos de hadas orientales habían convertido a Scherezada en la dictadora de nuestros sueños.

Llevábamos Pedro y yo varias cuadras de nuestro camino esa noche debido a que logramos defendernos un poco del aguardiente como de ochenta grados que el dueño de casa insistía en que bebiéramos una y otra vez. Amanecía ya y antes de cruzar el puente para enfilar hacia el hotel nos detuvimos un poco atónitos ante el oro mágico y violento que esas cebollas disparaban a los ojos con la primera luz del sol.

–¡Qué maravilla! –había dicho Pedro comenzando a orinar sobre un farol aún encendido en la esquina de una calleja que recordaba el paso de un cochero triste al que Chejov hubiera hecho hablar con su caballo. No circulaba un alma a esas horas y el acto no podía ofender moral alguna, de modo que lo imité:

–Yo no creo en Dios –dijo Pedro con un suspiro–. Pero cuando meo sí creo en Dios. –Era la frase que siempre le gustaba decir al desaguarse.

Había conversado con ella más que con nadie (con Tania, digo) ya que era la única rusa en esa reunión que hablaba español.

–No se pronuncia vodka –me decía brindando– Se pronuncia vuodka.

–Vuodka –repetía yo como un imbécil, además bastante mal porque nunca me aprobaba. Esa "u" era, parece, muy sutil, muy pequeñita.

Tenía mi amiga un par de ojos profundamente azules, azules como nunca pensé que podían existir, de un azul semejante al de las aguas que desde el avión vemos que siguen al aro verdoso que rodea a las islas de coral, y una cabellera rubia y suave levemente ondulada a la manera de esas hermosas vírgenes medio marinas de Boticelli.

–*Butechile*– pronunciaba ella. Ya un poeta había hecho la comparación (me dijo). Un poeta que la había amado. Un gran poeta poderoso de verbo pero algo hinchado de vanidad, aseguraba.

—Te gustó la rubia —dijo Pedro cuando ya cruzábamos el puente y el pulso de la ciudad comenzaba a sentirse.
—Sí —le dije-. Me gustó la rubia.
No sólo me había gustado.También me había dejado inquieto con su invitación.
—Quiero que comas conmigo mañana —me dijo antes de que Pedro y yo emprendiéramos la retirada, cuando ya no se respiraba más que puro alcohol—. Los dos solos —y me preguntó que dónde me recogía a la una en punto. Le dije que en la puerta de San Basilio, primero porque me quedaba al lado del hotel, y luego porque me encantaba mirar esas cúpulas con colores de caramelo y suponía que como toda mujer, Tania llegaría tarde... Después ya todo fue pensar en cómo me iba a liberar a esa hora del programa del día, en qué excusa iría a darle a la "pirivuoska" para esquivar la visita a la exposición.
—Está buena la rubia —dijo Pedro—. Parece un ángel.
Pero en los ojitos de Tania bailaba una llama que no me parecía precisamente de ángeles, una llamita pícara más bien diabólica.
Podía decirle a la "piri" que estaba enfermo y que me quedaría en cama, pero en ese caso corría el riesgo de que me mandara un médico jeringa en mano que quizás si hasta descubriera la farsa. Algo tendría que inventar y en ésas me devané inútilmente los sesos durante lo que quedaba de mañana, ya que la cosa había resultado de lo más sencilla.
—Dormí muy mal anoche y estoy cansado —le dije a la "piri"—. Casi preferiría no ir a la exposición —Ese "casi" estuvo de primera.
—Muy bien, Jorge —me dijo—. En ese caso mejor descanse. Podemos arreglar para que vaya otro día.
De modo que a la una clavada, bien bañado y fresco, le lancé a Tania, mientras frente a San Basilio nos acercábamos, uno de esos silbiditos para celebrar las piernas bien formadas; y se lo merecía de sobra.

El almuerzo fue de los buenos en cuanto a conversación: ¡Tania era la personificación del encanto! Gastronómicamente estuvo también de antología, pese a que hagamos una crítica: entre plato y plato las meseras se echaban una eternidad. Nos reíamos harto y nos contábamos cosas y nos mirábamos fijo a los ojos a puro brindis de un vino georgiano que recordaba mucho a los pipeños de Cauquenes;

No voy a negar que soy hombre de prejuicios y que sentí un poco de vergüenza cuando ella sacó de su bolso unos billetes para pagar la cuenta, pero las cosas eran así, afirmó categórica, ella invitaba. Además, la verdad neta es que yo no tenía más que unos pocos rublos que no habrían alcanzado ni para el postre. Pero siempre queda algo de ese deseo, malsano de atender a la dama.

Dimos una vuelta por las colinitas del río, cerca de la Lomonosov, y recalamos finalmente en su casa, donde ocurrrieron algunas cosas bastante dulces que no debe un caballero decir de mujer casada.

Porque aunque no me lo había confesado, ahí sobre la mesa de noche estaba la foto de los dos.

—Cuando nos casamos —dijo Tania.

Y también dijo —le contaba yo después a Pedro, cuando íbamos a casa de ellos a cenar, la noche antes de esta mañana que les digo de lo del arenque— que como a los dos o tres años juntos, el matrimonio se había deteriorado bastante por la intromisión del poeta fatuo aquél que la encontraba parecida a las vírgenes de "Butechile". Se había dejado tentar, dijo, algo enloquecida por los elogios con que él le bombardeaba el ego y por los versos que día a día le hacía llegar. Pero finalmente, pues descubrió desde luego que era su marido el incomparable, el que le daba placeres más profundos, sólo que al confesarle toda la historia había cometido el más garrafal de los errores, porque no es que él no la perdonara, sino que no podía entender el hecho y la herida no le cicatrizaba para nada. Y viendo aquella foto

podía yo imaginarme esos ojos retorciéndose en el momento en que escapa el odio por los poros, y podía imaginarme las escenas que ella me contó, las que venían después de mucho vodka, vuodka, digo.

Sentados a la mesita de la cocina, cenarían charlando sobre las últimas noticias: los astronautas muertos ante la consternación y el llanto de todo el pueblo soviético, las epatantes declaraciones de Evtushenko en el Congreso de Escritores, el negro asesinado en las Colinas de Lenin. Comerían quizás arenque fresco y sopa fría de betarragas, acompañados de un vodka heladito y la consabida cerveza rubia para alternar trago y trago. Serían tiernos el uno con el toro hasta el momento en que él diera el puñetazo sobre la mesa, cuando el líquido de la botella hubiera bajado de su línea ecuatorial.

—Ya comenzaste.

—¿Yo comencé? ¿Yo?

Ella se levanta, deja unas cuantas cosas sobre el lavaplatos y sale de la cocina.

—¡Ah, no te gusta conversar, ah?

Da otro puñetazo sobre la mesa y rechinan platos y botellas. Ella cierra la puerta al salir. Entonces él se levanta y la abre de un certero puntapié que queda marcado sobre la madera.

—¡Ven acá!— le grita.

Tania se da vuelta. Su cara tiene miedo, angustia y furia, mezclados, pero sobre todo miedo.

—¡Sucia! —dice él—, ¡Eso es lo que eres, una sucia!

Ella retrocede porque él avanza. Cuando está frente a la puerta del dormitorio la alcanza el manotón que la tira sobre la cama. Luego las manos fuertes de él le aprientan el cuello hasta que ella se retuerce ante el terror de la asfixia. El afloja. Se cubre la cara con esa mismas manos. Sale despacio del cuarto y se va de la casa sin dar siquiera un portazo, a rondar la noche quizás preguntándose por

qué lo haría, por qué el recuerdo de un hecho pasado le hacía perder el control de esa manera, por qué el vodka, por qué la violencia. Por qué todo. Y sintiendo por Tania una incontenible ternura que avanza como una ola gigantesca y que después de gastar un poco las suelas lo haría volver y besarla en su sueño y quién sabe si hasta llorar entre sus pechos.

Y así, después de esa vez me dejó invitado para una cena en su casa y que llevara a Pedro también, porque nos iba a preparar unos platos muy especiales de Kasajstán y a Mijail, desde luego, teníamos que conocerlo.

De manera, pues, que esta segunda vez –la primera fue en un bosque de Isla Negra, si se acuerdan– abrí los ojos y lo primero que veo es a Pedro reclinado sobre un catre de campaña en la salita comedor de Tania.

–Necesito una cerveza –me dijo con cierta angustia.

Me levanté del sofá en que había dormido con la ropa puesta y dí una mirada de reconocimiento, aguzando también el oído para ver en cuáles andábamos. El silencio era total. Me movilicé a la cocina. Allí, en las dos cabeceras de la mesa estaban Mijail y Tania sin hablar.

–Buenos días –dije.

–Hola –dijo ella.

El no levantó la vista.

–Necesitamos una cerveza con urgencia –dije.

En el suelo estaban las dos botellas de vodka y la docena de cervezas que nos habíamos tomado en la noche acompañando a un cordero como pocos. Tania se levantó para atendernos y yo busqué el baño para meter la cabeza en agua fría. Al rato, los cuatro estábamos bebiendo cerveza y comiendo salchichón y Pedro y Mijail reanudaban su amistad nocturna.

En la noche los dos habían llevado a cabo lo que fácilmente pudiéramos llamar un diálogo de sordos. Pedro le hablaba a Mijail en español.

—Somos un país chico —le decía con entusiasmo—, ¡pero estamos empezando a construir el socialismo!

Y pensando bien las cosas, *eso* era precisamente lo que estábamos. Después de todo en apenas poco más de un año habíamos nacionalizado el cobre, llevado la reforma agraria a todos los rincones de nuestro *campo de flores bordado* y hasta estatizado todita la banca.

Pero Mijail le contestaba en ruso y eso yo no lo puedo reproducir, ni Pedro tampoco podía entenderlo, aunque tal vez los idiomas no sean el único medio de comunicación entre los hombres. Porque no puedo negar que Pedro le escuchaba a Mijail todo lo que decía en ruso y abría los ojos, gesticulaba, se conmovía, reía o hasta se ponía triste, de manera que algo debe de haber entendido, algunas ondas le llegarían. Mijail también bebía, escuchando a Pedro, hacía gestos, cambiaba de expresión, reía, se enojaba; pero sobre todo bebía.

Tania lo miraba de reojo, como al disimulo, y siempre luego me miraba a mí.

Cuando ya la segunda de vuodka se iba terminando, es decir había bajado de la mitad, Mijail la asió con las dos manos y dijo algo en ruso llevándosela hacia el pecho con ojos hostiles. Tuve ganas de decirle a Tania que nunca debía permitir que la botella bajara de la mitad, pero no era un buen momento para hablar. Vi la mirada de Pedro y esa mirada estaba diciendo verdades. En ella había nostalgia. No de la tierra lejana, no de sus hijos perdidos en el mundo, marineando por los mares, no de su compañera poniéndole siempre el hombro a las cosas. La nostalgia era de esa botella que Mijail abrazaba como a la amante a quien se despide para siempre; de aquello que *sí* y *no* tenemos... La nostalgia de Pedro era por la noche, porque sin seguir amando a sorbos a esa botella de vuodka nunca las cosas serían iguales. Entonces noté cómo en los ojos suaves, mansos, casi amorosos de Pedro se empezó a dibujar la

furia. No que para mí eso fuera nuevo: yo ya la conocía desde la noche en el bosque de Isla Negra.

–¡Dámela!– dijo Pedro muy hosco.

Mijail hizo un gesto de defensa de la botella.

–*Niet*– dijo, y luego murmuró arrastradamente una frase que también contenía hostilidad.

Tuve la desagradable sensación de que ese resto de vodka estaba muy en disputa y que yo quedaba olímpicamente fuera de la pelea.

–¿Qué dice Mijail? –le pregunté a Tania.

Decía justo eso: lo que quedaba de vodka se lo iba a tomar solo, que ningún trago más a nadie. Pedro se consideró ofendido y se puso de pie.

–¡Me voy, huevón! –me dijo a mí.

¡Se iba! Eso me pareció bueno; no tenía idea de dónde estaba parado, eran las tres de la mañana; la noche en Moscú parecía boca de lobo, para decir una vulgaridad; no hablaba una sola palabra de ruso. ¡Pero se iba! Echó los pasos hacia la puerta y salió. Algo dijo Tania en ruso y al cabo de unos minutos Mijail se empinó nuevamente la botella sin timidez y se puso de pie con expresión nostálgica. Sorprendió en ese momento el chispazo de dos miradas que chocaron, me dio un palmazo en la espalda y diciendo una sarta de frases con mucha jota y con mucha ka me empujó insistentemente, pesadamente, hacia Tania. Luego salió tras la huella de Pedro, sin dejar la botella de vodka.

Tania también había tomado sus copas y ahora lloraba con calma, con cierta resignación.

–Dice que no valgo nada. Que te haga el amor a ti mientras él y Pedro se van, se van lejos.

Quise abrazarla en un intento de ternura, pero ya los tragos me tumbaban y no supe más del condenado mundo hasta despertar en la mañana y ver a Pedro también sorprendido y como sin entender mucho de las cosas.

Entonces, después de esas cervezas matinales y componedoras con salchichón y pepinillos igualmente buenos para la "caña", después de otro par de horas de conversa entre Pedro y Mijail y de un silencio un tanto culpable de Tania y mío, casi ya al medio día, salimos al sol del otoño moscovita y lo que me echó a perder definitivamente la jornada fue el tipo ése que hacía una pequeña cola para comprar arenque ahumado en un puesto ambulante. Y digo me la echó a perder porque dos días antes habíamos estado en la tumba del soldado desconocido: en pleno Kremlin, y delante mío una niñita rubia de seis o siete colocaba un ramo de flores junto al fuego eterno y entonces volví también a la infancia, me fui veinticinco años al pasado y me metí dentro de *Estrella Norteña,* una película que se trataba de la guerra y había un bombardeo, quizás en Leningrado, y la genta caía en las calles sobre la nieve, abatida por las explosiones y entre toda la gente caía, al ir corriendo cerca de una esquina, una niñita rubia de seis o siete y escuché el silbido de los bombazos y las detonaciones y el rugido inquietante de los aviones nazis y sentí todo el horror, de manera que me salí apresurado de la película y llorando también por la linda rusita muerta, y regreso a la tumba del que simboliza a todos los caídos bajo la metralla alemana y esta otra rusita que pone un ramo de flores es la misma rusita de la película y entonces me hinco y le doy un beso en la frente, pensando en que una de las dos tuvo que morir para que la otra fuera feliz sobre la tierra. Por eso se me bajó tanto el ánimo cuando Pedro quiso hablar con el fulano que estaba comprando arenque.

—Soy de un país muy chico —le dijo Pedro. Tania tradujo—. Un país que recién empieza a hacer el socialismo.

El borracho también habló. Tania volvió a traducir:

—Ojalá que no lo hagan como aquí.

Pedro se desconcertó y yo le dije:

—Vámonos, huevón.

Y nos despedimos de nuestros anfitriones y así como aquella otra vez en Isla Negra nos fuimos a pescar tomoyos, ahora echamos a caminar hacia la calzada de los autobuses. No hablamos nada. Con un nudo en la garganta y las manos en los bolsillos fui pateando las piedras que se me atravesaban, mordiendo los garabatos, y no sólo por lo del tipo de los arenques sino por todo en general, por darme cuenta de que en todas partes, hasta en las viñas del Señor, se cuecen habas.

UN LEOPARDO EN LA CUMBRE DE UN VOLCAN

Pueden tener razón en eso de representar al amor como un flechazo lanzado por Cupido. Sólo que habría que agregar que la flecha suele acarrear su buena dosis de veneno. Muy cierto que se siente de pronto como una herida ardiente con la que castigan a nuestra carne, lo que en otras palabras equivale a decir que cuando menos se piensa salta la liebre, o si no, por qué mierda estoy en este lugar, volví a preguntarme mientras entre todas las cosas con que la naturaleza nos quería abrir la boca a cada rato comenzaron, primero desde arriba y luego descendiendo, a disiparse las nubes y apareció de a poco la cumbre nevada del Kilimanjaro semejando un volcán inconcluso, algo así como un flan de pendientes muy suaves, y mientras con su tono cortante y categórico, la francesa le decía a Michael que se detuviera, que quería contemplar quieta y a gusto el espectáculo de esas nieves eternas que como un chorro de chantilly bañaban el flan y donde alguna vez el viejo Ernesto pretendió encontrar un leopardo congelado que quién sabe también qué mierda podía haber andado buscando en esas alturas.

Era un buen lugar para detenerse, para quedarse una vez más boquiabierto admirando el esplendor de la montaña y recordar con orgullo, y acaso sin nostalgia, las cúpulas inmensas de la Cordillera de los Andes, tanto más misteriosa, quizas también algo más inaccesible. Atardecía y una extraña luminosidad se filtraba espectralmente a través de

las nubes y cubría las planicies, matizándolas con un melancólico tono entre el morado y el blanco, dos colores de la misma familia. Era otro de esos momentos en que la felicidad de los sentidos es capaz de superar toda pena orgánica, un punto del tiempo como para decirse y repetirse con énfasis que sólo por el hecho de estar ahí y entonces ya valía la pena haber vivido.

–*Voilá* –dijo Denisse–. No podía irme del Africa sin verlo.

La gringa gorda no hizo esta vez observaciones superfluas. Junto a ella, Michael movía de lado a lado su cabeza oscura asegurándonos que el volcán era muy famoso, que en todas partes del mundo se hablaba de él y que no había turista que no quisiera verlo y dispararle un par de fotos, que algunos hasta iban con ese único fin, la cumbre más alta del continente, si el propio Gregory Peck, decían, había filmado una película. Le traduje todo a Denisse, que como buena francesa, hablaba pésimo inglés. *"Ah, oui"*, me dijo al final con indiferencia. Ni siquiera ahora estaba contenta, con el volcán ahí mismo, a plena vista. Bueno, ya me lo había dicho: esta excursión la desilusionaba mucho. Habíamos andado buscando, a la vuelta de la rueda, a todas las bestias de la selva, moviéndonos muy lentos entre elefantes rojizos siempre en familia, delicadas jirafas con su cachitos que no fueron y los pájaros desgarrapatándoles el exagerado cuello, dándonos la espalda como damiselas ofendidas hasta por el más ligero requiebro, uno que otro rinoceronte mascando solitario sus hojas y sus penas entre los arbustos, impalas y gacelas Grant huyendo a saltos voladores ante el rugido del motor (¿será una de esas la gerenuk, la de cuello tan grácil que Hemingway tuvo agallas para derribar de un tiro y que alguna vez quiso comprarle "el cabrón de Mussolini, rumbararum-bararumbambá"?), antílopes como bueyes, rebaños de búfalos, algún chacal en busca de carroña, y me preguntaba también por qué les diríamos chacales

a los asesinos más siniestros cuando el chacal es un lindo animalito, graciosos de carrera, simpático de cara que, además, no mata a nadie sino que se gana muy honestamente el sustento, esperando con paciencia que los leones den por acabada a una cebra o a un búfalo para entonces repasarlos, darles la segunda mano cuidándose muy bien de dejarles una pizquita a los cóndores que sobrevolando el sitio como aviones espías esperan también pacientes su turno para darles el útlimo toque de limpieza a los huesos de la víctima, pero no cóndores como los de allá, majestuosos cóndores de escudo y cuello blanco, sino enormes buitres miserables de aspecto y mirada hipócrita, y también entre jabalíes macizos, arrogantes, temibles, pero con una porquería de cola, una colita que da lástima, y entre aves también, grandes y chicas, brillantes y opacas, con corona y sin corona, de colas abundantes y descoladas, voladoras y de tierra, la garza coronada con su cabeza igual a la purpúrea flor del cardo en los cerros de Cartagena, el *secretary bird* de patas altas, gruesas, como una especie de gallo con pantalones Luis XV y párpados muy rojos, de pluma blanca y negra, y la más fea de la selva, la "había una vez –truz", grices las hembras y negros los machos con su par de troncos secos y sus ridículas cabezas de pico achatado y ancho como de idiotas y su plumero can-can en el trasero, seis o siete horas de rodaje lento en este reino de las bestias, en la tierra donde ruge la fauna bruta, hoy más salvajemente libre que nunca, desde que no va el hombre a matarla, pero todo esto podía encontrarse también en los zoológicos, de modo que la cosa era quejarse. Madmuasel Denisse quería vegetación, árboles enormes apresados entre lianas, humedad y sudor, selva espesa, hondas quebradas impenetrables y bóvedas de ramaje sobre ríos de violentas caídas, arenas movedizas, y justo era todo eso lo que no habíamos visto, por rodar en cambio a través de planicies semiáridas de vegetación baja, pasturas amarillas a falta de lluvia, verdes colinas sólo a lo

lejos, tierras resquebrajadas, malezas a cuya miserable sombra solían flojear echadas las leonas lamiendo de vez en cuando a sus cachorros, jadeantes, mirándonos casi con desprecio, sin siquiera saludarnos con dos o tres rugidos. Ella quería otros rumores, otras sensaciones, revivir acaso tanta selva vista a golpes de ilusión en la viejas películas de Tarzán, árboles por los cuales se deslizaban sigilosas pitones, terribles arañas carnívoras, y no podía entender que a mí se me escapara por cualquier cosa una sonrisa. Ella conocía el otro lado de Africa, por el Atlántico, y eso sí era muy diferente. Pero aquí no. No había el mismo sabor. Por eso ella no reía: no se compensaban los dólares que había pagado con la mediocridad de esta selva donde las bestias estaban ya medio habituadas a esos raros monstruos *land-rovers* poblados de tipos rubios que ni siquiera les disparaban con rifles sino apenas con plácidas y ronroneantes filmadoras a las que no valía la pena dedicarles una mirada hosca, un gruñido de protesta, una carrera desesperada. Y esto mismo, en cambio, sí que era el Africa, decía la gringa gorda, el sueño dorado de toda la vida y, bueno, otra vez podía yo preguntarme, sobándome la herida del flechazo, qué carajos estaba haciendo ahí, de todas maneras, con francesa o sin francesa pero más solo que la mismísima mierda, en las reservas de Amboseli a los pies de un volcán que valía la pena y en los dominios de la más abundante y rica fauna de todo el globo. Y ahora qué. Ahora nada: seguir hasta el final, dar la vuelta por Tanzania, llegar después a Tsavo y cruzar los dedos para que se nos dejara caer una selva más tarzánica, de mayor misterio, a ver si a Denisse se le calmaban los nervios y le volvía el alma al cuerpo. ¡Y quién cresta era Denisse! Y qué me importaban a mí sus nervios o sus desilusiones. ¡Que se fuera a la mismísima! Pensar que yo solito, el imbécil, me las había buscado para integrar *ese* safari porque al saber que iría solo con dos mujeres hasta llegué a decirme que las estrellas

estaban conmigo, que mi ángel de la guarda no desertaba, que qué mejor, y así solos en ese Jeep íbamos nada más los cuatro. El negro y la gorda adelante. Denisse y yo atrás. Una francesa histérica que ni siquiera sonreía, pero que aceptaba cada cigarrillo que uno le ofreciera como la cosa más natural. No haberme quedado mejor vagando por las callejas de Nairobi, viendo en las tardes a la negrita de Uganda para entre risa y risa sacarle hasta leche de sus pezones duros y escucharla contar sus aventuras en barcos italianos y llevarla después del amor a tomar un buen jugo de papaya en vaso grande, sentados a la brisa del atardecer. Pero bueno.

Oscurecía y era preciso emprender la retirada. Hay limitaciones de hora y algunas fieras, según Michael, son distintas por la noche. Había que volver, cenar en el estúpido comedor de la posada y regresar a la cabaña, donde un cuarto lo ocupaban mis dos compañeras de viaje y el otro yo solo, lo que quería decir diez dólares más. Un cuarto a cuya puerta, mirando el techo, no dejaban de colgar su par de murciélagos dormidos, y cuyos rincones eran habitados por familias enteras de inquietantes arañitas.

Y bien, era la hora de regresar y la noche ya pronto estaría sobre nosotros. Por eso nos alarmamos bastante cuando nuestro guía resultó perfectamente incapaz de hacer partir el vehículo. Desperfecto eléctrico, pero qué diablos, no se podía uno bajar para revisar el motor porque era zona de leones. ¿Aquí comenzaba la aventura? Quién mierda me mandaba a meterme en safaris cuando podía estar en Nairobi paseando tranquilo o ni siquiera en Nairobi, ni siquiera en Africa, quién mierda, mejor, me mandaba a salir de mi casita, de mi buen barrio en Las Condes, donde a esta hora mi rica mujercita me estaría esperando con un jaibol preparado y algunas aceitunas para picar, donde podría llegar uno que otro amigo a comer y conversarse como se debe un par de botellas de vino, reírse un

poco, despotricar contra la política, arreglar los problemas del mundo y tanta cosa que se hace en un buen sillón sin tener que andar hueveando en safaris. Está bien que las aventuras ocurran cuando uno va equipado, listo, dispuesto. ¿Por qué no podíamos estar ahí mismo en una tienda bien montada, con alimentos, con mosquiteros y con un rifle? Pero que falle el motor cuando uno tiene que volver, cuando hasta la buena botella *Old Smuggler* no anda con nosotros, es cosa ya de orates, de malos de la cabeza. ¿Y ahora? El negro dice que no nos preocupemos, que no hay nada, pero nada que temer. Cuando en la posada adviertan nuestra ausencia, partirá una patrulla de rescate. Es posible que por la noche no nos encuentren en la vastedad de las planicies, pero mañana sí, a la luz del día, no temamos, no nos asustemos. Advierte que de todas maneras no podemos abandonar el vehículo y aconseja paciencia. De acuerdo, padrecito, no hay mayores peligros dentro de este tanque, pero es aburrido no moverse; será una espera larga y tediosa. Bueno, Denisse, francesita de ojos diabólicos y piernas como para comérselas a mordiscos, entonces, como ni la gringa gorda ni el negro hablan mote de francés, verdad, sigamos solitos nuestro diálogo. Se lo vuelvo a preguntar:

—¿Qué buscas en Africa?

Pienso que es una idiotez andarse con esas preguntas, pero igual se la disparo porque adivino que ella no es feliz. De algún modo, no es feliz.

—Ya se lo he dicho. No busco nada especial. Ver la selva, como todos, como usted mismo. Además, yo siempre viajo. Es posible que sólo me interese conocer.

Pero algo busca, estoy seguro. Busca olvidar. O matarse. Algo.

—Ver qué, conocer qué. No parece tener mucha afición por los seres-humanos.

—¿Por qué? ¿Porque no le hago una sonrisa? ¿Porque no me voy a su cuarto de noche?

Eso es cierto. Es perfectamente cierto que no se va a mi cuarto de noche.

–Porque usted no se da –le digo–. No se trata de ir a cuartos de noche. Hay otras forma de darse.

–¿Está seguro?

–Quizás usted nunca las haya conocido. En cuanto a lo de la sonrisa, bueno, una sonrisa contiene muchos mundos. Usted ignora lo que es una sonrisa en el momento justo, una sonrisa que exprese todo lo que hay detrás, abajo, arriba, que descubra el equipaje completo de una persona. Es una forma de entrega.

–No me dé sermones.

–O puede serlo. Y no compromete para nada las buenas costumbres –o malas, según el cristal– que puedan cultivarse. Tal vez usted es de las que cree que en toda relación navega el sexo de por medio.

O quizás si tuviera razón Michael anoche acompañándome en mi pieza durante buenos momentos de escocés mientras nos amezaba una araña de patas gruesas estacionada en la pared al decirme que oyera, amigo, que podíamos hablar como hombres igual que a lo mejor ellas estaban hablando como mujeres, que estaba pero muy bien la chica francesa. Es bonita, le dije yo, lindos ojos, lindas piernas, pero me parecía una mujer seca, sin gran excedente de simpatía, que estaba bien que se defendiera (me ardía bastante la herida del flechazo) pero que eso no le quitaba el derecho a ser cordial ni se lo otorgaba para desinteresarse totalmente de alguien que busca sólo una comunicación porque se anda juntos en un safari, porque se va lado a lado y así habrá de ser durante algunos días, porque se tiene más o menos la misma edad y en fin, como usted y yo, Michael, que nos hemos entendido y nos estamos comunicando, mientras la araña sigue estacionada y no la descuido porque antes de dormir tendré que reventarla de un zapatazo y Michael insiste, que oiga, mi amigo, entre hombres podemos

hablar y mire, seguro que esa chica quiere y además vea: las víboras no andan buscando a las personas para morderlas. Las muerden y las matan cuando las personas les ponen el pie encima, y bueno, Michael, de acuerdo, parece que tiene la razón.

—El sexo no me interesa —me abofeteó Denisse.

—Está bien, ¿pero por qué piensa que los demás tienen que ser necesariamente obsesos sexuales? A mí tampoco me interesa. Quizás *cierto* sexo. No el sexo en sí.

—Me revientan las ciudades. Me aburre siquiera pensar en una vida de familia. Prefiero que me coma un cocodrilo.

—¿Nunca pensaste en casarte? —A ratos se me escapaba el tuteo que desde el primer día Denisse se encargó muy bien de suprimir.

—Oh, sí, *mon chere amie.* Ya estuve casada. Conozco esa canción. Al comienzo algo simpático. Después tedio. Y no se puede comenzar tantas veces como se quisiera. Todo es una gran lata. Cambiemos el tema.

—¿Por qué?

—Se lo diré. —Y me lo dijo así como para desarmarme la muy condenada, sin siquiera sospechar que a mí no me den para nada sus lindas piernas, ni esos ojos azules, ni su largo cuello de gacela, si acaso la ternura no lo inunda todo—. Soy como los animales —siguió—. Cuando quiero un macho, dejo que me tome el primero que salga al paso. Y se acabó. Ni siquiera me doy el trabajo de elegirlo. Ni siquiera le ofrezco la ilusión de la conquista. Y ahora, como es lo más usual, no quiero ningún macho. Y la conversación me está aburriendo. Mejor pregúnteme otra vez qué busco, para poder decirle que dormir.

Y empezó al parecer a quedarse dormida, con buen cuidado de que no fuera sobre mi hombro donde cayese finalmente su cabeza, mientras yo pensaba que cómo podía ser tan bruto para exigirle que supiera a ciencia cierta lo que buscaba en ese lugar, entre el frenesí de los colores, cuando

por lo general siempre se ignora la causa de los viajes. Su cabeza, por supuesto, no cayó sobre mi hombro. "Qué se habrá creído esta mierda", pensé. Y le dije, aún a riesgo de que ya no escuchara, que no era por nada, pero que quedaban todavía muchas millas y tres noches antes del regreso a Nairobi, y que si caía en celo ni se figurara que ahí iba a estar yo para darle gusto. "Por bruta", me dije. Pero parece que no escuchó mis palabras, y la verdad neta es que a estas alturas, haciéndome el tonto a mí mismo, haciéndome el que en nada me afectaba mi brutal fracaso, ya no me interesaban ni sus ojos, ni su sexo, y punto. Lo que me interesaba era pues "la metafísica cubierta de amapolas", era saber por qué mierda, igual que yo, estaba ahí, lo que no decía, durmiéndose, ahí al comienzo de una noche estrellada y sin luna (¿qué buscaba un leopardo en la cumbre nevada de un volcán?), bajo un cielo donde ni siquiera, quién sabe por qué, se divisaba la Cruz del Sur, por mucho que uno no dejara de escudriñar ni un solo rincón entre las galaxias.

ALACRAN NEGRO

¿De que cómo llegué a tatuarme este siniestro alacrán que adorna mi brazo? Pues ahí que una tarde, como sin saber leer ni escribir, sólo porque a un cónsul se le ocurría ser choro, me paseaba yo como Diego por su casa sobre la cubierta de una lancha que se mecía plácidamente mirando las deslumbrantes luces de Hong Kong, dándole gusto al paladar con unos bocadillos de langosta nada de malos, castigando a la neurosis mediante un vodka de primera y hasta haciéndole mis guiños bastante seguido a una chinita por la que podrían haberse suicidado algunos cuantos ingenuos de los que aún creían en el amor, como por ejemplo yo, que –reconozcámoslo– además de lanzarle mis dardos visuales a lo Casanova, como descargas eléctricas, dígase, pensaba sin poder evitarlo en lo que Nadine estaría haciendo por esas hora en Pekin, en el Druzhba más concretamente, y mientras el cónsul picafloreaba entre grupo y grupo a pura sonrisa y yo, bueno, como para echar la carcajada, por primera vez en una fiesta en lancha, igual que un Onassis cualquiera pero con muy pocos temas de conversación y muy pocas ganas de comunicarme aunque quizás hubiera alguna razón para estar ahí. La cosa es simple, seamos claros: después de un par de años trabajando en China, las emprendía ahora hacia mi "larga y angosta faja", que de seguro me andaba echando de menos, y como debido a que el pasaporte lo tenía bien vencido, desde

Pekin le había escrito a este cónsul de Chile para saber si en Hong Kong renovarían mi documento sin problemas y él, así tan suelto de cuerpo, me contesta en una carta que desde luego que sí y que además lo llame cuando llegue para saludarme y ayudarme en lo que se me ofrezca, hotel, pasajes o cualquier cosa, de modo que al bajar del tren que me acarreó el último tramo, desde Cantón a Kowloon, la parte continental de la colonia, lo primero que hice fue telefonearle a ese amigo que aún no conocía en persona para que me dijera si sabía de algún hotelito más o menos barato pero donde no hubiera muchas cucarachas, y él me dice amigo, en qué buen momento llega usted, y que lo espere en la estación junto al kiosco de revistas y pasará por mí ya que iremos a una fiesta navegable y ahí hablaremos de todo, porque hay también algunas personas muy interesadas en preguntarme ciertas cosas sobre la república popular, de manera que sin siquiera cambiarme de camisa, a pesar del sudor, ahí estaba diciéndome que la chinita ya era mía, mientras un italiano de voz algo áspera cantaba "ciao ciao bambina, un baso ancora" y mientras un tal Kennedy acababa de ganar las elecciones presidenciales en los Estados Unidos de Norteamérica, la democracia más perfecta –¡riámonos!– que se había dado sobre la tierra. Pero la verdad es que entre trago y trago, que ya susurraban varios, cada vez el cónsul, los invitados, los anfitriones, al parecer una pareja de millonarios austriacos, y hasta la misma chinita, me iban importando bastante menos, porque con el correr de las horas y con los grados de alcohol lo que me estaba dando duro era Nadine, la pequeña figura francesa centro en ese momento de casi todos mis escenarios con sus dos pequeños salvajes en el restorán occidental comiéndose uno de aquellos fabulosos *club-sandwiches* de varios pisos y la majamama de huevos revueltos con callampas que el Cara de Pastel llamaba "muchelón" y estaría ella pensando en el traguito después

de comida en su departamento y en los amigos que llegarían y, desde luego, lo que más estaría, el menos durante las primeras semanas, es acordándose de mí a cada rato, de mí, que ahora ya me iba para siempre, a lo tango, que después de dos años de construcción socialista llegaba de nuevo al mundo de los lobos.

–En el momento mismo de cruzar de un país a otro –le dije al cónsul– viene una especie de temor. Una sensación como de estar dejando atrás la seguridad y metiéndose en la cueva de los ladrones.

Y en realidad, cuando el tren de la China Popular llegó a la frontera, comenzaron a zumbar las notas de esa musiquita que a todos nos tenía ya hasta el pescuezo, "qué bueno es el socialismo", y no porque creyéramos que el socialismo no fuera bueno, sino que la transmitían todo el santo día y teníamos que tragarla en el trabajo, durante la gimnasia, en el Druzhba, en la radio y en los parlantes callejeros del centro, algo así como si se pensara que de repetirla y repetirla el socialismo llegaría a ser incluso mejor. En todo caso, al escucharla en los momentos en que se iba llegando a las líneas que separan la república de la pequeña colonia inglesa resultaba hasta emocionante porque era como una señal, como si por última vez te dijeran "ahora que entras de nuevo en la mierda, no te olvides, recuerda, recuérdalo bien, que el socialismo es bueno", pero la verdad, hasta ese momento de placidez marina lo único que había hecho en mi nueva y definitva visita al mundo de las fieras era recorrer un trecho en auto, abordar una lancha tripulada por gentes bien vestidas, navegar por la bahía oscureciente y engullir langosta como loco, regadita con un vodka de los buenos.

–Claro –dijo el cónsul–. Tenemos informes de que detrás de lo que llaman "cortina de bambú" han dado al tacho con la corrupción, ya nadie ignora que no quedan prostitutas ni que a los hampones los meten en centros de

reeducación. Pero lo que es aquí, ándese con cuidado. En la isla flota la más inmunda ralea de aventureros internacionales, traficantes de drogas, de armas, de blancas, de cualquier cosa, le digo.

Se me hacía un nudo en la garganta y me venía una sensación de vértigo en el estómago.

—Y los marinitos de la Séptima Flota —siguió el Cónsul—. Es aquí donde los traen a divertirse y a fornicar cuando tienen licencia.

Se nos acercó una occidental treintoncita bastante pasable.

—¿Es usted el que viene de Pekin? —me dijo en inglés.

—Encantado —dije pasándole la mano. Y comenzó a hacerme una sarta de preguntas, que si acaso era verdad que esto y que lo otro y que lo de más allá y a decir por su propia cuenta que las comunas populares y el gran salto adelante, qué bárbaro, la voluntad que se gastaba ese pueblo, si hasta el Everest acababan de escalar, aunque le llamaran Jolmo Lungma, y a sus años Mao cruzaba nadando el ancho Yangtsé a toda velocidad, pero cuando supo que yo además le daba un poco a la literatura se le olvidó bastante China y se mostró interesada en que antes de que el pumita abordara el carguero que tocaría un puerto japonés y luego enfilaría Pacífico adentro hacia esas tierras que ya andaba extrañando bastante, con Nadine o sin Nadine, le pegara un telefonazo, porque ella también había escrito unos poemas.

Fuera, pues, de que las langostas y los bocadillos estaban como para lamerse los bigotes y de que al oscurecer, la vista perfilada de Hong Kong era soberbia de luces y esplendor, la reunión flotante no tuvo ningún brillo especial.

Después de bajar a tierra, el cónsul me llevó hasta un hotelucho donde según dijo, siempre había cuartos.

Lo primero que vi al entrar en esa habitación minúscula y sofocante como una fábrica de Chungkin fueron dos enormes cucarachas que circulaban por la pared, justo

sobre la cabecera de mi cama. Siempre me han deprimido mucho las cucarachas, de modo que decidí salir.

Estaba relativamente cansado, pero no eran las once todavía y a través de la ventanuca tentaba un cierto bullicio vicioso circulando por la calle, tiradores de ricksha, puestos de fruta sobre la acera, gentes moviéndose inquietas, humos de cocinería callejera, y entonces bajé y eché a andar por ese mundo estridente a la misma hora en que Pekin entero dormía y no caminaba un alma por la ciudad, dormía, digo, exceptuando al cosmopolita grupo del Druzhba que por las noches solíamos reunirnos en el departamento de Nadine a echar una manito de póker, consumir un par de botellas de maotai y hasta bailar acaramelados *blues* si se daban los ánimos.

Dos chinitas se cruzaron conmigo muy risueñas, sacándoles buen partido a esos espectaculares vestidos de seda gruesa cerrados hasta el cuello y abriéndose desde los muslos en dos lenguas largas que dejaban ver sus piernas delgadas y esbeltas. Un *rickshawboy* se arrimó a la acera y se puso al lado mío.

–*Want girl?*

Le dije que no sin dejar de caminar, pero siguió tirando su carrito junto a mí.

–¿De qué edad le gustan? –insistió.

–No quiero –le dije. Ya me estaba irritando. Un coche pasó muy lento por la calleja estrecha y la humedad hacía que ropa y cuerpo fueran una sola masa pegajosa.

–¿De doce años? –siguió el tirador de ricksha. Negué mediante resignados movimientos de cabeza.

–*Want boy?* –dijo entonces–. *Also twelve years.*

Me detuve y lo enfrenté.

–No quiero nada – le dije con una ligera carga de amenaza en el tono. Y entonces el tipo, rapado al cero absoluto, y con una porquería de bigote, hizo una sonrisa de disculpa y se alejó calle abajo.

Me detuve frente a un *dancing* que se veía agradable y decidí que lo mejor que podía pasarme en ese momento era una cerveza bien helada. Un muchachito de unos doce años me abrió la puerta, esperando quizás una propina. *want boy*, pensé, y pensé –se me hizo la luz– que eso era exactamente lo que jamás había visto en la otra China. Allí todos los niños estaban en las escuelas. Ninguno andaba a las once de la noche ni a ninguna otra degenerada hora abriéndoles las puertas a babosos que pefectamente podían abrirlas ellos mismos. Desde ese preciso punto, desde ese mínimo detalle nacía la diferencia y sentado ahí ya con una linda garzona atendiéndome no quise dejar que se me vinieran encima los dos años de China con su rara mezcla de aprendizaje y astracanadas, la iniciación en el entendimiento de lo que son los procesos revolucionarios y las frivolidades cometidas en noches de juerga y adulterio, la vida en esa ciudadela de donde no hacía falta salir porque se encontraba de todo, de todo menos de pueblo chino, y donde italianos, franceses, sudamericanos y árabes hacíamos buenas migas y en las noches, después de jornadas agotadoras, nos sentíamos agobiados por el ocio y nos concentrábamos a convivir en diferentes casas, ni dejar que la fea jugarreta que le hice a Nadine me torturara ese momento de música y cerveza, mientras la cerveza y la música me iban poniendo serio y se me venía entonces al corazón no ya el gigante dormido que ahora despertaba violentamente sino la tierra con forma de espada, larga y angosta y curva en la punta, donde en algún lugar preciso, una provincia primero, luego una ciudad, después un barrio y al final una calle llamada Macul, una amplia calzada de casonas viejas hacia la cordillera, me estuviera quizás esperando la pololita de otros días, Ester de ojitos verdes y saltones, de piernas deportivas y sonrisa de serpiente, y quería llegar de una maldita vez a pedirle su flamante mano para insertarle en el dedo este anillo de plata y jade que llevaba en el

bolsillo y que Nadine, a lágrima viva, había insistido en devolverme cuando partí, para no quedarse con nada que pudiera recordarle al ingrato irresponsable que primero le hacía trizas su matrimonio y después se largaba lavándose bien las manos, como diciendo aquí no ha pasado nada y a mí que me registren. Porque desgraciadamente una tarde de sábado, Pierre se había ido con los niños a la Gran Muralla y Nadine estaba sola. Yo me refrescaba también solo en la piscina cuando la vi venir espléndida provocando con un bikini bermellón y mínimo. Se zambulló sin vacilaciones y nadó hasta el lugar donde yo flotaba plácidamente y sin problemas.

—¿No fuiste a la excursión de la Gran Muralla?

—No —le dije—. He ido varias veces ya, y hoy tengo mucho calor, de manera que me quedo con el agua.

Después espontáneamente nos encontramos jugando, nadando en fila, echando carreras y haciendo algunas de esas típicas piruetas acuáticas que requerían que nos tomáramos las manos o que yo la cogiera de la cintura desnuda. Cuando el cielo empezó a tronar y descargó un aguacero implacable que como agua nada le hacía al pescado, pero que como golpe producía daño en la cabeza, Nadine dijo que se nos había acabado el baño y que si quería ir a su casa a tomar café con buñuelos. Los buñuelos no me interesaban para nada. El café sí, porque lo preparaba en una express que le habían traído de Italia. Y, bueno, Nadine desde luego también, aunque lo que menos quería era meterme en líos, pero considérese que las chinas eran bien inaccesibles y que la única posibilidad de sexo para los solteros, a falta de putas, consistía en agredir a una que otra casada agredible. Pero con líos o no, después de vestirme me fui a tomar ese café. Nadine estaba con un short a rayas verdes y una blusa ceñida que destacaba deslealmente su par de pechos perfectos de tersura. Cuando entré me besó en la boca y me dijo que yo le encantaba, que le había gustado desde la tarde

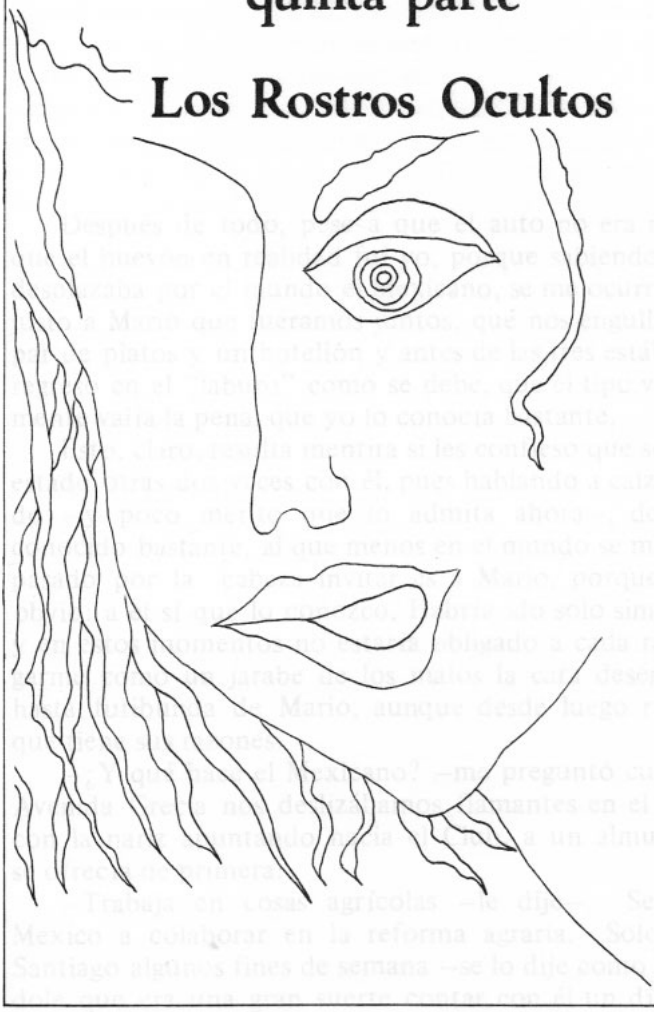
en que la acompañé a Liulichang, la calle de los anticuarios, pero que yo era un tontón ciego que no se daba cuenta de nada. No hubo más remedio que meternos en la cama, sin café y, por supuesto, sin buñuelos, pero con una especie de antivértigo que nos llevó a las más altas regiones.

Los meses siguientes resultaron casi de locura y cuando finalmente Pierre se fue de casa, todos pensaron que su lugar llegaría a ocuparlo este pechito irresponsable que primero dejaba la crema y luego se hacía olímpicamente el huevetas y seguía, entre conflicto y conflicto, gozando de todos los favores y las gangas de esta linda francesa aunque sin meterse en profundidades, independiente hasta los huesos, soltero de ley, porque a mí con ésas no, chileno de los fieles, reservado a finales para una chilenita también, del norte o del sur o a lo mejor hasta de Rancagua, por qué no, pero con cerveza y todo, y con chinita soriente atendiéndome en el dancing, los recuerdos me aturdían –esos ojos acuosos de Nadine y lagrimeantes– y se me agolpaba un nudo en la garganta y de pronto, además, encima de los vodkas nevegables, la cerveza me revolvió todas las fibras de la mente y me largué de nuevo en picada hacia la noche, sin pagar mi consumo, hasta sin hacerle un guiño agradecido a la chinita, y en la calle corrí, corrí sin siquiera saber donde iba, corrí entre luces frenéticas que eran como si a la vía láctea le hubiera dado un ataque de epilepsia, corrí hasta encontrar por fin las elegantes puertas del Palace y como un poseído de los espacios enfilé directo al teléfono, Pekín, Yoipinguang, bloque número siete, departamento cinco, Nadine, persona a persona, y casi llorando, suplicante, le dije que se viniera, que se las arreglara de algún modo y se viniera, que nos largábamos a Santiago con hijos y todo y que dedicábamos el resto de todo el tiempo, entre otras cosas, a vivir juntos como correspondía, no se fuera a echar atrás, decidiérase en el acto, Nadine, pero ella nones, sigues tu viaje solo chileno maricón o, en otras palabras,

"ándate derechito a la cresta" como bien merecido lo tenía, porque resulta entonces que sí estaba enamorado pero hasta las patas y ni una miserable semana me había durado el aguante, así que después de colgarle sabiendo que ya no, que definitivamente ya no, seguí noche adentro por las calles de la isla, hasta que se me atravesó un galpón donde un viejo tatuador de túnica azul esperaba marinos rubios para imprimirles mujeres desnudas en la espalda y corazones en los brazos y de puro jodido, de puro nublado, me metí a la sala y entre todos los dibujos que llenaban las paredes, elegí este alacrán negro, se lo señalé al chino y me arremangué la camisa.

quinta parte

Los Rostros Ocultos



CAMBIO DE MASCARAS

Después de todo, pese a que el auto no era mío, creo que el huevón en realidad fui yo, porque sabiendo cómo se desplazaba por el mundo el Mexicano, se me ocurrió decirle justo a Mario que fuéramos juntos, que nos engullíamos un par de platos y un botellón y antes de las tres estábamos de regreso en el "laburo" como se debe, que el tipo verdaderamente valía la pena, que yo lo conocía bastante.

Esto, claro, resulta mentira si les confieso que sólo había estado otras dos veces con él, pues hablando a calzón quitado –y poco mérito que lo admita ahora–, de haberlo conocido bastante, al que menos en el mundo se me hubiera pasado por la cabeza invitar es a Mario, porque, bueno: obvio: a él sí que lo conozco. Habría ido solo simplemente y en estos momentos no estaría obligado a cada rato a tragarme como un jarabe de los malos la cara desencajada y hasta furibunda de Mario, aunque desde luego reconozco que tiene sus razones.

–¿Y qué hace el Mexicano? –me preguntó cuando por Avenida Grecia nos deslizábamos flamantes en el Fiat 600 con la nariz apuntando hacia el Club, a un almuerzo que se ofrecía de primera.

–Trabaja en cosas agrícolas –le dije–. Se vino de México a colaborar en la reforma agraria. Sólo cae por Santiago algunos fines de semana –se lo dije como asegurándole que era una gran suerte contar con él un día lunes y

que por lo tanto teníamos que felicitarnos de que le hubieran dolido las muelas. Se lo dije también un poco de la boca para afuera, si pensamos que el original de su novela que me había prestado sufrió una de esas pérdidas fatales y que por tal razón los deseos que tenía yo de verlo eran mínimos, a pesar de que el tipo me gustaba, fundamentalmente debido a que su risa repercutía como un estrépito. –También es escritor– agregué echando una risita por lo de la tarde en que a Pancho y a mí (Pancho es Premio Nacional y todo) nos tuvo unas cuantas hora escuchándole una especie de poema general que despegaba en décimas con la creación y terminaba allá en la guerra atómica. La Unidad Popular había triunfado y por eso, al llegar a la casa después de una reunión de CUP larga y aburrida (soy de los pésimos para la reunión), me sentí feliz de escuchar por teléfono la voz de Pancho diciéndome que partiera de inmediato a su casa, que tenía buen blanco heladito, cinco kilos de almejas y un mexicano chistoso como la misma cresta. En qué estaba: ¿éramos o no éramos?

–¿Qué escribe? –preguntó Mario interesado.

–De todo: novelas, cuentos, teatro, ensayos... y hasta poemas generales.

–¿Poemas generales? –Mario es profesor de literatura y en cuanto a términos hay que andarse cauteloso con él.

–Bueno –le dije–, sí: poemas más o menos generales.

No quise ni mirarle la cara cuando me di cuenta de la idiotez que había dicho, pero pienso que más que asomar la mueca irónica o el desconcierto, esta vez su expresión debe haberse teñido de sospecha, de como si yo le estuviera tomando el pelo o algo así, porque Mario es de naturaleza desconfiada.

Y qué quería que le dijese. El mismo Mexicano había dicho aquella tarde después de mucha almeja con limón y de chorrearse entera la camisa con vino tinto desde la bota de cuero que le mandaron a Pancho de Punta Arenas, que

nos iba a leer su "poema general", aún inédito. Y partimos. La primera media hora fue todo eso de que al comienzo todo era tinieblas, y la luz y las aguas, en fin. Después parece que vino el fuego y otras cosas de la historia del hombre; la segunda parte llegaba hasta Cortés y el chingado de Moctezuma haciéndole regalitos a los españoles, contrariamente a Cuauhtemoc, más parecido, pensé, a nuestro gerrillero de Arauco. Por aquí fue cuando Pancho se levantó del diván en que estaba semiechado, se engulló otro vaso de blanco y le dijo que ya estaba bueno, huevón de Mexicano, que no siguiera, que por muy macanudo y muy general que fuese su poema, no podía tenernos toda la noche escuchando huevadas, y que no lo decía porque el general poema fuera una huevada, sino porque su manera de hablar, huevón, era así, y que para después de un festín de mariscos resultaba demasiado postre escuchar en versos la historia de la humanidad. Pancho entonces se sentó de nuevo y el Mexicano, apenas el silencio se hubo hecho, prosiguió como si nada, tranquilamente monótono, la lectura de su obra. Por esas alturas se me cerraron los ojos, sumido en una confortable poltrona de badana envejecida, y ya no desperté hasta que la bomba caía sobre Hiroshima y la tarde se había quedado definitivamente atrás, tragándose también el sueño de Pancho aunque no el del Mexicano, que impertérrito y con pocas vacilaciones seguía leyendo como si leer fuese para él la única tabla de salvación.

–Te va a caer rebién –aseguré, mientras ya íbamos llegando a la barroca callejuela donde se encuentra el Club. Mario me miró como responsabilizándome de antemano si las cosas no resultaban así.

–¿Hasta las tres?

Le reiteré mi palabra.

En el salón oscuro del Club, encajado en un sillón como un gran insecto tullido, nos esperaba el Mexicano. Estiran-

do sus extremidades se levantó al vernos y vino a darme un abrazo. Mario lo miró sorprendido y yo me percaté de que mi pinche memoria había pasado por alto la descomunal estatura de este cuate ahora tostado por el sol de los campos y tupido de una buena barba.

—¡Carajo, hermano! —me dijo—. ¡Ya creía que este encuentro no venía nunca!

Y la verdad es que yo cuidadosamente lo había evitado porque se me formaban nudos en las tripas de sólo pensar que tendría que contarle la verdad: que los originales de su novela los habían perdido en la Editorial y aunque había hecho remover el cielo y tierra, no aparecieron nunca. Por eso cuando hablábamos por teléfono, yo erróneamente espantaba cualquier acercamiento a un encuentro personal, porque si con más valor hubiera afrontado esta realidad y le hubiese dicho vente a mi casa y hablamos, o juntémonos donde Pancho, o cualquier cosa, no habría llegado anteayer con Mario al Club y ahora mi amigo y colega no las estaría emprendiendo contra mí a cada rato y donde sea, desencajado como anda y todo, culpándome de cosas de las que soy tan inocente como de haber nacido hombre. Ya le dije que no le iba a aguantar más y que la cortara y también tuve que gritarle que se fuera de una vez a la cresta, que qué se figuraba: yo esa tarde, después de los sucesos *no* le había dado ningún consejo, y si él lo tomó así, pura mala cueva, pues lo único que hice fue decirle que él, a pesar de haberla cagado en forma, *tenía* derecho a que alguna vez le toleraran una salida de madre porque, total, como no era cosa de todos los días que diablos, descontando lo de la niña y lo de la chiva que le telefoneó a Lucía cuando íbamos en la segunda botella de vino. Pero si la sigue agarrando conmigo como causa de todos sus males, voy a tener que cortar por lo sano y lo siento, porque fuimos siempre amigos en las buenas y en las pésimas y no podría ser tan maricón como para desconocer que cuando a mí me agarró la mala racha y

andaba por ahí más muerto que vivo arrastrando las patas y llorando solito mis penas por haber perdido pan y pedazo, él y Lucía se portaron como robles firmes y me aguantaron sin quejas; o como para no acordarme de lo bien que lo pasábamos cuando teníamos que juntarnos tres o cuatro días a terminar alguna traducción o algún texto de estudio, y nos encerrábamos a lo primitivo en cualquier casa, la suya o la mía, o hasta en el departamenteo de Yoshío, el japonés. De esto, claro, hace harto tiempo. Quiero decir: éramos bastante jóvenes y pensábamos con mayor fuerza que si no hubiera risa,*qué* mierda habría. Además, no entrábamos todavía de cabeza en esta etapa del proceso revolucionario que a los dos nos tiene –cada uno a su manera– metidos más o menos hasta las orejas haciendo trabajos, como en los días del paro de octubre (más que paro fue una guerra sin balas), que jamás habríamos soñado en hacer, pasando también de una reunión a otra y, en fin, enfrentando cada una de las tareas que remplazaban al fusil. Porque lo del departamento de Yoshío fue mucho antes del setenta, año del triunfo. Y a propósito, de por esos días sí que le tengo guardada una a Mario.

–Pos ora ya vino –le contesté al Mexicano hablando a lo mexicano y refiriéndome a este encuentro que él creía que no venía nunca.

Nos sentamos a la mesa larga de uno de los salones del Club y le pedimos a Rogelio que para comenzar nos trajera gin con gin.

–Y que sea doble– dijo el Mexicano. El *gin,* no el gin.

Disfrutamos un buen almuerzo riendo bastante, que para eso los tres éramos de una sola pieza, sobre todo Mario, y como al final de la segunda botella de un tinto mediocre, me animé a confesarle al Mexicano el destino de su novela, lo que nos dio motivo para otras largas carcajadas, debido a que era copia única y la chingada, mano, pos se escribía otra y mejor todavía, con más alma y más estilo y en ésta mete-

ría el asunto de por qué había quedado solo y trataría también, mierda, de explicárselo, y se calmaron las risas y vino esa tristeza por todo lo perdido, por haber sido el *viajero que no implora, que no reza, que no llora, que se echó a morir*, y también hablaría en ésta de Guanajuato y de las buganvillas y de la mariconada de la Lupe. El Mexicano se paró y salió de la sala.

–Este huevón es el descueve –dijo Mario, que sabía también apreciar a quien puede reír y, sobre todo, a quien es capaz de reírse de su propio ser y hacer mofa de su propio infortunio–. Podríamos juntarnos en mi casa el próximo sábado.

El Mexicano entró junto con Rogelio que venía a sacar la mesa y retornó a su asiento.

–Oiga, nos trae otra –le dijo a Rogelio.

Rogelio me lanzó una miradita como para saber a qué atenerse; así lo hemos convenido con el fin de que no se nos atornillen nunca los pesados.

–Oye –le dije al Mexicano, mirando acto seguido a Mario–, nosotros ya estamos casi en la hora y tenemos mucho trabajo, de modo que yo, al menos, no tomo más ("Yo tampoco", dijo Mario antes de salir al teléfono), así que si te da el cuero para toda la botella...

–Yo sí, mano. Yo me la tomo toda. ¡Toda! –gritó, alargando la "o"; después se puso triste y todavía después se echó a reír con una carcajada de tronadera.

Volvió Rogelio con Mario y la botella y le sirvió únicamente al Mexicano.

–Le avisé a Lucy que me es imposible ir a buscarla –dijo Mario.

–Así me gusta, ganchito (como dicen aquí).

–¿De qué parte eres? –le pregunté al Mexicano.

–¿Que qué?

–De qué parte de México.

–Soy de Guanajuato.

Me largué a reír, que para eso estábamos, y Mario también. El Mexicano nos miró desconcertado. Quizás fue un error de Mario echarse esa risa, pero qué hacerle: también conocía el disco, de modo que para que el Mexicano no fuera a interpretar mal las cosas, decidí contarlo: eso de las palabras del Embajador de México durante el concierto de Pedro Vargas en el Carnegie Hall, cuando a lo puro mexicano hablando inglés se refiere a la significación que tiene el tenor para su país y se enorgullece además de ser hijo de un hijo de Guanajuato, igual que Vargas, y también músico. Mario, después de mi relato, imita el mal inglés del orador y nos reímos como bólidos, menos el Mexicano, que ahora ríe poco y le da sus ojeadas hostiles a Mario. Sí, del mágico Guanajuato venía él, y de chico muchas tardes había conversado con el blanco pelícano del lago y había emprendido largos y aventurados viajes sobre el lomo del cocodrilo de piedra en la orilla, y había derrotado el miedo a las espeluznantes momias alineadas en aquel subterráneo y, carajo, como que era macho que a sus dos hijitos, que vivían en el Distrito Federal, los habría de llevar un día a ese lago de la ciudad mágica de su infancia, porque a los niños no los podía dejar siempre solos tampoco.

—Ustedes son unos chingados —nos dice—. Tómate otro vaso, cabrón.

—Tenemos que irnos.

—Uno más, par de cabrones.

Mario es el primero en aceptar.

—Brindemos por la risa —dice—. Porque si no hubiera risa, yo no sé qué huevada habría. Era su vieja frase.

—Por la risa —sigo yo—. Por los felices momentos que les debemos a Laurel y Hardy.

—Por ellos.

—Y Chaplín.

Fue la copa de más, la gota rebalsadora, y al vaciarla supe que esa tarde ya tenía otro destino, que ni Mario ni yo

llegaríamos al trabajo, justo en estos tiempos cuando el trabajo era el arma primera de la revolución, cuando cada tipo decente de este país entregaba las horas de su descanso a las jornadas voluntarias; que el Mexicano no iría al dentista.

–¿A qué hora tienes dentista?

–¡No! Lo cancelé, chingado. Fui a llamarlo y decirle que se fuera a la chingada el jijo, que no me dolía hoy la muela. Porque desde que entraron ustedes supe, no más les vi las caras y supe que ya esta tarde no había dentista.

–Y ahora –dijo Mario–, un corridito antes de irnos –y sin pedirle permiso a nadie partió cantándonos uno muy mentado de lo que había pasado allá en la Hacienda de la Flor.

Guanajuato no brindó su compañía y volvió a mirar a Mario algo así como diciendo que era última que le aguantaba.

Sin embargo, después de la muerte de Charrasqueado vinieron otros de los fáciles y cuando éstos nos dejaron sin repertorio, nos pusimos un poco "perdonenmé" como quien dice, y nos echamos entre copa y copa "Rosita Alvírez", el de "Cananea" y en un momento de gran inspiración y lucidez, me mandé solo "El hijo desobediente", de los más difíciles. Rogelio llegó a decirnos que bajáramos la voz, que uno de los que almuerzan en el Casino se había quejado, que sólo un ratito, los tipos ya se iban y quedábamos dueños del Club. Mario, de súbito, fue hasta el puesto del Mexicano y lo abrazó.

–Viejo lindo –le dijo con gran ternura–, ¡putas que estoy feliz de haberte conocido! Lo he pasado rebién –y le hizo unos cariñitos en la cara–. Tenemos que vernos de nuevo.

–Ora no se van a ir, rajones –dijo Guanajuato, deshaciéndose molesto de las manos de Mario que recorrían su barba.

Mario es así; un par de tragos de sobra y este intenso y a

ratos pegajoso amor por los amigos se le deja caer desde quién sabe dónde. Los abraza, les revuelve el pelo, y en algunos arrebatos hasta les da sus besitos en la mejilla, diciéndoles "putas que te quiero, viejo lindo, ven para acá, ¡ven mierda!" (si acaso alguno le opone un tris de resistencia). Creo que con los años, Lucía aprendió a tolerar estos raptos que en un comienzo no le aceptaba, como muchas otras cosas tampoco nunca le ha aceptado, porque Lucía tiene su carácter y Mario –hora viene siendo que lo diga– es mantequillosamene débil. Por eso esta tarde de que hablamos, ya más bien anocheciendo, antes de que se volviera a entrar a su casa, quise decirle algunas cosas.Pero consejos no le di, como lo sostuvo frenético delante de varias personas hoy en la mañana, después de haberme dicho, sin que viniera ni al caso, que cada vez que me acordara del Mexicano le sacara cinco veces la madre al carajo. Y por qué no se la sacaba él, me defendí, yo no, yo lo estimaba. A pesar de todo.

–Pos ora no nos vamos –exclamó Mario imitando estusiasmado y a la perfección la voz y el acento de Guanajuato y dándole nuevos apretones.

–Mira tú, por qué no te vas a tu asiento, chingado.

–¿Qué te pasa conmigo, Mexicano? ¿No quieres que seamos amigos?

Guanajuato desenrrolló con algo así como floja brusquedad su par de metros y le dio a Mario un empujón, mirándolo con ojos de asesino nato.

–¡Te sientas, cabrón!

–Bueno, ya, me siento; pero tú también me explicas qué te pasa conmigo.

–¡No te explicó nada! A mí nunca me explicaron nada, ¿por qué yo voy a explicar? –concluyó, dándole a Mario otro empujón que casi lo tira al suelo y acorralándolo luego hasta su sitio, hasta sentarlo. Mario parecía un enano enclenque y aterrado–. ¿De dónde sacaste a este cabrón? –siguió

Guanajuato, mirándome como ávido de una respuesta rápida.

—Oye —me dijo con los ojos tristes Mario, mientras el grande volvía a su puesto—, ¿qué dije yo? ¿Por qué este mexicano me odia, qué pasa? No me deja ser su amigo. Dime, ¿yo le hice algo, le dije algo? —Preguntaba en serio.

—A veces te pones latero. Hablas mucho y dices huevadas. A lo mejor es eso, no sé, yo hace rato que estoy en otra onda.

Estaba en verdad pensando que era una cabronada haberse dejado atrapar.

—¿Y éste quién, es? ¿Quién es? —insistió Guanajuato.

Y para apaciguar los ánimos empecé a contarle quién era, desde cuándo nos conocíamos, las astracanadas que habíamos hecho juntos, lo que nos ayudamos cuántas veces, la época de Finger y el gringo Miller y todo eso, pero no sé por qué se me soltó la sangre del ojo y tuve que entrar en detalles justo en lo de la Yolita, haciéndola de oro.

Fue cuando a Mario y a mí el japonés Yoshío nos prestó su departamento de Miraflores para que trabajando duro unos cuatro días, enclaustrados sin ver a nadie, ni amigos, ni familia, ni mujer, condenados a hoja y lápiz, pudiéramos terminar un texto que debíamos entregar a fecha fija. Después de tomar posesión y recibir las instrucciones de Yoshío, que partía en gira al norte, dejé a Mario arreglando los materiales y bajé a comprar pan, queso y algunas latas de conservas y ahí, en el mismo almacén, me encuentro con la Yolita, una amiga de otros tiempos, pidiendo aceitunas, picles y de cuanto había. Vivía ahora muy cerca y se aprestaba para una fiesta que ofrecía por la noche a sus amistades, que fuera, me dijo, que iba estar la Teresa, un amorcito también de antaño, que no dejara de ir, a las diez. Le expliqué en lo que yo andaba y lo apurados que estábamos con nuestro trabajo, pero ella que nada de cuentos, lindo, también había que refrescarse un poco entre jornada y jornada, de modo que iba

no más aunque fuera un rato corto, la Tere se pondría feliz, no le diría nada para que resultara sorpresa, andaba sola, iba no más sin falta, y que llevara también a mi amigo.

Le dimos duro con Mario hasta las once y nos quedó la cabeza como colador, de modo que entre once y once treinta decidimos congratularnos relajadamente con un par de whiskies del escocés que manejaba Yoshío, mientras yo le contaba nostálgico a Mario de Tere, Yolita y esos tiempos. Después nos refrescamos un poco y a media noche, con algo de ánimo en las venas y otro tanto de hambre, tocábamos el timbre de la fiesta. Para qué entrar en detalles, vamos al hueso: a los diez minutos la Tere, un poquito más gorda, pero siempre linda, alta, tersa y con su sonrisa de diosa, me tenía desabotonada la camisa para que su mano corriera sin trabas por mi torso y pellizcara mis tetillas y buscara mi ombligo mientras sus labios jugueteaban con mis orejas. Siempre que me encontraba con Teresa, por más a lo lejos que fuera, pasaban cosas así. De más está decir que ahora, a media noche, los tragos ya habían levantado burbujas en la reunión, mientras Mario bailaba uno que otro ritmo tropical, flirteaba con una colorina y le contaba chistes a Gaspar, el hombre feliz, pololo eterno de Yolita, casado como siete veces e imbatible de sonrisa.

El Mexicano gozaba con mi narración, reía y preguntaba, me daba palmotazos en el lomo, decía que él tenía su amorcito chileno, pero que ya se estaba poniendo loca con lo de comprometerse y eso. Mario, ensimismado, de seguro hacía el viaje conmigo, su propio viaje, claro.

Bueno, traté de correrme como pude, sin dar pie a compromisos, porque debíamos trabajar desde las ocho al día siguiente y por supuesto que necesitábamos cierta lucidez, pero Teresa ha sido siempre de ideas fijas y se le había puesto entre ceja y ceja que esa noche era nuestra, suya y mía, así que cuando vi que negarse era causa perdida, hablé con Mario y le expliqué: se trataba de que él se alojara en un hotel

(yo le pagaba) para que la Tere y yo ocupáramos el departamento. Mario se negó rotundamente y hasta casi me convence de que hay que trabajar temprano, que me vaya con él.

—¿Así es éste de pendejo? —dijo el Mexicano, mirando a Mario al fondo de los ojos.

No hubo modo de persuadirlo y al final Teresa y yo nos fuimos al París y pedimos una pieza. Eran las tres de la mañana y a las cuatro, después de haber hecho el amor flojamente, desabrido, con más licor que ganas, empecé a vestirme ante el escándalo ebrio que Tere estaría propinándome tal vez como castigo a mi mal comportamiento. Ella me miró segura y desafiante, segura de que eran bravatas mías, de que no pensaba irme. Sin embargo, cuando me encajé el abrigo, salí mariconamente dejándola solísima en esa cueva sórdida donde el olor a sémenes flotaba en el aire. Fue un error. Era invierno y en la madrugada helaba. Caminé las seis cuadras hasta el edificio de Yoshío entre los vahos de una neblina espesa hasta chocar de narices con la puerta muy cerrada. Entre pucho y pucho, calentándome las manos con el humo, esperé una media hora por si algún noctámbulo morador llegaba con su llave salvavidas. Todo inútil. Y como hasta casi sin dinero me había quedado (tanta compra y tanto hotel), no tuve otro remedio, Teresita histérica, que montarme a un trolebús y tratar de echar unos sueñitos entre paradero y paradero, hasta las ocho de la mañana...

—Oye tú: eres una mierda, cabrón. ¿A que si era lo contrario éste te dejaba el departamento? Pero tú no: tú, primero tú, después tú y al final tú. Eso eres, chingado. Un "don todo para mí". Un pequeñoburgués de mierda. Tú no le sirves tampoco a la revolución.

—¿Por qué me odia tanto este gallo? —me dijo Mario, lleno de angustia—. Lo único que he hecho es querer ser su amigo—. Oye, Mexicano —dijo levantándose—, arreglemos de una vez esta huevada. Dime si acaso te ofendí.

—Sí, Rogelio, tráete la otra.

Guanajuato se había plantado dos botellas más casi solo y respondió con una sonora carcajada. Mario esperó y luego también echó a reír y yo, para no quedarme atrás, también eché a reír y estuvimos como una hora carcajeándonos sin parar, casi hasta la asfixia.

–Así me gusta, Mexicano. –Mario había recuperado su confianza y se le acercó cantando *si acaso te ofendí, perdón,* que debe ser de la época de Leo Marini, y ya lo iba a abrazar de nuevo cuando Guanajuato le mandó un codazo que si se lo da, le vuela dos costillas, como que lo lanzó, al propio Mexicano, al suelo, donde hecho un enorme guiñapo convulsionado siguió riendo otro poco y después de decir Jaimito, Jaimito y changuita, changuita, cambió a llanto y de ahí no lo sacamos. No pudimos con él y tuve que llamar a Rogelio para que nos ayudara a tirarlo sobre un sofá.

–Qué gran tipo es este huevón, pero tiene mala cura –me dijo Mario.

El Mexicano estaba inerte, con el rostro congestionado de un rojo febril que disparaba destellos a través de la barba. Me zampé otro vaso de vino y Mario, de pronto, como regresando desde algún lugar lejano, miró el reloj, lanzó un "chuchas" y se golpeó la frente como cuando a uno se le para un zancudo:

–¡La niña! –dijo–. ¡Tenía que ir a buscarla a las cuatro y media!

Miré también el reloj. Eran las seis y había por lo menos media hora desde el Club a Ñuñoa.

–Bueno, ¿qué hacemos con este huevón?

De nuevo fui yo el de la idea genial: era mi día.

–Subámoslo al auto –dije–, vamos a buscar a la Vero y luego a tu casa. Le damos un café cargado y después lo metemos en un taxi.

No sé qué temores correrían en ese instante por la mente de Mario, porque me dio una mirada penetrante llena de sospecha. Pero el tiempo apremiaba y no eran momentos pa-

ra discutir. Otra vez con la ayuda de Rogelio colocamos a Guanajuato en el asiento delantero del Fiat, yo monté atrás y Mario partió con un pique relativamente zigzagueante.

—¿Quieres que maneje yo? —le pregunté sin creerme más sobrio, pero sí menos nervioso.

—No, no; si estoy bien.

El Mexicano dio vuelta la cara y miró a Mario. Quiso decir algo, pero se le perdieron las palabras. Movió la cabeza, en gesto de resignación de lado a lado. Mario no tenía remedio, eso es lo que quería decir.

—Puchas, la Vero me va a matar. Dos horas. Pobrecita.

En una ocasión fui con Mario a buscarla y ardía tanto en ella la ira por quince minutos de atraso, que se negó a saludarnos y no nos dirigió la palabra en todo el trayecto. Era una chica de gran personalidad. Había cumplido diez años y ya dominaba a una familia entera. Traté de acordarme de algo que no sabía qué era. Avanzábamos a toda marcha por Providencia justo a la hora de las lolas mostrándose esplendorosas de muslo y seguras, vestidas a todo color y lengüeteando enormes helados con coronas de chantilly. También era la hora de los pendejos vendiendo *Patria y Libertad*, un pasquín fascista que ofende a la patria y atenta contra la libertad, y que los señores momios suelen comprar desde el volante de sus insolentes vehículos.

Verónica pasó a sentarse atrás, a mi lado. Sus ojos estaban llorosos y otra vez intenté acordarme de algo. No quiso hablarnos ni responder preguntas. Quizás pensaba que dos horas de atraso merecían un castigo feroz como el lobo, dos horas sentada en ese banco cuando ya los alumnos se han perdido en la ciudad, en esa triste desolación de un patio inmenso, de altos muros color ladrillo verdes de enredadera, en esa muerte lenta que caracteriza a todo colegio en el anochecer. Mario en dos cuadras le pidió mil veces perdón y le ofreció un futuro lleno de helados, pero ella no aflojaba: ni mil helados, decían sus ojos, podían pagar esas horas de so-

ledad, de aburrimiento, de miedo. Detenidos frente a una luz roja, el Mexicano abrió la puerta y quiso bajarse. Había mirado a Vero y quiso bajarse como si la depresión una vez más le hubiera caído encima desde el pasado. Yo de atrás y Mario del volante, lo sujetamos y lo tiramos hacia adentro.

—Ya, huevón. Déjate de hacer huevadas.

Corríamos hacia la cordillera sin ánimos de mucha risa ahora, más bien lánguidos y desolados. Dos veces más, frente a semáforos con roja, Guanajuato intentó bajarse, pero se lo impedimos. Se nos había metido, como idea fija, el propósito de primero darle un café cargado y luego ponerlo en un taxi que se lo llevara p'al carajo si quería. Cada vez que intentaba bajarse, Vero me miraba con una firme interrogación en los ojos y yo la miraba sin abrir la boca. Fue en la esquina de Irarrázaval que logró burlarnos y salió del auto diciendo que éramos unos chingados. Con sus manos enormes asió firmemente la puerta por su parte posterior y comenzó a darle golpes y jalones como tratando de arrancarla. Era desconcertante la imagen de ese gigantón emprendiéndola con una puertecita que le llegaría a la cintura. Además, eso crujía, lo que infundió más espanto a la mirada de Vero. La expresión de Mario se desencajó. La niña comenzó a llorar y a temblar y tuve que consolarla a cariñitos en la cabeza y palabras tiernas. Que no temiera, le dije. Que estaba ahí su papi, y estaba yo, y que nadie iba a hacerle nada a ella. Pero ella no le quitaba los ojos al energúmeno y cada vez era más voluminoso su llanto. Se aglomeraron frente al vehículo algunas personas que hacían cola para cigarrillos en el kiosko de la esquina y Mario se apeó y dio una carrerita nerviosa hasta la otra puerta. Parecía un enano al lado del monstruo.

—¡Me está destruyendo el auto! —gritó hacia adentro en una angustiada petición de auxilio. Bajé también y acudí al lugar de los hechos. La puerta y la pared delantera del coche estaban bastante abolladas. La fuerza bruta había cumplido su misión. Ahora la puerta colgaba y se veía a las claras que

no volvería a cerrar. Guanajuato entonces se agachó y comenzó a empujar el vehículo con el lomo, como en un intento de voltearlo. Se escucharon los gritos aterrados de Verónica y eso hizo su milagro, porque empezamos a doblegar a la bestia, ¡ya, vamos, mierda! (vamos y dejemos aquí a este huevón, dijo Mario), y tras algunos forcejeos, éste se dejó meter de nuevo al Fiat. Le acomodamos la puerta bajo el brazo, con la manilla sujeta por su potente mano, y le dijimos que no la soltara porque nos íbamos a la cresta todos.

Yo sé que para nadie es gracioso que le destruyan lo suyo, sé que la destrucción bruta es antinomio de cultura, sé que cualquier arreglo cuesta un ojo de la cara y que los repuestos están escaseando cada día más porque no hay divisas, y sé que Mario estaba muy lejos de merecer este castigo como pago de odio al amor que había estado desplegado toda la tarde. Que me perdone entonces por la risa que me atacó durante las cuadras que quedaban y que en algún momento contagió al Mexicano, pero no a Mario. Hubiera querido tragármela, pero la imagen del Mexicano dispuesto a terminar para siempre con ese inocente Fiat mientras Mario, pálido, gritaba que se lo estaba destruyendo, y la imagen de Vero, atrás, llorando a mares de puro miedo mientras yo intentaba vanamente consolarla, me atosigaban. Había sido un gran espectáculo: eso hasta Mario tendrá que reconocerlo con el tiempo, porque ahora no sólo no reconoce nada, sino que anda hecho una pantera, saltando y encendiéndose al menor chispazo, culpándome a mí de *todo*, no sólo de lo del auto. Un espectáculo grande, nutrido de bestia y vitalidad, de goce y pánico intensos, pero yo diría que sobre todo a pesar de los daños, había sido un espectáculo cómico. Por la inocencia con que quería el Mexicano destruir el auto: por la amarga impotencia de Mario; por el asombro de los pasantes: por el silencioso y alelado suspenso.

Mario manejó las últimas cuadras muy callado, ya sin amor alguno por este Mexicano que horas antes le había arran-

cado tanto piropo, ya sin sonrisa sino con rictus, resentido y perplejo, lo cual a su manera también resultaba cómico. La tarde iba cayendo a todo meter cuando paramos frente a la casa de Mario, justo en el momento –como si la implacabilidad feroz del destino se descargara *toda* esa sola tarde– en que Lucía venía saliendo.

Con ojos de ametralladora miró primero el auto y acto seguido al Mexicano. Vero lanzó un llanto sonoro que anunciaba la gravedad de la situación y fuimos uno a uno saliendo del Fiat. Mario le hizo a su mujer un gesto de lo-siento-mucho-qué-le-vamos-a-hacer. Yo conduje al Mexicano hacia el interior de la casa y cuando íbamos en la mitad del patio Mario lanza el grito: " ¡Por qué mierda me tienen que pasar a mí estas huevadas!" y comienza a golpear él mismo la puerta con una furia como de mexicano hasta arrancarla. Quizás fuera reaccionando ante la mirada asesina que debe haberle inyectado Lucía. Porque cuando Lucía quiere joder a Mario, le basta con un par de buenas miradas para inutilizar sus defensas. Dejé a Guanajuato sentado en el comedor, le dije a la empleada, una trigueña muy agradable, que preparara un café cargado y salí a ver cómo andaban los ánimos y a dar las explicaciones del caso por la parte que a mí me tocaba en este negocio. Mario y Lucía dialogaban acaloradamente. Vero, del brazo de su madre, aprobaba cada vez que ésta decía algo castigando al irresponsable.

–Voy a llamar a Carabineros –decía cuando me uní a ellos–, para que vengan a llevarse a ese bruto.

Y entró a la casa poco menos que a patadas. Mario ya largaba las lágrimas.

–Voy a aclarar con este huevón –dijo, entregado–; me va a tener que pagar el arreglo del auto.

–De acuerdo. No creo que vaya a negarse– pero que no se lo planteara ahora, le advertí, qué sacaba, el tipo podía enfurecerse más y qué sacábamos, ¿que rompiera la casa también?

Lo convencí de que lo importante era salir de ahí cuando Guanajuato se hubiera tomado el café y antes de que se le ocurriera emprenderlas a golpes con los vidrios, los cuadros, las paredes, y entré de nuevo a la casa, a ver si podía calmar un poco a Lucy y disuadirla de llamar a los pacos, a jurarle que el Mexicano iba a pagar, que era buen tipo, hombre correcto. Tuve, claro, que morir pollo tragándome con saliva todos los injustos piropos que me brindó Lucy: que ya era grande ya, que me lo llevaba borracho, que qué diría si se hubiese tratado de *mi* auto, que no anduviera acarreando a su Mario a una vida disipada como la mía. Me quedé de una pieza, pero no respondí. Mi respuesta tendría dos partes: la primera sería sacarles al Mexicano de la casa sin daños posteriores; la segunda vendría después: persuadirlo de que aflojara los gastos del arreglo.

—Ya, no llamo a los pacos, pero llévense luego a esa bestia—dijo Lucía.

Bueno, la mala racha es *racha* y una cosa se va juntando con la otra, a Mario yo lo comprendo. Pero a mí no me va a venir de nuevo con estas salidas de madre en que se le pone que el único responsable de todos sus males soy yo (¿y si Colón no hubiera muerto?), lo mismo que el Papa, que otra vez anda declarando que el culpable de todos los males de la tierra es el Príncipe de las tinieblas, como si no estuviéramos en la segunda mitad de un manso siglo que nos ha llevado hasta la misma luna. Va a tener que cortarla, qué más quiere, si hasta le dije esta mañana, antes de saber, que bueno, que si era necesario le servía de testigo en el presunto juicio. Porque además, si acaso le causó aún más problemas familiares el hecho de que Guanajuato muy campante se haya orinado sobre la alfombra nueva dejando una poza de envidia, de lenta absorción, eso *tampoco* lo puede cargar a mi cuenta, sin desconocer, claro, que el de la idea de llevarlo a tomar café fui yo. Qué diablos. Las cosas van pasando y cuando ya han pasado no pueden *no haber pasado*. Es lo que tra-

té de explicarle lúcidamente a Mario –para que no se amargara– cuando al bajar del segundo piso lo encontré en el pasillo, echado sobre la pared, decaído casi hasta la abulia.

–Este huevón ahora se meó en la alfombra –me dijo con aire de resignación. Y después que yo le planifiqué mi torpe discurso sobre cómo las cosas van pasando, dijo que se entregaba, nada que hacer, que ya le importaba una hueva lo que hiciera ese concha de su madre.

Por eso, antes de diez minutos íbamos los tres calle arriba, el Mexicano al medio, Mario y yo a los lados haciéndole respaldo con los brazos para que no se nos viniera guarda abajo.

A mitad de cuadra, Guanajuato se detuvo, se liberó de nuestras amarras, dio unos pasos de baile neto y empuñando las manos me dijo "oye chingado, no seas chingado" y se lanzó uno de esos gritos a lo Jalisco y luego una carcajada de terremoto. Yo también me eché a reír. Hacía rato que no reíamos.

–Son un par de chingados –dijo el Mexicano–. ¡Ay qué chingados son ustedes! –y risa y risa. Era entendible que a Mario ni los gritos ni la risa le causaran tanta gracia, si pensamos que estábamos en su propia cuadra y que ya las ventanas de los chalets se empezaban a poblar de vecinos curiosos.

–Oye, oye, córtala –dijo Mario como cansado de vivir–. Que estamos en mi calle.

En ese momento me acordé. Era la escena de cuando Zorba el griego le dice al inglés "qué gran derrumbe fue ese" y se larga a reír y el inglés también lo sigue a pesar de que el dinero lo ha perdido él, y me dio más risa y le dije a Mario que se acordara de Zorba, que si era o no era, que largara la risa. Y Mario largó la risa, una risa sonora y pura, de las mejores, y yo encontré en ese momento que valía la pena vivir y reímos los tres como en las mejores horas de la tarde allá en el Club, hasta que la paz vino una vez más a ser turbada desde México.

—¡Todos los de esta calle son unos hijos de puta!— gritó Guanajuato rajándose la garganta y desmoronándose como un cerro.

Tuvimos que pedir refuerzos para levantarlo, llevarlo hasta la esquina y meterlo al primer taxi que pasó, cuando ya era noche definitiva. Con la boca babeante de espuma, Guanajuato balbuceó su dirección y nos miró resentido mientras el taxi partía. Yo estaba como Dios y había decidido quedarme con Mario, que me necesitaba más, porque le habían despedazado su auto.

—Menos mal que se fue este huevón. Ahora me toca otro *round* con la Lucy.

—De eso quería hablarte.

—¡Lecciones no, huevón!

—¡Quién te quiere dar lecciones!

—Ni consejos.

—Ni consejos. Lo único que quiero decirte es lo que creo.

—Dímelo mañana. Ahora me voy. La Lucy está una fiera.

Pero yo que no, que tenía que ser ahora, nada de mañana, era preciso que fuese *ahora.* Y le planté otro sermoncito sobre lo que él valía, los derechos que tenía. Tenía derecho a ser tolerado. Debía, por su integridad moral, ser tolerado, mierda. No podía vivir *ni un* minuto más sin ser tolerado, huevón, sin que se le tolerara, ¿entendía?, sin ser tolerado, porque no era lo mismo, pusiéramonos de acuerdo, dejar la crema a diario, noche a noche, que hacer de vez en cuando una cagadita y de *esta* cagadita Lucy debía sentirse orgullosa, en vez de andar despotricando tanto, como si se tratara del fin del mundo. Pusiéramonos de acuerdo, mierda: la meada del Mexicano en la alfombra había sido una *gran* meada.

—Eso es lo único que quería decirte, huevón. Que tienes derecho a ser tolerado.

Y ahora anda furia conmigo y cree que una puerta del auto es mucho, y una retadita de la mujer es mucho, y una alfombra meada es mucho, y a lo mejor sería capaz hasta de creer que lo que le pasó a Guanajuato es poco, poquito, cuando le cuente que el chofer del taxi no lo llevó a su departamento sino a la Morgue, porque antes de medio camino ya se había dado cuenta de que el Mexicano estaba muerto.

YESTERDAY

Y me pregunto por qué diablos siempre cuando llega la última vez –digamos no la última definitiva sino la última provisoria, pues nunca perduran las ausencias más de unos cuantos días, salvo cuando...– asedia ese temperamento y los deseos de joder se intensifican por ambas partes como nunca y en lugar, entonces, de que el temporal adiós sea plácido, la acidez de los momentos anteriores –al adiós mismo– deja un dejo de tristeza, una sensación como de volver a extrañar esas locomotoras viejas con pedales que ya no se ven, pero que cuando niños... un saber al mirarse antes de partir, que no habrá reposo durante esa ausencia, que la sangre te hará de todas maneras cosquillas y que aunque lo plácido de los paseos –puede ser un fin de semana, o las vacaciones, o un viajecito especial de los que a veces le llegan a uno como tirados al blanco y haciendo fama–, lo intenso del sol bronceando las espaldas después de la zambullida, lo luminoso de las noches con la generosidad de los mariscos, la bondad del tinto, y también del blanco, el descanso, permanecerás en todo caso ciertamente atado a esas últimas imágenes que representan hechos, palabras, gestos, después de los cuales –su vigor, su contumacia– la refulgencia amorosa de la última mirada apenas basta, casi no borra, porque por qué. Por qué siempre, siempre, la última vez.

Bueno, es como si a la distancia nos estuviéramos

comunicando, conversemos entonces, a conciencia pura, algunas cosas, uno que otro detalle. Por ejemplo, hablemos de alguna ida al San Cristóbal un día equis. Llegamos en taxi hasta el funicular y es una tarde sin mucho sol, pero tampoco antipáticamente gris.

Girando alrededor de los muros que cercan al pequeño torreón, vamos fijando bien las diferentes partes de Santiago, que debe hervir allá abajo. Mira Recoleta, donde una vez un mecánico bastante narigón me tuvo ocho meses una moto a la que no le pasaba nada, Alameda, donde a tí una tarde a la salida del cine se te metió el taco en una de esas rejillas y yo, yo mismo, en lugar de lanzarme de cabeza a sacártelo de una vez, me largué a reír a carcajadas, Plaza Vertigitalia, Gran Avenida más abajo, allá donde los perros, ciudad chata, vamos viendo, a trechos sembrada de torres como las de Tajamar que se elevan allí mismito, al frente. Y allá, nos decimos, allá abajo, verdad, todo sigue. La vida mantiene su ritmo y dos horas más tarde, reflexionamos, nos será difícil, allá abajo, enchufarnos en nuestra vida, digo, dices, la de cada uno, la tuya y la mía. Vamos girando y girando alrededor de la cima, escudriñando Santiago, descubriendo tu calle, adivinando tu casa y los lugares y todos los barrios por donde. Entramos, mejor, por la apertura en el muro y subimos la escalera caracoleada, la escaracolera del torreón y una vez arriba, desde sus inútiles almenas comenzamos a reparar con desconcierto en que no somos los únicos habitantes del Cerro: pegada de espaldas a un árbol de amplio tronco y generosa sombra está una mujer rubia de vestido amarillo bastante joven jugando con la corbata de un tipo que le repta las manos cintura abajo y la mira calientemente, mientras ella, ¿por qué no lo mata? ¿Por qué no lo conduce hacia los arbustos para que una pistola sujeta por una mano invisible reviente en el fuego asesino por la espalda y termine con su miserable vida, igual que en *Blow-up?* porque los dos pensamos en *Blow-up,* al verlos, en esos mismos parajes

un tanto solos, bajo cierto tímido sol; también, a escasos metros a la redonda, un hombre deambula preocupado entre la arboleda tupida que mira hacia el Polígono; quizás se ahorque, quizás no, porque en este Cerro siempre pasan cosas y cuando el sol empiece a abrirle las puertas a la noche, habrá que bajar vigilantes y alertas, porque no más el otro día, y muchos otros días, antes, se amaba en los prados una pareja de adolescentes y todo les duró hasta que cuatro o cinco chacales los descubrieron en la noche y a él lo mataron a ladrillazos (¿por qué ladrillos?) y a ella le dieron otro tipo de merecido, por lo tanto, para qué correr riesgos inútiles, verdad, te digo mirando fijamente esos ojitos que también me miran anamorados diciendo sí, apurémonos, y ha llegado hasta la plazoleta floreada un impecable bus que comienza a vomitar turistas, hombres de pelo blanco, de pelo rubio, de pelo negro, de pelo rubio y también de pelo blanco, con sus colgantes cámaras y sus mujeres viejas y multicolores igualmente dispuestas al fotografiarlo todo, ¡zaz!, ahí quedaremos, grabados para siempre en una foto que le disparan al torreón, y el gordo nunca sabrá quienes somos, ni qué hacemos ahí, ni siquiera que casi en el momento de la instantánea hemos pensado que es un gordo estúpido; finalmente baja también del bus un japonés, que no podía faltar –habías dicho– y ríes contenta porque ahí viene otorgándote la razón. Y entonces, de acuerdo, pues: apurémonos, que de sol va quedando poco y amparado así por los parapetos, que nos llegan casi hasta los hombros, te he levantado la falda y aprieto la carne dura y la piel suave de tus muslos, de tu cintura, mientras por encima del suéter mi boca adivina mordisqueando tus pezones y entonces una gringa de mierda que ha llegado hasta el muro de abajo, donde nace la escalera, le dice graciosamente al que tal vez sea su marido, *come on, let's go up, hurry, come,* y se nos nubla el panorama, gringra bruta, por qué siempre una nube, por qué siempre una nube, pues aunque la pareja

todavía no llega al sitio donde estamos cuando un par de bocinazos del bus turban la quietud y ella *Oh, the bus is leaving. let's go back, hurry,* nosotros ya nos hemos compuesto, la magia se ha quebrado, se ha ido para abajo el termómetro y estamos ahí haciéndonos los tontos. De todas maneras te pregunto si vamos a un hotel y tú dices que no y yo recalco que parto mañana y tú preguntas que ¿y? y yo insisto en que serán varios días sin vernos y tú que mejor y yo que cómo y tú que estarás más tranquila, retomarás el hilo de tu vida y vámonos, y yo, no un rato más y tú, no, vamos, y partes sola y tengo que seguirte sabiendo que ya difícilmente hablaremos, que a lo que te pregunte, responderás con monosílabos o con gestos de cabeza, o no responderás en absoluto y seguiré a tu lado, en vano queriendo dulcificarte, pidiéndole que por favor, que sí, que no, como un imbécil, hasta el momento de separarnos en alguna esquina –tomarás un taxi, yo seguiré caminando otro poco– donde me dirás que ya no, que la estamos embarrando, que francamente no puedes, que por favor, que entienda y que punto. Yo trataré de convencerte, te rogaré, cuando se acerque y lo hagas parar, que no lo tomes, que esperes otro taxi, que hablemos, que sigamos, pero tú te habías metido adentro y a través de la ventanilla nos disparamos la última mirada, los dos cargados de tristeza y de furia, aunque sabemos ¿o no? que no es definitivo este adiós, que es transitorio, que se trata tan sólo de ponerle unos cuantos cartuchos de dinamita a mi viaje, de que no tenga quietud, me joda, me desespere, me apure, te escriba cartas que nunca te mando, pero que después siempre te entrego, te extrañe, vuelva pronto y te busque y comencemos igual que la primera vez. Y bueno, es como si a la distancia nos estuviéramos comunicando, pero hasta ahora lo he dicho todo yo; mejor hablemos, construyamos una conversación de verdad, yo desde Iquique, sumido solo en este gran palacio arabesco con sabor a

gloria de otros tiempos, bebiendo *whisky* –total, no soy yo el que paga–, tú desde Santiago, sentada en el Morris que tu marido remató para la biblioteca, tomando una taza de té sin azúcar, o mejor un cafe, un cafecito negro y fumando:

–¿Cuándo vuelves? –pregúntame.
–En tres días.
–No me busques.
–Sabes que te voy a buscar.
–Sí, lo sé. Pero no me busques.
–Bueno.
–O si quieres, búscame, ¿me comprendes?
–Te voy a buscar, ¿me comprendes?
–¿Y si te doy la gran sorpresa, como pienso dártela, y no me encuentras: ¿Me comprendes?
–Me quedo chupando el dedo, ¿me comprendes?
–¿Me comprendes?
–¿Me comprendes?
–No, definitivamente este diálogo no resulta, no nos comunicamos en absoluto, ¿te fijas?
–Cambiemos, entonces, cambiemos por "te fijas", ¿te fijas?
–Y nos decimos qué, ¿te fijas?
–Y nos decimos la verdad, ¿te fijas?
–De todas maneras, ¿te fijas?
–De todas maneras, ¿qué?
–La verdad, ¿te fijas?
–Bueno, me fijo, ¿te fijas?
–Claro que me fijo, ¿te fijas?
–Sí, ¿te fijas? Sí me fijo, ¿me comprende?
–De todas maneras.
–Linda forma de no decirse nada.
–¿Ni la verdad?.
–Ni la verdad.
–Eso: ni la verdad.

–Ni tampoco la verdad.
–Claro, no se puede. No, la verdad no.
–La verdad nunca.
–¿Te fijas?
–¿Me comprende?
–De todas maneras.

No resulta esta conversación. Pido otro *whisky* –total, no pago yo– y me pregunto por qué mierda será tan oscuro y tan solo este palacete engalanado como para las mejores fiestas, y por qué, fuera de estar aquí metido, no hay nada más que hacer en este condenado pueblo; para la playa no tengo ánimos, pero mañana me pegaré una escapadita a buscarte algunas conchas, una que otra piedra que te haga disparar los ojos; pido otro *whisky*, decía, y tú prepárate el segundo café– o un té, un tecito esta vez– y cambiaremos de tema, o hablemos simplemente en serio, mejor. Acortemos además la distancia. Yo estoy en Santiago escuchando *Yesterday* en mi propia casa *suddenly, I'm not half te man I used to be,* sin abrir todavía la *Ultima Hora* pra ver más noticias sobre la guerra de Vietnam y regocijarme con las bajas yanquis tras las bajas yanquis tras las bajas yanquis. Y tú, porque es sábado, estás en Quintero findesemaneando con tu marido y los amigos en la casa del otro tío de tu otra prima, jugando al póker, o esperando el asado al palo, o tomándose fotografías los unos a los otros; bueno *oh, yesterday came suddenly,* ah, es bonita esta canción y, sin duda, McCartney es el mejor, porque John Lennon, en fin, y pronuncia sódenly en lugar de sádenly, porque es del norte de Inglaterra. Sí, bueno, aíslate unos instantes, deja las risotadas, no escuches más, sal un rato al patio, o a la terracita del segundo piso –si es que hay una terracita en el segundo, si es que hay segundo piso, porque patio habrá– y mira el mar y tranquilízate y escúchame desde lejos, escucha desde lejos mis palabras ahora más trascendentales.

–No, hoy no quiero. Hablemos otro día, otro día. Hoy no. Estoy, estamos bien aquí, él y yo y todos. Por favor, hablemos otro día.

–Te quiero.

–Por favor.

–Muy bien, entonces no hablemos hoy, no hablemos hoy. Adiós.

–Sí, estamos tan bien todos, él y yo, y tú sabes.

–No, no sé, ahora no quiero oírlo. También necesito estar tranquilo. Voy a cerrar el *switch*, a desechar tu imagen.

–Tú sabes que él sospecha y tiene celos.

–Tú sabes que también ella sospecha y tiene celos.

–Pero tú manejas la situación.

–Sí, claro sigamos. Por supuesto. Yo soy, como dices, el Gran Planificador, o algo así. El que mide paso a paso, segundo a segundo, milimétricamente, todas sus acciones, ¿verdad?

–Eres el que no perdona.

–A Meaulnes le llevó años descubrir que lo que buscaba estaba allí mismo.

–Eres el seguro, el que nunca trepida.

–Sí, sí, el seguro. *Why she had to go, I don't know, she wouldn't say.*

–Eres la cordura.

–No. Tú eres la cordura. ¡Tú fuiste la cordura! ¡*Tú* has sido siempre la cordura! Yo nada más que voy y vengo, vengo y voy, voy y vengo.

–Vamos y venimos.

–Y a veces no sé en cual punta del camino echar raíces.

–No sabemos.

–Sí en ésta, o en ésa. Si acaso entre la desesperación y la cordura, realmente es mejor la cordura. Si la plácida vida de burgués, o la angustia corrosiva de la búsqueda.

–¿La búsqueda? ¿Cuál búsqueda? ¿La búsqueda de qué?

–Qué sé yo; del pasado. De aquello que se sabe de

antemano que no te puede hacer feliz. *Yesterday, love was such an easy game to play.* Del paraíso perdido.

—Que nunca, mientras fue presente, fue paraíso.

—Ni se perdió, puesto que nunca se tuvo, ¿ah? ¿Así te gusta hablar, a flechazos envenenados? Sí, de eso, la búsqueda de lo que se quedó en el camino, de lo que se tenía por delante, de lo que se hizo humo. Pero voy a dar vuelta el *switch.*

—Eres el que no perdona.

—*Tú* eres la que no perdona. O dime si acaso no va a perdurar el rencor pasado mañana, el lunes, cuando en el Puente yo no esté y tú esperes y yo no llegue y sigas esperando debatida entre la desesperanza y la rabia y yo no llegue, y pienses primero que me pasó algo grave, y en seguida, que ya no me importas, y por último, que soy un carajo de la peor especie, y vayas partiendo lento desde el Puente, despacito, por si acaso, y masticando bien el castigo, porque a ti eso no te lo hacen, verdad. Dime si no estarás algunos días poniéndome cara de buldog, tratando de hacerme sentir cuán torpe, cuán poca cosa, cuán infeliz soy capaz de portarme con quien tanto por mi se sacrifica. Dime si no se me dirás que soy un degenerado cuando llegue soriendo, con la excusa a flor de labios de por qué no llegué al Puente. Bien, ¡dímelo!

—Tú eres el que no perdona. Sí, te lo digo. Eres capaz de portarte torpe, poca cosa, infeliz, conmigo, que me sacrifico tanto. Eres un degenerado, porque el lunes no irás a la cita y me quedaré esperando en el Puente y a lo mejor hasta llueve y la tristeza será mayor aún de no verte después de estos días. Sí, por lo menos durante una semana te recibiré con cara de buldog, para que vayas aprendiendo, porque a mí eso no me lo hacen. Y mi castigo comienza desde ya, de modo que ahora desapareces, porque soy yo la que corta el *switch.*

—Un minuto. Dame un minuto...

—Ah, y déjame decirte con regocijo que no voy a salir a la terracita, porque estoy con todos en el living, al lado de mi maridito, y vamos a jugar al póker, y me siento tan, tan feliz, cuando me hallo al lado de él, que no te extraño, amor, que no pienso siquiera en ti, amor, que ni de paso me acuerdo de que existes, amor. Además, no hay terracita.

—Veo bien tu sonrisa al imaginarte la cara que tus palabras me están haciendo poner.

—Sí, sonrío al ver la cara que pones, me deleita comprobar mi poder, pero silencio, esto pertenece a lo que se calla, al secreto. De modo que ahora corto el *switch* y puedes decirte a ti mismo, ya que te preguntabas con McCartney *why she had to go...*, que claro, que cómo no, que sin duda *I said something wrong, now I long for yesterday* y, chao, lindo, amor al que no recordaré ni una vez más hoy ni mañana, pero a quien estaré esperando el lunes a las cinco, en el Puente, y que si no llega, si no llega...

—Espera...

El *switch* se ha cortado, de manera que una vez más habrá que cambiar. Pero, bueno, además del ejemplo de la ida al San Cristóbal, podemos también hablar de otras cosas, cosas, digamos, del pasado y, agreguemos, de un pasado algo lejano, porque ya dejamos de ser nuevos, verdad. Hablar, más o menos, de entrevistas en automóvil o de que una vez —18 de septiembre, para poner una fecha patria de mucho símbolo— he llegado hasta Quintero sin saber ni por las tapas hacia donde está la casa de ese otro tío de esa otra prima tuya y he buscado ansiosamente en todos los rincones hasta divisarte en la playa del Papagallo tendida boca abajo en bikini, despaturrada como siempre, con tus apretadas piernas bien abiertas, al lado de una amiga, o prima, o tía, o prima, o simplemente amiga, pero sin *él*, como le dices, que estará quizás leyendo a la sombra de su habitación, y qué locura —empalideces—, cómo se me ocurre, esos son desbordes, momentos de crisis que deben

a toda costa evitarse para tranquilidad de nuestras vidas tranquilas, y la amiga, o prima, o tía, discretamente da una excusa y se retira y tú qué dices –ah, qué dices, mientras te pones los pantalones–, que partamos inmediatamente de ahí, que si tengo algo que hablarte, vamos de inmediato a otro lugar, a ese cerro, a este bosque, ya que. Pero qué ya qué ni ya qué: él viene a buscarte y los dados están rodando, vendrá el encuentro que yo quería, que tú evitabas; que yo quería porque creía, que tú evitabas porque sabías, el encuentro del que se sale (yo), mote, pésimamente parado, cola entre las piernas, como palo de gallinero, y todo porque sí, qué curioso, porque sí, porque ya las cosas, porque el tiempo, porque los cariños, y en fin, de esa y otras ocasiones podemos hablar tú y yo, o bien monologar yo, ahora sin el *switch*, de esa y muchas otras, pero para qué: piensa que ese maldito gringo, al ver las fotos que una tarde de turismo tomó en el pintorrescou cerrou San Cristoubl, se topará con una en que aparece un torreón y tras las almenas asoma una pareja en actitud amorosa, y podrá el gringo muy bien preguntarse quiénes serán estos sujetos y qué hacían allí, porque de la foto nada más podrá decirse que dos sujetos como los que somos, nada tendrían que hacer ahí, porque, entre nos, el tiempo pasa y quizás para percatarnos, deberíamos ver esa instantánea que estará mirando el gringo, verla tú y echar una lagrimita, verla yo y echar otra puteada y cantar, concluyendo: *Yesterday, love was such an easy game to play,* pero no necesito como McCartney ningún lugar para ocultarme, pues de todas, todísimas maneras, tú eres tú, yo soy yo, los dos somos los dos y eso es algo, y más que algo, y si el jetón del gringo no lo ve, que se vaya derechito a la mierda y adelante, pues, *Switch.*

DOS LAGARTOS EN UNA BOTELLA

Quizás el malestar físico que siento se deba a la sobredosis de vino. O a un desajuste de la sangre. Pero aquí el rugido mecánico del mar me alivia.

—Sí, amor atúrdeme, estruja mis pechos, bésame más, bésame mucho, igual que en el bolero, como si fuera esta noche la última vez.

—Dame la botella.

—Porque sí es la última vez.

—¡De la patada este pisco!

—Seguro que tienes miedo de perderme, así es que no te hagas.

—Ya te perdí, ¿no? ¿No dices que esta noche es la última vez?

—La última hasta mañana por la noche... No, digo en broma, ahora la cosa va en serio. Tú regresas a tu casita y yo aprovecho para casarme...

—¡Que porquería de pisco!

—... de una vez, ¿o quieres que me quede para vestir santos?

—¿No te estarás poniendo demasiado cínica?

—Sí; pero tú me diste la lección clave: ¿cómo era eso de que el amor eterno dura dos meses?

—¡Una mierda de pisco!

–¿Cuánto llevamos? Más de una ño.
–¿De dónde sacaste esta porquería?

Del departamento me fui al bar. Sólo Teófilo estaba allí con su rostro de viejo búho, su simpatía, su contundente humanidad. Conversamos primero sobre insectos y sobre sapos. Empezó parodiando él una disertación acerca de lo rígida, lo inflexible que es la naturaleza, y luego cada uno relató pequeñas escenas pertinentes: palotes devorados por arañas peludas en una caja de zapatos, peleas entre lagartos dentro de una botella, cucarachas ardiendo en un charco de alcohol, alacranes lanceteándose su propio veneno antes de ser derrotados por la llama.

Al rato llegó Nicomedes con un pañuelo de sangre sobre sus narices. Otra humanidad terrible. Seres que alientan porque han sido capaces de sobrellevarlo todo, porque después de tumbo y tumbo han vuelto a levantarse, porque los manteos cotidianos no han logrado emputecerlos, porque han sabido tener "gracia bajo la presión", porque *sí* conocen y han superado el miedo.

–Sí, ya nunca nunca. Son las dos de la mañana. Tendrías que ir partiendo.

–Canta otra vez eso de "debemos separarnos, no me preguntes más".

–Sí, ya sabes que no es falta de cariño.

–Me quieres con el alma.

–Te acabaste la botella y además de tarde vas a llegar borracho.

–Que más da.

–Tu señora te va a hacer tantán.

–Buena excusa, ves. No estuve pasando con mi amante la noche del estribo, acariciando así sus pechos tan suaves, deslizándole la lengua por los pezones para que se pongan duros, lamiendo su ombligo y hacia abajo hasta enterrarle

ahí los dientes, todo por última vez, entre sus sábanas rosadas y la Partita número dos en transcripción para guitarra, sino que estuve en un bar, a ver, en El Bosco (siempre hay que particularizar) jugando al cacho y echándome unos pencazos con los compañeros de trabajo, ¿qué mejor?

–Chao, amor. Y ahora si en serio: no vuelvas a buscarme, ni me llames. Para que no te quepan dudas, me caso esta semana.

–Mejor. Así no tendremos oportunidad de volver.

–Entonces: colorín, colorado, este cuento se ha...

–Acabado.

Nicomedes se integró al tema de las criaturas indefensas y Teófilo terminó teatralizando que la más indefensa de todas es el hombre, que nace y demora tanto en valerse por sí mismo; que sólo al año aprende a caminar, lo cual no le sirve de nada; que cuando es pobre supera toda pobreza: la de los perros vagos, la de las ratas, la de los peces fuera del agua.

Propusieron otra botella de tinto. Hubiese bebido con ellos –es difícil levantarse de su mesa– hasta recuperar el ánimo. O hasta embrutecerme. Nunca había sentido tan pocas ganas, tan pocas fuerzas, tanto vacío para trabajar, y me quedaba apenas media hora y eso es lo que demoraba el viaje a la oficina.

Nicomedes me dijo que no fuera. Que me excusara por teléfono. Que justamente para ese tipo de cosas se inventaron los teléfonos. Me paré violentamente asegurando que partía en el acto. Teófilo sonrió búdicamente. "En el camino se arregla la carga, Ricardo", dijo. "Te quedará la buena satisfacción de haberte derrotado a ti mismo."

Y partí. Me alejé mirando siempre al suelo y lanzando cada tantos pasos un escupo.

–Pero si la otra noche dijiste colorín, colorado, este cuento se ha acabado y te pusiste a llorar como niña chica, hecha una loca.

–Por eso te fuiste.

–Me irrita el llanterío.

–Bueno, para poner las cosas claras, eso fue la otra noche. Cualquiera puede ser débil en la noche. Pero de día es distinto.

–Pero si la otra noche, entre llanto y llanto, dijiste que me amabas y te aferrabas a mi cuerpo para que no me fuera.

–Porque sabía que era la del estribo, que después ya no, que nunca más.

–Que me tirabas la cadena definitivamente.

–Si quieres convencerte, cuando te fuiste se me calmaron las lágrimas y eché desodorante ambiental en mi pieza para que no quedara ni olor a ti. El pañuelo que dejaste, lo tiré a la basura. La toalla con que te secaste la quemé. Aquí ya no eres nadie.

–Por favor.

–Saca tus manos, no vuelvas a tocarme. Nada de favores.

–Pero si la otra noche. Por favor. No me dejes ahora, que tengo mucho miedo.

(¡Qué gran sedante es el mar!)

Llegué a las siete, mareado por el vino y el sueño en la corriente del autobús. Finalmente no fui a la oficina. Finalmente bebí, también, pero sin Nicomedes y sin Teófilo. Solo. Donde Rodrigo. Después hable mucho, despotriqué más bien monologando sobre la irresponsabilidad, sobre lo poco y nada que a ratos me importa todo, sobre la tontería y el prejuicio, sobre los que fingen, sobre las máscaras, sobre los que no son ellos mismos, los gusanos, los bajos, los incapaces de vivir porque ya no sienten, los de sangre fría, los que conocen al revés y al derecho la utilidad de la razón, los que convierten la vida en un esquema, los que se van en un momento dado, los que dicen que los hombres no deben llorar y lloran a escondidas, los que en tan sólo un minuto lo tiran todo por la borda, los que tienen algo que perder,

los ruines, los que piensan todo lo contrario, los que van por ovejas y tampoco salen trasquilados, los que de rodillas piden abrazos fraternales cuando quieren cama, los Burlaps, los que escriben la vida de los santos y se regocijan en burdeles.

El vino hace decir buenas cosas que se dicen con la sangre caliente, no con el cerebro; lo que siempre se niega, lo que permanece rezagado bajo el peso agobiante de la vida diaria, lo que siempre se teme, lo que pudoriza el alma.

—¿Qué sacas, tontito. Has estado viniendo todos los días a rogarme y mi respuesta es siempre una. ¿Todavía no te das cuenta de lo dura que soy?

—Dame un trago.

—No hay trago.

—Un café.

—No hay café. Mira, no sigas: para ti no hay nada. Sólo la puerta. Y créeme. Ahora te vas a a ir. Te juro que tu miedo me tiene sin cuidado. ¡Miedo! ¿Miedo de qué?

—Miedo de todo. De no verte.

—De no verme, qué risa.

—De no tenerte más.

—De no tenerme más, qué risa.

—De perder tus piernas para siempre.

—Qué risa, qué risa, jajá. Ahí está la puerta.

—De la soledad, de todo. Hasta miedo del miedo. Porque lo he pasado mal sin ti, no me jodas, sigamos juntos. Cásate si quieres, pero sigamos juntos. Te necesito.

—No, perrito regalón. ¡No me toques! No me ablandes. Para que te vayas rápido: el casorio es mañana. Y la luna de miel fue anoche.

—¡Puta de mierda!

—Y tú serás muy rico, sí, pero él es mejor. Es salvaje. Me hizo ver estrellas, dar gritos, delirar.

Estoy frente a la ventana, con la lamparita encendida. Inevitablemente al levantar la vista me veo reflejado en el vidrio. El ceño permanentemente arrugado. Los ojos empequeñecidos por el esfuerzo de mirar fijo sin ver bien. Sigo relajándome y cada vez soy más dueño de mí mismo. (Es el mar). Sin embargo, estoy seguro de que no querré dormir. Seguiré solo, solo allí mismo, *allí*, putamadremente solo imaginando compases cálidos, locos pasos de ritmo tropical, calor y todo (tengo mucha, mucha sed) y me daré vueltas entre la misma musiquita, perturbado no únicamente por la incertidumbre de lo que está pasando *allí* en el mismo momento, sino también por algunos recuerdos del día: el pescador muerto, cuando llegué; el otro, el loco, conduciendo a toda su familia hacia el mar, luchando para no ser embutido en la ambulancia que lo ausentará para siempre; los perros que Sanidad envenenó con albóndigas y el llanto de la señora por su perrita blanca; el hombre débil que se ha creído fuerte y que no no sabe evitar lo que hace, lo que dice, el ridículo; que comienza por decir que no irá y sigue por ir y quiere luego quedarse y te dice y te agobia, te exaspera, demuestra su aniquilación, baja la guardia, no sabe, no sabe. O *sí* sabe y no le sirve de nada porque no puede, ha dejado de ser su propio dueño y a pesar entonces de saber, sigue y sigue hasta que se le hace más clara la luz y las emprende, pero muy tarde ya para desandar el camino, para no haber dicho lo que se dijo, no haber hecho lo que se hizo, para insinuar una fortaleza que no se tiene; los muertos de un choque en Tokio que no tenía por qué ocurrir; la carta de un hombre al consultorio sentimental de un periódico vespertino pidiendo a gritos que le digan que sí, que es un imbécil, porque no supo retener lo que quiso, porque dejó que hicieran de él otro loco; retazos de conversaciones anteriores que siguen vagando en el inmenso espacio de tu cráneo: no, claro, no estamos dispuestos a vivir, enterrémonos entonces: ilusiones forja-

das, calles que pasan, un café aquí, allá un almuerzo, o la espera en el atardecer de la pieza oscura, el tiempo, el tiempo, el goce intenso de una nota de violín que cala los tuétanos, o una canción que parece aullada desde lejos, el labio retorciéndose en angustia por el beso, una carrera loca por el encerado, una danza, una caminar nervioso de ida y vuelta, en el Cerro los animales vistos desde fuera de la jaula, un lazo creándose que se corre y estrangula, la angustia cada mañana (no, no, no estamos dispuestos). Y todo se ha ido confabulando para que surja la idea de que sí, de que ahora. Pero se promete, se da la palabra, se jura y entonces la respuesta es no. Estaba equivocado, fui un estúpido, era apenas la imaginación, o la vanidad, las defensas que siempre salen al camino, el buscar sentido oculto a una palabra, a un hecho que no lo tienen, una palabra que ha sido dicha sin sangre y un hecho que se ha cometido por el solo desconcierto de un momento (porque sí lo habías dicho, sí mandaste el beso desde el espejo, sí escuchaste mil veces sola revolcándote la música que te llevé), el desmenuzar cada gesto en beneficio de nuestra propia tranquilidad, el intento inevitable de engrosar sin límites el ego; otras ideas que se han ido amalgamando, que toman forma y que están prontas a decirse pero se atajan en la punta de la lengua debido a un hombrecito de cuatro años y ojos claros que también se llama Ricardo y que desde la camita roba una sonrisa cada noche al borracho, mientras la más pequeña duerme escondida bajo las sábanas.

Sí; por eso la verdad era importante. Saber, tener certeza. Porque siempre dos personas pueden irse, partir, seguir viviendo.

—Es salvaje —dijo ella con un mohín voluptuoso en la expresión— Me hizo ver estrellas, dar gritos, delirar.

En ese momento él le plantó la primera cachetada. Ella

cayó sobre el sillón cubriéndose el rostro. El la levantó tirándola del pelo y le dio otras dos palmadas repitiendo la palabra puta. Volvió a empujarla al sillón. Volvió a levantarla del pelo arrojándola ahora contra la pared. Ella lloraba y gemía. Se dobló y cayó de rodillas sobre el suelo. El la volvió a empujar ahora con más violencia. Ella quedaba tendida. Entonces le asestó la primera patada y después no pudo detenerse hasta verla inconsciente y con la cara llena de sangre. En seguida se dejó caer sobre la alfombra y no pudo evitar que mientras se daba de cabezazos contra el suelo el llanto le fluyera en torrentes, porque era cierto, pues, que la había perdido.

Vaguedades. Todo vaguedades. Se terminaron los cigarros. La sed no mengua. Me voy, el malestar se me ha pasado. No hace frío y dejaré la puerta abierta. La noche se ve clara y mañana estará más claro aún. Purificarse con un baño de mar, correr, sentir el nuevo día, hundir, pisar asfixiando todo aquello que no debe perturbar nuestras vidas *tan* tranquilas, tan intocables, tan, tan serias.

AL CAER LA NOCHE

–¿Albino?...

No se dio por aludido, sino que permaneció, echado sobre la silla de lona, atento al periódico. Era realmente interesante lo que estaba leyendo. Un caso, pero un verdadero caso, de crimen perfecto. No sería lo más instructivo, pero como se levantara temprano había terminado ya de leer todas la noticias sobre la guerra.

–¡Albino!

A unos pasos de la silla de Albino, sobre una mesita de jardín, estaban los materiales de estudio de José: dos diccionarios y un cuaderno. El sol blanqueaba las hojas. Era importante lo que acababa de descubrir.

–¡Albino, te estoy hablando!

–¿Qué quieres, José?

–Mira, escucha: ¿te habías dado cuenta alguna vez del origen de la palabra calefacción?

–¿De la palabra calefacción? No. José. realmente nunca me lo he preguntado.

–¿Que entiendes tú por calefacción, Albino?

–¿Por calefacción? Bueno. algo que transmite calor. ¿no es eso?

–¡Exacto, Albino, exacto! Calor. Has dado en el clavo. Precisamente calor. Ahora dime. ¿no notas alguna semejanza entre calefacción y calor?

–¿Entre calefacción y calor?.. No. José. no se me ocurre.

–Piensa un poco, hombre. ¿Qué hay de común en estas dos palabras?

–De común... Bueno, tal vez que ninguna de las dos tiene nada que ver con frío...

–Pero en cuanto a la construcción misma de las palabras, hombre. ¡Vamos, no seas lerdo!

–Lerdo. A la construcción misma... No se me ocurre, José, ¿qué es?

–Pues si te fijas bien y te concentras verás que ambas empiezan con cal.

–Con cal.

– ¡Claro! *Cal*efacción y *cal*or, ¿comprendes?

–*Cal*efacción y *cal*or. Sí, José. Es decir, más o menos.

Tras el patio se dibujaba la casa de dos pisos, vieja, con algo de misteriosa historia en sus paredes cubiertas de enredaderas, con algo triste y alegre a la vez, luminoso y gris.

Con notorio aire de enfado, José se sumió nuevamente en los diccionarios. No sabía cuál era su afán de perder el tiempo tratando de hacer comprender a este idiota problemas lingüísticos tan importantes como los que estaba desentrañando. Sabía perfectamente que estas materias estaban más allá de la comprensión de Albino. Tomó el lápiz, le afiló la mina contra la suela del zapato, escupió con violencia y empezó a escribir.

La luz que el sol proyectaba sobre la mesita de jardín se fue deslizando hacia afuera. Las murallas de la casona se llenaron de sombra, perdieron todo el brillo de la tarde, adquirieron un aspecto lúgubre.

– ¿José?

José escribía. Consultaba un diccionario, luego el otro. Volvía a escribir. A ratos se detenía, escupía lejos y estaba largos minutos, a veces horas, con la punta del lápiz entre los labios, pensando, resolviendo, aclarando, desentrañando los más recónditos secretos del lenguaje.

–¡José!

–¿Me hablas?

–Sí, José.

José se levantó, estiró los brazos y bostezó sonoramente. Convenía caminar después de tanto tiempo sentado. Empezó a describir círculos alrededor de la silla de lona, haciendo flexiones con los brazos y escupiendo hacia los árboles.

–¿Qué quieres?

–Quieres... ¿En qué guerra estamos, José?

–En la segunda, sin duda.

–¿Seguro, José?

–Seguro, José, digo Albino. ¡Ya me estás contagiando esa maldita costumbre que tienes de repetir lo que uno dice!

–Dice. Entonces, ¿eso quiere decir que la guerra en la que yo peleé fue la primera?

–¡En la que peleaste de intruso solamente! Por cierto la primera.

Desconcertado, Albino dejó el periódico sobre el césped y se levantó, comenzando también a dar vueltas alrededor de la mesita de jardín. Caminaba con las manos cruzadas en la espalda y con el tronco inclinado hacia adelante, la vista fija en el suelo. De cuando en cuando se rascaba la cabeza con frenesí y lanzaba guturales exclamaciones de placer. De súbito, su rostro flaco y anguloso cambió de expresión. Frunciósele el ceño, empequeñeciéronsele los ojos tras las pestañas blancas, adquiriendo un brillo especial y extraño.

–¡No puede ser, José! ¿Me entiendes? ¡No-pue-de-ser!

–¿Por qué?

–No puede ser la primera guerra mundial, en la que yo combatí.

–¿Por qué no va a poder ser?

–Porque fue en la segunda, José.

–¿Pero por qué?

–Porque fue en la segunda.

–¿Por qué lo dices, hombre, por qué lo dices? Eso es lo que te estoy preguntando.

Albino se detuvo. Irguió el pecho, aspiró profundo y dijo:

–Porque así fue.

José se detuvo también, casi junto a él. Escupió y enfrentó su mirada. Sabía que algo grave se avecinaba. Esa mirada de Albino, esos ojos extraviados. Sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo. Siempre cuando Albino se ponía así, lo invadía un miedo, irremediable, inexplicable. Agachó un poco la cabeza y dio, involuntariamente, un paso adelante.

–¡Esto es lo que te mereces! –exclamó Albino, asestándole un bofetón en la mejilla.

José unió las manos en actitud beatífica.

–No te enojes conmigo, por favor, Albino –suplicó casi llorando–. Yo no quise decir nada que te hiera, te lo juro, nada que pudiera herir tus sentimientos. ¡Perdóname, Albino! –escupió–, te prometo...

–¡Toma! –gritó Albino, pegándole nuevamente, esta vez en la otra mejilla.

José estalló en llanto y cayó de rodillas. El sol estaba por irse, el jardín ya no era sino sombras, ramas que se confundían con la maraña de un bosque, un silencio conmovedor y aterrorizante. Albino se inclinó, tomó entre sus manos la cara de José y comenzó a llorar sin estrépito.

–Es que no me puedo acordar. José, no puedo acordarme de nada. Ni siquiera en qué guerra peleé. Los diarios no dicen nada. Hablan de la guerra fría, ¿no será ésa la guerra en que estamos, José? Porque yo creo, pienso, que fue en la segunda donde yo estuve, pero no lo recuerdo. ¿Por qué le dicen fría, José?... Toma, toma sécate las lágrimas con mi pañuelo, no llores más, perdóname.

–Yo no sé tampoco, Albino, pero creo que cuando te

conocí, después que te hicieron esa operación en la cabeza, ¿te acuerdas, Albino?, estábamos en la segunda...

—Segunda. No, no me acuerdo, José, no me acuerdo de nada.

—... Y eso quiere decir, entonces, que ahora estamos en la tercera.

—¿La fría?

—Sí, Albino, la fría, la tercera tendría que ser la fría.

—Pero en ésta no matan hombres, ¿verdad?

—No, Albino, en ésta no matan hombres. Es la fría.

Después de la comida algunos se fueron al salón de juegos, donde había también un *set* de televisión. Albino y José, inseparables, salieron al patio.

—He estado pensando... —dijo José, después de escupir.

—Pensando —repitió Albino.

—... en que la palabra caldera también esta relacionada con calor y calefacción. ¿No te parece?

—¿Cómo caldera, José?

—Fíjate en la raíz de la palabra: cal. ¿No son acaso las calderas para producir calor?

—Sí, José.

—Pues tenemos entonces *cal*efacción, *cal*or y *cal*dera. Una raíz común para todas, para las tres palabras.

Caminaron en silencio por el césped del vasto patio. Desde el interior llegaban algunos síntomas de discusión y algunas risotadas femeninas.

—José.

—Dime.

—¿Y tú crees que la palabra calcetín tiene algo que ver?

—¿Calcetín? No te comprendo.

—Claro, porque con los calcetines de lana uno se mantiene los pies calientes cuando hace frío.

—¿Y qué tiene que ver eso?

–¿No compredes, José? *Cal*efacción, *cal*or, *cal*dera y *cal*cetín. ¿Te fijas?, es la misma..., ¿cómo la llamas tú, José?

–Raíz, querrás decir.

–Decir. Eso es, José, raíz. Es la misma raíz.

José dio unas palmadas en la espalda de Albino y luego le posó las manos sobre el hombro, mientras seguían caminando por los contornos del patio, el uno escupiendo, el otro rascándose la alba y revuelta cabellera.

–No, hombre, no es eso, Albino. No has entendido bien los problemas de la etimología de calefacción, del origen de las palabras de raíz cal que tienen relación con temperatura. Es mejor que no te preocupes de cosas que no están a tu alcance. Figúrate que yo llevo tres años trabajando sin cesar con el lenguaje. ¿Podrías comprenderlo tú en un día?

–No, José. ¿Pero cómo entonces tú puedes entender las cosas a que yo me dedico, sin que yo te diga nada?

José no escuchaba. Su mente trabajaba con ahínco en una nueva fórmula, en una fórmula que si bien no podía confesar a Albino, por razones de orgullo profesional, parecía ser muy importante. Albino, sin quererlo, podría haber dado con algo de lo que él buscaba. En realidad, los calcetines eran para abrigar. Abrigar qería decir dar calor. ¿Pero podían, tal vez, todas las palabras comenzadas por cal tener significado de calor?... No, calcetín no parecía estar relacionada con este problema. ¿Qué otras palabras comenzaban con cal?... Calzón ¡Calzón! Empezaba por cal y, lo mismo que calcetín, era para abrigar, es decir para producir calor. ¿Qué otra? Cal... Cal... Caldo. ¡Caldo! Sopa caliente.

– ¡Albino, Albino!

–Dime, José.

–No, nada. Una tontería. No vale la pena.

–La pena. José, te pregunté que cómo tú podías enten-

der las cosas a que yo me dedico sin que yo te diga nada.

—¿Y a qué te dedicas tú, puedes decirme?

Albino se detuvo y crispó los puños. José siguió caminando, sin darse cuenta de que iba solo. Lanzaba sonoros escupos.

—¿Puedes decírmelo acaso? —continuó—. A leer los diarios. ¡Vaya dedicación! Lo que dicen los diarios lo puede comprender cualquiera. ¿Por qué, entonces, habrías de decirme algo? Tú eres un lector, Albino, no un estudioso. Un lector. Ahí está la diferencia entre nosotros dos. Cualquiera puede ser un lector, pero un estudioso...

Había dado una vuelta al patio y llegaba frente al lugar donde quedara Albino, tieso como un tronco.

—¿Estabas aquí?... Pero un estudioso, te decía, no puede serlo cualquiera —elevó la voz—, ¡como tú!

Albino lo miró fríamente. José desvió la vista y presintió algo malo. Esa mirada... Albino se le fue encima y ambos cayeron al suelo. Rodaron y Albino quedó montado sobre José. Empezó a golpearlo con furia. José no gritó. Lloraba y gemía solicitando piedad. Albino siguió pegándole. Lo golpeó y lo golpeó. Luego con una piedra, hasta que cesaron los gemidos y los llantos. Se escuchó el rugir cercano de un avión. Albino se levantó y cubriéndose la cabeza con los brazos corrió hasta la mesita del jardín y se echó bajo ella. Que pase, que pase luego, pensó. Ya pronto caerán las bombas. Caerán las bombas y se habrá terminado todo. "José —llamó sin elevar la voz—, José". Ya caerán las bombas, ya caerán y entonces...

El avión se alejó y Albino fue saliendo poco a poco de su guarida. Estaba empapado. Gateando, llegó hasta el cuerpo tumbado de su amigo. "José"... "José" El cuerpo yacía inmóvil, silencioso. "Tienes razón, José; cualquiera, como yo, no, pero un estudioso como tú, sí"... De pronto abrazó al amigo y pegando su cara a la de él lo fue bañando de lágrimas. Cuando leyó en el diario lo de un crimen per-

fecto, supo con certeza que algún día habría de matarlo, pero no se imaginaba que sería tan pronto, esa misma noche. Hubiera querido hacer algo mucho más planificado y esto había resultado sin querer. Lo sospechaba desde hacía tiempo, que alguna vez lo iba a matar. ¿Por qué, por qué? No lo sabía, pero era así. "José... José, escúchame. Yo no quise... Te lo juro que no quise"... José no respondió. Sus ojos abiertos, desorbitados, parecían mirar desde el infinito a su amigo. En su rostro se había grabado para siempre la desesperación, se había cristalizado el dolor. "Perdóname, José: nunca más volveré a hacerlo, te lo juro"...

Albino se levantó. Sus facciones se endurecieron. Todo lo que acababa de ocurrir quería recordarle algo, algo muy importante, tal vez decisivo en su vida, algo de un pasado remoto, o próximo, pero algo que tenía que salir, que era como la solución de todo. Se esforzó. Bajo sus cejas blanquizcas los ojos se encogieron formando dos líneas horizontales. Parecía estar a punto de desentrañar el misterio de su ser. ¿Qué era?... Un hombre sobre la hierba... De noche... Repiquetear de ametralladoras... Lamentos... ¿Dónde, cuándo, qué...? Estaba a punto, cuando el retintín de la campanilla desvió el curso de su pensamieno. ¿Qué era? Ya no lo sabría nunca. Entro a la casa. Al cruzar el hall grande, María Ester iba y venía sobre la alfombra, dando unos graciosos pasos de baile y cantando *"Yo soy la viudita del Conde Laurel"*. Sus cabellos grises se agitaban revueltos.

Un hombre viejo, vestido con delantal blanco, abrió la puerta y batiendo palmas dijo:

—Ya, niños, es hora de acostarse.

—Acostarse —repitió Albino, y desapareció.

LET IT BE

"And when the nigth is cloudy, there's still a light that shines on me, shine until tomorrow, let it be".

John Lennon

Nada hay en Laura que no me guste escribió Simbad (en absoluto "el marino", Simbad a secas) mientras ella misma a esas horas iría tal vez casi llegando a los plácidos mares de Acapulco para refrescar la piel y apaciguar el alma confundida, iría ya cerca de Tierra Colorada (todo quería él calcularlo minuto a minuto, saber con precisión cada paso, así como fue también a conocer la calle donde vive, de edificios altos y casas de dos pisos y luna por las noches, el barrio en que trabaja, plagado de taquerías de apenas mala muerte, los recorridos que suele hacer de un punto a otro, sí, con el fin exacto de pensarla en cualquiera de sus partes habituales y en todo momento del día, de la noche, del día, de la noche), cerca de Tierra Colorada con su dos amigas, quizás pensando en él, de seguro recordando algo amarga los términos del último diálogo, en la esquina de esa calle que ahora le gustaba hasta el delirio, a pesar de lo fea, a pesar de lo ruidosa, desde que supo que justo en la casita azul, bajo el rótulo de los relojes, vivía ella, no sola por desgracia, con marido y todo, pero *ella* y eso ya era suficiente... Se quedó embobado con su frase, como no pudiendo creer que él mismo (después de tanto tiempo) la hubiera escrito, sobre todo, más que por ese espléndido comienzo, por la idea casi poética que seguía en los próximos renglones del cuaderno grueso que especialmente había comprado para dedicarle

a esa amada viajera el segundo cuento de su vida. Decía: *Mentira: en verdad sí hay algo: me enfurece que aún no le quiera ordenar a su piel ponerse a merded de mis caricias.* Era demasiado. Se levantó y fue hasta el compartimiento -bar de su estantería a servirse medio vaso de escocés puro, bien puro, qué tanto, para qué adornarlo con hielos y minerales. Después de tomar el primer sorbo con una expresión neta de alegría que ella, en el Renault celeste –ya muy cerca de mar– podría estar adivinando (si es que, como era seguro, pensaba en él), avanzó lento y a paso firme hasta el tocadiscos y puso sin vacilaciones el poema sinfónico *Don Juan,* que desde mucho tiempo atrás tanto le gustaba. Volvió a su silla y al rato, en el surgimiento *forte* del *motif* trató de concentrarse, de volar a otros años, de fijar la memoria en el rostro blanco y risueño de Beatriz mientras preparaba su examen en aquella mínima placita del barrio la primera vez que él la vió. Porque eso *sí* tenía que ver con esta música. Tenía que ver muy de cerca, desde el fondo, desde siempre. Sin embargo, la memoria se le quebraba, no por el olvido sino por estos recientes revolcones que la mala leche se empeñaba en aplicarle veinte, exactamente veinte años después, en otro país, con mucho mundo perdido y con las épocas duras del organismo a punto de un furioso amanecer. Entonces, apretando el *stop* de los recuerdos, volvió sobre las hojas que tras el "cadenazo" había escrito motivado por la violencia de este nuevo amor acaso ya inevitablemente tardío. Caminaban cada uno ensimismado a lo largo de una calle dominada por el "tilín" de los tranvías después de haber tomado café con crema en un local donde las cucarachas echaban carreras sobre los muros; caminaban despacio, cabizbajos, cuando ella de pronto le dio otro lancetazo:

–Te estás equivocando conmigo– dijo.

–Yo rara vez me equivoco –respondió él con la misma típica sonrisa de auto-ironía que sacaba cuando quería decir

justo lo contrario–. Pero tal vez me podrías explicar...

–Desde luego. Lo que pasa es que yo *no* te quiero, como a cada rato intentas hacérmelo creer. No te quiero, convéncete.

–La equivocada eres tú. *Sí* me quieres. Digas lo que digas, me quieres. Y te voy a dar tres razones.

–¿Tú a mí? ¡Qué divertido! ¿A ver la primera?

–Primera: pasas frente al edificio donde vivo y levantas nostálgica la vista hacia mi ventana siguiendo las enredaderas (son palabras tuyas). Segunda: andamos juntos un rato, a pie o en auto, por el parque, y languideces... Palabras tuyas. Tercera: si yo no te busco, te alarmas y me buscas tú.. ¿Sí o no? Entonces, o estás fingiendo o me quieres, no hay otras alternativas.

–Te equivocas. Puede que seas muy franco. Y muy lúcido... Sin embargo, te equivocas, porque la verdad es que *no* te quiero. Me halagas, me gusta escucharte, siento un cosquilleo en todo el cuerpo con las cosas que me dices. Pero ya.

–Bueno –dijo él, pasándole la pelota, como muy seguro de sí mismo–, será mejor entonces que no nos veamos más...

–Es justo lo que te iba a decir...

–Porque no me gusta ser el payaso de nadie.

–No te sientas así; pero trata de entenderme: quiero que ya no me sigas, que no me llames, que no me escribas cosas, que no vuelvas a esperarme a la salida.

–*No me sigas, ni me llames, ni me beses, ni me llores, ni me quieras más* –cantó Simbad–. ¿Has oído a la Rinaldi? Lo mejor del siglo. Y si te llamo y busco, ¡qué!

–Te vas a encontrar con un No demoledor, rotundo; entiéndeme bien, Simbad, yo te estimo mucho...

–Me querés a lo amigo...

–Pero no me interesas de otra forma.

Se echó un trago largo que le arrancó una mueca y rele-

yó pues las hojas que más o menos iracundo había garabateado la misma noche, tras ese diálogo, al llegar a casa, también con un vaso de whisky en la mesa y escuchando algunos discos de tango y jazz, los mejores, para empezar:

Y entonces te plantaste, firme como una maldita estatua de piedra dura, y miraste hacia el lado, de modo que la fuerza del ojo se perdiera, para lanzar tu aguijonazo lleno de ponzoña despiadada directo al centro del corazón mientras el poder del tango me perfora el alma en un último intento de dar conmigo no sólo en el suelo sino en el charco, en el lodo definitivo del que ya nunca se sale, y letra a letra me atacan desde el bandoneón y la imagen última de una piel que no siente el calor de la mano que la roza, frases, frases, frases anotadas, sabidas ya de tanto y tanto tiempo, "decime quién sos vos, te quiero conocer" sí, claro pero para eso hay que darse de cabezazos en el muro, azotarse con silicios de monjas fanáticas y enfermeras, masoquear firme, "te quiero conocer", vos, pobre Simbad, ¿no te das cuenta de que la vida es una parcela, un cajón, un diminuto triángulo isóseles donde no caben dos, donde apenas caben dos, otros dos, pero no los dos que debieran, no los mismos dos que se miran al llevarse a la boca la taza de café, no los mismos dos que parecen de pronto angustiarse por la imposibilidad de encender la fogata, el fósforo, la mínima chispa capaz de incendiar toda la pradera, miedo, miedo. Miedo de vivir. Miedo al pequeño sufrimiento que prepara a veces quizás la gran felicidad, miedo al contagio, al choque eléctrico de piel con piel, claro "decime quién sos vos, decime dónde vas". Mejor no me digas nada, que dónde vas ya lo sé: a los pequeños marcos de un cuaderno cuadriculado como los que nos pedía la profesora de aritmética, sí, claro, ahí vas, y sigue el tango, "sacáte el antifaz, te quiero conocer", pero los antifaces no siempre son fáciles de sacar, porque a veces son la cara misma, la propia piel disfrazada de sonrisa tierna, sí "tu risa me hace mal/mostra-

te como sos", ya veo, ya veo que respira este pequeño Simbad por la herida, que quiere neciamente darle un mordiscón a su vanidad fastidiada no por el desprecio, ni por la indiferencia, sino por la insensibilidad terrible de la piel, del labio rígido, del escalofrío que no llega... Y siguiendo con el tango, pues, al volver, después del café y las cucarachas, toda la rabia concentrada, la rabia no en contra sino dentro, la rabia de una sonrisa rota, de todo lo solemne, de lo que debe *ser, de esa tan afincada solemnidad que intentamos día a día, noche a noche, combatir desde todas las trincheras, la rabia de ser presos, de aguantar bajo el agua la asfixia. La rabia de desesperarse y no llorar, de no caer al suelo gimiendo como un animal herido, de no gritar a todo pulmón que viva el encierro, que mueran los espacios abiertos. La rabia de no lanzar el vaso contra el muro y de arremeter adelante con el tango, la rabia, la rabia no de pensar en tí aunque no quiera, sino de seguir queriendo pensar en tí, de empecinarse en creer que la reacción de la piel puede variar porque mi mano la convenza, muñeca soberbia y necia, la rabia por la seguridad que tuve de haberte mordido mi veneno, de aceptar de pronto que "al mundo le falta un tornillo", igual que a esta pluma loca y disparada que ya se está cansando porque la locura acecha desde cada rincón –como el dolor–, brujita imbatible, la rabia de estar lanzando mierda para no caer más, para evitar la cara triste y el llanto inutil, la rabia de empezar a sacar fuerzas para decirte mañana que ya, no más, que ni qué, ¡y a ver! La rabia de estar juntando tanta rabia. La rabia de que en este momento suene el teléfono y me interumpan. ¿Serás tú?...*

Romanticón, se dijo terminado de leer por segunda vez el trozo, ya menos agobiado. Un pobre, lamentable, romanticón sin remedio. Y concentrándose en la música de *Don Juan* trató nuevamente de visualizar las tardes en que Beatriz solía estudiar en la pequeña plaza, mientras a la vez apretaba fuerte el propósito de castigar, de ya no ser más

él quien buscara. Porque sí creía firmemente que nunca en las calles que circundaban la panadería y el rótulo de los relojes había contaminado el aire tanto amor.

–¿Qué pasa, Laura? –dijo una de las amigas.

–Sí, manita –dijo la otra–, estás como de Empresa Fúnebre. ¡Anímate un poco! Ahí tienes el mar, siquiera míralo. Hasta buena luna tienes. ¡Dos días de maravilla y esa cara!

Laura respondió con una bocanada de humo denso y una sonrisa lánguida bajando los ojos hacia el lado como en señal de que no iba a hablar. Pero sí pensó en lo que le pasaba. Más bien estaba todo el tiempo pensando con rabia en lo que le pasaba. Y lo que le pasaba era muy simple: se arrepentía... Se arrepentía de haberse arrepentido, de no haber seguido siendo hosca, dura, despiadada.

– ¡Toma tus papelitos! –le había dicho primero, entregándole las pequeñas reflexiones, los mínimos recado que él siempre le anotaba hasta en las servilletas de los cafés donde consumía las tardes–. ¡No quiero ni un estúpido papelito más!

Papelitos que citaban versos románticos, que definían algún momento especial. "¿Qué estarás haciendo mientras me asomo a la ventana:" Cosas cursis. "Amo la calle en que vives, ¿conoces *My fair lady*?" Papelitos impregnados de amor, de ternura. Y de imbecilidad, pues, ¡papelitos!

El los arrugó en la mano y dio media vuelta. Ella caminó hasta su casa arrepintiéndose ya. Y el arrepentimiento la llevó entonces, en la misma noche, después de decidir su viaje, a levantar el fono.

–Aló –respondió él.

–Hola...

–Hola (ofendido y melancólico).

–Perdón.

– ¿Perdón de qué? (seco).

–Creo que no tuve razón para lo que hice, que actué tonta, mal, ofensiva, sin querer. Perdón, ya sabes, por lo de los papelitos. Sentí necesidad de llamarte...

–¡Qué bueno! (dichoso).

–Pero no pongas esa cara.

–¿Qué cara? Si no me estás viendo.

–Me la imagino.

–¡Qué bueno!

–Me voy a Acapulco en la madrugada, por tres días.

–¡Qué bueno!

Y ahora, desde luego, se arrepentía de aquel arrepentimiento que la hizo descolgar el teléfono. Porque de algún modo él había quedado conforme, contento, con la cara que sin necesidad de verle le había visto. Y en cambio era ella la que estaba mal. La que se movía entre olas, sol, música y mariscos, y sin embargo, estaba mal. Arrepentida, sí, de no haberlo dejado un poco, un poquito más lastimado, como si en lugar de marcar su número, se hubiera decidido mejor a no marcarlo.

Ahí, otra vez el *leit motif* de *Don Juan* y la placita especialmente diseñada para que Beatriz, en Santiago de Chile, otras épocas, preparara sus exámenes muy concentrada y sola sobre un escaño.

–Hola... –se atreve el muchacho Simbad.

Ella quita la vista del libro y quiere sonreír (otras épocas, nada de tuteos a la primera, ni de andar hablando con desconocidos).

–¿Qué estudias? –él insiste, se siente seguro, tutea.

–Biología. Tengo examen mañana.

Se queda como un imbécil mirando el rostro más hermoso y extraño con el que nunca se han cruzado sus ojos, como un imbécil sin saber que más decir, hasta que dice:

–Mejor te dejo estudiar, entonces. Pero prométeme que

vienes mañana para saber cómo te fue.

—Bueno —ella ríe—; como a esta hora vendré a preparar Historia.

Y él se va a casa con las botas de siete leguas, como si por cada poro le hubieran soplado felicidad, sintiéndose un personaje de Chagall sobre los tejados a la hora de la cena.

Y esa noche no puede cerrar los ojos y piensa en mañana con desesperación, en mañana por la tarde cuando la vuelva a encontrar, erguida, seria, sentada en el escaño de la placita, con el cabello negro cayéndole hasta los hombros, con el cuello tan blanco, los brazos tersos y duros saliendo de la polera a rayas y sus manos sosteniendo el libro, y piensa, piensa en el lunar, en la sonrisa, y de pronto salta de la cama convencido de que el sueño no podrá con él, y baja entonces sigilosamente al living, le quita la tapa al tocadiscos y pone ese *Don Juan* que ya le viene gustando mucho para escucharlo todo entero, una vez y la segunda, y no hay segunda sin tercera, para que la música por un lado y la imagen de la estudiante por otro le peguen duro, lo tumben, le den de palos y lo hagan subir corriendo a buscar cuaderno y pluma y bajar luego también corriendo a escribir, sin saberlo todavía, su primer cuento.

Cómo quisiera tener aquel cuento. Son veinte años que han pasado y tanta agua bajo los puentes, que apenas recuerda que comenzaba con un muchacho (él) que iba caminando por una larga playa (tal vez del sur) muy plácida y muy sola, cuando de pronto divisa a cierta distancia la espalda de una niña sentada en la parte húmeda de la arena, donde hasta hace poco ha llegado la marea. Una espalda blanca y un cabello oscuro que levemente ondulado cae sobre los hombros. El se acerca lento y cauteloso hasta alcanzarla y asombrarse al ver que con piedras marinas, ágatas, conchitas, caracolillos, ella está absorta en el dibujo de un gran corazón dentro

del cual, con el dedo índice escribe luego las palabras "¿para qué?...

"¿Para qué *qué*?" la sorprende.

"El corazón... El amor".

Y se ha entablado el diálogo, se ha abierto el camino definitivo hacia la dicha, porque "ella" es Beatriz y "él" es él y solos en esa inmensa playa sobre la que ya el sol empieza a derramar su atardecer violáceo iniciarán su conflicto y seguirá entonces el cuento por un camino de fatal romanticismo donde todos los obstáculos –familia, religión, convenciones sociales, amistades anteriores– han de ser fácilmente superados por la pluma incierta, torpe de él, que cuando va terminando por enésima vez *Don Juan* siente terror de subir a su habitación, pues aunque ya por la ventana del patio se divisa la estrella de la aurora, no podrá dormir, no, definitivamente ya no podrá dormir.

¿Pero es posible –se reprocha Simbad no-el-marino– que veinte años después, como en la novela de Dumas, como en el tango que Gardel canta sobre cubierta antes de que el barco atraque en los muelles de su Buenos Aires querido, y a pesar de todo lo que ha pasado, pueda estar escuchando la misma música (en otra patria) y dándose revolcones delirantes con la misma dosis de amor violento, sanguinario, disidente? ¡Pero si en aquel entonces habría jurado con la mano en la cruz y los ojos cerrados que más amor no podía caber sobre la Tierra!

Porque lo que ha pasado sí es mucho, en definitiva. Tal vez, piensa, sería simpático bosquejar lo *que ha pasado* entre la tarde de la placita, la noche del cuento sobre Beatriz, escuchando *Don Juan*, y este minúsculo momento del tiempo universal en que la aparición de Beatriz –aunque Laura no es propiamente Beatriz– hace volver los sentidos hacia Strauss, hacia un pasado de lánguidos temores, de palpitaciones, de sobresaltos producidos por la ausencia, por el

rompimiento, por los continuos desencantos, igual, *casi* igual que ahora.

Y piensa en el chingoncito viejo Shakespeare, que pintó en Romeo la pasión violenta aunque no profunda, quizás efímera, del amor adolescente, pero que abordó también ese amor menos espectacular y más hondo de un Otelo, capaz no sólo de sentir sino de *saber* que más allá no había nada. Y piensa, intenta dilucidar cuál será la diferencia entre entonces y ahora –veinte años y casi la misma Beatriz– y piensa en el cuento que entonces escribió y en el que ahora escribiría, aunque no lo escribirá porque simplemente ahora no escribe cuentos: ahora recorre día y noche con una cabeza al borde de la falla ese tramo de vida que ha venido desde la primera letra hasta la última especificándose tan bien, marcando al parecer la misma vieja secuencia de que el paraíso no llega, no llega, se quedó atascado por ahí, en alguna sórdida maraña. Y quisiera por ejemplo ahora, ahora mismo, contarle a Laura –tan desilusionable, tan crítica, tan despiadadamente estricta– todas las cosas, las cosas buenas y las cosas malas, la versión completa de la historia.

Pero ella no puede oír, porque está en Acapulco y el ruido de las olas apagará las palabras. Está en Acapulco tendida ya en bikini, acariciada por el buen sol de siempre, el mismo de aquella tarde primera en las arenas de Quintero, apenas niña, apenas saliendo de niña, cuando el muchacho no sólo se acercó sino que dejó caer sobre ella la lluvia de sus rayos mágicos insertándole un recuerdo para siempre... Cabro lindo, Genaro, piensa Laura sobre esta arena tropical y caliente, bajo un sol que ya va provocando el impulso acuático; porque cómo desde ese primer instante de sensaciones violentas sobre aquella otra arena, con el sol comenzando a hundirse en La Puntilla, pudo hacerla juntar pasión para un sí tan rotundo y definitivo, inapelable, cabro lindo, Genaro.

"Al agua" dijo él sin darle chance.

Y ella fue. Se levantó sin chistar y cumplió la orden, lo

siguió indefensa y nadaron, nadaron alejándose de la playa, cruzando a ritmo lento la zona de los güiros que como pulpos se enredaban en las piernas, hasta llegar a una roca de suave lomo que les mostró al sol hundiéndose definitivamente y sobre la cual ella fue incapaz de decir que no, se dejó ir, permitió que las gaviotas vieran muy desnudo, muy blanco, muy terso su cuerpo adolescente que por primera vez iba a recibir el flechazo eléctrico y dolorosamente plácido de ese último peldaño del amor que es el sexo, verano lleno de estrellas, de aerolitos cayendo para pedir los tres deseos que eran siempre uno solo, tú, tú, él, un solo deseo cada día en cierto modo cumplido, sol, mar, rocas y arena, hasta que de pronto otra vez las clases, el uniforme azul marino, los zoquetes blancos y los libros bajo el brazo, derechas todas las intenciones al teléfono, a horas y horas de teléfono que no eran lo mismo, que no permitían la electricidad del abrazo pero que sí permitían, al menos, la dulzura de la voz, la pronunciación de las palabras, a veces los silencios, y siempre al fin de cuentas el mismo amor, la misma hoguera paciente entre las tareas, el té de las seis, la indefectible caída de la luz. Cabro lindo, se dice, sin visualizar a Genaro sino más bien pensando ahora en el pretendiente terco, romanticón, persuasivo y lamentable que le ha surgido apenas poco antes de este viaje y que la asedia sin tregua, le ruega sin pudor, le lleva cada día un regalo y le escribe a cada rato los papelitos que suplen la caricia, los breves recados que tienen que reemplazar al beso, porque ahora ella no es más la niña loca y libre de aquella playa de verano, sino la responsable ama de casa que tiene todo un status por el cual velar, que tiene un marido al que adora por el cual velar, un marido que la estará extrañando en este momento, pero que no sabe algunas cosas que ella tampoco sabe si él debiera saber.

El no sabe, por ejemplo, que ella sale por las calles, por las plazas, por los cafés con este amigo algo difícil de rechazar, no por sus cualidades: por su insistencia despótica.

Tampoco sabe que el amigo ese le gusta, de veras le gusta, sí, le gusta mucho, de veras le gusta, le gusta y cómo, porque es tierno le gusta, porque no sabe le gusta, porque no la entiende le gusta, porque la mira con esos ojos de loco, le gusta, y esa expresión chorreando calidez y ternura, sí, le gusta, le gusta porque lo da de veras todo: sus tardes, su sentido de la vergüenza, todo lo da, pero ahora, bajo el tratamiento de este sol fuerte que hace tiempo no sentía, y ante el estímulo de las olas –que tampoco a menudo puede escuchar– descubre que hay una razón muy poderosa y definitiva por la que le gusta: la hace *vivir*, saberse viva, usar los sentidos, recuperar eso que ya se va –se iba– perdiendo, esa intensidad para vibrar hasta con lo mínimo, esa capacidad de asombro y de nervio que entre aquellas tardes de amor y playa, allá, y estos días aquí, en que tanta cosa quiere atentar contra el frenesí de vivir, se ha venido perdiendo, hasta que entonces él y qué diablos, él y qué, le gusta, sí, le gusta mucho y aunque desde luego no se lo dirá, no se lo podrá decir, ya lo está amando, lo está amando y qué bueno. Y qué malo. ¡Y qué bueno! Pero no se lo podrá decir, porque para qué más leña al fuego, por lamentable que sea, las cosas se dan de esta manera y no de aquélla, *tipo primitivo, hombre de las cavernas, no te lo diré, no dejaré que vuelvas a levantar vuelo, que tomes aire, que oxigenes tu sangre, que te fortalezcas para derrotarme, ¡yo mando! Recuérdalo. Y cuídate, porque seré brutalmente cruel cada vez que quieras mirarme con risa y ternura, sí, sí, me gustas, distintos tiempos desde aquel verano en el agua y en la roca, distintos tiempos y en verdad han pasado muchas cosas, han pasado muchas muertes, han pasado muchos años de ausencia, mucho dolor, mucha rabia para todos, qué sol rico, un poco de baño ahora, de sal sobre la piel, marino de agua dulce, ¿cómo es que puedes llamarte Simbad?*

Y una vez más la reiteración del tema central cuando

arremeten todas las cuerdas *in crescendo* como en un desesperado, intento de dilatar un orgasmo gigantesco, un apocalíptico escalofrío paralizante en la sonrisa que se petrifica algo tristona al recuerdo de tanta imagen que atenta desde el pasado contra los fuegos que ahora mismo consumen, que determinan quizás a cambiar de rumbo, tanta imagen que dispara su pólvora, su verdad sintetizada en una sola frase corrosiva y real que sin embargo no se escucha, que suele echarse en saco roto por el poder furioso con que ataca el presente, una sola frase que tanto ha repetido –¡bribón!–, que tanto ha dicho a sus amigos a manera de consejo, una frasecita cínica y venenosa para el amante que quisiera prolongar su condición más de la cuenta, una frase que lo hiere, que lo mata, una frasecita simple y veraz como el sol que cada día sale, una mínima frase que le da al amor su tiempo, que lo pone en su lugar, sí, amigo Simbad, dos meses, tres o cuatro, pero no más dura el "amor eterno" y entonces se vuelve siempre a lo mismo, Beatriz de brazos perfectos, Laura ahora, Beatriz de cabello hasta los hombros y ojos nublándose de amor, perdida después de tanto tiempo, de tanta hoguera ardiente, perdida en esa misma frase, la síntesis, la propia historia de la pareja tan solitaria y desnuda, tan chiquita, la versión de la talla tan pequeña del romance, Beatriz estudiando sola en la plaza del barrio de otros tiempos, Beatriz luego suya toda, Beatriz de pupilas acuosas llorando lágrimas por su amor, de voz tenue que apenas sale para decir "te quiero", pero bueno, Beatriz, el amor, el amor eterno que se jura, el amor que persigue, el divino y eterno amor. Y veamos, pues, el cuento de ahora, el cuento de antes, el cuento de siempre.

Una noche tibia, primaveral tiempo, tiempo atrás

–No podemos seguir, tú y yo... Me quieres tanto como a cualquier perro que no sea el tuyo. Es imbécil que mientras se me anda cayendo la baba por ti, tú prefieras una estúpida fiestecilla de imberbes en lugar de estar conmigo...

—Tienes razón, Simbad: somos distintos. No podemos seguir...

Un mes después, en plena primavera

—Beatriz, te he dicho mil veces que me equivoqué, que me arrepiento: por favor, vuelve conmigo.

—No... No puedo. El Flaco, tú sabes. Me gusta. Me gusta mucho.

—Pero, Beatriz...

—No puedo, Simbad, ahora no puedo.

En otoño oyendo Fumando espero, *tango de moda*

—A ver, déjame besarte...

—Bueno... Ya, basta... No seas torpe, Simbad, ¿acaso te gusta que te rechace?

—Te encantan mis besos...

—Y tus abrazos también.

—Vuelve conmigo.

—No, Simbad, por favor no me presiones, ¿entiendes? Me fastidia.

—¿Pero por qué?

—Tú sabes... El Flaco.

En pleno invierno, bruma bajo cero

—Fueron idioteces, malas tácticas... Pensé que haciéndome el indiferente te interesarías por mí. Pero no he dejado ni un segundo de quererte... Oyeme bien...

—No... El Flaco.

—Entonces dime por qué dejas que te bese, que te acaricie, que...

—El Flaco...

A fines de verano, bebiendo ginebra con un amigo

—No me crees ni una palabra, pero por mi madre que ya la olvidé. Hasta me estoy enamorando de otra.

—Mentira. Esa niña te jodió de adentro. Nunca la vas a olvidar.

A mediados de marzo

—Anita, tú sabes cuánto te...

En abril

—Estoy loco por ti, pequeña Luisa...

En mayo

—Isabel, tú y yo...

En junio

—Mimí, en el mundo solamente...

En julio, entre las notas de Fumando espero, *tango pasado de moda*

—Beatriz, vengo a buscarte porque ahora me siento libre. Ya me di cuenta de que no podré amar a nadie más. Una a una las he ido borrando a todas de mi libreta. Te quiero... Te quiero de veras. Dime que tú también, dime...

—Yo también, Simbad, ahora sí. De veras sí.

—¿Entonces vuelves conmigo?

—No sé. Tú sabes, el Flaco. Pero creo que sí. Estoy cambiando. Me da mucha rabia no decidirme, no ser capaz. Esperemos mejor algunos días. Vete ahora, vete, que voy a llorar.

Al cabo de esos días

—No puedo, Simbad, perdóname.

—No comprendo. Me dijiste que...

—Sí, pero el Flaco... Entiende, no seas tan burro, el Flaco y yo...

—Te burlas, eso es lo que pasa, estás jugando.

—¡Imbécil, piensa lo que quieras!

Un año después, un encuentro en cualquier calle

–Sí, Beatriz: me caso... ¿Y tú?... ¿Cómo está el Flaco?

–Terminé con él. Pocos días después de aquella vez. Pero tú no volviste...

–Te quería.

–Yo también.

–¿A mí?

–Sí, a ti.

–¿Quieres decir que tú a mí...?

–Sí.

–¿Y el Flaco?

–Había dejado de importarme. Creo que te equivocaste en dos o tres días al irte. Esperé que volvieras...

–¡La mierda de todo!... Pero te quería. Por eso...

–Yo también.

Una semana después, tomando té en el centro

–Te quiero mucho, Simbad, no sabes cuánto.

–Sí, pero estoy comprometido. Yo te quise mucho también.

–¿Cómo se llama?

–¿Quién?

–Tu novia.

–Eli.

–¿De Eliana?

–No, de Elizabeth.

–¿Y cuando?

–A fin de año.

Un mes más tarde

–¿Me acompañas a casa?

–Bueno, te acompaño. Pero dime por qué has venido, Beatriz, ¿no te dije que...?

–Te quiero, Simbad. Necesitaba verte...

Otro mes

–Te estás pasando, Beatriz. Casi peleo con mi novia por culpa tuya...

–¿Y lo que te dije?

–No puedo.

–¿Por qué?

–Tú sabes... La Eli...Vistámonos, te llevo a casa.

A fin de año

–Eli, no puedo casarme contigo. Nunca he querido a nadie como a ti; pero...

–Te entiendo, Simbad, haz lo que quieras...

Al comenzar el año, en pleno verano

–Adiós, mi "marinerito", siento mucho que no podamos pasar las vacaciones juntos...

–Iré a verte todos los fines de semana, Beatriz, toditos. Y ya entra la cabeza, que va partiendo el tren. Te quiero.

–Y yo. Te quiero mucho, Simbad...

En otoño

–Vino a verme el Flaco.

–¿Y?

–Dijo que me quería mucho más que tú, que nadie me había querido nunca como él y que sin mí casi no valía la pena vivir... Después me pidió que lo dejara besarme.

–¿Y tú qué hiciste?

–...

–¡Beatriz! ¿Qué hiciste tú?... ¿Qué le dijiste?

–...

Un mes después, una tarde fría

–¿Te ha seguido molestando el Flaco?

–Va siempre a verme... A propósito, ya que tocaste el tema, hay algo que quiero decirte...

–Vamos primero al departamento. Allá hablamos.

–No, Simbad. Primero hablemos.

–Como quieras.

–Bueno... es que...mira, lo que pasa es que me voy a casar con el Flaco... El me necesita. Casi no puede vivir sin mí. Nunca nadie me ha querido como él.

–¿Definitivo?

–Definitivo.

–¿Cuándo?

–Pronto.

–Adiós, Beatriz... Lárgate a la mismísima mierda y que te vaya bien.

Adiós, Simbad. Espero que alguna vez podamos ser buenos amigos. Que tengas suerte.

La misma tarde fría, en una calle gris, mirando fijo

–Que tengas suerte, ¡hm!, claro. Que tengas suerte, ¡hm!, claro. Que tengas...

Y ella, Laura, o Beatriz a veinte años, ahora en Acapulco, en una casa sobre la quebrada, encima del mar, recordándolo... ¿Recordándolo?

–Bailemos –le dice Gilberto, el buenmozo, el encantador hermano de la amiga, que ha llegado en su Lebarón crema y con su simpatía a cuestas, que en todo momento la está haciendo sentir como una reina. Ella sale, ¿cómo no? Los Beatles siempre a todo dar, *Let it be,* bailando, primero a lo moderno, luego él a lo macho, rodeando la cintura con el brazo, casi delicadamente pegándole la mejilla, haciendo también un juego de piernas hábil pero prudente, susurrando cosas al oído, cosas lindas (una noche en que amor y fascinación fácilmente se confunden), cosas dulces que sí en una noche como ésta se quieren escuchar, una noche acaso loca en la que no se extraña a nadie, en la que tan sólo se es, se deja ser, moviéndose cadenciosos, medio llevando la letra *speaking words of wisdom, let it be.*

—Eres un encanto —dice el galán—. Y además muy bella.

—No seas lisonjero.

—¿Es lisonja decir la verdad?... (*there will be an answer, let it be*)... Lástima que ya tengas dueño.

—Dueño yo no tengo. Tengo marido, que es otra cosa—. Y sonríe entonces ante la imagen de Simbad en el café de las cucarachas preguntándole si está enamorada, de veras enamorada.

"Lo quiero mucho" responde ella.

"¡Eso vale mierda! Te pregunté si estás enamorada".

Ella no responde, quizá no sepa, sonríe con cierta tristeza. El la mira con furia y rencor.

Y al cabo de un rato más cercanía, *let it be*, más baile, más sentido íntimo. *Let it be.*

—Deben rondarte muchos hombres —sigue el galán.

—Uno que otro, apenas.

—¿Moderna?

—Creo que sí.

—¿Amante?

—De ninguna manera —dice ella, pensando otra vez en Simbad no-el-marino, que no es todavía su amante, pero que sí lo será, seguro, porque resulta imposible quitárselo no sólo de encima, sino también de la cabeza, ya que el asedio funciona y, además del asedio, su mirada también funciona, y funciona su comunicación de tanto amor (aunque ella certera lo desconecte), su persuasión espantosa, la manera implacable de presionar. ¿Y cómo interpretar esta pregunta torpe? ¿Es que ya se le subió el trago al galán? ¿Es que además de ser... de todo... es tambień un idiota? ¿Qué cara pondría Simbad si le contara? ¿Qué cara pondrá...?—. Y ya no quiero seguir bailando—. Se separa.

—Bajemos entonces a la playa.

—No. Baja tú si quieres.

Pero sabe que ese "no" significa "sí". Sabe que él va a

entristecer, que llenará otra copa y se alejará solo hacia las rocas de abajo. Y sabe que al rato la soledad, la luna, la brisa marina, el calor, el mínimo trago que nunca toma la harán bajar también y que ahí, entonces,*malgré* el hombre amado, *malgré* el Simbad amante potencial, algo va a pasar, algo que ella puede querer y no querer a la vez, pero que en cierto "irresponsable" minuto preferirá querer. El hombre, muy solo, va al mesón a llenar su copa y luego se aleja con la cola entre las piernas primero a la terraza, luego hacia el mar. Ella sonríe. Pronto lo seguirá, sí, aquí es otra parte, es como salirse de la vida cotidiana, como entrar en una película, como renacer, ¿por qué no, entonces? Después –pero que sea después– vendrá la vuelta, un pequeño morir (¿o grande?), un pequeño (¿o grande?) retorno al hombre de siempre que no se puede dejar– ¿por qué?–, que duele lastimar y que condena de algún modo cada día, cada minuto de la vida cuyas puertas trancadas ha de ser tan difícil descerrajar. Pero aquí es otra parte, aquí hay océano, luna, música de marimbas, brisa, libertad de vivir, aunque una sola noche, pero vivir, ser, dejarse ir, lanzarse a los aires, a las olas, a las nubes, al mismísimo infierno, una sola noche, ésta, ya, vamos... Vamos –sonrisa y ojos girando al cerrarse–... Vamos.

Vamos, piensa el no-marino Simbad, así de fácil, de simple, jódete, húndete para siempre, qué importa la placita del barrio,ese primer cuento, el último, qué importa *Don Juan*, qué importan otras novias, él mismo qué, ¿qué importa? Así de fácil:

–Adiós, Simbad. Espero que alguna vez podamos ser buenos amigos. Que tengas suerte.

Y la misma tarde fría, mirando fijo, levantando la cabeza hacia el cielo, bajándola luego hacia el infierno, pero con los ojos casi pétreos, camina por cualquier calle de Ñuñoa repitiendo como un loco: "Que tengas suerte, ¡hm!, claro. Que tengas suerte, ¡hm!, claro".

Y va terminando la música y va terminando la botella y

Simbad deja de andar mirando fijo, deja los viejos tiempos, y vuelve al ahora, no dice "que tengas suerte, ¡hm!, claro" sino que se ilumina en una amplia y generosa sonrisa que Laura desde la noche de arena, luna y hermano de la amiga, no logra para nada recibir.

Nada hay en ella que no me guste. Mentira; en verdad sí hay algo: me enfurece que aún no le quiera ordenar (ordenar, se repitió, pensando que todo era cuestión de órdenes) *a su piel ponerse a merced de mis caricias.* Y con el próximo trago y con la próxima vez de *Don Juan* se le deja caer la depresión como un pesado muro derrumbándose lento, una depresión que comienza por fruncirle el ceño y achicarle los ojos, que sigue por nublarle la alegría de la música, por hacerlo dar un grito, casi un aullido en la maldita noche, hasta recordar de nuevo, recordarlo todo, Beatriz, Eli, otras, todo, a lo largo de años blandos primero, duros después, para concluir, al hacerse nítido el recuerdo de apenas antenoche, del café y del diálogo, caminando luego al barrio, a ese barrio tan ilusoriamente contaminado de una feroz dosis de amor, después de que ella de algún modo ha dicho que no, que nunca, y ésa es la verdad que no tiene réplica, el desamor definitivo, la negación de sus papelitos devueltos y rotos a la vuelta de la esquina con rabia y despecho antes de recibir la llamada de "perdón", de perdón que no vale. Y concluir, pues, que no, que ya nada, que el amor definitivamente se quedó atrapado en una plaza de Santiago y que nunca más logró volar porque las alas se cortan temprano, y entonces, si ni la tierra natal, ni la familia, ni los amigos —todos diseminados en lugares lejanos del planeta—, pues qué resta, si es mentira lo de la ventana, si aquella languidez tiene otras causas, si las palabras valen y no valen, entonces qué.

Simbad a-secas terminó el trago, caminó al dormitorio sin hacer ruido para no despertar a Eli. Entró sigiloso y al encender la lamparita le dio una mirada entre tierna y aburrida a la mujer que ahí dormía profundamente. Abrió con

suavidad el cajón de su velador para sacar en primer lugar la libreta de teléfonos y en segundo lugar la pistola. Luego, también sigilosamente, volvió a bajar y ya en el living, muy calmado, con una sonrisa casi beatífica –ojos quizás brillantes, puntas de los labios alargándose– se dispuso a la broma y colocó una vez más, la última, se dijo, el poema sinfónico *Don Juan.*

En su dormitorio de la casa de Acapulco la bella Laura (y Beatriz de otros tiempos) respondía dócil a la inevitable pregunta que formulaba el macho sobre el éxito de su representación.

–Sí. Sí me gustó, pero ya. No hables más.

En ese momento sonó el teléfono y él se incorporó con cierta actitud de sobresalto.

–Contesta tú –le dijo a Laura.

Ella estiró la mano hasta el auricular.

–Con Laura, por favor –dijo la voz.

–Soy Laura –contestó como si no supiera muy bien quién le hablaba.

Y ahí se acabó el diálogo. Se cerró con una fuerte detonación que le lastimó el oído.

–Qué raro –dijo somnolienta al irresistible hermano de la amiga mientras colgaba–. Se cortó la comunicación.

EL APOCALIPSIS DE DANIEL ZAÑARTU

Hada Zañartu dijo hágase un automóvil y se hizo un Volvo sport perfecto, de color café con leche y doble carburador, de buen pique para esquinas, pases y cuestas. Algo más tarde y después de haber corrido en él su buen poco, dijo hágase un marido y tuvo un marido como escasas mujeres podrían darse el lujo, un tipo de buena facha, su propio primo, generoso y por suerte también tontón, porque ese sí era gato, el que tuvo que disfrazar de liebre la primera noche de luna de miel en Tahití, después de haber dicho hágase un viaje. Por eso cuando las cosas empezaron a cambiar y al agitar la varilla y decir hágase ya no siempre se hacían, este gobierno maldito, este infierno sobre la tierra, los comunistas de mierda, comenzó para Hada Zañartu de Zañartu un período en que la vida resultaba algo así como un cóctel batido con desconcierto, sufrimiento y rabia, sin siquiera una pizquita de azúcar. Sobre todo rabia. Porque entonces qué. Si después de todo Dios era Dios, cómo podía ocurrir que ahora pues, ahora fíjese, esos pobres indios ignorantes –no que no los quisiera: de quererlos los quería– que apenas podían pasarse la vida iguales que animalitos, comiendo, durmiendo y criando, hasta morir, porque pensar sí que no (no estarían ahí, verdad), resultaran, fíjese, con ley y todo, los dueños de la tierra, de esas pasturas que desde siempre pertenecieron a los Zañartu, desde los lejanos tiempos de don Pascual, el pionero, hasta ahora en que su propio

primo y esposo Daniel y ella misma debían perderlo todo sin alternativas, esas lomas, los trigales dorados, todo, esas cavernas de coligües en los bosques donde cada verano primos y primas hacían sus planes, las vertientes diáfanas donde al bajarse del caballo se sumergían las caras para beber como si nunca, esas casas blancas de arcadas y verandas con enredaderas florecidas, de rincones oscuros y de sótanos, esas noches de murciélago y luciérnagas, todo, de viento norte trayendo la lluvia dulce y fecunda, esas mañanas soleadas de río y truchas, todo, Señor, todo, cómo todo, cómo todo, ahora, para que los incapaces, los incultos, los indescifrables de mirada, los de pocas palabras y frase corta, los de monosílabos, Señor, los de mente chiquitita, los indios, tomaran para siempre las riendas del dorado carruaje que sólo los mejores de la familia habían llegado a conducir, dejándolos a ellos atrás, caminando a pie descalzo, sin echarles una mano, ni siquiera una manito, drásticos, crueles, Señor, implacables, porque ahora no se hacía la luz.

Daniel Zañartu se agitaba por las noches, empapando las sábanas de ácida transpiración y a veces hasta lanzando dormido grititos de angustia. Solía tener malos sueños.

"Me van a matar", pensó Daniel Zañartu, "lo demás es faramalla, para qué las ilusiones, ¡miren, mierda, miren!, para qué el teatro, mejor saberlo, tener la certeza, que disparen los indios maricones, que me maten de una vez".

El cielo caía diáfano, apenas visitado por una que otra nube suelta que pronto salía de escena, y los campesinos se congregaban frente a una especie de tribuna improvisada sobre cuatro troncos de los que no cupieron en el camión. Sobre la plataforma, sentados a una mesa café de patas gruesas, quizás la del despacho de la pulpería, estaban muy serios los dos representantes del gobierno. Aparte un par de metros, desde una silla, el acusado miraba desafiante a ese grupo de hombres –quizás treinta– que parecían

querer evitar sus ojos. Ahí estaban si no todas, la mayoría de las bestias, hasta el propio Celestino con su cabellera de gitano vagabundo, igual que al decirle aquella vez de los cuatro días perdido, ausente del trabajo, que no, patrón, él no le daba cuentas a nadie y dónde se había andado eso eran cosas suyas y ahí nadie se metía, porque de seguro, decía Daniel Zañartu, se estuvo todo el tiempo, los cuatro días, encatrado, entre polvos y tinto, donde la Rosa Poblete, sin llegar a cumplir con lo que le había ordenado cuando pasó por la pulpería, imbécil, no patrón, conmigo no, ya sabe. Hasta el Celestino con su par de ojazos como carbones encendidos, animal chúcaro al que siempre quería ayudar y ayudaba, ¿o no lo dejó vender su cosecha y criar otro par de animales? ¿O no le llevó él mismo al crío a la ciudad cuando le vino la convulsiva y acaso él tenía la culpa, Celestino, de que se muriera el niño? ¿O no lo salvó a tiros cuando los de la barraca abajo quisieron amarrarlo para otorgarle castigo por dárselas de potro con las niñas Duarte, te iban a capar, Celestino, te iban a arrancar las bolas para que te dejaras, igual que al toro pinto, sí, qué delicia las criadillas molidas al desayuno siguiente, no es cierto, Hada, a ti también te gustaba el Celestino, le hacías tus coqueteos, te acuerdas, el verano que te caíste del caballo, te gustaban las güiñas, cierto. Y ahora, date cuenta, mírenlo ahí convertido en el gran dirigente, en el cortacabezas. ¿De qué me vas a acusar, Celestino, de haberme tirado a tu mujer? ¿De mandarte a la ciudad para ir a tirarme a tu negra libremente, por eso me la tienes jurada? ¿O lo iba a acusar de explotación, cuando injustamente a él le daba mejor trato que a nadie? El tuerto sí, que diga lo que diga, pero tú no, Celestino, tú mejor quédate callado.

—¿Alguien tiene cargos contra este hombre?— preguntó el delegado del gobierno levantándose.

Habían llegado hasta el patio algunas mujeres, con séquitos de mocosos huesudos y cochinos, y con guaguas en los

brazos. La Cecilia, todavía joven y ya tan desdentada que da miedo y asco su risa, pero ahora no ríe, ahora mira para abajo, qué redondas y duras eran tus tetitas sin corpiño cuando andabas por los quince esa vez que te las tomé entre mis manos por detrás en la cocina de tu rancho. Tu papá y el Celestino andaban pastoreando las lecheras y tú picabas cebolla y los dos lloramos mientras te las apretaba y tú dejabas de pelar y apretaba mi cuerpo al tuyo inmóvil refregándome contra tus nalgas y tú ni agua va, sin decir esta boca es mía ni alegar. Mañana quiero verte, te dije, ¿recuerdas?, y contestaste que tenías compañía, que no viniera, dejando siempre que mis manos culebrearan tus pechos que ahora –¿cuántos críos?– veo caídos y flácidos, de modo que no fui, pero a los dos días te mandé llamar para hacer labores en las casas y tú llegaste *sabiendo,* con la boca negra de mascar maqui, mugrecilla, acaso para dejar sucias mis sábanas o las fundas de mis almohadones, mi rostro blanco de joven patrón, sí, desdentada y con las tetas sueltas de tanto niño. Por qué todos miran hacia abajo, ¡maricones!, den la cara, ¡acusen, mierdas, lancen su veneno! ¡Digan qué cargos tienen, hagan su mugre de justicia y luego disparen! Contesten, que no ven que les está preguntando el delegado, a ver.

A la segunda insistencia del delegado de gobierno, los campesinos siguen mirando al suelo. Daniel Zañartu dibuja una sonrisita sin que desaparezca de sus ojos la soberbia.

La niña Hada galopaba libre por prados, montes y caminos. No existía durante los veranos quien pudiera competir con ella en la cabalgata ni en la prolijidad de los cuidados con que mimaba a su yegua Muñeca, siempre cepillada, siempre lustrosa, siempre blancos sus dientes cuando sonreía recogiendo los belfos. Eran las dos como una centaura de largos cabellos volando al viento, Hada erguida y orgullosa sobre la suave montura que el papá le había traído de Lon-

dres esa primavera en que ella dijo hágase una montura inglesa a la medida de Muñeca, que ciñera el suave pelaje de la yegua. Pero no siempre cuando los jinetes diestros cometen la osadía de saltar a todo galope y cerro abajo un grueso tronco atravesado en la huella, se encuentran con la suerte que esa mañana de enero había deparado a la niña Hada cuando con Muñeca iban bajando el monte para zambullirse en el Güeiquecura, tan felices, casi con la felicidad de quien asciende, ignorante ella de que el destino de la cabalgata habría de ser ese vuelo por los aires entre matas y arbustos de maqui, zarzamoras y coligües, entre tiernas notas de chincoles, loicas, jilgueros, atropellando ese otro vuelo zumbante de los tábanos mientras Muñeca relincha y después del estrellón permanece caída, para ir a dar ¿cómo? a los brazos negros y fuertes que parecen esperar su aterrizaje en la orilla terrosa del río.

—¿Celestino? —dice al abrir los ojos, recuperando quizás a medias el sentido del mundo, porque la otra mitad ¿no es acaso como seguir al ladito de afuera de la realidad, casi lo mismo que ese vuelo sin drogas y sin alas y violento en que la disparó Muñeca? O si no, qué tiene que estar haciendo ahí entre los brazos de Celestino, ji, si supieras papá, entonces, si supieras Daniel, ahora, y con los sentidos cada vez otro poquito más despiertos, qué tanto, si viene como recién naciendo y es cálido, rico, estar ahí, así, Negro, y las nubes han oscurecido un poco el día cuando viene a notar que arde un tantito los brazos y el cuello y que un brazo, ay Diosito, qué pasó, casi no puede moverlo.

—Sí, señorita Hada. Cómo se fue a caer, *¿y se había venido galopando? ¿porque debía de sobra saber que cerro abajo se debe cabalgar con mucho cuidado, porque* voló varios metros, señorita Hada, menos mal que no se lastimó más, podría haberse quién sabe qué.

La acomoda sobre las hojas que tapizan la tierra de la orilla y dice que aguante ahí un poquito, que va a ver la ye-

gua y después viene a limpiarle los rasguños también, con agüita fresca del río, no sea que se le infecten, dice, y al rato vuelve y dice que la Muñeca no se quebró ni un tobillo, que está tranquilita y que ahora lo que quiere es una tela limpia, que la camisa la tiene cochina, para las heridas y rasmillones, patroncita, y entonces ella misma, Daniel, papá, trata de quitarse la blusa y debido a que un brazo apenas lo mueve, él la ayuda, sin miedo, Celestino, y siente también cómo le clava los ojazos en los pechos que un poquito desbordan por arriba del sostén, Daniel, y luego se inclina hacia el agua a mojar la blusa, qué sed, Celestino, me muero de sed, y él la ayuda hasta la orillita, y ahí le da vuelta boca abajo y la estira otro poco, sujetándola de cada uno de esos pechos que un poquito desbordan con cada una de esas manos toscas, cuidado, Celestino, me duele, mientras la boquita sorbe con deleite el agua fresca y el ardor de la cara amaina. Luego, ella está tendida de espalda con la cabeza apoyada sobre los muslos del negro y él, confianzudo (denles una mano y se tomarán las tetas), hasta que no, Celestino, juegos así, no, aunque (¿serán reales esas ramas que se entrecruzan formando una bóveda sobre el río?) el tono se parece más a sí, Celestino, qué ricos esos juegos, qué grandes tus manazas, que recias tus piernas y eso duro debajo de mi nuca, como un palo, ¿será lo que usted nos decía, Hermana Inés, lo que nunca hay que tocar? Y como que le vuelve el cansancio y como que huye el cansancio, y como que amaina el dolor y como que crece, pero el ardor de las manos que le cubren los pechos sin moverse permanece y total por qué no preguntarle, si total es uno de los peones y quién los va a escuchar, ¿las torcazas, la Muñeca, el río?, y a fin de cuentas quién va a saber: por ella, ni el santo padre, por el Negro, allá él: si algo dice, despedido, de patitas en los caminos con el atado al hombro, como llegó, entonces.

—Oye, Celestino, ¿no te enojas si te pregunto algo?

—Diga, señorita Hada.

—La guagüita que tuvo la Carmen, ella dice que fue el trauco, y otros dicen que fuiste tú...

—El trauco es de más al sur, señorita, por aquí no se le ve al trauco *y ese enano deforme sí él había oído, pero por los archipiélagos, decían, donde en los campos preñaba a solteras y viudas y hasta a casadas cuando los maridos andaban trabajando en Argentina, el maldito jorobado de mechas tiesas, formas nervudas y con el ese muy enorme que hacía de las suyas por las noches, pero aquí no, así le habían dicho que era*, eso sí que tampoco fui yo, que quede bien en claro, *él jamás se había metido con la Carmen, señorita, eran puros cuentos, puras malas lenguas, él no tenía corazón ni sueños más que para una...*

—No me aprietes tanto, Celestino, me duele.

—Para una no más, señorita.

Y quién más podía ser esa una, por eso él venía a veces al río, no por nada, solamente para estar, o aguaitar desde algún escondrijo cuando ella se bañaba; blanquita, siempre, desde que ella era chica, trece tendría, y una vez ¿se acordaba? tuvo él que ensillarle el caballo Acero, porque la yegua Muñeca estaba recién parida (¿te acuerdas también Daniel de aquel verano?) y luego ver que se las manejara bien con el potro porque todavía no era como ahora, tan buena para el galope, y ella, sin hablar, de repente lo había mirado, desde entonces.

Y Hada, que siempre pedía o decía hágase, aquella vez no había dicho nada, porque bueno, el Negro tenía, igual que ahora mientras sus manos siguen ahí y le cuenta andanzas del trauco y en su nuca siente como un pedazo de fierro al rojo, igual, esa mezcla de olor a carbón y gallina y sudor de bestia, y entonces no había dicho, pero sí Daniel, y tú te dabas cuenta, me gustaban esas mechas ondeadas y tan negras y el pecho desnudo mientras doblaba una pierna para apretar la cincha de mi montura.

—Menos mal que no le pasó nada, señorita. Si a usted le pasa algo, el patrón se vuelve loco.

—Oye, Negro, por qué no te bañas —hágase un negro bañándose—, ¿no te importa que te diga Negro?

¿Cómo podía estar portándome así, Hermana Inesita, qué me pasaba, esto era malo, pero qué deseos de verle otra vez ese torso desnudo y de verle más abajo también, madrecita, para saber cómo era, se me ha metido el diablo, qué hago.

—¿Bañarme? ¿Y para qué bañarme, señorita?

¿Decirle porque quiero que me des un beso pero hueles mal? ¿O te quiero ver desnudo, tonto? ¿O es una orden que te estoy dando, decirle? Ríe.

—No sé, me gustaría verte en el agua. Apuesto a que ni sabes nadar.

—Nadar sí, señorita. Yo soy de la costa. Le voy a dar en el gusto.

Y de pronto aquel adormecimiento, el dolor otra vez en el brazo y un negro, Daniel, un Celestino, al que besa mojado y aprieta con su brazo sano diciéndole que no, gritándole que lo va a matar, bestia, que se lo contará todo al papá cuando él, como si nada, como si qué papá ni qué papá, aplastándola con su cuerpo fuerte y elástico, Daniel, va, Dios Santo, Madrecita Inés, penetrándola con eso tan duro, rajándola en dos y no vaya a pasar algo y después resulte que por estos campos no habite el trauco.

Y durante esos malos sueños despertaba siempre cuando todo lo demás dormía y empapaba mucho las sábanas rosadas de transpiración corrosiva y ácida de olor.

Una mujer gorda como una montaña, sucia, cínica, levanta la mano.

—Yo, patrón. A ese hombre, don Daniel Zañartu, lo acuso *de que había abusado de su nieta Carmen a la fuerza y le*

había hecho un crío y después que no lo negaba el muy y ni un diez le había dado para la crianza.

El secretario del delegado toma nota.

–Yo, patrón.

–Aquí no hay patrones, compañero.

–Lo acuso de robo *y si no que preguntaran a cómo les daba los víveres y que si no hasta con eso hacía negocio para descontarles más los sábados cuando pagaba, que a veces ni chaucha les salía por el abuso y qué se podía alegar cuando para conseguir mercaderías en otra parte hasta dónde había que ir.*

–Yo, patrón. Una vez que se salieron las vacas del potrero porque con el temporal cayeron los cierres y se perdió la lecheada, me pegó, patrón, aquí, porque soy viejo. Tres dientes me botó.

–Yo, patrón.

–Nada de patrón aquí.

–Cuando éramos tiernitas nos iba llevando a todas a su casa para hacer trabajos.

–Yo, patrón.

–Pa las elecciones nos daba medio billete y la otra mitad si acaso ganaba su candidato.

–Y a veces un zapato, patrón. Uno solo.

–Yo, patrón. Lo acuso de crimen.

El delegado levanta la cara.

Lo acusaba de crimen, patrón, porque habían venido unos estudiantes, uno como conjunto, y traían papeles. Querían reunirse con nosotros. A tiros los anduvo correteando, patrón, *aquí no había patrones y le había dado a uno en la espalda y cinco días lo guardaron escondido, hasta que vinieron a buscarlo.*

–Yo, patrón. Quiere perjudicar al gobierno popular, patrón. Dice que le va a prender fuego a las bodegas para quemar el trigo.

Y antes quería, patrón, decía que los iba a recibir a balazo limpio si venían a quitarle sus tierras.

—Yo, patrón. Corrió a la profesora y la jodió hasta que tuvo que irse.

—Aquí no hay patrones, compañera.

—Y dejó a los niños sin escuela.

—Yo, patrón.

—Yo, patrón.

—Yo, compañero.

Algo ardía en la sangre de Daniel Zañartu cuando, rodando de un extremo a otro de la cama, a estas alturas del proceso elevó su vista al cielo, a esa zona donde moran perdones, ángeles y querubines, quizás en busca de la misericordia del misericordioso, para advertir que la diafanidad de la mañana era rápidamente desplazada por nubarrones turbulentos y que con el canto triple del queltehue caían las primeras gotas mientras al paso de una bandada de choroyes, como un verde huracán despotricante, comenzaba la tronadera, espantando al follaje de los árboles y a las bestias simples de la tierra. Fue entonces, al tupirse el agua desde goterones gruesos a una sola catarata, cuando Daniel Zañartu advirtió que el delegado no era ¿o era? el mismo delegado y miró a los indios mugrientos y ellos sí eran los mismos indios, todos los mismos, pero al delegado la metamorfosis de agua y relámpagos le había enrulado el cabello que ahora caía manso hasta los hombros y le había hecho crecer una barba fina, es decir, su mirada era implacable aunque, sí, cierta dulzura muy tierna emanaba de sus ojos potentes y quemantes como brasas. Una pierna desnuda cruzaba sobre la otra y descalzo, accionaba este brazo o aquel, acaso determinando quién era quién, acaso dividiendo a esa humanidad empapada e inmóvil entre cabros y corderos, omnipotente dictando los rumbos, otorgándole severo a cada cual su propia sala, porque hasta los mismos niños, oh, desdichado,

los inocentes que no tienen culpa de haber llegado al mundo trayendo sobre sus delicadas espaldas la carga original del bisabuelo Adán, tendrían sin misericordia su sala en el infierno, sin misericordia, sin apelación porque ya sólo de nacer fueron culpables, pecadores de tanta y tanta culpa, Hada, a tolerar, no: a sufrir la laceración de los aceites hirviendo, no más cielo, no más dulces imperios del edén del cual estos campos de flores bordados son copia feliz. Hada, a cada cual su cuarto en el infierno, salvo los corderos.

–Yo, señor.

El Justiciero de los justicieros estiró calmadamente un brazo hacia Celestino.

–Habla, hijo. Di tu verbo.

Y Celestino estaba hablando cuando Daniel Zañartu se hincó y abrió muy anchos sus brazos gritando a toda garganta clemencia, señor. Entonces la tierra comenzó a moverse y su movimiento fue haciéndose más intenso y duró cuatro minutos en los que se mezclaron el estrépito de la roca quebrada y la queja de los leones y de tanto otro animal de la montaña y el concierto siniestro de los árboles caídos, hasta que de pronto reinó la calma, jirones de cielo azul asomaron agrietando las pesadas nubes y la lluvia cesó y el mundo pareció normal y entonces, en ese instante, Daniel Zañartu tuvo la revelación y supo que no lo matarían, que aquí no se mataba, que no habría de pasar la soga por su cuello, Hada, por lo menos, Hada.

Y esos grititos de angustia de los sueños crueles no siempre cesaban con la noche, porque el desayuno, Hada, bueno, el día, las cosas, esta ira en los ojos, este nudo en la garganta, este miedo de pensar que sí, Hada, que iban a tener su salón en el infierno, que les habían robado el paraíso.

EL AARDVARK

A mi madre, en su cumpleaños.

Pese a que no soy en verdad nadie, dos fuertes aficiones han logrado controlar mi vida por largos años. Y no es de modesto que aseguro no ser nadie: es literal, créame. Ya cuando llegué a esta caleta, mucho después de aquello de los cigarrillos, yo no era nadie. Pero vamos a seguir un orden y marchar por partes, porque antes quiero contar dos o tres detalles acerca de mis aficiones, es decir, de los perros y de la música. Se podría decir que la música la llevo adentro desde siempre, como una de esas mágicas herencias que nacen al mundo con nosotros y de las cuales resulta imposible escapar porque viajan capturadas en el núcleo de los huesos. A los perros, en cambio, me acerqué a través de una temprana inclinación al reino animal, hoy manifiesta en cada una de las mordeduras que condecoran mi cuerpo ya desmoronándose por la erosión. Así, Mónico, prematuro aprendiz y afinado como pocos de su especie, algo así como un Mozart entre los canes, me aprisionó el alma desde los primeros días, desde el momento mismo en que sentí que el tiempo se detenía, al descubrir por azar sus dotes naturales y pensar ilusionado que en él estaban confluyendo estas dos pasiones que me poseyeron siempre como posee la araña al insecto que roza su tela, cuando tuve la certeza de que llegaría a compartir no sólo mis horas de quietud, sino también mis gustos, mucho más de lo que nunca los compartió Matilde, la que fue –o es– mi esposa. Lo supe una de estas tardes pá-

lidas y deprimentes de otoño en que una ligera fiebre me obligaba a guardar reposo. El fiel Mónico, reacio a permitir que la soledad me sacara el pellejo (Matilde, por su oficio, solía pasar el día fuera), trepó a mi cama y se tendió a los pies. Enfrentándome con sus grandes ojos redondos y oscuros, me disparó una lánguida mirada que además de reflejar su absoluta sumisión a este Dios que yo era, protestaba con humildad diciendo que ya de mi convalescencia tenía suficiente, que prefería mil veces que estuviera en pie y que lo sacara igual que todas las tardes a regar los árboles del vecindario. Luego se dedicó a bostezar una y otra vez, enroscando como esas cornetillas de carnaval su lengua larga y rosada. Cuando la idea me perforó de lado a lado, irreversiblemente, como un flechazo preciso, le ordené mediante un seco chasquido de los dedos que se acercara. Lentamente y algo así como cargado de sospechas, reptó sin embargo hasta la altura de mis rodillas recogidas, donde lo derribé aplicándole un rápido golpe de palma para dejarlo en la posición de los vencidos y luego controlar firme sus movimientos asiéndolo de las axilas con esta mano poderosa. Zañartu se retorció con cautela como para medir sus posibilidades de liberación en un prudente tanteo de fuerzas, pero al comprender que sus oportunidades eran remotas, relajó los músculos en gesto de entrega. Entonces mis dedos hicieron presión y de su negro hociquillo escaparon las primeras notas de un melodioso gruñido lleno de promesas. Sentí como si cada poro de mi piel expidiera un ácido picante, delicioso, ligeramente corrosivo, con esa agresividad del ají verde que alegra los veranos; en otras palabras: una dulce conmoción, el primer sorbo de una gran botella (*gran*, no grande) y fue tal la ansiedad que sobrevino, que mi mano hubo de aflojar, y mientras Mónico me castigaba con su disgusto abandonando de un salto la cama, caí desvanecido.

Diría que mi pasión por los perros deriva del irresistible interés que desde muy niño sentí por los animales de toda

índole. Solía quemar horas y más horas vagando por el zoológico o recorriendo el Museo de la Quinta, y puedo decir con orgullo que entre uno y otro de los viajes que tuve la suerte de emprender, no encontré jamás una persona, ¡ni una sola!, capaz de reunir la cantidad de mordeduras que yo llevo encima.

El historial comienza la primera tarde en que descubrí el paraíso y supe a ciencia cierta que en este mundo se podía ser feliz. Mi madre me paseaba de jaula a jaula y mis sentidos se dejaban asombrar por los rugidos del tigre bengalí, la displicencia de dos leonas deterioradas, la coquetería solterona de las jirafas, el hipnotismo misterioso y sangriento de los monos. Fue justo cuando quise darle a un ágil gibón algunas almendras de mi cartucho, que perdí el dedo que me falta. El simio pareció más interesado por mi pequeño guante de lana azul que por la fruta y, consecuente, en lugar de aceptar agradecido lo que se le ofrecía, cogió entre sus poderosas mandíbulas el índice de mi diestra y tironeó inclemente hasta llevarse un trozo, con uña y todo.

No quisiera entrar en muchos detalles sobre cada una de estas peripecias, pero sí creo necesario, aunque sea a vuelo de pájaro, mencionar ciertas mordeduras interesantes. En Veracruz, después de los exuberantes días de carnaval con sus borracheras y sus muertos, fue también una de mis manos la que sufrió la embestida brutal, esta vez de una tortuga carey. Tuvieron que llevarme a un hospital para que los médicos calmaran mis dolores y cortaran el flujo escarlata que a borbotones se le escapaba a una vena rota de mi muñeca. También en México, no en la selva sino en la propia capital, en la casa de una excéntrica pintora, me asaltó un celoso tejón de asesina dentadura, responsable de las horribles cicatrices que hasta este día pueblan mi pierna izquierda.

Voy a omitir los perros (como por ejemplo el Chang, el galgo que me separó en dos el labio inferior), los gatos (como Gutiérrez, aquí en el cuello) y las ratas que se han ensa-

ñado en mi contra, de modo que terminaré elogiando la suavidad tímida y acaso humilde de las culebras sureñas que muchas veces han dibujado sobre mis brazos blanquecinos su fino óvalo de sangre... Pero todas estas cosas me ocurrían siempre cuando yo era alguien. Ahora ya no me pasan. Ahora ya no hay nada que pueda pasarme. Morir no más, sería lo único. Desde la mañana en que salí a comprar cigarrillos. Porque esa vez ya lo sabía, ya había estado en las oficinas del Registro Civil.

Bueno, sin embargo, a pesar del poder de los animales, y de la zoología abriéndose como una bella disciplina, fue más potente la misteriosa invitación de la música y así, a los veinte años, con un cuerpo plagado de cicatrices, debuté como director de coro. Viajé por pueblos, ciudades y campos, recorrí fábricas y escuelas repartiendo la alegría fresca de los villancicos, la mística emoción de las "Aleluyas", los "magnos misterios" y el amor, todo en lindas armonizaciones para cuatro voces que me llevaban noches y noches, y viví feliz, a pesar de que algo me faltaba y este algo, con los días, fui sintiendo que me empezaba a corroer el alma, sin que jamás, por supuesto, se percatara Matilde. Matilde es actriz y tiene su propio mundo. A veces la he encontrado en la casa con actores de su conjunto ensayando fogosas escenas de amor de algunas obras que no conozco. Una tarde me quedé mirando abismado cómo un sujeto le acariciaba frenéticamente los pechos mientras le decía "tienes que seguirme, mi amor, ¡tienes que seguirme!". Era un actor excelente, con qué naturalidad ensayaba su papel. Ella replicaba "no puedo, mi amor, tú sabes que no podré" y estallaba en lágrimas también con notable realismo. Comencé a aplaudir y ambos dieron un salto. "Excelente", les dije, "¿a qué obra pertenece esa escena?". Pero todo esto no viene al caso. El hecho es que Matilde tiene su mundo y yo el mío y así ella jamás se percató del proceso destructivo que iba creciendo en mí

como un cáncer y que Mónico logró extirpar con su genial idea aquella tarde en que yo guardaba cama, dándole un nuevo curso a mi destino. Después de recuperarme de esa especie de desmayo que sufrí, se hallaba en el cuarto mi amigo Manosa. Como siempre, lo primero que hicimos fue lamentarnos y lloriquear un poco por la triste suerte del aardvark, el más lamentable –coincidíamos– animal de toda la tierra. Contemplábamos su fotografía, que yo tenía enmarcada en plata sobre mi velador, y comentábamos su gran fealdad, su mirada de desamparo, esa terrible indefinición de este compuesto, Frankenstein entre los animales, subsistente de la compasión del resto de los seres, monstruoso engendro de melancólica mirada. Sólo por fotos lo conocía, pues pese a que el destino me había llevado también al Africa, a las Reservas de Amboseli, de donde parece originario, nunca tuve la suerte de ver personalmente a uno, especie, quizás en extinción, ocultos bajo quizás qué matorrales, esquivando la mirada despectiva del sol, del cielo, de la lluvia, nacido blanco del desprecio universal, de la sorna aniquilante, persistente y tierno contrahecho de la selva.

Manosa y yo lo compadecíamos. Manosa era un amigo de aquella época que mis familiares me presentaron y a quien visitaba todos los jueves en su estudio, donde recostado yo en *recamier* de felpa granate muy de mi gusto anticuado y sentado él en su despacho, conversábamos largos y plácidos momentos sobre todo aquello que se nos ocurriera, pero fundamentalmente de lo que constituía el eje de nuestras vidas; es decir, los animales y la música. No siempre estábamos de acuerdo. Por ejemplo a él los batracios no le gustaban ni Brahms tampoco. Era partidario de los mamíferos y de Haydn, el gran latero de la sinfonía. Bueno, tal vez fuese lógico que tuviéramos diferencias dentro de nuestro eje, la conjunción de nuestras pasiones.

Casi siempre me iba del estudio cuando sonaba el timbre, sabiendo que había llegado la señora de larga trenza y

ojos desconfiados que esperaba en la salita de afuera y que se ponía de pie en cuanto yo abría la puerta. "Es diablo este Manosa", pensaba yo, sin querer mirarla mucho. Porque Manosa era casado.

Así, pues, Manosa llegó a verme otra tarde durante esa misma gripe y tuvo la suerte de ser el primero en conocer el proyecto que ya asediaba mi pensamiento y de presenciar una de las primeras muestras que auguraban las posibilidades de ese proyecto celestial. Manosa en realidad no se lllama Manosa. Es que a mí siempre me ha gustado jugar con los nombres. Su apellido es Rosasco y entonces yo solía decirle Rosaescu, que parece un apellido rumano. De aquí que me refiera a él también como "el Rumano" y además, puesto que de Ro*saes*cu sale *saes,* a veces le digo "el Rumano Sáez". Pero generalmente lo llamo Manosa, que toma las cuatro últimas letras de Rumano y las dos primeras de Sáez. De modo que cuando me refiera al Rumano o a Sáez o a Rosaescu o a Manosa, ya saben que se trata de la misma persona. Aunque quizás no vuelva a referirme a él, pues lo nombré sólo debido a que fue testigo de mi primer ensayo general con Mónico Zañartu Prieto. Pero sí, de algo más fue también testigo.

Cuando tuve a Mónico en posición de vencido, sujeto por las dos axilias, entoné primero con gran afinación las notas iniciales de vals *Danubio azul* la-ra-la-la-lá y entonces oprimí el pecho para que salieran cuatro perfectos gruñidos terminando con éxito el conocido compás. Fui al segundo la-ra-la-la-lá y nuevamente cuatro notas caninas emergieron nítidas a la presión de los dedos. Manosa quedó sorprendido, no podía creer lo que sus ojos veían, lo que sus oídos necios escuchaban. Y me felicitó, muerto de asombro. Lo importante era que Mónico, tras unos días de práctica, ya no se molestaba, no se escabullía de la cama buscando salvación a un castigo que no era. Tomaba su tarea con ahínco, hasta con algo de pasión, diría yo.

Entonces, lo primero que hice cuando me bajó la fiebre y terminaron los dolores de garganta, fue visitar a mi abuela, contarle mi proeza y pedirle otros dos pekineses de la nueva camada de Mizuka, una dama café-con-leche de ladrido agudo, que de no tener tantos años y tan pocos dientes, hubiese podido convertirse en una soprano de primera. Ella supo escuchar y comprender, y a la semana, en un canastito de mimbre (yo había ido al Registro Civil a solicitar un certificado de nacimiento), Matilde recibía al Micho y al Pelele, los dos cachorros que con Mónico llegarían a formar el más impresionante de los tríos musicales.

Cuando regresé del Registro, Mónico Zañartu Prieto y sus dos nuevos hermanos me esperaban sentados a la puerta, agitando sus colas aplumeradas, como listos para un ensayo general. Mónico mayor y responsable, el Micho de largo pelaje claro como su madre y el Pelele peladito y chueco de patas, algo así como un aardvark entre los pekineses. Me había ido mal en la diligencia, pensaba yo, porque no existía tal documento. Es decir, me había ido bien en la diligencia, como lo comprendí algunos meses más tarde, cuando salí a comprar cigarrillos. Mal porque el incendio del Registro había terminado con todos los libros de la década en que nací y no logré entonces obtener el certificado que requería. Bien porque desde ese momento yo no había nacido: es decir, no era nadie. Y con el tiempo llegué a saber que es bueno ser nadie, o no ser, porque si uno no es, ¿quién puede herirlo? La idea fue amalgamándose mientras corrían los meses y se afinaban los oídos de mis perros. Mónico llevaba la batuta, y una de las mayores glorias de mi vida la tuve una tarde en que revisaba cierta partitura. La radio tocaba el *Danubio Azul* y Mónico reposaba en su canasta. De pronto, justo donde corresponde, Mónico hizo su entrada perfecta y con la mayor afinación que le haya escuchando a perro alguno. Y además, ¡solo!, sin la presión de mis dedos sobre su pe-

cho. Fue, recuerdo, la primera vez que me emborraché, el primer paso hacia este infierno.

La idea se hizo carne, se hizo piel, se hizo célula, cuando con los cachorros salí a comprar cigarrillos. Yo no era nadie si mi nacimiento no constaba. No tenía identidad. Entonces ¿qué importaba si no volvía jamás a casa? ¿Quién era el que no volvía? ¡Nadie! ¿Quién era el que abandonaba los jueves con Manosa? ¡Nadie! ¿Quién era el desaparecido? ¡Nadie! Por eso eché a caminar. Echamos, mejor dicho, a caminar y no quiero dar detalles sobre cómo llegué a esta caleta perdida y a la cueva que habito entre las rocas, pero tuve que recorrer mucho camino antes de esta noche en que por primera vez se suelta mi lengua. A veces sentí remordimientos por Matilde, pero ella es una actriz consumada, de mucho trabajo y además tenía su vida llena: siempre ensayando sus papeles de heroína. Ella era feliz, no me necesitaba. ¿No necesitaba a quién? ¡A nadie! Otras veces sufrí ataques de risa interminables al imaginar su asombrada y larga espera por los cigarrillos que nunca llegaron, porque Nadie los compró. Tuve que conocer rincones muy oscuros y caer a través de muchos pozos antes de llegar a esta caleta.

Una noche, mientras realizaba mi número en un bar, vi que desde una mesa me observaba el Rumano con cierta severidad. Hicimos el *Danubio Azul* y *Los Bosques de Viena* y luego comencé a recorrer mesa por mesa con el sombrero extendido recogiendo unos pesos que siempre me daban o tomando un vaso de vino que me ofrecieran a modo de felicitación. Mi vida era tranquila. Feliz, diría yo. Pocos accidentes solían turbarla. Desgraciadamente esa noche ocurrió uno de los peores, justo cuando me veía Sáez después quizás de cuánto, yo no llevo la cuenta de los días. Marchaba yo hacia su mesa –sabedor de que no tenía escapatoria y a la vez contento de encontrarlo y poder intercambiar opiniones sobre el aardvark, hasta dispuesto a pedirle que me mandara aquella foto del animal para guardarla junto a mis teso-

ros más preciados– cuando un parroquiano le asestó ruda patada al Famoso Culebrón de la Laguna de Aculeo, haciéndolo volar entre gemidos un par de metros. Mónico y el Micho prendieron al agresor de los tobillos y yo me le disparé encima dispuesto a terminar para siempre con su miserable vida. Con silla y todo cayó al suelo sin que mis manos aflojaran el cuello. Sus ojos se desorbitaron, su mirada se fijó en el horror y su piel tomaba ya un color violáceo cuando sentí el golpe en la cabeza. Eso sí que no. A mí podían darme una patada. ¿A quién se la daban? A nadie. Pero no a mis perros. A ellos, que ningún humano se atreviera a tocarlos como no fuera para prodigarles un cariño, ellos eran lo más sagrado que yo tenía, con mis dioses no se jugaba.

Cuando recuperé la conciencia estaba tendido sobre una camilla del policlínico, que ya conocía, y Manosa sentado a mis pies.

–Hola, Rumano –le dije–. ¿Cómo anda la vida?

Me miró entristecido, quizás por mis arrugas, por el color amarillento de mi rostro, por la escasez de carne que cubría mis huesos. Entristecido porque él, siendo alguien, no podía acercarse siquiera a comprender que con Mónico Zañartu, Micho y el Horroroso Culebrón –el último nombre del Pelele– yo era feliz, yo había vivido los años más felices de esta vida que ya se me termina. Porque nada es eterno, no.

–Hola –me dijo y luego me hizo arder la sangre al agregar ese "te vas conmigo a Santiago" que no venía al caso, no conmovía una sola partícula de mi ser, no le salía tampoco desde lo hondo. Lo miré con lástima y di un silbido llamando a mis niños, que siempre en ocasiones semejantes me esperaban detrás de la puerta.

Pero la felicidad lo malo es que a veces se termina y la vida no. Nadie ignora que los perros viven menos que el aardvark. Cuando se me fue Zañartu sentí como que el mundo se resquebrajaba, llenándose de infernales grietas cerca-

nas siempre al paso. El había sido el primero, el inventor, casi, de la genial idea. Ahora sólo quedaban el Micho o el Miracho (que son dos nombres de un mismo perro) y el Pelele, desconcertados por la ausencia del maestro.

–Adiós –me dijo el Rumano y juró, ante mi súplica, que Matilde nada llegaría a saber de este encuentro. Después las cosas fueron como siempre.

De bar en bar, de pueblo en pueblo, anduve con mi coro de Nadie, con mis cachorros a la rastra y una gran felicidad iluminándome los ojos.

El Micho fue el segundo, fatalmente agredido por un perro hidrófobo que antes de ser pasado por las armas logró ultimar a muchos de su especie. El Horroroso Culebrón y yo quedamos solos y ya nadie por las noches dio un peso por el número. Vagamos y vagamos y, sin ofrecer nada, tuvimos que pedir. Pero lo compartimos siempre todo. La carne, el vino, las pilchas para las noches de invierno. En esta misma mesita de madera putrefacta él se sentaba con las patitas arriba y desde mi plato iba una cucharada a su boca, una a la mía, una a la suya, una a la mía. Nada, nada es eterno. Nadie es eterno. Pronto me iré con mis cicatrices, con mi música a otra parte, arriba o abajo, y seré de nuevo como todos, igual, seré alguien y dejaré ya de ser Nadie, que es la vida. Una cucharada iba para él, otra para mí, y así corrimos a lado y lado. Por eso, desde que me lo mataron, cada vez que voy a comer no puedo. Y entonces tomo vino.

TIBURON TIBURON

Cuando sientas deseos de acariciar, acaricia.
Cuando tengas ganas de golpear, golpea.
No digas "ay", ni "basta", llega hasta los límites.

Ibn Khaloum

La tarde caía, caía, caía. Caía como en algunos países caen los tupidos copos de nieve; es decir, caía cubriéndolo todo. Sólo que aquí donde estábamos, en regiones de calor y en plena orilla del mar, tampoco podía cubrirlo todo de blanco, sino apenas de una compleja mezcla de tonos en la que predominaba el rojo-púrpura rodeado de naranja, color de esos atardeceres espléndidos de las postales que rápidamente se le mandan a la amada lejana para recordarle que pensamos en ella (cuando en realidad *no* pensamos en ella), nostálgicas postales capaces de superar la belleza de toda realidad, postales sin mosquitos, sin fríos, sin sudores, postales de horas y momentos semejantes, víctimas ilesas de retinas automáticas que supieron capturar ese instante preciso que no ha de tardar –ahora mismo– en dejar paso a la noche, en este caso con luna, que ya viene. Una luna llena, o casi llena, más o menos como el último vaso de cerveza que nos estamos tomando al salir desde el interior de la enorme palapa a pleno aire, una luna que al menos en el desfile que ya todos vamos a iniciar a lo largo de las calles del pueblo –¿pueblo, aldea, comarca?– con Sogas a la cabeza, con Sésamo, con el gordito Alfredo y el resto de la fatal partida, seguidos en breve por una "tambora" bulliciosa y cansada (tal vez de tanto tocar), será capaz de continuar indicándonos risueña cuál es la arena de la "ave-

nida" principal y dónde comienza el mar que sube, que sube, que pronto querrá hacernos más estrecho el camino para que cuerpo con cuerpo se peguen y se junten los sudores, antes de llegar –o de acercarnos– entre compases de viejos boleros al patio de los tiburones, todos bien entonados, muy regados por dentro todos, como Dios manda (y aunque no mandara), después de mucho sol, mucha euforia, mucho marisco y naturalmente también mucho ron.

Pero sí, la tarde caía, caía.

Sin embargo, aunque parezca raro, no todo en esa jornada había sido *tarde*. Tuvimos también –hay que reconocer– una espléndida, una luminosa, una feliz, una activa, una risueña, una marina, una soleada, una parecida a muy pocas, una exultante, una frenética, una salada mañana llena de promesas y llena también de uno que otro recuerdo. Recuerdos sórdidos, recuerdos amables, recuerdos violentos, recuerdos tiernos. Toda clase de recuerdos cupieron en esa mañana bajo el estímulo poderoso de la almeja.

Habíamos cruzado a la isla en una lancha a motor para disfrutar de un baño más solos, sin tanta gente al borde de adivinar nuestros complejos de panza o de malas, de pésimas artes natatorias. Eran apenas diez a quince minutos de plácida navegación desde la playita de las palapas marisqueras hasta las aguas transparentes de la isla y todos nos sentíamos muy contentos de vivir, dispuestos a sacarle la esencia a cada uno de esos minutos. *Todos* éramos apenas cuatro, pues, Sésamo, algo más entradito en años, algo más reposado, y posiblemente algo más indiferente a los placeres de la costa (por ser él mismo de la costa), quiso quedarse al otro lado con una rubia (cerveza) y un platón de ostiones en su concha. Cuatro tipos que hacía ya tiempo no veían el agua salada, que casi habían olvidado el sabor del pescado, como si en tierra adentro no hubiera pescado, y el olor de

los mariscos frescos, que si están verdaderamente frescos por lo general no tienen olor. Cuatro –casi tres, porque a uno lo vamos a omitir– para una mañana espléndida, una mañana... (leer lista de adjetivos en la página anterior para calificar la mañana).

–Vuelva a buscarnos dentro de una hora –le dijo el gordito Alfredo al lanchero. Y saltamos todos de la lancha.

Parménides lanzó un grito al caer.

– ¡Carajo, chingada madre, me pegué con algo duro, me corté el pie!

Se agachó quejumbroso, metió la mano al agua y muy pronto, casi en el acto, la volvió a sacar trayendo entre sus dedos eso duro que lo había cortado. Nos quedamos atónitos mirándolo. Era una almeja, lo duro, una almeja de mediano tamaño. Una almeja blanca de concha estriada. Como resulta lógico, más que el tajo de Parménides nos impresionaba el hallazgo, de modo que apenas pasó el asombro, no faltó quien exclamara:

–Oye, es una almeja no tiene por qué ser la única. Busquemos, busquemos. Seguro que hay más.

Los cuatro nos pusimos de inmediato a gatear en el agua moviendo las manos de lado a lado para palpar el fondo arenoso. Y de inmediato, también, empezamos a encontrar almejas –una y otra y otra– y a gritar a la vez de felicidad y entusiasmo.

Si el narrador de esta parte de la historia hubiese sido un pez, habría tenido que referirse a extraños instrumentos adheridos a largas palancas, o bien a animales de especie desconocida que con sus tentáculos inquietos palpaban minuciosamente la arena en el fondo del agua. Si hubiese sido (el narrador) una gaviota, la imagen vendría a golpearnos muy distinta: dos pares de anfibios cuadrúpedos, no del todo disímiles del caballo, que han llegado a estas costas a disputar con ellas el alimento, pues ¿qué otra cosa podrían estar haciendo durante tanto tiempo sino saboreando

caracolillos, almejas y otros muluscos? Y si el narrador, finalmente, hubiese sido un hombre, no uno de los que ahí estábamos, en buen conocimiento de todo el asunto, sino un hombre que en pleno vuelo detiene su helicóptero sobre esa precisa zona del mundo, habría dicho, sin duda, que se trataba de un grupo de sujetos escapados de algún manicomio cercano... Queda plenamente demostrado aquello de que todo depende del color del cristal con que se mira, aunque ni el pez ni la gaviota estarían mirando a través de un cristal. Probablemente el hombre sí: de un cristal *sin* color.

Cuando al cabo de una hora volvió el lanchero a recogernos, nadie quería marcharse todavía.

—Ve tú— le dijo el gordo Alfredo a Parménides—, y regresa pronto con cuatro cajas de cervezas frías, dos kilos de limones, salsa picante y un par de cuchillos que te pueden prestar en alguno de los negocios.

Cuando regresaron le dijimos al lanchero que viniera por nosotros en unas dos horas más. A esas alturas teníamos sobre la arena un montón de por lo menos doscientas almejas, unas grandes, otras medianas, otras pequeñas. Curiosamente. Lanzábamos gritos de euforia, transfigurados como pueden estar en esas circusntancias los que son de la ciudad. Y también, por supuesto, los que no son de la ciudad...

Releyendo, veo que esto último se pone demasiado descriptivo, Leo y releo. Tórico y retórico. Sí, la verdad es que desde *recuerdos violentos, recuerdos tiernos* lo narrado podría sintetizarse en un par de frases apretadas. Haremos, al menos, el intento de escribir primero ese par de frases para luego apretarlas lo más posible con una llave inglesa.

"... Recuerdos violentos, recuerdos tiernos... Mañana de recuerdos. Pie choca con duro. Almeja. Euforia. Cientos. Mañana de almejas y cerveza".

Además, me digo, por qué –y me repito–, por qué tanta explicación de todas estas horas previas, si lo que en realidad interesa –más que nada– es lo que ocurrió precisamente después, cuando el lanchero regresó por nosotros, ahora sí, para emprender por fin la retirada (compañeros de mi vida) de la isla y llevarnos otra vez a la playa de las palapas, del bullicio, de las ostionerías, llenos de almejas en el estómago, muertos de sed, sí, cocidos por el sol incansable, ahora en buen descenso mientras la lancha corta las olas y una suave llovizna de espuma nos alegra la piel ardiente y enrojecida, y mientras las casas se acercan y se divisa la Combi frente al restorán donde muy luego habremos de encontrar a Sésamo con sus nuevos amigos, pero *sobre todo*, con el Sogas que, para que vean el desorden de estas líneas, debía ser el verdadero protagonista del presente relato, junto a Tintorera. Al menos podemos dar crédito de que fue el feliz instigador, el estímulo esencial, la fuerza motriz de esta historia que hasta el minuto en que se escribe la palabra "minuto" y hasta siete palabras después, no ha dicho nada, no ha cumplido con las reglas del juego, es decir de esta historia que no es en realidad una historia, sino un montón de caóticas impresiones incapaces de juntarse ni converger al punto que pudiera unirlas, desintegrándose como una galaxia entera que por errores de la mano de Dios fuese a caer en alguno de los siniestros agujeros negros que tan bien describe Einstein debido, naturalmente, a que nunca los vio... Porque del Sogas, hasta ahora, ni siquiera una palabra; para él, hasta ahora, ni siquiera una sonrisa. Ni un mínimo y dulce *close-up* de la cámara. ¡Hágase justicia!

Y entonces como más vale tarde que temprano, digamos algo acerca del Sogas.

Hemos llegado a la gran palapa marisquera y Sésamo, entre vítores y risas de cierta euforia etílica, nos presenta uno por uno a todos, a todos uno por uno. El Sogas está

a la cabecera y de inmediato, mientras nos saluda con una sonrisa bobalicona, algo cansada, llama a Sofanor y le pide cuatro bandejas más de camarones al mojo de ajo y cuatro nuevas órdenes de jaiba rellena, para los amigos que vienen llegando. El gordito Alfredo hace claras manifestaciones de una sed desesperada y en menos de lo que dura un abrir y cerrar (debiera ser, por lógica, un cerrar y abrir) de ojos, la mesa se cubre de botes cerveceros que despiden vaho de tan fríos que vienen a consolarnos. Todos, todos, un gran salud, por Sésamo, viejo amigo del Sogas, y por el Doc, principalmente por el Doc, también viejo amigo, ex-compañero de tareas y palomilladas en los días de colegio, nada menos que dieciocho años desaparecido, pinche Sogas, ¿cómo te explicas esa suerte? La suerte de que dieciocho años después de no verse llegue tu cuate buscándote, qué te hiciste, pinche Doc. La suerte de que justo ese mismo día, también después de unos añitos (no tantos) aparezca Sésamo, ¡qué milagro! La suerte de conocer a estos nuevos cuates tan rojos y contentos que ahora levantan su copa para brindarle saludo. La suerte de que sea sábado, de que la tarde esté cayendo, cayendo (porque recuerden que la tarde caía...) y de que para gran remate de suertes y fortunas sea sábado y quede toda una larga noche por delante y un buen domingo de sueño también por delante (aunque en la mañana del lunes ya será por detrás).

–¿Quién es? –le pregunto al gordo Alfredo.

–¿Quién es? –Alfredo le pasa la pregunta a Sésamo.

–El síndico –me responde luego Alfredo.

–¿El cínico?

–No, el síndico... El representante del presidente municipal aquí, en este pueblo... Una especie de cacique local...

–¡Salud por el síndico! –digo–. ¡Que viva muchos año el dueño de este hermoso lugar perdido en la costa!

Todos siguen mi proposición diciendo que viva, que viva, que viva el dueño, el mero-mero, el gran Sogas Gutiérrez

que por más de dieciocho años no veía a su cuate el Doc, tan fornido ahora, maduro, tan profesional, bigote negro y recortado, camiseta a rayas.

– ¡Salud, pinche Sogas!...

"Gordo seboso", habría dicho Brigitte Bardot si le hubiera tocado describir al Sogas. "Y Dios creó a la mujer ¿para eso? Ni aunque fuera el último varón sobre la tierra, ¡matarife con olor a sangre de tiburón, asesino de los mares!" A la Deneuve en cambio quizás le hubiese atraído, por ese bigote marcando las siete y veinte del reloj... Mucho peso, Sogas, mucha grasa.

Y sin embargo al Sogas se lo disputaban, íbamos sabiendo entre camarón y camarón, entre copa y copa, mientras la tarde caía, caía... Se lo disputaban dos: Juan Zamora y el mentado Tintorera, un tipo rápido y traicionero, de filudo colmillo y también de filudo puñal, al que le gustaba cazar los tiburones a mano, nada de cosas. Qué bueno que no esté aquí, pensé, diciéndome –ya con varias cervezas y varios rones a mi haber– que me caían muy mal los tipos que se zambullen mar adentro para cazar tiburones a mano, así como derrotaba Tarzán a los cocodrilos en sus hollywoodenses ríos. Pinche Tintorera. Ojalá algún día uno de esos escualos le diese buen merecido tiñendo de rojo las aguas de ese plácido, de ese salado, de ese verdoso, de ese profundo, de ese encrespado, de ese rico en fauna, de ese cambiante Mar de Cortés que tanto beneficio produce al Sogas... Y pensé ingenuamente que esa tarde, de seguro, el Tintorera no iba a aparecer por ahí, y que para nada me gustaría vérmelas con él a mano limpia. Ni tampoco, como es natural, a mano sucia. Ingenuamente, sí.

–Oye Sésamo, oye, Doc... Ahí viene un amigo que quiero presentarles –dijo el Sogas–. ¡Apúrale, Tintorera, buey!

Un es*cualo* frío me recorrió el espinazo cuando vi a Tintorera. No exagero al decir que el tipo tenía cara y facha de tiburón: una boca sin labios, casi debajo de la barbilla,

dos brazos que literalmente aleteaban y un connato de joroba filuda que en el agua se hubiese confundido fácilmente con la aleta dorsal de esos peces que tanto terror han provocado al género humano (y a otros géneros como la novela y el cine). Es decir, era un tipo siniestro, de muy anchas espaldas, y paso zigzagueante, porque a todas luces venía ya muy borracho este terror de las aguas entrando en nuestra palapa para romper la paz de la tarde que caía, ay, ay, ay, mientras soplaba el viento.

—¿No han visto a Juan Zamora? —preguntó babeante, cara sonsa, sin saludar a nadie, con cierta carga de amenaza.

El Doc largó la risa. Rió primero solo y luego el unísono con el resto de nosotros que desafortunadamente nos contagiamos. La mesa reía, reía.

—¿Que si no han visto a Juan Zamora? —remedó el Doc.

Nuevas risas generales. Casi ni se podía hablar. "Que si no han visto a Juan Zamora", decía uno primero y otro después, jadeando entre carcajada y carcajada. Que si no hemos visto a Juan Zamora.

Tintorera nos miraba mucho, exactamente como si no pudiera creer lo que estaba pasando, como si no atinara a comprender de qué se trataba esa escena, como incapaz de determinar si era realidad o sueño.

—Oye —le dijo Sésamo levantándose de la silla y poniéndose frente a él—, dinos qué crees tú, que hemos visto o que no hemos visto a Juan Zamora.

Acto seguido comenzaba a mirarnos risueño para indicar risa con su batuta, pero sólo pudo quedarse en el comienzo, pues no lo dejó terminar el sonoro "aletazo" que le asestó la bestia marina. Sésamo fue a caer a unos siete metros de la mesa, aturdido, para no volver a levantarse tan luego. Se puede decir que dejamos de reírnos y que ya nadie quiso volver a repetir eso de si habíamos visto o no a Juan Zamora. El Sogas miró tranquilo a su joven mozo mientras pelaba un

camarón grande, sin siquiera voltear la cabeza para saber qué suerte había corrido su viejo cuate Sésamo.

—Oye —le dijo calmo—. ¿Por qué tratas así a mis amigos? Ya sabes que eso no me gusta.

—Ando buscando a Juan Zamora.

—¡Y a mí qué chingaos me importa a quién andas buscando!... Seguro que otra vez quieres romperle la madre. ¿Para qué, imbécil? Te echas dos tragos y te da por matar al pobre Juanito. Ahora vete a recoger a Sésamo y lo traes a su asiento.

—¡Ni madres!

El gordito Alfredo ya estaba tratando de hacer volver en sí al viejo Sésamo, que en su desmayo *también* tenía cara de asombro. El Doc miró a Tintorera comi si ya se le acabara la paciencia. Encendió un cigarrillo. Tomó un trago de su vaso y lo volvió a mirar comi si ya se le...

—Oye Tintorera —dijo—, ¿que no oíste lo que te dijeron? Te lo voy a repetir.

Y lentamente, silabeando cada palabra, le ordenó que fue-ra-a-re-co-ger-a-Sé-sa-mo-y-lo-tra-je-ra-a-su-a-sien-to.

—Ni-ma-dres —respondió Tintorera.

Ayudado por el gordito Alfredo, Sésamo, sobándose la mandíbula con un pañuelo ensangrentado, volvió a su silla. Desde allí miró a Tintorera y sacando apenas una voz algo así como de tenor con hipo le dijo casi llorando:

—Oye, ¿de casualidad no has visto a Juan Zamora?

El Doc ya se había levantado y pudo contener al tiburón antes de que se abalanzara como una mole sobre el lastimado Sésamo, esta vez a matarlo.

—Tranquilo, muchachito, ¡no seas travieso! —le dijo, manteniéndolo a la distancia de un brazo estirado—. Te puede pasar algo.

Tintorera, no tan rápido como el rayo, debido quizás a los pícaros grados de lo que hubiera estado tomando durante las horas previas a ese momento celestial (luego intentará

esta pluma dar una explicación de por qué escribió "celestial" para calificar al momento aludido), retiró su brazo hasta muy atrás, ladeando un poco el torso, e impulsó el inmenso puño cerrado de la mano de ese brazo en dirección al hermoso rostro moreno (Omar Shariff de a peso, había dicho alguien, tal vez Sésamo), al sonriente rostro moreno, al casi perfecto rostro moreno de Doc, precisamente aquella tarde (que caía, caía), el mejor amigo del propio Síndico Sogas Gutiérrez. Pero ese puño no habría de golpear su objetivo, ese puño de acero, accionando por el recio resorte de un inverosímil brazo pescador tiburonero, quedaría inmóvil, tristemente inútil, despiadadamente nulo, por la rápida acción de la mano de Doc, el karateca. Un movimiento gracioso, para rematar, y el cuerpo resbaloso y brillante de Tintorera barría el suelo tirando sillas a su paso, como un bolo certero derrotando los palos.

Doc esperó a que se levantara.

—Ataca, ataca —lo instó, entreabriendo los labios para que relucieran blancos sus dientes, con fulgor de cuchillos—. Ataca, chavito, ataca. No tengas miedo. Así, a lo valiente. ¡Ataca!...

Enfurecido, casi hidrofóbicamente babeante, el joven embistió a toda carrera contra Doc Shariff. Esta vez el karateca —nadie pudo ver bien cómo— lo hizo dar dos vueltas en el aire y salir volando hasta chocar con uno de los postes de la palapa, que registró un estremecimiento relativamente sísmico y a punto estuvo de venirse abajo.

Todos a esta alturas reíamos en una mezcla de asombro y algarabía. Por supuesto, el que más reía era Sésamo, el bueno y vengativo Sésamo.

Sogas Gutiérrez permanecía sentado, sudoroso, grasiento, pelando camarones. Su expresión había cambiado y de algún modo a sus ojos llegaba ahora cierta sombra, y de algún modo su boca, de vértices ahora caídos, expresaba si no disgusto total, al menos cierto malestar. Impulsados

por oscuros presentimientos, los cuatro almejeros del día apresuramos la mitad de una botella de ron que aún quedaba, así como por precaución, como por si los tiempos pudieran cambiar, como si en lugar de caer, caer la tarde, pudiese echársenos encima una noche negra y definitiva.

–¡Ya nos vamos, ya nos vamos! –dijo el Sogas, levantando con trabajo su pesado cuerpo–. Nos vamos, Doc, nos vamos, Sésamo, todos nos vamos a ver a mis tiburones secándose...

¿Irse? ¿Por qué? Ya había dejado Tintorera de causar líos. No porque hubiese muerto, sino porque los vuelos y los golpes lo mantenían –para tranquilidad de todos– adormecido. ¿Irse? ¿Terminar ya con esa espléndida jornada de mariscos, sol, alcoholes? ¿Romper de cuajo un vuelo drogado donde la única droga es la intensidad de un día llevado a las regiones más extremas de los sentidos? ¿Por qué? ¡Porque a Sogas Gutiérrez se le acabó el ánimo, se le bajó la risa, le dieron ganas de mear!... Yo te voy a decir-bien, o sea, te voy a mal-decir, mejor: consúmete, Gutiérrez, quémate en los aceites hirvientes del infierno; arde y cruje como un gusano de maguey fatalmente condenado a la paila, siente tu piel apergaminarse dolorosamente y contraerse tu carne como un bistec en la parrilla, sufre, sufre mucho por querer llevarnos a todos a tus malditos tiburones, entrégate delirante al tormento, pero una cosa recuerda, Sogas Gutiérrez, piensa que alguna vez tú mismo, y alégrate, que tú mismo, sin el permiso de nadie, le pondrás tu propio nombre a una de las calles de este pueblo –¿aldea, comarca?– y entonces no pierdas nunca la sonrisa.

Sogas ya está de pie y mira con desagrado en todas direcciones.

–¡Luego hablamos, Sofanor! –grita hacia la cocina.

Pienso que (el gordito piensa que, Sésamo piensa que, Parménides piensa que, el Doc piensa que, todos, todos piensan que) ese "luego hablamos Sofanor" se refiere al

pago de la cuenta, y se me viene natural la idea de que (al gordito Alfredo se le viene natural la idea de que, a Sésamo se le viene...) la gran víctima de toda esa jornada de siete cajas de camarones, ochenta jaibas rellenas, dos ollas de sopa de aletas de caguama, cervezas y rones a granel, no es otra que Sofanor, que no ríe, que acaso esté ya fraguando sórdidas venganzas, "luego hablamos", sí, total un síndico es un síndico y tiene también que hacer favores y lo mejor será servirle siempre bien.

Y todos vamos como en lenta y relajada caravana saliendo de la palapa mágica hacia esa tarde que caía, caía, caía, y que muy, muy pronto dejaría paso a la noche, en este caso con luna, que iba a reflejarse plateada en el mar tranquilo que ya sube y sube y sube estrechándonos la calle de arena.

Pero ahora necesitamos un corte con urgencia. Venga un cuchillo. Si a la pluma que escribe se le escapó de pronto una frase tan sospechosa como "este momento celestial", es preciso explicar que ello se debe a que el momento, en realidad, *era* celestial. ¿Qué más se puede decir? Para qué tanta explicación, después de todo. Para qué insistir en que era uno de esos momentos en que los sentidos se abren a su diámetro máximo (¿serán redondos?) dejando que a través de ellos penetre multidimensional la felicidad más plena. El momento era simplemente *celestial.* Es decir, era un adjetivo calificativo.

Estamos, pues, afuera, todos algo traposos de andar y difíciles de lengua. Con excepción de Tintorera: de lengua imposible y de paso nulo.

–¡A los tiburones! –dice Sogas Gutiérrez algo así como significando "el que sea valiente que me siga".

Y marchamos ocho, diez, doce personas por la arena, pegados al mar, mientras viene apareciendo espectacular una luna que contrariamente al "farolito", no alumbra *apenas* la calle desierta, sino que la alumbra a toda fuerza, porque además la calle no está desierta, no está desierta,

pues inclinado en pose romántica contra el muro de una casita de madera está el Doc hablándole a una muchacha de cabellera larga y suelta que lo contempla con admiración y deseo, mientras a pocos pasos la tambora, acompañando a una voz antiguamente cursi, toca los compases casi finales de *soy prisionero del ritmo del mar.*

"Qué bonitos ojos tienes", le estará diciendo el Doc.

"¿Debajo de esas dos cejas?", preguntará la dulce, la pálida, la tierna, la esperanzada, la única, la divina muchachita del corazón nervioso, sin poder alejar de su mente la imagen de aquel instante en que Superman Doc le daba su de sobra merecido a Tintorera.

"Eres muy fuerte, muy fuerte", dirá ella.

"No, preciosa, ni tanto", responderá él modestamente—Sólo que nunca me han gustado los matones, esos tipos que creen que pueden andar madreando a todos... ¿Sabes? Tu sonrisa es una fiesta y son como perlas tus dientes". (¿Se imaginará quizá el Doc bailando con ella toda de blanco y llena de velos un esplendoroso vals vienés sobre los mosaicos encerados de un gran salón barroco?) "Sí, como de perlas".

"Nunca hay que decir cosas que no son", dirá ella modestamente.

"Yo también estoy prisionero del ritmo del mar", dirá él, "y seré además prisionero del ritmo de tus caderas bailando", y suavemente la arrastrará hasta la parte más dura, más mojada, más cercana del agua, más fresca de la arena, abrazándola en los suaves, en los lentos, en los sensuales, en los plácidos... ¿qué?... ah, sí, compases de ese bolero de viejas épocas.

Y vamos todos avanzando, marchando a lo largo de la playa, en dirección al lugar donde el Sogas tiene disecándose los tiburones de su última jornada pesquera. Al sitio donde posiblemente *no* habremos de llegar debido a que la noche luminosa y plácida, noche de brisa y de sones, parece aún encerrar alguna sorpresa que depararnos. Marchamos.

Encabezando el desfile va el propio Sogas, riendo de pura felicidad, abrazado con el gordito Alfredo como dos viejos cuates, "como dos buenos amigos que hace rato no se ven", contándose quizás qué cosas entre sus flujos alegres de sana risa. Atrás de ellos, pensativo, avanza Sésamo sobándose el mentón y tal vez preguntándose, muy en silencio ahora, si acaso alguien habrá visto a Juan Zamora. A su lado, Parménides enciende una pipa con tabaco de poderoso aroma y otros dos de los de la mesa se abrazan para sotenerse mutuamente. En seguida están los músicos, manteniendo sus dos metros de distancia y afinando los compases con que Doc Casanova y su bella conquista avanzan bailando a un costado. Un cuadro que Go*ya* hubiera querido pintar, es decir que *ya* hubiera querido pintar Go, para fijar la esencia de un minuto que podía perfectamente (así como perfectamente podía *no*) estar sintetizando el palpitar del universo entero.

–¿Por qué eres tan increíblemente hermosa? –pregunta Doc.

Ella aparta levemente el rostro de su pecho, sin dejar de bailar, para mirarlo fijo a los ojos en su sincero esfuerzo por determinar qué dosis de verdad pueda haber en esas tiernas palabras; pero cuando apenas está a punto de perforarlo con la potencia de su mirada, siente el choque y su mente cae en regiones de un abismo desconocido.

–¡Otra vez, pinche Tintorera! –exclama el Sogas.

La bella se levanta del agua escurriendo y, aterrada, huye entre gemidos y llantos. Sobre la humanidad ahogándose del Doc pesan los desproporcionados kilos de un miserable "tiburón" a punto de convertirse en asesino. El Sogas jala con su mano la melena de Tintorera y al levantarlo emerge también de las "profundidades" el casi asfixiado Doc, echando agua hasta por las orejas.

–Oye, Sogas...

Tintorera no alcanza a terminar esa frase, deja caer su

cabeza sobre el muy amplio torso del Sogas y comienza a llorar. Su jefe, su amigo, protector, el Sogas, le acaricia el lomo filudo y mojado diciéndole:

—No llores, cabrón. Ya, cálmate. No me vengas a empezar otra vez con todo el rollo de que tu padre y que el Juan Zamora y todo eso. Ya, cálmate, Tintorera...

—Tú no me aprecias, Sogas.

—Ya, ya, no digas pendejadas.

—Tú prefieres a Juan Zamora, Sogas. Por eso es que quiero matarlo...

—Por eso es que quiero matarlo —remedo Sésamo con su voz de soprano mal pagada, iniciando de inmediato una carrerita para ocultarse tras los músicos que, a petición de Parménides, tocaban ahora la "Vereda tropical".

—... Por eso es que traté de ahuyentarlo de aquí para que no volviera nunca más.

—Ya, cálmate, Tintorera, sigamos, vamos a los tiburones.

Empezó nuevamente el desfile sin que hubiera ofrecido tregua la tambora. Sogas abrazado ahora con Tintorera y el pobre gordito Alfredo muy solo y muy tambaleante. El Doc, ya vuelto a la vida, estrujando su camiseta rayada y mirando hacia las casitas de enfrente, tras uno de cuyos muros estaría la bella secando su cuerpo bañado en sal, ya verá, ya verá el cabrón de Tintorera que con Doc Venganza no se juega.

Marchamos al ritmo de esa despiadada, de esa cruel, de esa siniestra "vereda" que la había dejado ir en pleno trópico —¿por qué, por qué?— y que debía hacerla volver para besar su boca otra vez junto al mar, mientras Doc estrujaba las últimas gotas marinas de su camiseta rayada... De pronto la expectación, el suspenso, el temor de que algo grave se avecina. La procesión se detiene, estalla un trueno, se divisa una centella iluminar los espacios mientras los últimos jirones de una nube que pasa, que pasa, dejan otra vez libre a la hermosa luna cascabelera para que su

luz caiga en un solo haz violento sobre una figura detenida en la noche: un hombre, un hombre joven, un hombre joven semidesnudo, un hombre joven semidesnudo con rostro de furia, un hombre joven semidesnudo con rostro de furia que nos hace frente desafiante, así como D'Artagnan desenvainaba su espada entre sonrisas para dar rápida cuenta de seis o siete guardias de Richelieu. Una ráfaga de terror recorre al desfile entero. Sogas Gutiérrez se deshace del meloso abrazo de Tintorera. Por primera vez la tambora detiene sus notas, se calla, se calla justo cuando debiera ahora simular esos redobles que anteceden al lanzamiento estelar del principal trapecista del circo. Avanza Sogas cauteloso y se detiene a un metro del iluminado de la luna.

—¿Qué buscas, Juan Zamora? —dice.

Se escucha una vocesita aguda que desde algún lugar recóndito (no, sólo cóndito) gime fingiendo temblores y con las notas precisas de la escala canta: *tiburón, tiburón... Tiburón, tiburón.*

—A Tintorera busco —responde el héroe de la luz, de esa luz que destaca su piel morena y brillante, que destaca sus dientes blancos, parejos.

—¿Por qué no se dejan de mamadas? —dice Sogas casi con timidez.

Pero al mismo tiempo el Terror de las Playas ha dado un salto adelante, como un astronauta llegado del cielo, y sin esperar ningún tipo de diálogos lanza un puntapiés que da a tierra con Juan Zamora y su triste lamento.

—Aquí estoy, cabrón, aquí estoy. Esperándote, buey.

—Oye, no se peléen ahora —dice Sogas—. Estamos todos tan bien. Vamos, vamos juntos a los tiburones, como hermanos. Lo hemos pasado a todo dar. Casi veinte años que a Doc no lo veía. Y a Sésamo. Y los cuates nuevos, aquí están, uno hasta escritor es. Oyeme, Tintorera, no se peléen ahora. Si yo los quiero a los dos. A los dos los quie-

ro yo. Si yo los quiero a los dos. Desde chavos los conozco y cómo no voy a saber que son a toda madre, ¿o no los tengo trabajando conmigo? ¿O no los trato como se debe? Sean amigos, no mamen, entiende, Tintorera, ¿qué culpa tiene Juanito de que tu papá se haya muerto? ¿Qué culpa tiene de que te empedes todas las noches a lo pendejo y te dé por salir a buscar almas que lastimar? Andale, cuate Juan, entrégame tu cuchillo y que esto no pase a mayores, cabrón.

—Oigan —¿por qué no siguen tocando? —se escucha decir a Parménides—. A ver, algún valsesito peruano...

Sólo en ese momento advertimos que los músicos ya no están tras nosotros. Se han hecho humo, se han escurrido sigilosamente, escudados por las sombras de la noche, que avanza, que avanza, que se encamina certera hacia el despertar de un alba como todas.

¿Habrá la bella secado sus ropas? ¿Palpitará su corazón en espera del regreso de Doc Romántico? ¿Sospechará que su ídolo tiene una esposa, una frágil esposa liviana cual pluma de ave, y tres hijitos gordos como lechones?

Doc, por su parte, estará masticando amargamente su rabia, la ira por el manjar que el imbécil de Tintorera le quitó de la boca. Y estará también mojado, desde luego, mojado y esperando el momento del desquite.

¿Qué soñará el gordito Alfredo, que en curioso equilibrio reposa dormido sobre la baranda de una lancha pescadora que también reposa dormida sobre la arena que también reposa dormida bajo la noche, que no reposa dormida, sino que avanza, que avanza?

¿Y Sésamo, por dónde ronda mientras está detenido el tiempo de este relato, mientras también está detenido el tiempo de esta relata? ¿Desde dónde podrá remedar ahora a la bestia sin que lo descubran?

Sí, los músicos se han ido con la música a otra parte. Se han marchado por la senda de la prudencia.

Y sumido cada cual en sus sueños, nadie ha visto a Juan Zamora reptar como una víbora hasta los pies de Tintorera (que escucha a Sogas y su sermón) y extender sus brazos como tenazas de alacrán cercándole las piernas para que caiga de bruces no al suelo, por suerte para su dentadura, sino al agua, por desgracia para sus pulmones, ya que apenas lo cubre la ola, Zamora el Saltarín cae sobre su cuerpo para dar inicio, señoras y señores, al espléndido encuentro acuático que esta noche singular, esta noche como pocas, esta noche de luna, respetable público, deberá dejar sólo a uno vivo sobre una tierra estrecha donde no caben dos.

–¡Lo va a matar! –dice Sogas lanzando angustiado su enorme cuerpo al agua en un intento de separar a los rivales.

–¡No salpiquen! –Es Sésamo, el buen Sésamo a la vista.

Entre pataleos, bofetadas, empujones, el Sogas da un empeñón contra la lancha (alcanzada ya por la marea) y el gordito Alfredo cae al agua para despertar de su sueño bruscamente.

–Yo total ya me mojé –dice Doc en un tono cargado de rencores, con actitud dispuesta a la venganza, y se incorpora también al bochinche.

Vamos, vamos todos al agua. Adelante, Parménides, Sésamo, todos, vamos al agua, que da miedo quedar solos aquí en tierra firme. Cuerpos caen y cuerpos se levantan. Cuerpos saltan. Voces llaman y voces gritan. Voces gimen. Otra nube cubre a la espléndida luna y no es posible dar una cuenta exacta de lo que está pasando. Si el narrador de esta parte de la historia fuera la noche, diría tal vez, sin reconocer a las personas por sus nombres, que el agua salada que un hombre gordo ha tragado retorna a su origen con algunos seres ya sin vida que también retornan a su origen, para bien, así como a la gente le gusta siempre morir en su propia patria, aunque lo que no le guste mucho sea morir (ni siquiera en la propia patria), seres como por ejemplo

camarones grandes y seres como por ejemplo camarones chicos. Y diría que el agua salada que un hombre flaco ha tragado retorna a su origen, etcétera... Almejas en este caso. Y en ese otro. Y en aquél. Diría –la noche– que todo parece una gran algarabía, el fin de un día que tuvo su mañana y que también tuvo su tarde (que cayó, que cayó) y durante el cual se comió mucho y se bebió mucho. Nada más eso diría. Porque la noche no sabe. No sospecha los conflictos. Ignora los odios. ¿Por qué va a saber la noche que en ella misma, dentro de sus propias horas, deberán quedar resueltos para siempre el dolor de un hombre por su padre y su despecho por el favor perdido?

La nube que cubría la luna se ha roto en nubecillas como leves gasas que se alejan. Los rayos del violado satélite vuelven a caer sobre el nudo de esta historia para mostrar a la noche (ya no necesitamos su relato) y a varios otros seres que vomitan y se ríen, que se ríen y vomitan, los destellos de dos puñales que suben y bajan, que se acercan y se alejan, y que parecen, más allá de toda broma, dispuestos a no cejar hasta que uno deje al otro definitivamente inutilizado.

La noche avanza, avanza. Avanza como si quisiera alejarse de la violencia. Y lo que ya se acerca en cambio es el alba. Se divisa el clareo en el oriente, que vendrá pronto a buscarnos, que vendrá –ya dispersos los enjambres del alcohol– a atarnos un apretado nudo en la garganta que nos dejará sin aire y sin latido cuando estemos viendo todos, atontados de horror, entre un ejército inerte de camarones, almejas y trozos de torguga, la sangre de Tintorera tiñendo el agua de la mañana, mientras su cuerpo-escualo no decide bien si flotar o hundirse, dejando su joroba incipiente asomar a la superficie como una perfecta aleta dorsal.

–Vamos a los tiburones –dice llorando el Síndico Gutiérrez–, amigos, vamos, vamos ya todos a ver mis tiburorones.

MORIR EN GUANAJUATO

Se llamaba Leonor Andrade Sánchez dijo el guía mientras nosotros nos retorcíamos mirando estupefactos el único diente que asomaba del hueco bastante macabro de esa boca en gesto de dolor. Ella estaba de pie, al lado del doctor francés y alineada junto a las otras dentro de la vitrina. De su sexo arrugado subsistía únicamente la zanja que divide ambos montes semipoblados de largos vellos color café; sus piernas, desde el disminuido muslo, iban descendiendo hasta penetrar muy escuálidas (sólo huesos y piel seca amarillenta) en unas botas de cuero negro que habrán sido espléndidas en otra época, puesto que a pesar del dolor ella quiso ponérselas para ir hasta el salón a decirles a los demás que ya estaba bien y que su hijo vivía, que sí vivía, dijeran lo contrario, y que para que todos lo vieran con sus propios ojos ahí lo llevaba acunado en el brazo izquierdo, mientras el derecho sostenía en lo alto una mano empuñada en torno al mango de hueso de un cuchillo; botas que habrían caminado también los caminos del cielo y del amor, que habrían subido mil veces y bajado mil veces esas callejas estrechas donde a veces de balcón a balcón se besaba un par de enamorados infelices por la cruel imposición paterna de la dulce, pero no seamos: para que alguien nos entienda, sepamos primero nosotros mismos qué es lo que deseamos que se nos entienda, es decir, a todas luces y certeramente volvamos atrás y *ordenemos*

bien las piezas del rompecabezas: Leonor Andrade Sánchez seguía de pie junto al doctor francés, sin su hijito en el brazo, pero con el grueso hilo muy visible juntando sin escondrijos la carne de su vientre que el bisturí debió haber separado bajo la dirección de una mano quizás experta, quizás torpe, pero eso sí dueña del firme propósito de dar vida al hijo que se anhelaba, de lograr que a pesar de todo lo difícil, de todo lo que vendría (un año, otro y otro) aquellos pulmones diminutos recibieran el primer violento impacto de este aire malsano que no sólo porta oxígeno sino también la esencia del veneno, de asestarle el primer golpe sobre la tierra.

El feto de Leonor Andrade Sánchez continuó el guía *lo veremos más adelante, en la vitrina de los niños.*

Y siguió diciendo que el médico francés, ahí junto a la desdichada Leonor, era el único otro extranjero del museo, aparte de la china. El médico era un hombre alto. Podíamos notar que durante quizás los primeros días después de alcanzarlo la muerte, le había crecido una barba suave y rubia, y también –como excepción entre todas las que llevábamos vistas– que su mueca de horror parecía casi una sonrisa, pero no, explicaba el guía, no fuéramos a creer que las otras eran muecas de horror, no nos equivocáramos, ¿entendíamos?, tomáramos en cuenta que al ir deshidratándose los cadáveres, la piel del rostro se estira haciendo presión sobre la mandíbula inferior y recogiendo los labios, de modo que aunque el muerto hubiera muerto de la más plácida muerte, terminaba siempre por mostrar esa horrible mueca que sólo dejaba algunos dientes a la intemperie aunque era sí preciso recalcar que dos de las muecas de horror eran en efecto verdaderas: la del minero que murió ahogado y la de la china, en cuya enagua, fijáramonos bien, podía observarse el tajo y la mancha de sangre seca en torno a la herida ya sin vigencia que produjo al penetrar el cuchillo asesino, sí, viéramos, era una china joven, de esqueleto frágil, que a

pesar de los veintidós años que llevaba en el museo y de los cinco que previamente estuviera enterrada en el panteón, seguía siendo joven, muy china, como si no quisiera prestarse a confusiones raciales, y como si se negara a envejecer. Porque eso sí, teníamos que saber, por ley el panteón les daba sepultura gratuita durante cinco años, pero transcurrido el plazo los muertos eran sacados si es que no había un ser sobre la tierra que quisiera pagar por la perpetuidad de su descanso. Era curioso, notáramos, que al no haber querido nadie financiarles la eternidad, se les hubiera eternizado de un modo mucho más poderoso, porque no a todos los que expulsaban de sus tumbas les tocaba el privilegio de entretener y asombrar a los ojos del mundo: a la mayoría los incineraban y entonces preguntáramonos por qué misteriosos designios estaban juntos los presentes. ¿Acaso alguna fuerza había vuelto a unir a algunos de ellos después de la muerte para ilustrar el sinsentido que a veces significa vivir? Y diferenciándose también del resto, los dos únicos extranjeros, quién sabe debido a qué dictados del pudor, eran también los únicos que seguían con sus vestimentas: ella con su enagua ensangrentada, tal como se hallaba cuando el flujo de sangre y la muerte se unieron en la misma sustancia. A él, en cambio, lo enterraron de chaquet y zapatos de charol y hasta viéramos la cadena de metal cruzándole el espacio que otrora ocupará su buena barriga.

Quién pudiera saber en qué fecha exacta un joven médico de Normandía, cansado del tedio de la provincia francesa, decidió tirarlo todo por la borda y abandonó a su esposa y a sus cuatro pequeños para tomar el tren nocturno hasta Marsella, donde se embarcaría en un destartalado paquebot cuyo destino final era el puerto de Veracruz. Pero un día bien preciso sí sabemos que llegó a Guanajuato con un maletín donde llevaba sus implementos médicos y otro maletín donde llevaba su chaquet; de aspecto pobre, barba

de varios días, y una dignidad que jamás lo abandonaba. Ese día era el 11 de febrero de 1937, según supimos por el patético diario de vida que nunca al parecer dejó de llevar Pai Li.

De pronto cruzaba la plazoleta frente a la Posada Obsidiana y se me apareció Gerard sentado en un banco, fumando su pipa... Cuando ya estuve muy convencida de que era él, aunque la verdad es que lo supe de sólo verlo debido al golpe que recibí, como una corriente eléctrica, después de tantos años, desde que nos dijo adiós a mí y a mi padre al pisar Veracruz, así, con toda naturalidad, igual que si nunca en el barco me hubiera herido con sus raros ojos penetrantes, a pesar de lo niña que entonces era yo. Me senté junto a él y suavemente posé una mano sobre su brazo. Los ojos se le iluminaron al mirarme y no dijo nada más que "ya eres toda una linda mujer".

Nos falla el acceso a muchas de las páginas que Pai Li habrá escrito desde que comenzó a llevar el diario hasta que la pluma fue deslizando en él su última palabra, que mucho quisiéramos poder leer. Pero hay algunas cosas que nos logramos imaginar. Habiendo perdido a su padre cuando ante la desesperanza éste quiso tentar mejores rumbos y se lanzó a cruzar nadando el río Bravo, Pai Li se dedicó con afán y mucho esfuerzo a encontrar un lugarcito en la vida. Pasaron algunos años y llegó a tener una coquetona tienda de ropa para niños que en gran medida ella misma se encargaba de coser y bordar con hermosos diseños orientales. Alquilaba una casita de dos recámaras que de seguro habrá sido, casi sin dudas, la primera morada que en esa ciudad tuvo Monsieur Gerard Lotí, y nido también de un desprejuiciado romance que durante la navegación sólo había rondado los lindes de lo platónico. Queremos imaginar que al cabo de un año o tal vez un poco más, el médico tendrá ya una clientela lo suficientemente buena como para instalar su propio consultorio y

tendrá ya también relaciones con alguna joven de la zona, candidata a cambiar su dinero y su buena casa por un apellido francés y por el prestigio que suele dar a las familias el ejercicio de la medicina, dos razones de sobra para anidar un poderoso anhelo de independencia. Por eso es que también nos resulta fácil imaginar su reacción la tarde en que Pai Li le cuenta la noticia.

Y aquí tenemos a la más extraña y a la vez extraordinaria momia del mundo sigue el guía, dando una cuchillada al curso de nuestras divagaciones. Démonos cuenta, momia sin siquiera haber alcanzado a nacer, momia feto, porque supiéramos que el momento en que Leonor Andrade Sánchez de Lotí sorprendió a amigos y parientes con el bebé acunado en su brazo izquierdo y gritando desesperadamente que todos miraran, que si acaso no veían que estaba vivo, el pequeño llevaba dos días muerto sin que nadie hubiera podido alterar la situación y, antes, según el propio padre, habría pasado otros dos o quizás más días sin vida dentro de la entraña materna. "Gerard, Gerard", había dicho ella antes de caer a la alfombra de la estancia, "¡qué hiciste con nuestro hijo, cómo pudiste!" y esas fueron las últimas palabras que pronunció sobre este mundo. El señor Andrade, haciendo a un lado a la señora Sánchez que trataba de calmarlo, se colocó frente al doctor francés y le dijo:

—¡Usted es un imbécil! Haga cuanto antes sus valijas y se larga de esta casa. Y también de la ciudad. ¡No quisiera volver a encontrarme con usted!

Tal vez fue a partir de ese momento que comenzó la larga pero precisa carrera hacia la indigencia del doctor Gerard Lotí.

—Necesito hablar contigo —le había dicho Pai Li apenas unos meses después de que él hubiera instalado su consultorio—. Ven a verme, por favor, si puedes.

Maletín en mano, Gerard llegó a la pequeña casa. Aunque el romance ya se había roto, siempre sus relaciones per-

manecían tiernas y a veces hasta desembocaban en un creciente juego amoroso entre chispas que seguían de algún modo manteniéndose vivas, a pesar de Leonor. El nunca dejaba de mirarla como queriendo deshacerle los ojos almendrados, como queriendo reconstruir perfecta la imagen de una bella adolescente oriental que se ríe y que también se pone nostálgica apoyada junto a él sobre la baranda de estribor mirando los infinitos juegos del mar. "Algún día te voy a encontrar", le había dicho él. "No", decía ella, "soy yo la que te va a encontrar algún día". Pai Lai lo hizo sentarse y le ofreció té. Luego, sin ambages, le dejó caer la causa de su llamado, sí, estaba encinta, sí, naturalmente que de él, no había conocido a otro hombre, cuatro meses ya y no, no había dudas. El tiene que haberse ofuscado, que haberse puesto nervioso, que haber sentido miedo y visto derrumbarse su gran sueño tan cerca de la realidad, las bodas que sorprenderían a todo el estado. Qué puede haber dicho. La habrá palpado, le habrá gritado estúpida al comprobarlo con sus dedos, pero habrá terminado de seguro acariciándola y poseyéndola como tantas otras veces.

Es frecuente que la gente se desmaye siguió el guía mientras el doctor francés y la china hacían el amor despiadadamente, sobre todo, aseguró, algunas damas extranjeras que venían de turistas y que no tenían costumbre. El caso más patético había sido el de una señora francesa ya madura que andaba conociendo el país con la mayor de sus hijas. Después de pararse frente a la primera vitrina, un tanto descolorida, sus ojos se habían abierto hasta el desórbite y un grito de horror agudo, ¡Gerard!, había hecho eco recorriendo las bóvedas mientras la mujer caía exangüe a los pies de charol que se proyectaban desde un pantalón a rayas.

Podemos preguntarnos por qué Gerard Lotí, siendo médico, eligió un modo tan brutal para deshacerse de su amante cuando supo que ésta se estaba cruzando en su camino.

Por qué no usó el veneno, una bala en la sien, las manos en torno al cuello. Pero también podemos preguntarnos qué tiernos pensamientos suicidas atravesaron la mente de la chinita Pai Li en el momento en que decidió dejar un puñal desenvainado sobre la mesa de noche junto a la cual hacían por última vez el amor, y preguntarnos además por qué designios de la pasión se empeñó en facilitarle hasta ese punto las cosas al médico francés que desde su vitrina parece examinarnos ahora con horror e ironía.

INDICE

PROLOGO 5

Primera parte:
RECORDANDO CON IRA 17
Como la hiena 19
El mar 37
La misma esquina del mundo 43
Marionetas 55

Segunda parte:
VOLVER A LOS DIECISIETE 71
Estribo amargo 73
Tan sólo un fin de semana 83
Las arañas 91
Uppercut 97

Tercera parte:
LAS FLORES DEL HUERTO 113
Las lluvias 115
Adiós, Zacarías Díaz 137
¿Te dormiste? 141
Pero la vida 145
Lloró la milonga 153

Cuarta parte:
VAGANDO POR OTROS MUNDOS 165
Como buen chileno 167
Vodka 175
Un leopardo en la cumbre de un volcán 185
Alacrán negro 195

Quinta parte:

LOS ROSTROS OCULTOS 205
Cambio de máscara 207
YESTERDAY 229
Dos lagartos en una botella 239
Al caer la noche 247
LET IT BE 255
El apocalipsis de Daniel Zañartu 277
El aardvark 289
Tiburón, tiburón 299
Morir en Guanajuato 319

Desde la aparición de su primer libro, *Gente solitaria*, en 1960, hasta el momento, veinticinco años después, en que se arma esta antología, Poli Délano no ha dejado tema por abordar en el centenar de cuentos que integran su vasta producción. Ha obtenido también algunos de los más importantes premios que se otorgan a este género en América Latina, entre ellos el de Casa de las Américas. A sus libros *Gente solitaria, Amaneció nublado, Vivario, Como buen chileno, Cambio de máscara, Sin morir del todo, Dos lagartos en una botella, La misma esquina del mundo* se suman además varias novelas *(En este lugar sagrado, Piano-bar de solitarios, El hombre de la máscara de cuero)* que le han valido al autor reconocimiento entre los más destacados narradores del momento.

La presente antología recoge casi una treintena de cuentos, muchos de los cuales han sido traducidos al inglés, francés, alemán, noruego, holandés, ruso y otros idiomas, y pretende ser una síntesis del trabajo de Poli Délano en los últimos veinticinco años. Veinticinco años de cuento... Y algo más: el talento llevado a un oficio maduro y certero.